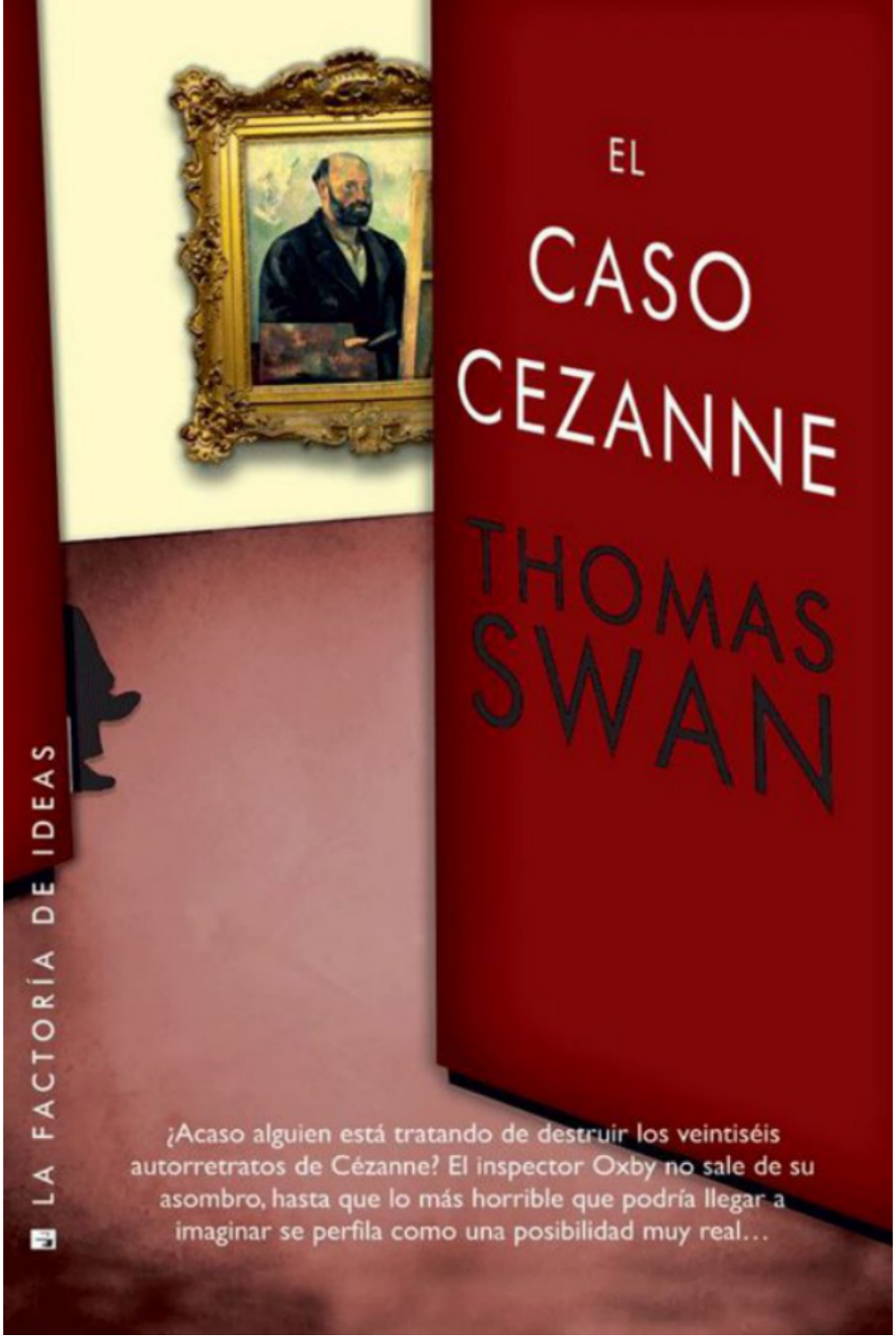
EL
CASO
CEZANNE
THOMAS
SWAN
LA FACTORÍA DE IDEAS
¿Acaso alguien está tratando de destruir los veintiséis autorretratos de Cézanne? El inspector Oxby no sale de su asombro, hasta que lo más horrible que podría llegar a imaginar se perfila como una posibilidad muy real…

Índice de contenido

Portada
Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Agradecimientos

El caso Cézanne

Thomas Swan

Traducción de Eva González Rosales

Título original: The Cezanne Chase

© Thomas Swan, 1997

Ilustración de portada: © Heisenbad Studio

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español: © 2014, La Factoría de Ideas.C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón». 28500. Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91870 45 85.

www.lafactoriadeideas.es

informacion@lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9018-658-9

Epub realizado por La Factoría de Ideas Servicios editoriales (servicioseditoriales@lafactoriadeideas.es)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a **informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:
INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Para Barbara y los nietos (Sara, Michael, Josh, Cameron, Casey y Dylan) y, como siempre, para Steve.

1

San Petersburgo, a pesar de sus defectos, sigue siendo la joya de las ciudades rusas. La ciudad y su gente sobrevivieron a la revolución, a un asedio de novecientos días durante la Segunda Guerra Mundial en el que murió casi un millón de personas y, después, al benigno abandono que había sido el resultado de varias décadas de gobierno comunista. Es una ciudad de islas y puentes construida a la orilla del serpenteante río Nevá. Las instituciones importantes de San Petersburgo han sobrevivido, a pesar de todo, como también lo ha hecho el espíritu de sus nativos, que siguen llamando cariñosamente a su ciudad «Pete», como lo hacían durante los años en los que era conocida como Petrogrado o Leningrado. A pesar de las décadas de adversidad, la universidad, las bibliotecas y los museos han resistido con destacable tenacidad.

Un museo en concreto estaba disfrutando de un verdadero renacimiento: el Ermitage. Fue Catalina la Grande quien decretó que los magníficos salones del palacio de Invierno se convirtieran en sus galerías. Desde Pedro el Grande hasta la Revolución, los agentes de los zares y de las emperatrices habían rastreado el mundo en busca de grandes obras, y ahora la colección real albergaba ocho mil pinturas y cinco veces ese número de dibujos. El Ermitage está compuesto por cuatro edificios, una gigantesca extensión en la que hay un millar de salas y ciento diecisiete escaleras.

Era por la mañana, temprano. Una joven se abrió paso entre las palomas que buscaban comida en la amplia acera y caminó con paso decidido hasta la puerta que conducía a las oficinas. Ilena Petrov llegaba pronto al museo todas las mañanas. Tras la finalización de sus estudios en Historia del Arte Europeo, sus superiores habían reconocido su dedicación con un reciente ascenso: conservadora adjunta de arte y escultura europea del periodo incluido entre 1850 y 1917, un puesto de inmensa responsabilidad. La colección de pintura de esa época del Ermitage estaba entre las mayores del mundo y era, sin duda, de incalculable valor.

Ilena llevaba una pesada bolsa de tela en la que había libros,

cuadernos y un termo lleno de té fuerte, así como una gruesa rebanada de *plushka,* un pan dulce de centeno y canela que había horneado su abuela. Desde una ventana de la recepción podía ver el sol del amanecer que se reflejaba intensamente en la aguja de la catedral de San Pedro y San Pablo, en la ciudadela histórica, al otro lado del río.

Cada día, antes de que llegara el resto de la plantilla, Ilena se adentraba en los largos pasillos y galerías, donde se quedaba sola en silencio. Primero iba a la sala de Malaquita para tocar la figura esculpida de un cupido que se había convertido en su talismán personal y después subía la gran escalera principal hasta las galerías que albergaban a sus artistas favoritos. En la sala 318 estaban, entre otras, las obras de Pissarro y Cézanne. Ilena los había unido colocando sus cuadros en el mismo muro, consciente de que ambos hombres habían sido amigos íntimos y sabedora, además, de que Paul Cézanne no había forjado demasiadas relaciones duraderas.

Dos ventanas de la pequeña sala tenían vistas a la plaza del palacio y a la columna de Alejandro; el granito rosa del monumento de veintiocho metros de altura atrapaba el sol de la mañana. Ilena entró lentamente y sus ojos se posaron primero en un paisaje de Corot y después en dos escenas rurales de Pissarro. Más allá de la puerta había dos cézannes. El primero era un paisaje; junto a este había un retrato del artista titulado *Autorretrato con boina*.

Se acercó al cuadro con la repentina sensación de que había ocurrido algo terrible. Al hacerlo vio que parecían haber pintado sobre el rostro de Cézanne. Se aproximó hasta que estuvo al alcance de su mano y descubrió que la pintura, en la zona donde había estado la cabeza, era una masa gelatinosa que se combaba sobre el lienzo. Era la tela lo que había visto, blanqueada hasta ser de un blanco fantasmal.

Ilena lanzó un largo y lastimero grito. Se llevó las manos al rostro y miró fijamente el autorretrato, consternada e incrédula. Se quedó allí varios minutos, temblando, como si hubiera echado raíces frente al lienzo. Se sentía furiosa y abrumada.

—¿Quién puede ser tan cruel? —se preguntó en voz alta.

Retrocedió antes de girar y echar a correr. No se detuvo hasta que llegó a la suntuosa escalera. Se sentó en el peldaño superior, encorvada, y escondió la cabeza entre los brazos que había cruzado sobre sus piernas.

Comenzó a llorar.

2

Las salas de exposiciones de Christie's estaban en la segunda planta del edificio entre Park Avenue y la calle Cincuenta y Nueve de Nueva York. La casa de subastas, que había sido fundada en Londres doscientos años antes, ocupaba aquel espacio desde su llegada a América en 1977. Christie's, como su feroz rival, Sotheby's, era uno de esos lugares donde una pintura desconocida podía adquirir la marca de la grandeza después de que alguien pagara por ella mucho más de lo que valía. Allí, los entendidos del mundo del arte fijaban los precios ayudando a alcanzar la reserva, el secreto precio mínimo de venta acordado por el vendedor y la casa de subastas. El precio estimado de preventa, que es superior al de reserva, suele darse a conocer antes de la subasta para animar a los postores a aceptar ese precio como mínimo arbitrario.

La subasta que iba a celebrarse había sido muy publicitada en los medios y los compradores habituales habían recibido una comunicación especial, por lo que se había congregado una multitud de interesados y curiosos que se apiñaba en la galería principal, una sala cuadrada de techo alto. La galería adyacente, más pequeña, se llenó también una hora antes de que comenzara la subasta. Algunos compradores importantes se habían acomodado a la vista del subastador, pero otros, los que preferían el anonimato, habían enviado a un representante o a un miembro del equipo de Christie's, de los que había varios situados frente a la hilera de teléfonos junto a la plataforma del subastador. Habían acudido más de dos docenas de periodistas, interesados por los adinerados miembros de la alta sociedad y los ocasionales personajes famosos del mundo del espectáculo que asistían a las subastas por la emoción y, ocasionalmente, para aumentar sus colecciones.

El interés estaba concentrado en una obra de Jacopo da Pontormo titulada *Retrato de un alabardero,* una pintura de un hombre joven sosteniendo una lanza y con una espada a la cadera. El retrato había estado expuesto hasta hacía seis meses en la Colección Frick de Nueva York, donde había permanecido veinte años. Siempre se había creído que Chauncey Devereux Stillman lo había destinado allí permanentemente, por lo que la decisión de

someterlo a subasta había sido un triste acontecimiento para la Frick, aunque dichoso para la Fundación Stillman.

Jacopo da Pontormo fue un pintor solitario que, según apuntan las evidencias, fue alumno de Leonardo Da Vinci en los primeros años del siglo XVI. La reputación de Pontormo había recibido el empujón que necesitaba cuando el joven del retrato fue identificado como Cosme de Médici, de Florencia, una especulación que había provocado una acalorada controversia entre los historiadores de arte y que había liberado una inundación de historias contradictorias en la prensa. La controversia fue provechosa para Christie's, que había llevado a cabo una enérgica promoción para elevar el precio estimado de preventa hasta los veinte millones de dólares.

La galería adyacente estaba abarrotada y el aire de la sala estaba cargado y hacía calor. Edwin Redpath Llewellyn estaba sentado al final de una hilera, en la parte delantera de la galería, como era habitual, apoyado contra la pared y abanicándose con una paleta de puja. La paleta tenía el número dieciocho.

Llewellyn iba a las subastas con el entusiasmo con el que asistía un golfista de bajo hándicap a Saint Andrews. Sabía pujar y rara vez cometía el error de entrar en la competición sin estar familiarizado con el artista, la pintura, o aquellos contra los que estaba pujando. Llevaba puesto su uniforme de ir a las subastas: pantalones grises, camisa de rayas azul y blanca, corbata clásica y un pañuelo metido en el bolsillo del pecho de su elegantemente informal chaqueta azul. En una mano tenía el catálogo que detallaba todos los bienes que saldrían a la venta aquella noche y en la otra unos gemelos. Llewellyn era un auténtico experto que comprendía el arte y que podía expresar con claridad sus preferencias y prejuicios. Además era rico, estaba divorciado y era miembro de la Junta de Consejeros del museo Metropolitano de Arte. Después de tomar varias notas preliminares, se acomodó para observar la desbordada multitud que estaba colocándose a los lados y al fondo de la sala. Llewellyn reconocía algunos de los rostros: Dupres, el Zorro de París; Elton, la Barracuda de Londres; y Takahawo, de Tokio.

Sus pequeños pero poderosos binoculares realizaron una lenta panorámica a las hileras de asistentes en pie y se detuvieron en una mujer alta que llevaba una ristra de perlas y un pañuelo de alegres colores colocado cuidadosamente en el bolsillo del pecho de su traje sastre gris pálido. Estaba repasando su catálogo cuando, de repente, elevó los ojos y lo miró directamente. Los prismáticos la habían acercado tanto a Llewellyn que parecía que podía tocarla. Llevaba

el cabello rubio peinado hacia atrás bajo un sombrero de ala ancha que encuadraba su rostro. Las brillantes luces hacían que su pálida piel pareciera casi blanca y creaban suaves sombras bajo sus prominentes pómulos. La mujer se humedeció los labios con la punta de la lengua y los separó en una sonrisa. Llewellyn se sintió como si lo hubieran pillado espiando; respondió con una sonrisa avergonzada y agitó dos dedos amistosamente.

La subasta comenzó. En los primeros veinte minutos se sacaron dieciocho pinturas de poca relevancia que se vendieron rápidamente mientras el subastador repetía las cantidades y los «¿He oído más?» con entonación cantarina antes de anunciar el número de paleta del ganador. Entonces llegó el Pontormo. Llewellyn había estado en el comité de adquisición del museo y se había sumado a la mayoría que se oponía a la compra del enorme retrato. Sus razones habían sido caprichosas: los grandes maestros lo aburrían y el joven del retrato tenía un aspecto endogámico y una expresión arrogante. En cualquier caso, lo que él o el comité pensaran del Pontormo no importaba; Gerald Bontonnamo, el director del Metropolitano, escuchaba pero rara vez aceptaba consejos sobre adquisiciones importantes.

La puja se abrió en veinte millones. Incluso para Llewellyn, que mostraba una practicada actitud despreocupada con el dinero, era una suma totalmente irracional. En cuestión de dos minutos era aún más disparatada. Cuando llegó a los veintiocho millones quedaban tres postores; a los treinta, quedaban dos: el representante del museo Getty y un pujador telefónico anónimo.

La puja subió rápidamente a treinta y cinco millones y terminó en treinta y cinco millones doscientos mil. El museo Getty era el nuevo propietario; *Retrato de un alabardero* se quedaría en Estados Unidos. Se subastaron una docena más de pinturas menos relevantes, incluyendo una obra menor de Pieter Brueghel en la que Llewellyn tenía un ligero interés especulativo. Todo aquello no era más que un juego: si conseguía llevársela con una puja baja, esperaría un año y después la vendería. Dejó de levantar su paleta cuando la subasta se detuvo en medio millón de dólares y al subastador le pasaron discretamente una llamada. No había venta, se había producido una adjudicación directa. Para Llewellyn y algunos otros, era evidente que no se había alcanzado la reserva y que Christie's había entrado en la subasta y aceptado su propia puja. No importaba el precio, ya que el dinero no cambiaría de manos. La galería se había despejado; apenas quedaban ya algunos marchantes y agentes acérrimos en busca de una ganga.

Llewellyn se quedó sentado mientras tomaba notas en el catálogo. Esto se había convertido en un ritual y acumulaba varias docenas de catálogos con los precios pagados por las obras importantes, así como sus observaciones sobre las estrategias de puja de los mejores tratantes. Cuando se puso en pie no quedaba más de media docena de remolones, incluida la rubia del traje gris.

Mientras caminaba hacia ella, la mujer le habló con un ligero acento:

—Siento que no consiguiera el brueghel.

Llewellyn se detuvo. A pesar de medir un metro ochenta y tres, ella era casi tan alta como él.

—Estaba buscando una ganga. Se vendió hace dos años casi por el mismo importe que hoy.

—¿Es usted el señor Llewellyn?

—Así es. Pero creo que yo no recuerdo su nombre —dijo de un modo que sugería que era posible que se hubieran conocido antes.

—Soy Astrid Haraldsen, y disculpe si parezco… —Hizo un ademán, como si buscara la palabra adecuada—. Si estoy siendo demasiado atrevida.

Llewellyn sonrió, una cálida sonrisa resaltada por unos ojos castaños que también eran alegres. Tenía un aspecto distinguido, con su chaqueta azul y su mechón de cabello cano. Estaba intensamente bronceado, el resultado de la semana que había pasado con sus viejos amigos en Jupiter Island, Florida.

—¿Viene a menudo a este tipo de sitios?

—Estoy empezando a hacerlo. Pero normalmente asisto a subastas más humildes.

—¿Es coleccionista de arte? —Llewellyn estaba disfrutando del hecho de haber sido elegido de entre la multitud.

—Es demasiado caro. —La mujer miró el catálogo que había estado enrollando y desenrollando—. Soy diseñadora. De interiores —añadió rápidamente—. Busco artículos especiales para mis clientes.

—Hoy no había mucho por aquí. Todo era muy feo, en mi opinión. —A continuación dijo—: Las galerías Doyle serían una opción mejor para usted.

La mujer lo miró a los ojos por primera vez.

—Quería conocerte.

—Estupendo. —Sonrió con algo de timidez—. Eso es realmente estupendo.

Durante el instante en el que ella lo miró directamente a los ojos se sintió como si poseyera un poder interior, una influencia casi

hipnótica. No había duda de que se sentía sexualmente atraído por ella. Pero sus ojos se apartaron y esas sensaciones amainaron.

Llewellyn suponía, correctamente, que era escandinava. Seguramente también era una mujer decidida.

—¿Tienes tarjeta?

De hecho, la mujer tenía varias tarjetas de visita preparadas en la mano.

—Tengo varias muestras de mi trabajo. Me gustaría enseñártelas.

Él miró su tarjeta, en la que había escrito la dirección del hotel Westbury.

—Me gusta tu dirección, somos prácticamente vecinos.

La chica sonrió.

—Estoy buscando un apartamento. El hotel es muy caro.

A aquellas alturas, Llewellyn ya había hecho una evaluación completa de Astrid Haraldsen. Su traje era de seda, seguramente un Giorgio Armani; la blusa de color salmón parecía cara y sus zapatos debían haber costado unos trescientos dólares. Usaba el maquillaje con eficacia para resaltar sus pómulos y conseguir que sus labios parecieran más gruesos. No se había excedido con el lápiz de ojos y la máscara de pestañas; había preferido acentuar las cejas que se arqueaban sobre los ojos azul pálido en los que se había fijado cuando posó sus binoculares en ella por primera vez. Tenía una buena nariz, lo que significaba que no era pequeña, y para el gusto de Llewellyn no era su mejor rasgo. Creía que su perfume era *Shalimar*. Una buena elección.

Después de una pausa incómoda, dijo:

—Ahora que nos conocemos, ¿qué puedo hacer por ti?

—Ayúdame a conseguir un encargo. El apartamento de un amigo, o quizá el tuyo propio. —Dudó brevemente, después dijo con tranquilidad—: Como soy nueva y necesito referencias, no te cobraré comisión.

No pierde el tiempo, pensó Llewellyn.

—Tengo amigos en McMillan. Podrías encontrar un puesto ahí.

—He trabajado con los mejores diseñadores de Noruega y Dinamarca. Y con uno muy bueno de Londres.

—Llámame en una semana —le dijo él—. Veré qué puedo hacer.

—No te decepcionaré. Gracias.

Lo miró a los ojos y volvió a suceder. En ese breve intercambio, Llewellyn sintió que ella exudaba algún tipo de extraordinaria energía. La mujer se giró y caminó hacia la salida de la sala de subastas. Él la observó, aun sonriendo. Añadió unas piernas

estupendas al inventario que había hecho.

Un hombre de baja estatura que había sido bendecido con una voz maravillosa y unos ojos brillantes que iluminaban un rostro pequeño y redondo se acercó a Llewellyn en la puerta.

—¿Quién es tu amiga?

Este le mostró una de las tarjetas de Astrid.

—Una decoradora de interiores que acaba de llegar a Nueva York. ¿Te interesa?

—Es demasiado alta. Nunca podríamos mirarnos a los ojos.

El hombrecillo se rió. Era Harvey Duncan, director del departamento de Pintura Impresionista y Moderna de Christie's.

—¿Qué te ha parecido lo del Pontormo?

—No es para tanto —contestó Llewellyn—. No vale lo que ha pagado el Getty.

—Estoy de acuerdo —dijo Harvey. La luz de sus ojos se desvaneció de repente—. He estado esperando para darte una mala noticia que hemos recibido esta mañana de nuestro agente en Moscú. Los medios no están al tanto todavía. —Se acercó un poco más a Llewellyn—. Han destruido el autorretrato de Cézanne del Ermitage.

—¡Destruido! —exclamó Llewellyn con incredulidad—. Por el amor de Dios, ¿cómo es posible?

—No estoy seguro. —Harvey se encogió de hombros—. No hemos recibido un informe completo, pero creemos que lo han rociado con algún tipo de ácido. Sea lo que sea, la pintura está totalmente arruinada.

Llewellyn miró la pequeña palestra a la espalda de Harvey Duncan donde minutos antes se había vendido una obra, que para él no tenía gran importancia, por treinta y cinco millones de dólares.

—¿Se sabe quién lo ha hecho?

Harvey agitó su pequeña y redonda cabeza.

—No, pero te sugiero que aumentes la seguridad de tu colección. Actúas como si no tuvieras más que un par de ejemplares viejos de *National Geographic*.

Efectivamente, Llewellyn había heredado varias obras de arte. La estrella de su colección era un autorretrato que su abuelo había comprado al agente de Cézanne, Ambroise Vollard, en 1903. El resto eran obras de artistas del montón que apenas valían una fracción del valor del cézanne. Más tarde había adquirido otros cuadros valiosos, todos de americanos excepto uno de Marc Fortin, un canadiense.

—Nadie consigue pasar el filtro de Fraser, y tengo cerraduras triples por todas partes —dijo Llewellyn con tono triunfal—. Y también está Clyde.

Fraser era una combinación de manitas, cocinero y sirviente de la familia, y Clyde era un terrier de Norwich con una marcada tendencia a ladrar ante la menor provocación.

—Sí, Clyde, por supuesto —contestó Harvey amargamente. Miró a Llewellyn con profunda preocupación—. Somos amigos, Lew, y no quiero que te pase nada, ni a ti ni a tu pintura, así que recuerda que hay un montón de locos ahí fuera. Uno de ellos casi destrozó *La ronda de noche* de Rembrandt hace un par de semanas. Lo salvó una reacción rápida y una capa de barniz. —Harvey dio a Llewellyn una firme y amistosa palmada en el hombro—. Hay mucho loco suelto. Y alguien podría resultar herido.

3

El martes día 13, poco antes del mediodía, los diminutos mensáfonos del personal de seguridad de la National Gallery de Londres, en Trafalgar Square, emitieron un sonido que alertaba de la existencia de una situación de emergencia que exigía que todos los guardias se presentaran inmediatamente en sus puestos.

Un maletín había ardido furiosamente en el pasillo de la Galería A, emitiendo un espeso humo negro que había provocado la histeria entre los visitantes. Las alarmas de incendio que resonaban a través del majestuoso y antiguo edificio se sumaron al zumbido de los buscas de los guardias de seguridad. Un equipo sofocó el terco fuego con espuma y colocó una hilera de ventiladores para disipar el sucio y maloliente aire. Aunque casi todo había quedado reducido a ceniza negra, el maletín seguía siendo reconocible y su cerradura y bisagras metálicas estaban intactas. Alguien había metido los restos en una bolsa de plástico.

Toda la planta había sido ya evacuada cuando el equipo del departamento de Seguridad comenzó su investigación y el personal de conservación hizo una evaluación de los daños sala por sala. El humo se disipó en menos de una hora y el único daño aparente era una cicatriz quemada en el suelo de madera y una fina capa de hollín asentada sobre varios cuadros cercanos. El incidente se consideró uno de esos extraños e inquietantes sucesos que tienen lugar a veces, seguramente un accidente provocado por alguien demasiado avergonzado para explicar qué había ocurrido.

A las dos, la galería ya había sido reabierta. Poco después, a las dos y cuarto según los registros, una joven pareja de australianos informó al guardia de la Galería A de que algo iba mal con uno de los cuadros, un pequeño autorretrato de Cézanne en el que el artista se había pintado sin sombrero y mirando fijamente al espectador. La pintura había comenzado a disolverse y había manchas de espuma del tamaño de monedas grandes sobre el lienzo. Diminutas volutas de lo que parecía ser humo escapaban de la espuma, y un penetrante y acre hedor rodeaba la pintura. El cuadro fue trasladado rápidamente al laboratorio del conservador, donde lo bañaron en aceite mineral para detener la acción del ácido. Pero

todos los esfuerzos por salvarlo llegaron demasiado tarde.

No había pistas, no se había recibido una advertencia o una carta, ni siquiera una irracional llamada telefónica. Conclusión: nadie reclamaba la autoría, aunque era evidente que el humeante maletín había sido una distracción que había servido maravillosamente al propósito de vaciar la galería de visitantes y personal de seguridad.

El incidente fue publicado en los periódicos de la mañana, donde un especulativo redactor del *Sunday Sport* valoró la pintura destruida en veintinueve millones de dólares. Otro sugirió que se había demorado demasiado una actualización del sistema de seguridad de la Gallery. Los titulares del *Guardian* consideraban que el suceso era una deshonra nacional, y un editorial del *Times* concluía: «Hay mucho que explicar respecto a la tristemente inadecuada, si no totalmente inexistente, vigilancia y seguridad. Hemos perdido un tesoro nacional».

A la mañana siguiente, el director de la National Gallery, sir Anthony Canfield, caballero del Imperio británico, convocó una reunión a las diez en punto. Asistieron tres jefes de seguridad, el guardia asignado a la Galería A y los guardias de las galerías y pasillos adyacentes, así como de todas las entradas del edificio. La señorita Cook tomó notas taquigráficas. También estaba presente Elliott Heston, comandante del Grupo de Mando de Operaciones (GMO) y jefe de la Brigada de Arte y Antigüedades de la Policía Metropolitana. El director de seguridad, un hombre curiosamente reservado llamado Evan Tippett, estaba asistiendo a una conferencia en California. Habían contactado con él por teléfono y le habían comunicado los detalles preliminares de la destrucción de la pintura. Evan había hecho varias preguntas y después había ordenado que un informe completo estuviera en su escritorio cuando regresara.

Elliott Heston se concentró en la que creía que era la pregunta más intrigante:

—¿Por qué un autorretrato de Cézanne? ¿Alguna aportación al respecto?

—No tengo ni idea —respondió Canfield—, pero a quien sea el autor de esta terrible fechoría le queda un largo camino por delante. Según el catálogo de Lionello Venturi de las obras de Cézanne, el pintor terminó veinticinco autorretratos. No podríamos decir que careciera de ego, ¿verdad?

Heston ignoró la pregunta.

—¿Hay algún otro retrato en Inglaterra?

—Hay uno en la colección privada de un oportunista del sur de Londres, esto… un hombre llamado Pinkster. —Entregó a Heston una hoja de papel—. Este inventario de los autorretratos es el mejor que tenemos, pero está incompleto y, desafortunadamente, desfasado, porque al menos dos de los cuadros fueron vendidos y no tenemos información sobre los nuevos propietarios. Hay dos más en préstamo, y no estamos seguros de su ubicación actual. Además, según un informe independiente, existe otro autorretrato del que es propietario un americano llamado Llewellyn. Es bastante misterioso; hasta ahora nunca ha sido exhibido en público. Hemos conseguido una fotografía en blanco y negro; aunque no es demasiado buena, su autoría es indiscutible. Si lo añadimos a los demás existen… Me corrijo, existían veintiséis en total.

Heston se incorporó, estrechó las manos de todos los reunidos alrededor de la mesa y salió de la reunión. Se dirigió a su coche con largas y lentas zancadas. Era alto y anguloso; tenía la constitución de un corredor de fondo, algo que había sido durante su época de estudiante. Su cabello era ingobernable y a veces caía sobre su frente. Su rostro, como su cuerpo, era largo y estrecho, y tenía la expresión inquisitiva de un policía. Llevaba gafas de montura dorada que habían sido elegidas por su esposa, que insistía en que le proporcionaban un aire académico. Su chofer lo vio bajando los peldaños de dos en dos y acercó el coche.

—A la abadía —ordenó Heston tras sentarse junto al conductor.

El coche maniobró por Trafalgar Square hasta Whitehall y dejó atrás los edificios gubernamentales al avanzar en dirección a la calle Victoria. Heston entró en la abadía de Westminster por la puerta oeste, donde se topó con media docena de grupos de turistas. Atravesó la nave norte hasta el crucero y se detuvo entre el coro y el altar mayor. Sonaba un órgano acompañado por un trío de viento. *Insólito,* pensó; quizá era el ensayo para algún acontecimiento especial. A continuación se giró hacia el coro donde, como sospechaba, había un hombre sentado en primera fila, totalmente concentrado en lo que estaba escribiendo en el cuaderno apoyado en su regazo. Heston rodeó un grupo de turistas, se acercó a la espalda del hombre y se inclinó hacia delante para decir con fuerte acento:

—¿Le han dado permiso para sentarse aquí?

—Ese acento es exageradamente malo, Elliott —le contestó sin levantar la mirada.

Sonrió y se sentó junto al hombre, cuya atención permanecía fija en sus notas. Heston había acudido a la abadía numerosas veces

antes para encontrar a este hombre en el coro o, si los visitantes eran especialmente numerosos, en la pequeña y tranquila capilla de Santa Fe. Él rara vez visitaba la magnífica abadía (había asistido al funeral de un célebre ayudante del comisario de New Scotland Yard y a una misa de Pascua, presionado por su esposa), por lo que la consideraba una atracción turística y el refugio espiritual del inspector jefe de la Brigada de Arte y Antigüedades, Jack LaConte Oxby.

—A mí me conocen, pero a ti podrían pedirte que no te sientes en el coro —le dijo Oxby despreocupadamente.

—En ese caso usa tu considerable influencia, ya que me gusta más la vista desde aquí. ¿Por qué hay música?

—En honor al viejo rey Eduardo el Confesor. Cumple novecientos años.

—¿Tantos? No los aparenta. —Heston esperaba sacar una sonrisa a su obstinadamente independiente compañero.

Oxby se giró. A pesar de su baja estatura parecía haber cierta grandeza en él porque, aun sentado, sus ojos estaban casi al mismo nivel que los de Heston, que era varios centímetros más alto. Cuando se movía o agitaba los brazos quedaba clara su agilidad y buena forma física. Su nariz era larga pero, de algún modo, no dominaba su rostro. No, lo realmente fascinante en Oxby eran sus ojos y su voz. Sus ojos eran perfectos: un gris azulado que penetraba con curiosidad o calidez, humor o intensa determinación según requirieran las circunstancias; y una rica tesitura de barítono que había sido entrenada tanto para cantar como para declamar. Hablaba francés con la facilidad de un parisino e italiano con la cantarina fluidez de un verdadero florentino. Oxby también dominaba el infinito rango de acentos y jergas de las islas británicas. Podía identificar e imitar a un abogado de Glasgow tan bien como a un estibador de Liverpool.

La sonrisa de Heston se desvaneció.

—Ha pasado algo, y tú tienes un nuevo caso.

Oxby abrió los ojos de par en par, en respuesta y para señalar que quería saber más.

Heston colocó un ejemplar de *The Sun* sobre el cuaderno de Oxby y esperó mientras el hombre miraba fijamente el llamativo titular y una fotografía del retrato que había sido tomada antes de su destrucción.

—Sé que acabas de volver al país, pero ¿ni siquiera habías leído los periódicos?

—No este, desde luego —dijo Oxby con desdén, sin apartar los

ojos de la primera página del diario—. Preferiría que tú me contaras qué ha pasado.

Heston volvió a coger el periódico y lo colocó sobre su muslo.

—No hay mucho que contar. El que lo hizo creó una distracción, roció el cuadro con algún tipo de ácido o disolvente extraño y desapareció.

Continuó con los escasos detalles que había descubierto poco antes.

Oxby eligió una página en blanco de su cuaderno.

—¿Sabes cuánto vale hoy en día un autorretrato de Cézanne?

Heston se rió.

—Una cantidad disparatada, estoy seguro. No suelo comprar cosas así, ¿sabes? Supongo que depende del tamaño y del autorretrato en cuestión. ¿Diez millones? ¿Quince? ¿Más?

—Mucho más —dijo Oxby con decisión—. Y quizá un poco más ahora que uno de ellos ha sido permanentemente eliminado.

—Había pensado en eso. Es una conjetura interesante.

—¿Sabemos cuántos autorretratos hay?

—Canfield me dijo que Cézanne pintó veintiséis en total. Todavía tenemos uno en Inglaterra, propiedad de un tal Alan Pinkster, al que creo que ya conoces.

—He coincidido con él una vez, quizá dos. Está forrado, pero es un poco pesado.

—Uno de los veintiséis pertenece a un neoyorkino. También adinerado. La obra llegó a su familia hace un par de generaciones y aún la conserva. No sabemos demasiado al respecto.

Un hombre vestido con sencillas ropas clericales se acercó a Oxby y le rozó el brazo.

—Lo siento mucho, señor Oxby. El coro empezará su ensayo dentro de poco —le dijo con un fuerte acento del este.

—No pasa nada, Teddy. Ya nos vamos. —Oxby hizo un ademán a Heston para que saliera del coro—. Ahí tienes un auténtico acento del este de Londres —dijo con admiración mientras dirigía a su compañero a través de la creciente multitud—. Su familia lleva cinco generaciones viviendo allí.

El chófer de Heston había aparcado junto a una hilera de taxis.

—Caminaré —dijo Oxby—. Oficialmente, todavía estoy de vacaciones.

—Es importante que hablemos, Jack. Si no cortamos todo esto de raíz, se desatará un infierno. He recibido una llamada del director y…

—Hablaremos —dijo Oxby, alejándose de él—. ¿Sabes, Elliott?

Si hubiera ocurrido esto con un manet o un degas, estaría tremendamente cabreado. —Negó con la cabeza lentamente—. Cézanne no es uno de mis favoritos. —A continuación, su expresión se animó—. Hasta luego… Te veré en tu despacho.

El gentío que entraba y salía de la gran catedral lo absorbió instantáneamente.

Cruzó la calle Victoria y continuó en dirección a Broadway. Tardó seis minutos en recorrer un kilómetro y llegó a New Scotland Yard antes que Heston. Le sorprendió encontrar a dos de sus ayudantes esperándolo, ambos con expresión preocupada. Los oficiales Ann Browley y Jimmy Murratore eran jóvenes, brillantes y ambiciosos. Ann era un caso especial, ya que procedía de una familia rica con fuertes contactos en la sociedad londinense, mientras que los padres italianos de Jimmy habían tenido que trabajar mucho para ganarse la vida con su panadería de Brixton.

—Algo va mal —supuso Oxby.

—Muy mal —dijo Jimmy—. Acabamos de saber que el autorretrato de la colección de Alan Pinkster ha sido destruido.

Oxby entornó los ojos.

—¿Ácido, o lo que sea que estén usando?

—Me temo que sí —contestó Ann—. Nos ha llamado el propio Pinkster, armando la mundial y casi diciendo que ha sido culpa nuestra.

—Y eso que tiene un sistema de seguridad lo suficientemente bueno como para proteger las joyas de la reina —añadió Jimmy.

Cuando Heston llegó, la frustración se mostraba claramente en su rostro.

—Esos cabrones de la prensa nos harán responsables a nosotros… Ya veremos si me equivoco. —Entró en su despacho y los demás lo siguieron—. ¿Cuándo ha ocurrido?

—Seguramente durante la noche —dijo Oxby—. La colección de Pinkster no está abierta al público excepto por acuerdo especial.

—Un grupo de la embajada danesa estaba de visita, dieciocho personas en total —dijo Ann—. Se marcharon de la galería antes de las cinco, y aparentemente todo estaba en orden cuando se fueron.

—Jack, este caso es tuyo ahora. Dime lo que necesitas, pero resuélvelo rápidamente.

Oxby ordenó a Ann que elaborara un informe sobre Pinkster y su colección.

—Quiero a Nigel Jones —le dijo a Heston. A continuación entró en su despacho y cogió un cuaderno y una grabadora del tamaño de la palma de su mano. En el momento exacto en el que levantó su

teléfono para pedir un coche, sonó.

—El agente Tobias está en el vestíbulo —dijo una voz—. ¿Quiere que lo haga subir?

Oxby suspiró profundamente.

—Alex, viejo amigo, me prometiste que me avisarías por adelantado —dijo en voz baja, para sí mismo. A continuación llamó a Ann y le entregó el teléfono—. Alex Tobias está en recepción. Dile que tengo que salir corriendo pero que me detendré a saludarlo de camino a la cochera. Y, Ann, a ver si puedes conseguir que haya un coche decente esperándome.

—¡Alex, sinvergüenza! —exclamó Oxby al acercarse a recepción—. Me prometiste que me llamarías antes de venir.

—No me sermonees, joven Jack. No he dejado de recibir órdenes de todos los miembros de mi familia desde que salí de Nueva York; no necesito que tú hagas lo mismo.

Su ceño fruncido se convirtió en una sonrisa al ofrecerle la mano.

Alexander Tobias tenía la corpulencia que otorga la buena vida, un espeso y mullido cabello gris y unas gafas de montura gruesa que se posaban sobre una nariz ligeramente curvada. Llevaba bigote, un parche de pelo casi sólido, y tenía un rostro rubicundo que mostraba cantidades equivalentes de curiosidad y compasión. Tobias había tenido mucho éxito en su carrera y se le consideraba un agente magnífico. Pero nunca había dominado los matices de la política policial, lo que significaba que, aunque había conseguido acercarse a la cima del Departamento de Policía de la Ciudad de Nueva York a los cincuenta y cinco años, había sido ignorado para el puesto de subcomisario. A los cincuenta y ocho asumió el rango de subinspector por petición propia y fue reasignado a la brigada de investigación principal, donde investigaba robos y falsificaciones de arte. Oxby y él habían trabajado juntos por primera vez en el robo de un Rembrandt de una galería de Londres que rastrearon hasta Nueva York. El caso dio inicio a una relación profesional que se había convertido en una profunda amistad.

—Volamos desde Dublín un día antes porque, una vez que nuestro hijo estuvo casado, ya no tenía sentido quedarse por allí, y Helen estaba ansiosa por visitar a su hermana, que no pudo venir a la boda debido a su maldito problema de huesos.

—Y quieres que crea que no pudiste llamarme porque han desaparecido todas las cabinas telefónicas de Dublín y del aeropuerto —dijo Oxby con tono de reprimenda.

—Cree lo que quieras. Tu agente dice que tienes que llegar rápidamente a Surrey, ¿algo sobre otro cézanne?

—¿Quieres venir conmigo? —le preguntó Oxby—. Ya han destruido tres y lo que está ocurriendo es jodidamente serio.

—No puedo, Jack. Tengo que reunirme con Helen, y nos marchamos mañana. Es por lo que he intentado pillarte esta mañana.

—Me hubiera gustado que vinieras —le dijo Oxby.

Tobias negó con la cabeza.

—Y a mí me habría gustado ir.

A Oxby le fue asignado un Ford Escort estándar con el exterior negro y el interior gris, ambos necesitados de una limpieza a fondo. Condujo en dirección sur desde Londres por el puente Vauxhall, atravesó Kensington y después tomó la A23 hasta Surrey.

Oxby y Pinkster se habían conocido en una subasta de muebles, pero dudaba que el adinerado coleccionista de arte recordara su breve encuentro. Oxby lo recordaba. Alan Pinkster tenía treinta y ocho años, estaba precariamente casado por tercera vez y era padre de una niña de diez años que vivía con su madre. La esposa número uno, con la que había forjado una pequeña fortuna, había aparecido recientemente en los periódicos debido a su nuevo matrimonio. Aunque en Nueva York se le consideraba un multimillonario, la comunidad financiera de Londres se preguntaba cuántos de los activos de Pinkster eran compensaciones por transacciones y grandes préstamos. Pinkster, que había aprendido el arte del arbitraje de un trío de infames de Wall Street con el que había trabajado durante tres años, sabía que un pequeño porcentaje de una cantidad enorme de dinero era una ruta segura hacia una gran riqueza. Era experto en bonos basura y, con apenas veintisiete años, ya había hecho compras apalancadas multimillonarias. No había duda, a ninguno de los lados del Atlántico, de que Alan Pinkster sabía cómo ganar y gastar dinero a gran escala.

Su casa estaba cerca de Bletchingley, una población rural en el centro de Surrey. En el transcurso de varios años, ayudado consecutivamente por sus tres esposas y el doble de decoradores, había realizado una ardua restauración en la vieja casa señorial. Pinkster también había construido una galería de modesto tamaño para alojar su sorprendente e impresionante colección de arte.

El hombre, que esperaba junto a un alargado Mercedes aparcado frente a la galería, estaba evidentemente nervioso.

—¿Es usted de la policía? —preguntó abruptamente.

Oxby fue igualmente directo.

—Sí. —Y le ofreció su tarjeta.

Pinkster transmitía una cierta vehemencia: la boca presionada con fuerza y unos ojos oscuros que se clavaban en su interlocutor. Llevaba el cabello castaño pulcramente peinado, estaba en forma e iba vestido con ropa cara.

—Quiero que el maldito bastardo que ha hecho esto pague un precio desorbitado —dijo, furioso.

—¿Qué precio tiene en mente? —le preguntó Oxby.

—Hablo en serio. Quiero que el que haya hecho esto sufra. Que sufra mucho, y después que lo encierren durante mucho tiempo.

—Ese sería, desde luego, un alto precio —acordó Oxby.

Pinkster lideró el camino hasta la galería. Había celebrado una fiesta de gala ahí dos años antes, cuando abrió su galería oficialmente. Un gran acontecimiento, según todos los relatos, repleto de carpas, hielo esculpido y mesas de buffet llenas de comida y buenos vinos. La CNN lo televisó y la BBC lo puso en las noticias. Había sido otro intento de Pinkster, este a escala monumental, de medrar en la sociedad londinense.

Solo estaba en exposición la mitad de la galería, ya que la otra mitad estaba en proceso de reparación y restauración. Sobre una mesa grande, bajo potentes luces, estaba el autorretrato. Oxby vio inmediatamente que su condición era incluso más grotesca de lo que había imaginado. El rostro del artista era discernible, pero parecía dibujado por una mano demente. Una oreja se había soltado del lugar al que pertenecía y estaba casi donde debía estar la nariz. La boca era un agujero abierto y rojo. Los ojos se habían deslizado hasta la negrura de la barba de Cézanne. Oxby se sentía asqueado, tanto por la horrible distorsión del retrato como por el cruel hecho de que una gran pintura hubiera sido destruida sin razón.

—¿Cuándo lo descubrieron? —le preguntó el inspector, rompiendo el silencio.

—A primera hora, esta mañana.

—¿Podría ser más concreto?

El policía miró inquisitivamente al pequeño grupo que se apiñaba junto a la puerta. Era el personal de conservación de la galería; muy competente, según se decía.

—A las ocho en punto —dijo un hombre joven—. Yo fui el primero en verlo. Normalmente, el señor Boggs está aquí antes de las ocho, pero hoy no lo hemos visto en todo el día.

Boggs era Clarence Boggs, el antiguo conservador jefe de la Colección Wallace de Londres, famoso por ser concienzudo y leal.

—Lo descubrió a las ocho de la mañana —dijo Oxby—, pero no fue a esa hora cuando lo rociaron con ácido.

Pinkster estaba impaciente.

—Ayer por la noche estaba perfectamente y esta mañana…

—Me gustaría reunirme con Boggs —dijo Oxby.

—Y a mí —replicó Pinkster, malhumorado, y se dirigió a los tres hombres y dos mujeres que formaban el grupo junto a la puerta—. ¿Dónde está, por el amor de Dios?

El mismo joven habló de nuevo y dijo que Boggs había parecido preocupado tras una llamada telefónica que había recibido la tarde anterior.

—¿Cuándo fue eso? —le preguntó Oxby.

—Justo cuando el grupo danés estaba marchándose.

—¿Y qué ocurrió?

—Se fue. Se puso ese viejo sombrero que siempre lleva, cogió su bastón y se marchó.

—¿Qué tipo de bastón?

—Uno normal, para caminar. Al señor Boggs le gusta andar. Dice que le ayuda a aclarar la mente cuando hay contratiempos. —El joven añadió—: Su hija ha tenido problemas últimamente.

Oxby se acercó al pequeño grupo.

—Me gustaría charlar brevemente con todos vosotros antes de que os marchéis. Como es importante que me contéis todo lo que habéis observado en las últimas veinticuatro horas, debo pediros que no habléis entre vosotros sobre la pintura ni especuléis sobre lo que pudo haber ocurrido ayer.

Se miraron unos a otros, se encogieron de hombros y comenzaron a salir silenciosamente de la habitación. Cuando se hubieron marchado, Oxby caminó hasta la mesa y se detuvo frente a Pinkster. El retrato destrozado estaba entre ambos.

—¿Cuál era su valor?

—No lo sé. Mi colección ha sido tasada en cifras astronómicas, pero difícilmente conseguiría ese importe en una subasta.

—Recuerdo que pagó un poco más de tres millones de libras por el paisaje de Cézanne. Ha sido suyo durante cinco años y seguramente valdrá siete, quizá ocho millones ahora. —Oxby tenía tan buena memoria para el arte como un director de orquesta para las partituras sinfónicas. Podía relacionar cuadro con comprador, con precio, con fecha de venta y, por último, con casa de subastas —. También recuerdo que consiguió el autorretrato en una transacción comercial.

—Era uno de los pocos bienes libres de gravámenes de los

hermanos Weissmann. Compramos su empresa de corretaje poco después de la caída de precios de sus acciones en 1987. Su negocio estaba de capa caída y ellos estaban haciéndose viejos, ambos pasaban de los ochenta años. George Weissmann murió en diciembre de ese año. Louis sufrió un derrame años después y ha estado en una silla de ruedas desde entonces.

—¿Sabía que poseía un autorretrato de Cézanne?

—Mi trabajo es saber esas cosas.

—¿Cuánto pagó por su empresa?

Oxby no esperaba una respuesta y Pinkster no lo decepcionó.

—Fue una transacción privada —le contestó con frialdad—. Ese tema no tiene nada que ver con su investigación.

—Quizá no, al menos de momento.

Oxby le hizo saber que el tema no había quedado zanjado.

—¿Cuándo tiene pensado interrogar al personal?

—Dentro de poco —le contestó Oxby—. Pero primero tengo una o dos preguntas que espero que me conteste.

—Por supuesto.

Pinkster cruzó los brazos sobre el pecho y clavó sus ojos oscuros en Oxby.

—¿Dónde estuvo ayer?

—En mi despacho de Londres. Comí algo rápido en Connaught. Regresé a Bletchingley a las siete. Teníamos invitados para cenar.

A Oxby le sorprendía que alguien pudiera comer algo rápido en Connaught.

—¿Ha recibido llamadas telefónicas o correspondencia que se salga de lo ordinario?

Pinkster reflexionó durante un momento y después negó con la cabeza.

—No puedo afirmarlo ni negarlo. Es mi secretaria quien se ocupa de todo eso.

—Quizá hable con ella.

Pinkster terminó abruptamente el interrogatorio girándose para alejarse en dirección a su casa. Oxby volvió a la galería y entrevistó a los miembros del equipo uno a uno. Una vez más, el joven que había hablado antes se mostró ansioso por contar todo lo que sabía. Era delgado y tenía el cabello rubio y un rostro de rasgos suaves. Se llamaba David Blaney. Como había hecho con los demás, Oxby empezó charlando de cosas triviales antes de centrar la conversación en lo que había ocurrido el día anterior.

—¿Se encargó ayer de alguna tarea especial? —le preguntó Oxby.

—Llevo varias semanas preparando el diseño de un folleto para mostrar la colección del señor Pinkster, así como el edificio. Es extraordinario trabajar en un pequeño museo que tiene todos los desafíos y problemas de una galería mayor. Ayer estuvimos fotografiando parte de la colección de escultura. Tenemos un rodin y una pieza de Henry Moore, ¿sabe?

Oxby estaba impresionado, y así se lo dijo.

—Un grupo de la embajada danesa estuvo aquí. ¿Los vio?

—Efectivamente. Hice que el fotógrafo tomara algunas fotos espontáneas del grupo. Pensé en añadir una al folleto. —Entonces David negó con la cabeza—. Pero eran casi todo mujeres.

—¿Tiene algún problema con las mujeres? —le preguntó Oxby con una sonrisa perpleja.

—No, en absoluto —contestó David a la defensiva—, pero quería usar una imagen en la que hubiera tanto hombres como mujeres.

—¿Tiene las fotografías?

—Tendré las copias en un día o dos.

—Pídale a su fotógrafo que guarde los negativos. Quiero ver todas las fotos que tomó.

—Es muy difícil contactar con él por teléfono, pero lo intentaré.

—¿Cuándo examinó el retrato de cerca por última vez?

—Hace dos días le dedicamos varias horas. A menudo, Cézanne cargaba el lienzo de pintura y en ese retrato el *impasto* era muy pesado, como si hubiera usado un palustre para aplicar la pintura… —Su voz se apagó.

Tras los interrogatorios, Oxby regresó a su coche para esperar a Nigel Jones y para grabar sus impresiones del rato que había pasado con Pinkster y el personal de su galería. De repente, escuchó un grito y levantó la mirada para ver cómo corría Alan Pinkster hacia la galería. Tenía el rostro enrojecido y la inquietud se mostraba en el modo en el que su cabeza se sacudía nerviosamente. Sus pies retumbaron sobre el camino de gravilla hasta que se detuvo a un par de metros de Oxby. Sus labios estaban moviéndose, pero no emitían sonido. Entonces llegaron las palabras.

—La policía ha llamado. —Los ojos de Pinkster tenían una expresión desvalida—. ¡Boggs ha sido asesinado!

4

Pasaba un minuto de la una del miércoles y la terminal principal del aeropuerto de Gatwick, el segundo aeropuerto más importante de Londres, estaba saturada de pasajeros. Un hombre se acercó al quiosco de prensa del pasillo sur. Llevaba un fardo negro de extraña forma, una pequeña bolsa negra que parecía una salchicha enorme. Era alto, más de metro ochenta, y llevaba un traje azul oscuro, camisa sin corbata, gafas de sol opacas y un sombrero de paja de verano con ala ancha. Se movió por el quiosco y cogió un ejemplar del *Financial Times* y otro del *International Herald Tribune*. Examinó las portadas de la prensa sensacionalista, escogió el *Sun,* metió los tres periódicos bajo su brazo y los pagó. A continuación entró en el restaurante contiguo y pidió café, que se llevó a una mesa junto a la pared desde la que tenía una vista clara de la entrada del restaurante. Sacó el *Times* de la bolsa y examinó las columnas, deteniéndose de vez en cuando como si le interesara una empresa concreta. Después hojeó el *Tribune*. Fue una línea de texto en negrita que atravesaba la parte inferior del *Sun* lo que captó su atención: «Conservador de galería de arte asesinado».

En la tercera página había una fotografía de la galería Pinkster y otra de Clarence Boggs y Alan Pinkster admirando una estatua desnuda de Rodin que había sido tomada el día en el que la colocaron en la galería. El artículo era breve e incluía una declaración de la policía de Reigate en la que sugerían que Boggs había sido asesinado, pero que estaban esperando a que concluyera la investigación de la Policía Metropolitana. El hombre dejó la bolsa negra y su sombrero en la silla contigua y a continuación se incorporó y sorbió el café. Estaba frío.

Era un individuo grande. Tenía los hombros anchos, unas manos de dedos gruesos y largos y un rostro amplio que era, de algún modo, atractivo. Llevaba el cabello, castaño y con algunos mechones aclarados por el sol, peinado hacia atrás. Tenía los labios llenos y una mandíbula fuerte con un profundo hoyuelo ligeramente descentrado que hacía que uno de los lados de su rostro pareciera más ancho que el otro. Miró el reloj digital que había sobre la barra: 13:14. Bajó la mirada para observar a una mujer que empujaba su

bandeja hacia delante, pagaba al cajero y después se giraba para examinar la sala. Iba vestida de un modo sencillo, con un jersey y pantalones; su cabello oscuro encuadraba un rostro bonito en el que solo había un toque de lápiz labial rosa. Astrid Haraldsen se había preparado para viajar: sencilla, cómoda y de incógnito. Caminó hasta la mesa junto a aquella en la que estaba sentado el hombre alto y apartó las tazas vacías y el cenicero.

—¿No prefiere sentarse aquí? —le ofreció con un inconfundible deje cantarín en la voz que sugería que era escandinavo—. Esa mesa está muy sucia.

—*Norsk?* —le preguntó ella.

—*Ja*. —Él sonrío.

La mujer colocó su bandeja en la mesa y se sentó. Charlaron amistosamente durante varios minutos en una mezcla de noruego e inglés. Una pareja joven se sentó en una mesa cercana. Se reían y, de vez en cuando, se acercaban y se besaban. Astrid los miró con atención; observó el resto de mesas y la gente que hacía cola para pagar al cajero. La sonrisa que la había acompañado hasta ese momento se desvaneció.

—Pareces cansada —dijo el hombre, sin inflexión en la voz. Cuando continuó, lo hizo en noruego—: Se te ve el pelo debajo de la peluca. Arréglalo antes de que llame la atención de la persona equivocada.

La miró mientras se tanteaba la línea de cabello que cubría el pálido rubio de su tono original y se llevaba un mechón de cabello oscuro sobre la frente.

—Estás pálida —insistió—. ¿Te sientes bien?

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó en un hilo de voz—. ¿Por qué, Peder?

El hombre al que había llamado Peder se colocó la bolsa negra en el regazo y posó las manos sobre ella, una encima de la otra.

—El conservador era un problema en potencia. Entró en la galería poco después de que rociara la pintura. Estoy seguro de que olió el disolvente.

Ella negó con la cabeza.

—No. En la habitación había un fuerte olor a pintura. Escuchaste a alguien decir que habían pintado el techo aquella misma mañana. —Se frotó las manos nerviosamente—. Dijiste que había sido un golpe de suerte.

—Una coincidencia, dije. Pero no fue ningún golpe de suerte que hicieras preguntas sobre una de las pinturas. No debías hablar con nadie.

—Hice una pregunta inofensiva.

—Y él te respondió. Te miró atentamente, y después a mí. Más tarde podrá describirnos. Y también ese maldito fotógrafo. Hizo fotos de todo lo que se movía.

—Pero yo llevaba esto. —Se pasó la mano por el cabello oscuro —. Buscarán a una secretaria de Copenhague llamada Muller.

—Yo no iba disfrazado —dijo Peder.

—No va a pasar nada —replicó Astrid.

—Un buen fotógrafo podría crearnos un enorme problema.

—¿Cómo sabes si era bueno?

—Lo buscaré. Descubriré lo que tiene.

—¿Puedes hacer eso?

El hombre asintió.

—Debo.

Los ojos de Astrid centellearon. Miró el periódico y movió uno de sus dedos bajo la fotografía de Clarence Boggs.

—No tenías por qué matarlo.

—Fue un accidente —dijo él con impaciencia.

—Dijiste que nadie saldría herido. Ahora, alguien ha muerto.

—Y un fotógrafo nos hizo fotos. Eso lo cambia todo.

Se inclinó hacia ella y habló en voz baja con tono urgente.

—Tienes un trabajo que hacer y espero que lo hagas.

Un trío de jóvenes hombres de negocios americano ocupó la mesa contigua. Se estaban felicitando por el éxito de su viaje.

Peder los miró y después continuó, todavía hablando en noruego:

—¿Cuándo verás a Llewellyn de nuevo?

Ella sonrió brevemente.

—Quedaré con él cuando lo llame desde el aeropuerto esta noche.

—¿Vive solo? Un hombre tan rico debe tener servicio.

—Vive con otro hombre, alguien llamado Fraser. Nadie más. Me lo contó un repartidor. El tal Fraser es mayor que Llewellyn, pero el chico me dijo que habla de un modo extraño y que es fuerte.

—¿Estás diciendo que ese hombre es el único que se ocupa de la protección de las obras de Llewellyn?

—Es posible. Y hay un perro —añadió Astrid—. El chico me dijo que es uno de esos perros que ladran todo el tiempo.

Peder tamborileó los dedos sobre la parte superior de la bolsa negra.

—Quiero que lo descubras todo sobre la pintura. Mídela, si puedes, descubre cómo está enmarcada, qué tipo de soporte tiene, si

hay alguna alarma conectada al marco y, en caso afirmativo, qué tipo de alarma. Qué dificultad tendría sacar la pintura del marco y qué herramientas serían necesarias. La mayor parte de los autorretratos de Cézanne son pequeños.

—Si he juzgado correctamente a Edwin Llewellyn, habrá colocado su pintura en un marco muy grande, muy opulento y muy caro.

Peder se encorvó hacia delante.

—Descúbrelo todo. No debe haber errores ni informaciones incompletas. ¿Entendido?

—Descubriré las respuestas a todas tus preguntas sobre Llewellyn, su pintura, el viejo, el perro y mucho más. —Lo miró fijamente, casi desafiante—. ¿Cuánto tiempo tengo antes de que quieras que me lo lleve?

—Los planes han cambiado. En enero habrá una exhibición especial de la obra de Cézanne en el sur de Francia. En Aix-en-Provence. Me han dicho que Llewellyn ha aceptado prestar su retrato para la exposición y que podría querer entregarlo personalmente. En ese caso, sería más fácil quitarle la pintura durante el viaje. —Le pasó los dedos por el dorso de la mano—. Para entonces, Llewellyn y tú deberíais ser muy buenos amigos.

—Creo que el perro va a donde va Llewellyn. —Se le escapó una pequeña risita—. Y cuanto mejor me conozca el perro, más ladrará cuando me vea. Es un problema tonto, pero un problema.

—Quizá tenga una solución.

Aukrust abrió las correas de su bolsa negra. Estaba hecha de cuero, medía cuarenta y cinco centímetros de largo y era redonda como una almohada. Era una bolsa de instrumental diseñada para un médico homeópata. En ella había un laberinto de compartimentos que contenían cuatro frasquitos de cristal de dos onzas, seis viales de tres dracmas, diez de diez dracmas y doce viales de una onza. En total había más de treinta remedios homeopáticos con nombres como *nux vomica, jatropha* y *apis mellifica,* también conocido como «veneno de abeja». Había compartimentos con papel secante, bisturís en fundas esterilizadas, suturas y agujas, un estetoscopio, esparadrapo, vendas y diverso material médico. Las iniciales C. R. M., bañadas en oro, estaban en el lateral de la bolsa. Su pasaporte británico decía que era Charles Metzger, médico. Su tarjeta de visita proporcionaba una dirección en Londres y declaraba que era doctor en homeopatía. Pero ella lo había llamado Peder. El pasaporte noruego que había en el bolsillo interior de su chaqueta lo identificaba como Peder Aukrust. En su

visado francés figuraba una dirección de Cannes.

—Esto es para ti.

Sacó un lápiz de labios del interior de su maletín médico y lo sostuvo frente a ella para que pudiera ver su suave color dorado. La mujer lo miró con curiosidad.

—No es un labial ordinario —dijo, y quitó el tapón—. Deja que te lo demuestre. Gira a la derecha y tendrás un pintalabios. Es el tono «Rosa Pasión». —Sonrió, cosa poco frecuente en él—. Gira a la izquierda y no pasará nada. Pero presiónalo contra la pata de la mascota de Llewellyn y una aguja hipodérmica inyectará dos centímetros cúbicos de trianilseconal que silenciaran los ladridos rápidamente… y para siempre.

Astrid miró fijamente el tapón del labial.

—Pero yo no quiero matarlo.

—Es solo un perro —dijo él sin emoción—. No podemos asumir riesgos.

La mujer cerró el estuche del pintalabios y lo guardó en su bolso.

—Quiero que vengas conmigo.

—No es posible. Hay asuntos aquí de los que tendré que ocuparme mientras tú estés en Boston. —Y, por primera vez, sonrió como si de verdad estuviera disfrutando.

—Peder —comenzó Astrid, incapaz de mirarlo a los ojos—, cuando comenzamos dijiste que destruiríamos tres pinturas. Ahora son cuatro...

Él negó con la cabeza vigorosamente.

—El mundo seguirá girando aunque haya un par de retratos de Cézanne menos. Además, los restantes valdrán mucho más que antes.

Volvió a buscar en la bolsa negra, sacó un sobre marrón y se lo entregó.

—Aquí hay cinco mil dólares. Te enviaré un cheque bancario con más. Lo tendrás en una semana.

Astrid guardó el sobre en su bolso.

—Te llamaré el domingo a la misma hora —le dijo. Lo miró, cerró los ojos un instante y después se incorporó y volvió a la terminal.

Él observó su marcha y continuó mirando el punto por donde desapareció entre el deambular de pasajeros. Clarence Boggs, desde la fotografía en el periódico que había junto a su mano, lo miraba amenazantemente.

—Puto fotógrafo.

Un hombre se acercó a la mesa, dejó su bandeja y se sentó. Aukrust se giró hacia él, asintió en silencio y después reunió sus periódicos y la bolsa negra de extraña forma y caminó hasta la hilera de taxis.

5

Es posible que el Támesis sea el río corto más famoso del mundo. Solo cuenta con trescientos cuarenta y cinco kilómetros de longitud y es quizá mejor conocido por su impresionante anchura: aunque en el puente de Londres solo hay doscientos setenta metros de orilla a orilla, las riberas de su desembocadura al este de la ciudad están a casi diez kilómetros de distancia. Tras los bombardeos que sufrieron los grandes muelles durante el Blitz de la Segunda Guerra Mundial, el modo en el que se importaba y exportaba la mercancía de Londres sufrió un cambio drástico y grandes extensiones del río pasaron décadas abandonadas. Después de la guerra se aprobó un enorme proyecto de reconstrucción de la Isla de los Perros que hizo renacer el gran río, un suceso que disgustó a algunos, alegró a otros y llevó al desastre financiero a sus desarrolladores.

El tráfico del río también cambió. Barcazas, pequeños cargueros y navíos de placer reemplazaron a los enormes buques de mercancías. Bajo el colorido puente Albert, al principio de Royal Hospital Road, estaba el muelle de Cadogan, puerto de amarre de una mezcolanza de barcos privados y alquilados. Uno de ellos era un restaurado remolcador de cuarenta años de antigüedad con el casco pintado de negro y las barandillas y la camareta en alegres amarillo y verde. En él ondeaban varios estandartes, entre los que había una descolorida bandera británica y una nueva e impoluta bandera griega. Tallado en un trozo de madera pulida y pintado en letras doradas estaba el nombre del barco: Sepera.

Una mujer salió a cubierta y habló con el hombre de complexión robusta que estaba junto a la barandilla.

—¿Es la hora, Nikos?

—El que viene de camino es nuevo, y los nuevos siempre llegan tarde la primera vez.

—Su apellido no es japonés —dijo la mujer, y negó con la cabeza—. ¿Es Mezzer? ¿O cómo lo pronunciáis vosotros?

—No es un apellido griego. Doctor *Mets-gar*, creo —le contestó Nikos, y se volvió para mirarla—. Esta noche, tu trabajo será sencillo. Solo tienes que preparar la sala grande y acompañarlo hasta allí.

Sus cejas negras eran como dos orugas peludas unidas en el puente de una nariz fuerte y amplia. Sobre su boca había un poblado mostacho que se enroscaba para terminar en puntas cuidadosamente recortadas. Dio una profunda calada a la colilla de un cigarrillo y después la lanzó al agua.

—Iremos hasta la Barrera y daremos la vuelta en Greenwich. Me ha dicho que será un crucero de una hora. No más.

—Preferiría cocinar algo —contestó ella—. Me aburro sin hacer nada.

La mujer tenía el cabello negro y los ojos del profundo y oscuro azul del cielo nocturno. Su piel era del color de las olivas, y su nombre era Sophie. Nikos había nacido en Patras, en la costa norte del Peloponeso. La madre de Sophie era siciliana y, aunque había nacido en Italia, pasó su infancia en cinco países mediterráneos diferentes. Su padre y cabeza de familia había sido un aficionado al vino que nunca conservaba durante mucho tiempo su empleo como constructor de barcos.

Nikos y Sophie, capitán y primero de a bordo del remolcador, tenían su propia historia. El año anterior habían formado parte de la tripulación de un yate que ancló en Portofino mientras su propietario entretenía a sus amigos y clientes, de vacaciones en la Riviera italiana. Nikos era el segundo de a bordo y Sophie trabajaba en las cocinas y se ocupaba de las necesidades de la esposa del propietario. Fue entonces cuando un invitado les ofreció un barco, un salario y la posibilidad de comenzar su propio negocio de alquiler en el río Támesis de Londres. Ninguno de ellos había estado en Inglaterra; hablaban poco inglés y no sabían nada sobre el Támesis, sobre los cambios que estaban teniendo lugar en la Isla de los Perros o sobre los puntos peligrosos de aquellas aguas, pero se les garantizó que obtendrían visados de trabajo y las licencias y permisos oportunos. Su benefactor les prometió que durante el primer año, mientras aprendían el idioma y se acostumbraban a su nueva vida, los mantendría ocupados con algunos encargos personales. Les permitió darle a la embarcación el nombre que desearan.

A medida que el aire se enfriaba, una bruma comenzó a levantarse del agua y a extenderse por el muelle. Una figura apareció y se detuvo ante la dársena. Nikos observó al hombre alto que caminaba ante los barcos amarrados junto al Sepera con una bolsa de lona colgada del hombro. Hacía una pausa frente a cada nave, como si buscara una en concreto. Cuando llegó al Sepera, se detuvo. A continuación, después de mirar la ruta por la que había

llegado, caminó lentamente hasta la entrada en la barandilla que bordeaba al desgarbado y viejo remolcador. Nikos estaba allí para recibirlo.

—¿Doctor *Mets-gar*? ¿Lo he dicho bien?

Peter Aukrust miró fijamente a Nikos y después a Sophie. Asintió y dijo que estaba bien.

Sophie se acercó y le dedicó una sonrisa discreta pero amistosa.

—Por favor, acompáñeme —dijo, y señaló la puerta abierta que conducía al camarote.

En la proa, unos peldaños subían hasta la timonera; en popa había una pequeña habitación con sillas, mesas, una televisión y una estantería con libros. Sophie abrió la estrecha puerta.

—La escalera es muy empinada —le indicó amablemente.

Bajaron un anguloso tramo de escaleras, se detuvieron en un rellano de rejilla metálica y bajaron otro tramo. La mujer esperó hasta que su cliente llegó a una zona de apenas medio metro cuadrado. Abrió una puerta y reveló una habitación que tenía nueve metros de largo, la misma anchura que el barco y cuyo techo estaba a seis metros del suelo de madera.

—Esto es lo que llamamos el Gran Salón. —Sonrió por haber pronunciado tan bien las palabras—. Aquí todo está pensado para su comodidad.

En la pared de madera junto a la puerta había dos muebles empotrados con brillantes bisagras y aldabas de cobre. Sophie abrió la puerta de la izquierda. En el interior había una barra bien aprovisionada, un estante para vinos y una máquina de hielo. Tras la otra puerta había una cocina en miniatura totalmente equipada.

—¿Qué puedo hacer por usted? —Dijo las palabras con precisión en una extraña y agradable combinación de su propio acento e inglés.

El hombre miró las hileras de botellas a su espalda.

—Whisky escocés con agua —pidió—. Con poco whisky.

Sophie preparó la bebida con profesionalidad y se la sirvió. Sin perder la sonrisa, se giró y salió por la puerta por la que habían entrado. El pestillo hizo un clic al cerrar. El hombre se había quedado solo.

«Gran Salón» era un nombre apropiado para la habitación en la que se encontraba. Las paredes de madera eran de una caoba roja oscura y no tenían ventanas. A cada lado de la larga pared había sofás de cuero casi del mismo color rojo oscuro que la pulida madera. El suelo, compuesto por tablas anchas unidas en espiga, era el original del barco. Cerca de la entrada de la habitación había una

placa de bronce, cuidadosamente incrustada en el suelo de madera, que decía: REY GUILLERMO, 12 DE MAYO, 1909, ASTILLEROS DE CRAWFORD. En la pared del extremo opuesto de la habitación solo había una televisión de pantalla grande. Cuatro grandes butacas ocupaban el centro de la sala, y Aukrust se preguntó cómo habían conseguido bajarlas por las empinadas escaleras. Junto a cada butaca había una mesa pequeña, y sobre cada una de ellas había una bandeja de cuero que contenía un bloc de papel y un bolígrafo. Era evidente que uno de los sillones había sido pensado para alguien más importante que los demás, ya que era más grande que el resto, así que empezó a pensar en ella como «la butaca importante». En la mesita contigua había un teléfono y una lámpara.

El motor diésel comenzó a retumbar a poca distancia y sus fuertes vibraciones atravesaron el barco. Aukrust notó un movimiento de balanceo cuando el Sepera empezó a moverse y el sonido del motor se convirtió en un ronroneo grave. La pantalla de la televisión se encendió y la estática se transformó en una imagen clara. Una cámara ubicada en alguna parte mostró desde arriba el resto de barcos del río y los faros de los vehículos que se movían a lo largo del muelle, y a continuación dio paso a las cuatro amarillentas chimeneas de la central eléctrica de Battersea. Aukrust intentó abrir la puerta pero, como suponía, Sophie había colocado el pestillo al salir. Recorrió lentamente la sala, inspeccionó los paneles y llegó a la conclusión de que eran móviles, aunque no sabían cómo se abrían. Los motores estaban en popa, pero no había un modo fácil de llegar hasta ellos. Se sentó en la butaca importante, con la bebida en la mano, y miró fijamente la pantalla de la televisión.

Se produjo una serie de estallidos, tres explosiones cortas seguidas de tres más. Las tres últimas salieron de los altavoces, tras la pantalla de televisión. A continuación se hizo el silencio, seguido de un silbido agudo. Silencio de nuevo. Más chasquidos, como si estuvieran cambiando de cadena. Finalmente, un tenue zumbido que se desvaneció y fue reemplazado por la voz de un hombre.

—Peder, amigo mío, siento no poder reunirme contigo, pero pensé que serviría a nuestro interés mutuo que tú visitaras a solas el Sepera por primera vez. Nikos y Sophie atenderán tus necesidades y, después de escuchar el mensaje que he grabado, descubrirás que la puerta está abierta y que puedes inspeccionar este viejo barco si lo deseas.

Peder Aukrust mostró poca emoción ante los comentarios de

aquella voz tan inquietantemente inconexa de las imágenes de la televisión. Tenía, si acaso, una expresión perpleja, quizá una de admiración. Había reconocido la voz; conocía muy bien a su propietario.

—Por supuesto, tenemos que repasar algunos asuntos importantes.

El tono tranquilo y relajado había cambiado de repente. La voz suave era ahora metódica y seria.

—Hasta ahora lo has hecho bien: tres pinturas en ocho días. Tenía dudas de que pudiera lograrse, sobre todo en el caso de la National Gallery. Sin embargo, los contratiempos en Surrey y tu ingenioso método para deshacerte del señor Boggs podrían traernos complicaciones… Podrían haber dejado rastros innecesarios para la policía.

Aukrust dio un sorbo a su bebida sin apartar nunca los ojos de la pantalla, que ahora mostraba un yate de vela regresando de lo que seguramente había sido un crucero por el canal.

—Tengo entendido que hay un inconveniente más. En la galería había un fotógrafo.

Aukrust reaccionó furiosamente.

—Ese fue un error jodidamente estúpido y habrá que hacer algo al respecto.

La voz continuó:

—Se apellida Shelbourne y recibe encargos de la galería de vez en cuando. Para evitar la posibilidad de que Astrid o tú aparezcáis en sus fotografías y de que estas lleguen a las manos de la policía, te sugiero que hagas una visita a su estudio y que destruyas tanto las copias como los negativos. Me ocuparé de que Shelbourne reciba un encargo que lo aleje de allí durante una semana. Su estudio está en la calle comercial de Reigate y no es probable que tengas problemas con alarmas, ya que Ian Shelbourne es tremendamente descuidado con ese tipo de cosas.

Entonces se escuchó un clic, como si la grabación se hubiera realizado en un momento diferente. La voz era más alegre, menos ominosa.

—Supongo que has decidido sentarte en la butaca más grande del centro de la habitación. Junto a ella hay una mesa, y en el cajón hay tres sobres. Por favor, abre el más grande.

Era un sobre de papel manila cerrado con un broche metálico. En su interior había otros tres sobres más pequeños. El primero contenía libras inglesas; el segundo, francos franceses; el tercero, dólares americanos. Aukrust hojeó los billetes pero no los contó.

Sonrió.

—En el segundo sobre hay dinero adicional para cubrir los gastos de Astrid Haraldsen en Nueva York y Boston. Tengo grandes dudas sobre el hecho de que la hayas enviado sola al museo de Boston. Tienes que comprender —la voz era, una vez más, urgente y un tono más aguda— que si fracasa o, mucho peor, si la atrapan, nuestra relación habrá terminado y no recibirás más pagos ni protección.

Aukrust saltó de la silla.

—¡Estás demasiado metido en esto! —gritó a la pantalla de televisión—. No puedes darme la espalda.

La voz continuó tranquilamente:

—En el tercer sobre hay un recibo del Banco Central de Luxemburgo que confirma el depósito de tus honorarios en una cuenta numerada RS-1104.

Aukrust leyó la breve nota, la dobló y la guardó en un compartimento con cremallera de su bolsa. Hizo lo mismo con el dinero.

—Por último hablaré sobre el retrato de DeVilleurs. Solo este y el que pertenece a Llewellyn son parte de una pequeña colección privada. Cualquiera de estos dos retratos alcanzaría un alto precio entre un pequeño grupo de adinerados coleccionistas de Hong Kong, América o Japón. Debes recalcar a Astrid la importancia de desarrollar una relación íntima con Llewellyn; solo tendremos acceso a su cuadro si ella cuenta con su total confianza. En cuanto a la señora DeVilleurs, enviudó recientemente y, aunque es una mujer mayor, se mostrará receptiva a la atención especial que espero que le dediques. El pequeño negocio que te pedí que establecieras en Cannes te ayudará en ese sentido. Tal como Astrid debe ganarse el afecto de Llewellyn, espero que tú te ganes la devoción y confianza de la señora DeVilleurs.

Aukrust parecía interesado por el desafío.

—Me reuniré contigo la próxima vez que visites mi retiro en el agua —continuó la voz—. En ese momento analizaremos nuestros progresos y haremos nuevos planes.

No hubo despedida, solo un tenue zumbido en los altavoces y, después, silencio.

Aukrust se sentó y miró la pantalla del televisor. La imagen cambió a un remolino de patrones geométricos que creaba nuevas formas constantemente. En el centro había un círculo que crecía y se hacía más brillante siguiendo un hipnótico ritmo. Se sentó en una pose relajada y reflexiva y lo miró fijamente. Peder Aukrust sabía

cómo entrar en trance. Primero excluyó las distracciones visuales y sonoras que lo rodeaban y después permitió que algunos episodios elegidos del pasado fluyeran por su consciencia. Podía recordar un incidente o algo que hubiera hecho y deshacerse de toda responsabilidad personal en las consecuencias de lo ocurrido. Era un modo de limpieza, de absolución. En la mente de Aukrust, era permanente y vinculante. Comenzó a sacar de su memoria varios incidentes que su poderosa capacidad de negación había saneado, sucesos que habían ocurrido muchos años antes en Oslo.

Aukrust tenía una licenciatura en Farmacología de la Universidad de Copenhague y una licenciatura adicional en Bioquímica, en la que había demostrado ser especialmente hábil. Tras cuatro años como farmacéutico hospitalario había sido reclutado por el Departamento de Seguridad Interna del gobierno noruego, después de que él solito acabara con una organización criminal de tráfico de fármacos que había conseguido introducirse en la cadena de suministros de barbitúricos y psicotrópicos del hospital. Peter consiguió una placa y autoridad y pronto empezaron a acudir a él para obtener confesiones o consejos sobre asuntos de drogas y blanqueo de dinero. Los métodos de Aukrust eran desagradables pero efectivos, y sus superiores, satisfechos con los resultados, miraban para otro lado. Entonces, un testigo se negó a cooperar y Aukrust aumentó la severidad de sus técnicas de persuasión. La fuerza dio paso a la violencia y el pretendido informador, según Aukrust, tuvo un accidente. Lo encontraron muerto, con el cuello roto. El caso se silenció, pero seis meses después Aukrust fue transferido a un puesto aburrido sin esperanzas de promoción o reasignación. Nunca se sintió culpable por la muerte del hombre, si acaso aceptaba tener una pizca de responsabilidad. ¿Por qué debería sentirse culpable? No lo habían acusado. La ley no se había pronunciado, así que estaba totalmente convencido de que, en realidad, no había ocurrido nada, nada de lo que fuera culpable o inocente.

Apartó la mirada de la pantalla lentamente. Se levantó, caminó hasta la puerta y probó el pomo. Como le habían prometido, la puerta estaba abierta.

6

En Gatwick, antes de facturar para el vuelo, Astrid Haraldsen se detuvo en el servicio de señoras el tiempo suficiente para transformarse en la rubia noruega cuya descripción y fotografía aparecía en su pasaporte. Su vuelo aterrizó en el aeropuerto Kennedy a las 14:43. Pasó por la aduana y después, arrastrando su maleta, caminó hasta los teléfonos. Llamó al hotel Westbury para escuchar los mensajes que había acumulado en los últimos cinco días y sonrió cuando escuchó el nombre de Edwin Llewellyn.

Marcó su número.

—Soy Astrid. Me pediste que te llamara, aunque me dijiste que esperara una semana.

—No quería que te olvidaras de mí. Me dijeron que no estabas en la ciudad.

—Así es, pero ya he vuelto. Te estoy llamando desde el aeropuerto.

Hubo una pausa mientras Astrid esperaba su reacción.

—Esta noche estoy libre. ¿Y tú? —le preguntó Llewellyn.

—Podría quedarme dormida encima de ti.

—Entonces quedaremos temprano. Ven a tomar una copa. Cenaremos algo ligero y te mimaremos.

La mujer aceptó y salió a buscar un taxi.

La mansión de Llewellyn estaba en la calle Sesenta y Cinco Este, entre Park Avenue y Lexington. Era una zona de excelentes inmuebles donde las mansiones se vendían por dos millones de dólares y algunas subían hasta ocho. A pesar de los recortes corporativos y de la agitación del mundo financiero, muchos jóvenes nuevos ricos no temían pagar una cifra con seis ceros por la mansión perfecta en la calle adecuada del East Side. El dinero de Llewellyn, sin embargo, provenía de su patrimonio familiar y, a menos que quisiera meter mano a sus fondos principales, sus ingresos anuales eran ligeramente inferiores a un millón y medio. La pensión de sus dos esposas anteriores era el gasto más abultado de su presupuesto. Su primera esposa había vuelto a casarse por fin a mediados de año y el abogado de la esposa número dos respondió demandando un incremento en la pensión, aduciendo que su cliente

no podía vivir del modo al que acostumbraba con un cuarto de millón al año. Además, el dinero que se había estado dedicando a la esposa número uno estaba ahora disponible y…

La mansión había sido construida en 1890 y, como el resto de casas que la rodeaban, era larga y estrecha y tenía cinco plantas. El padre de Llewellyn había añadido un garaje en 1932, una inversión cuestionable que el tiempo demostró que había sido sabia. Junto al garaje había un largo pasillo y, tras el mismo, un apartamento consistente en un dormitorio, una pequeña sala de estar y una cocina con salida a un patio. Allí era donde vivía el sirviente de Llewellyn.

Colin Fraser era escocés, sobrino de otro Fraser que había servido a los padres de Llewellyn durante treinta años y que prácticamente había sido un tío para Edwin Llewellyn mientras crecía. Fraser era de constitución robusta, aunque no era alto. Su cabello pelirrojo estaba salpicado de gris y las arrugas que se habían asentado alrededor de sus ojos y boca daban a su rostro la apariencia de una vida pasada en los fuertes vientos de las Tierras Altas de Escocia. Estaba divorciado y tenía un hijo ya mayor, médico, que vivía en Glasgow.

En la casa también había un amistoso, aunque ruidoso, terrier de Norwich llamado Clyde quien, cuando Llewellyn estaba fuera, pasaba la mayor parte de su tiempo en la habitación de Fraser, cerca de la fuente de comida y del patio ajardinado.

La mansión de Llewellyn tenía la típica decoración de un solterón aficionado al arte. Contra el muro este había una escalera que iba desde la bodega hasta la planta superior. Al subir sus peldaños se pasaba junto a una ecléctica exhibición de pinturas indígenas mexicanas, piezas de la escuela della Robbia, un armario de tres metros de largo lleno sobre todo de exportaciones chinas y una variada colección de tocados de guerra de indios americanos. La habitación más grande de la segunda planta daba a la calle Sesenta y Cinco, tenía las paredes cubiertas de roble oscuro y había sido escenario de incontables recepciones y cócteles. La sala central era un comedor sin ventanas, y detrás estaba la cocina. En la tercera planta estaban los dormitorios. El principal era tan grande como la habitación de abajo y estaba decorado en tonos azules y grises. Tenía una cama gigantesca y un baño descomunal, una combinación de bañera y jacuzzi solo un poco menor que una piscina. El despacho de Llewellyn estaba en la cuarta planta, una habitación cuadrada con vistas a la calle. Era una sala llena de las curiosidades y comodidades que proporciona la riqueza, un espacio

en el que era un placer estar. Junto a una pared lateral había una cómoda con complicadas incrustaciones que estaba valorada en más de cien mil dólares. Los suelos de madera estaban cubiertos por distintas alfombras orientales. Dos ventanales panorámicos daban a la habitación profundidad y luz solar. En el alto techo había plafones que enfocaban cada una de las muchas pinturas que colgaban de las paredes. Detrás de la mesa que Llewellyn usaba como escritorio había una sección de pared a la que se había dado un tratamiento especial. Colocado en aquel lugar destacado, en un marco tallado cubierto de pan de oro, estaba su autorretrato de Cézanne. El título estaba grabado en una placa de bronce colocada en la parte inferior del marco: *Retrato del artista con el océano de fondo*.

Fraser recibió a Astrid y, ante su insistencia, la condujo hasta la planta superior. Ella quería hacerse una idea de cómo era la casa. Como Clyde no dejaba de ladrar y agitar la cola, Astrid lo levantó en sus brazos y dejó que le lamiera la nariz. Lo mimó un poco y, para cuando llegaron al despacho de Llewellyn, ya eran buenos amigos.

Llewellyn llevaba unos pantalones chinos J. Press, su chaqueta Brooks Brothers azul y un pañuelo Liberty con un nudo francés.

—Así que te escabulliste a… Dios, ¿dónde diantres has estado? ¿Ha sido un viaje de negocios o de placer?

—Un poco de cada. Volví a casa.

Mintió con facilidad y con una sonrisa cómoda. Clyde ladró, se subió de un salto al sofá y después volvió a bajar al suelo.

—¿Algún problema? Espero que no —se interesó Llewellyn con evidente preocupación.

—Ningún problema. —La sonrisa de Astrid se mantuvo firme. Su pequeña mentira se convirtió en dos cuando dijo—: Solo asuntos familiares.

—Bien —dijo Llewellyn—. Para ese tipo de viajes de urgencia me gusta usar el Concorde.

—No entra en mi presupuesto y no tiene vuelos a Oslo.

—Es un poco caro —reconoció Llewellyn—. Yo lo veo como un vuelo de negocios. —Se rió—. Como una comida de negocios. Lo he tomado un par de veces y creo que los hombres que usan esos aviones dedican una cantidad de tiempo y esfuerzo increíble para intentar preservar su preciado tiempo y esfuerzo. —La miró, sonriendo—. Puede que suene a envidia, pero no es así.

Astrid se levantó y giró lentamente para observar el despacho de Llewellyn.

—Me gusta lo que veo —dijo con aprobación—. Yo no tocaría nada.

Se había cambiado de ropa y llevaba un sencillo vestido de lino de color marrón claro en cuyo pronunciado escote ya se había fijado Llewellyn con agrado. Se movió con elegancia, rozando de vez en cuando un marco o girando un cuenco de porcelana entre sus manos. Rodeó la habitación y finalmente se detuvo frente al escritorio y miró el cézanne.

—Es precioso —dijo.

—Pensamos que es el último de sus autorretratos, quizá de 1902. Y creemos que es el mejor. Fíjate lo relajado que parece, como si quisiera que supieras que es un tipo normal y que no tiene que demostrar algo cada vez que coge un pincel. Mi padre creía que, si la pintura pudiera hablar, estaría diciendo: «Vamos a tomar un poco de vino y a charlar un rato». Mi abuelo se lo compró al marchante de Cézanne, un hombre llamado Vollard. Eso fue en 1903. Lo trajo a casa, lo colgó justo ahí, y nunca ha abandonado este hogar. Ni siquiera cuando hago que lo limpien y le cambien el marco.

—Entiendo que lo mantengas aquí, donde está a salvo.

—No tengo nada que ver con que haya estado en esa pared durante más de noventa años. La voluntad de mi abuelo estipulaba que sus herederos no podían vender, prestar o exhibir públicamente sus pinturas.

Astrid se detuvo justo delante de la obra.

—Es como si acabara de pintarlo. Incluso el agua parece mojada. —Acarició el fondo de agua azul—. ¿Por qué los artistas de esa época pintaban tantos autorretratos?

—Experimentaban constantemente, y supongo que el ego también tenía algo que ver. Cuando necesitaban un modelo, siempre podían usarse a sí mismos.

—¿Es cierto que pintó más de veinte autorretratos?

—Veintiséis, contando este, aunque quién sabe si hay alguno más escondido en un desván de alguna parte de Francia.

—Valdría una fortuna —dijo Astrid.

—Supongo. Más ahora, que un par han sido destruidos.

—¡Qué horror! He leído algo al respecto —exclamó Astrid sin girarse—. ¿Alguien les echó pintura encima?

—Qué va, ojalá hubiera sido eso. Usaron un ácido de algún tipo, un ácido jodidamente fuerte.

—¿No pueden arreglarlos?

—¿Restaurarlos? En absoluto. Era un químico potente. La

pintura quedó totalmente derretida.

—Debes tener cuidado y proteger bien este.

—Lo protegeré con mi vida. —El hombre sonrió—. Bueno, quizá no iría tan lejos, pero cuidaré bien de él cuando lo lleve a la ciudad natal de Cézanne.

Astrid estaba aún de espaldas a Llewellyn.

—¿Dónde es eso? —le preguntó en un susurro.

—Aix-en-Provence… En el sur de Francia. Voy a prestárselo a un pequeño museo que está preparando una retrospectiva de Cézanne. Pero por ahora es secreto.

—Me encantaría verla —dijo con excitación, dirigiéndose a Llewellyn.

—Quizá podamos preparar algo.

Llewellyn había notado su entusiasmo. Miró a Fraser, que acababa de entrar en el despacho.

—Te prometí algo de comer y Fraser está diciéndonos que ya está preparado. Espero que no haga demasiado calor en la azotea; normalmente corre brisa.

7

La muerte de Clarence Boggs había conmocionado al unido vecindario de Ockley donde durante siete años había sido conocido como un hombre extrovertido y afable que disfrutaba de la compañía de su precoz nieta. La señora Jacobson no había dejado de decir: «Era un verdadero encanto. ¡Y tan bueno con todos los niños!». Otros habían expresado sentimientos parecidos por la pérdida de su amigo. Nadie podía creer que hubiera muerto de un modo tan extraño, aunque su vieja berlina, con su parrilla y su guardabarros abollado, prestaba testimonio mudo de su ausencia. Después de recoger cada posible pista de su carrocería e interior lo habían aparcado en el camino de grava de su modesta casa. A su lado había ahora varios coches más, y un joven agente de policía estaba junto a los peldaños que conducían a la puerta principal. En el interior, Jack Oxby había montado su cuartel general temporal. Ann Browley y Nigel Jones se habían unido a él, y todos estaban sentados alrededor de la mesa de comedor de Clarence Boggs.

Ann estaba atravesando una fase de ira e intentaba en vano esconder el hecho de que se sentía personalmente afectada por el asesinato de Boggs y la destrucción de los retratos de Cézanne. Pero Oxby había descubierto que los sentimientos de Ann nunca interferían con su habilidad para ser objetiva mientras trabajaba en un caso. Le divertía la encantadora pizca de superioridad que mostraba a veces, un rasgo que sin duda había heredado de su bien situada madre, que no conseguía asimilar el hecho de que Ann se hubiera unido a la policía. La joven anotó algo en su cuaderno y miró a Oxby.

—¿Estamos aquí para hablar sobre el asesinato del señor Boggs o del señor Cézanne?

—Estamos investigando el asesinato de Clarence Boggs, Annie, pero tienes razón: algunos psiquiatras dirían que han sido dos los asesinatos. ¿Estás listo, Jonesy?

—Tengo que empezar diciendo que fue un modo inteligentísimo de asesinar a alguien. Aunque fue necesaria un poco de suerte.

Nigel Jones era alto y extremadamente delgado; todo en él parecía terminar en punta. Su nariz era profundamente afilada,

como lo era su barbilla, e incluso la línea de nacimiento de su cabello tenía un pronunciado pico de viuda. Manejaba el lenguaje con precisión y tenía un agudo y a veces oscuro sentido del humor. Nigel Jones se había licenciado en Medicina General, Farmacología y Química. Esta amplia educación formal se veía coronada por su insaciable curiosidad. Era uno de los pocos miembros de los laboratorios forenses de Scotland Yard en Lambeth a los que llamaban para reunir pruebas en la escena del crimen y que además examinaban las pruebas en el laboratorio.

—¿Qué tiene de inteligente envenenar a alguien? —preguntó Ann.

—No era un veneno normal. Y, desde luego, no fue suministrado de un modo normal.

—Comencemos por el principio, ¿de acuerdo? —dijo Oxby, y comenzó a leer las notas que había colocado frente a él—. Boggs abandonó su casa aproximadamente a las siete menos cuarto de la mañana del martes 19, condujo hasta el quiosco de prensa donde compró un ejemplar de *Sporting Life,* se detuvo cerca para comprar un café, regresó a su coche donde leyó los resultados de las carreras y se bebió el café. Todo esto formaba parte de su rutina matutina habitual, o eso nos han contado. A continuación condujo en dirección este a través de Reigate Road y, aproximadamente a un kilómetro y medio de Ockley, su coche aminoró la velocidad y giró abruptamente a la izquierda, donde golpeó frontalmente un muro de piedra. Boggs fue visto saliendo del coche y caminando; se tambaleó y cayó derrumbado a unos cinco metros de distancia. Un motorista que viajaba detrás de él fue testigo de todo esto; se detuvo, examinó a Boggs y no encontró ninguna señal de vida. Condujo hasta un teléfono y avisó a la policía.

Oxby colocó una página mecanografiada sobre la mesa.

—Esto es una copia del informe de la policía local. Establece que un tal agente Wagner fue el primero en llegar a la escena y confirmar que Boggs estaba muerto; que una ambulancia llegó a las siete y veintisiete de la mañana y trasladó el cadáver al hospital All Souls de Reigate. —Oxby miró a Jones—. Sabemos lo que pasó; espero que tú nos cuentes cómo pasó.

Nigel Jones había escuchado atentamente, con el cuerpo en tensión como si estuviera en posición de firmes.

—El señor Boggs recibió una dosis mortal de algo llamado DFP. Su nombre químico es fluorofosfato de diisopropilo y pertenece al mismo grupo químico que el cianuro. Es tremendamente tóxico y los militares lo han clasificado como un gas nervioso. Algunas

variantes del químico, formuladas en bajas concentraciones, se usan como insecticidas en agricultura. También se usa un derivado como tratamiento para ciertos trastornos oculares. —Pasó la página—. El señor Boggs respiró los vapores en el interior de su automóvil; las ventanillas estaban cerradas. Inmediatamente después de la inhalación sufrió una grave desorientación visual debido a una extrema contracción de la pupila conocida como miosis. También debió sentir un severo dolor y una intensa sudoración. Al mismo tiempo se aminoró su pulso y su presión sanguínea cayó precipitadamente. Antes de un minuto defecó y orinó involuntariamente. Sus instintos, lo único que funcionaba a aquellas alturas, le permitieron abrir la puerta y salir tambaleándose del coche. Consiguió dar quizá cuatro o cinco pasos y después se derrumbó. Calculo que murió antes de tocar el suelo.

El especialista forense colocó una pequeña caja de cartón sobre la mesa.

—Los vapores del DFP se liberaron de este sencillo pero ingenioso dispositivo. Todos reconocéis esto como una caja de pañuelos normal, pero lo que hemos encontrado en el interior es cualquier cosa menos normal. En el fondo hay un tarro de papilla infantil, y en el tarro hay alrededor de cien mililitros de un líquido transparente. Sobre este hay un trozo de plástico normal asegurado con una goma elástica. A continuación hay un marco de madera sencillamente construido que sostiene un colador de zumo justo sobre el tarro. En el colador hay una cuchara, y como veréis, el mango fue cortado. —Jonesy cogió un cuentagotas y vertió un líquido trasparente sobre la cuchara—. Todo esto fue colocado bajo el asiento del conductor del coche de la víctima. Cuando Boggs arrancó y el coche se movió —dijo, y agitó la caja suavemente—, el líquido de la cuchara se derramó sobre el plástico que cubría el tarro. Justo como veis que está ocurriendo ahora.

Oxby y Ann observaron cómo caían las gotas sobre el plástico, formando un pequeño charco. El plástico se disolvió y el líquido cayó directamente en la solución del tarro de papilla. Se produjo una erupción química y un vapor se alzó como una nube sobre la mesa. Oxby se giró inmediatamente y Ann se cubrió el rostro.

—No hay nada que temer. —Jones sonrió—. Es totalmente inofensivo, pero suficiente para demostrar cómo fue asesinado el señor Boggs. Está muy claro que, cuando se detuvo para ir a por su café matinal, alguien abrió la puerta de su coche y colocó esto bajo el asiento del conductor. Puede hacerse en unos quince segundos. Lo sé porque lo he intentado, y he descubierto que el truco es

colocar la cuenca de la cuchara en el colador antes de llenarla de cloruro de mercurio. Calculo que Boggs comenzó a inhalar los vapores noventa segundos después de haber terminado su café y salir a Reigate Road. Ya os he contado lo que ocurrió a continuación.

Ann cogió la caja, sacó cada elemento y lo colocó sobre la mesa frente a ella.

—Todo lo que hay aquí puede comprarse en un supermercado. Incluso yo podría montarlo.

—No encontrarás el fluorofosfato de diisopropilo entre los artículos de jardinería —le contestó Jones—. De hecho, no encontrarás DFP en ninguna parte, a menos que seas un químico experimentado.

—¿Es muy difícil de elaborar? —le preguntó Oxby.

Jones sonrió, consciente de que lo casi imposible no desalentaría a Oxby.

—El DFP no es un químico benigno que uno pueda hacer mezclando el contenido de una botella A y otra B.

—Supón que sé algo sobre química, o que fui un oficial que trabajó con armas químicas en el ejército. —Oxby dedicó a Jones una dura mirada—. ¿Necesitaría un laboratorio totalmente equipado para elaborarlo?

—Si supieras lo que estás haciendo, no —dijo Jones—. Necesitarías algunos instrumentos de laboratorio básicos, quizá seis u ocho cosas. Tendré que comprobar eso.

—Tendrás que comprobar eso —repitió Oxby, y garabateó otra nota—. Sin embargo, si no lo elaborara yo mismo, ¿dónde podría comprarlo?

—A un distribuidor químico o, más probablemente, a un proveedor farmacéutico. Como he mencionado antes, se usa una solución diluida para cierto tipo de trastornos oculares. Para el glaucoma, sobre todo. Sin disolver se presenta en viales de un gramo que se empaquetan en un frasco doblemente sellado.

—¿Cuántos gramos se usaron para matar a Boggs?

—Yo diría sesenta gramos, unos ciento viente mililitros. —Jones se frotó la nariz, pensativo—. Es caro.

—¿Cómo de caro?

—Sesenta gramos costarían unas tres mil libras si se compraran utilizando los cauces legales.

Oxby emitió un silbido grave.

—Si alguien comprara sesenta viales llamaría la atención, supongo. Pero ¿por qué molestarse en hacerlo? Hay modos más

fáciles y baratos de matar a alguien.

—No tan fiables como el DFP —añadió Jones.

—Me han contado que el señor Boggs tenía deudas de juego bastante importantes —dijo Oxby—. Si lo que sucedió es que sus acreedores llegaron al límite de su paciencia, recurrieron a un extraño tipo de castigo.

—Nada me sorprendería ya. —Nigel Jones se levantó y desperezó su largo cuerpo—. No encontramos nada más en el coche, fuera o dentro, excepto un par de huellas casi indescifrables que hemos enviado al C3 para su análisis. —Empujó la caja y su contenido hacia el centro de la mesa—. Este artilugio nos da una pequeña pista sobre la mente del ejecutor pero, como Ann ha indicado correctamente, cualquiera podría ensamblarlo. La cuestión es ¿por qué elegir un químico tan sofisticado? ¿Para fanfarronear, quizá? Lo importante es determinar cómo llegó el fluorofosfato de diisopropilo a las manos del asesino. Elaboraremos una lista de las compañías farmacéuticas y químicas que venden el compuesto, y te aseguro que será una lista muy corta.

Oxby asintió.

—No tenía muchos familiares. Su hija vive cerca. Iré a verla. —Tomó algunas notas finales y después levantó la mirada—. Jonesy dice que es difícil hacerse con el DFP y eso significa que no hay muchas fuentes. Quiero que trabajéis juntos en esto. Annie, tú concéntrate en el continente y deja que Jonesy compruebe las fuentes en Reino Unido. Pero hacedlo rápidamente. Necesitamos algunas respuestas ya.

8

Peder Aukrust ingresó sus honorarios de casi veintiún mil dólares y se quedó con dos mil para ropa y gastos de viaje. Alquiló un coche a nombre de Charles Metzger y, a mediodía del día después de haber estado a bordo del Sepera, condujo en dirección sur desde Londres hasta una destartalada y pequeña posada llamada Morningstar, cerca de la diminuta aldea de Thursley. Aquella noche bebió mucho mientras reflexionaba sobre el museo del Ermitage de San Petersburgo y el maletín en llamas que camufló su astuta actuación en la National Gallery. Hizo una mueca al recordar su incapacidad para llegar al orgasmo con Astrid la noche después de su visita a la Galería Pinkster, tras lo que se consoló culpándola a ella y repitiendo una y otra vez que era una «puta frígida que no se merece un buen polvo». Sus emociones, magnificadas por el traicionero modo que tiene el alcohol de expandir la realidad, se repitieron en su mente. Una vez más observó cómo ponía la caja de veneno debajo del asiento del coche de Boggs, y después su imaginación representó los últimos y tortuosos momentos del hombre. Cuando por fin cayó en la cama, recordando a su madre y murmurando incoherentemente, ya era medianoche.

Aukrust despertó de un sueño inquieto a mediodía del día siguiente. Hacía frío y estaba nublado. Se pasó la mayor parte de la tarde paseando por los senderos que rodeaban los sembrados y el campo de golf a las afueras del pequeño pueblo. Aquella noche pidió un plato de sopa de ternera y un panecillo que no se terminó, y después volvió a su habitación para planear el día siguiente.

Desde Thursley condujo en dirección este hasta Reigate y metió su coche alquilado en una plaza de aparcamiento en High Street, cerca del centro del distrito comercial y de un grupo de tiendas entre las que había una floristería, un sastre especializado en ropa nupcial y un estudio fotográfico con el apellido Shelbourne en el escaparate. Era media tarde. Pasó frente a la floristería, dejó atrás el sastre y se detuvo ante la tienda del fotógrafo, en cuya puerta encontró una nota escrita a mano que explicaba que había tenido que salir inesperadamente y que volvería a abrir el lunes a mediodía.

—Pinkster ha hecho su trabajo y ha conseguido sacar al fotógrafo del pueblo —musitó.

Había una rendija en la puerta para que los clientes dejaran sus carretes mientras la tienda estuviera cerrada. «Revelado de fotos en el mismo día», decía un letrero. El escaparate estaba lleno de muestras de las fotografías de Shelbourne. Había algunos retratos, pero la mayoría eran encargos comerciales. Aukrust miró el interior de la tienda tras las fotografías del escaparate: una máquina de procesado de fotos ocupaba un tercio del espacio que, por lo demás, estaba abarrotado de cámaras, objetivos, carretes y demás accesorios fotográficos habituales. Unas cortinas abiertas revelaban un estudio de retrato.

Pasó frente a tres tiendas de ropa y llegó a una estrecha calle que conducía al callejón que se extendía tras los comercios. Una camioneta de reparto pasó junto a él y levantó una nube de fino polvo antes de aparcar detrás de la floristería. Aukrust continuó hasta la parte trasera del estudio de Shelbourne y subió los cuatro peldaños de la plataforma de carga ante la que había una puerta de acero. A tres metros a la derecha de la puerta había una ventana pintada de negro con una vieja rejilla de ventilación tras la que, según calculaba Aukrust, estaría el cuarto oscuro de Shelbourne. Probó la puerta. El pomo giró con facilidad, pero la puerta tenía una cerradura de seguridad situada unos treinta centímetros sobre el pestillo. No había señal de que hubiese una alarma, solo un aviso inofensivo: «No entrar – Use la puerta delantera por favor».

Volvió a su coche y buscó en el maletero el kit de reparación de neumáticos. En el interior, además del gato, había dos barras de acero de cuarenta centímetros que, unidas, servían para sacar el tapacubos y hacer palanca en el gato que levantaba el coche. Dejó las herramientas junto a su bolsa de médico, cerró el coche y fue a dar un paseo a través del pueblo. Hizo dos paradas. La primera fue en el pub Royal Oak, donde pasó cuarenta y cinco minutos y tomó un sándwich y una pinta de cerveza. En su segunda parada compró un periódico, que lo informó de que en el área de Londres el sol se pondría a las seis y dieciocho minutos. Regresó al coche a las cinco y media y, durante la siguiente media hora, observó cómo las tiendas se vaciaban de clientes una a una, cómo se apagaban las luces y se cerraban las puertas.

Algunas nubes bajas en el cielo del oeste ayudaron a teñir el aire de un pálido púrpura mientras los anaranjados rayos del sol golpeaban las ventanas haciendo parecer que diminutos fuegos ardían en el interior. Después llegó el oscuro gris del anochecer y

treinta minutos más tarde ya era de noche en Reigate. Aukrust, que parecía haberse fusionado con el paisaje local, se sumó al tráfico y condujo hasta un concurrido restaurante a unos cuatrocientos metros de distancia. Aparcó su coche y caminó de vuelta por la calle frente al estudio del fotógrafo. Se detuvo en la entrada de una inmobiliaria y examinó la hilera de comercios al otro lado de la calle. La hora era buena. Todas las tiendas, excepto una en el extremo opuesto de la calle, estaban cerradas; el tráfico había disminuido y el poco que quedaba estaba alejándose del centro del pueblo. Aukrust atravesó High Street y la calle que conducía al callejón rápidamente. Se detuvo. La parte trasera de una tienda de regalos estaba tenuemente iluminada, y en la dirección contraria había una luz todavía encendida en una plataforma de carga. Continuó caminando con la barreta preparada. Llegó a la puerta y metió el extremo plano entre esta y el marco. Tiró con toda su fuerza. El delgado pestillo cedió fácilmente. Aukrust entró y se abrió camino hasta la habitación tras la ventana pintada de negro. Como le habían dicho, Shelbourne no creía en alarmas.

Aukrust encontró el cuarto oscuro y un panel de interruptores en la pared junto a la puerta y los pulsó. Se encendieron dos tenues bombillas rojas, una entre una ampliadora y un armario con bandejas de papel fotográfico y la otra suspendida sobre la mesa donde estaban las piletas de revelado y fijado. Una bombilla de color ámbar, cuya luz se derramaba sobre un archivador justo junto a la puerta, iluminaba una mesa desde una lámpara de trabajo.

El cajón superior del archivador contenía las carpetas de trabajo de cada uno de los clientes de Shelbourne; tres de las carpetas más llenas pertenecían a la galería Pinkster. Mientras Aukrust examinaba las carpetas, una silueta se alejó de un cubo de basura tras la tienda contigua. El hombre, pequeño y enjuto, correteó hasta la plataforma y, después de una breve pausa, atravesó la puerta.

En el interior de las carpetas había sobres de papel de manila con los nombres de los proyectos. Dentro también estaban los negativos, insertos en fundas de plástico transparente, notas, un registro de gastos, y las hojas de contactos en las que había impresas hasta treinta y seis diminutas fotografías de un carrete de 35 mm. Inspeccionó cada sobre hasta que encontró los que contenían las fotografías de Astrid y de él mismo en la galería de Pinkster.

Incorporada a la superficie de la mesa había una lámina de cristal esmerilado retroiluminada. Extendió los negativos sobre el cristal y se inclinó para inspeccionar las pequeñas imágenes. Eligió

aquellas en las que Astrid y él aparecían y las apartó.

—*Nas* noches, señor —dijo el desaliñado hombrecillo que se había detenido junto a la puerta. La repentina intrusión sorprendió a Aukrust—. Lo he visto entrar y he pensado en preguntarle si tiene algún trabajo para mí.

Aukrust olió el acre hedor de la cerveza y la orina.

—¿No podría ayudarme con cincuenta peniques? —Negó con la cabeza—. No he comido en dos días.

—Nada de dinero —dijo Aukrust, recuperándose—, y nada de trabajo. Vuelve por la mañana. Quizá tengamos algo para ti entonces.

El hombre ladeó la cabeza y miró a Aukrust.

—Habla usted como mi amigo el Sueco. Estuvo en los cargueros hace un tiempo.

Aukrust dio otro paso y señaló la puerta trasera al hombre. Cogió la barreta.

—Por la mañana, he dicho. Ahora vete.

—Antes… Cuando entró aquí, lo oí. —Continuó, con una curiosa inocencia en su modo de hablar—: No fue silencioso, como alguien que tiene la llave.

Aukrust agarró uno de sus huesudos hombros y lo obligó a girarse. Miró su barbuda cara, la carnosa nariz con un corte reciente en un lateral, los acuosos ojos sin vida.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo, ¿quién es este tío sin llave? ¿Un amigo del señor Shelbourne?

—Un colega de trabajo.

Una amplia sonrisa irrumpió en el mugriento rostro.

—Shelby también es mi amigo —afirmó—. Me hace fotos. Y me paga. Me paga dos libras.

El hombre levantó la cabeza y un diminuto destello de orgullo se mostró en un rostro que, por lo demás, era mate. La barreta atravesó el aire. El mendigo abrió la boca y los ojos instantáneamente y se lanzó al suelo, rodó y volvió a ponerse en pie. Aukrust lo agarró de la manga, pero el hombre se zafó, corrió por la plataforma y saltó a la gravilla, adonde aterrizó con torpeza. Antes de que pudiera recuperar el equilibrio, Aukrust estaba sobre él.

—No… ¡No! —suplicó la voz.

Un único y violento golpe a la cabeza sobre la oreja derecha acabó con el hombre, pero Aukrust lo golpeó de nuevo. El segundo cayó en ángulo sobre el lastimoso rostro del pordiosero y le abrió la

nariz. Aukrust lo levantó como si fuera un enorme y sucio muñeco y miró su rostro ensangrentado en la casi completa oscuridad.

Los faros de un coche hurgaron el negro aire a un par de cientos de metros de distancia. Aukrust corrió con el cuerpo hasta un cubo de basura y se agachó en las negras sombras. El coche continuó avanzando lentamente hacia él. Escuchó la radio: policía en una patrulla rutinaria. El coche se detuvo justo detrás de la tienda de Shelbourne. Aukrust se tensó. Comenzó a contar para sí mismo, como si saber el tiempo exacto durante el que el coche de policía había estado parado sirviera para algo. Lentamente, el vehículo siguió adelante.

Aukrust presionó los dedos con fuerza contra el cuello del hombre; no esperaba encontrar pulso y no lo encontró. Su único pensamiento era que le habían causado inconvenientes, que había ido para hacerse con algunos negativos y que ahora tenía un cadáver del que librarse. Se acercó a la tienda donde, antes, había visto a algunos hombres descargando un camión. Cerca del edificio había una cuba medio llena de yeso y de listones viejos. Volvió a por el cadáver, lo llevó hasta la cuba y lo cubrió con el yeso del interior.

Lentamente, Aukrust volvió al cuarto oscuro de Shelbourne y a los negativos sobre la mesa de luz. Por fin pudo terminar con lo que había ido a hacer. Cogió una botella de su bolsa y vertió una solución transparente sobre los negativos. Después de medio minuto, unas diminutas burbujas comenzaron a aparecer sobre la emulsión y las imágenes se disolvieron en un lodo gris oscuro. Enjuagó los negativos en el fregadero, los secó con una servilleta de papel y después volvió a guardarlos en la funda. Borró las diminutas fotografías correspondientes en la hoja de contactos y guardó los negativos y las fotografías en sus carpetas antes de devolverlas al archivador.

A continuación pasó un trapo sobre todo lo que había tocado para evitar dejar huellas. Después, seguro de que dejaba el cuarto oscuro justo como lo había encontrado, se marchó.

Cuando llegó a su coche, Aukrust vio que pasaban varios minutos de las ocho. Había tardado menos de una hora en solucionar el problema de las fotografías… Y eso incluía el inconveniente que le había causado el hombrecillo que olía a orín y que le había pedido cincuenta peniques. Condujo hacia el norte hasta la M25 y después hacia el oeste hasta un motel cerca del aeropuerto de Heathrow.

9

La parroquia de Bletchingley, en el condado de Surrey, había sido fundada hacía más de un milenio; la iglesia de Santa María, que estaba ubicada en el centro del pueblo, tenía casi la mitad de antigüedad. Jack Oxby conocía la pequeña iglesia, con su torre horizontal y su cementerio lleno de lápidas, muchas de las cuales estaban tan ajadas que no resistirían el más mínimo roce. Estaba sentado en la tranquilidad familiar del santuario religioso, donde nadie lo molestaría.

Concentró sus pensamientos en el modo en el que Clarence Boggs había inhalado los vapores tóxicos que lo habían condenado a una muerte rápida y dolorosa. Boggs tenía grandes deudas de juego, y ese hecho había salido a la luz. «Peligrosamente grandes», musitó Oxby. Las deudas de juego solían ir acompañadas de amenazas de violencia física, y de vez en cuando se usaba la fuerza para reforzar las demandas. En los raros casos en los que el castigo se llevaba a cabo, este era normalmente brutal y servía para enviar un poderoso mensaje a otros deudores. Incluso así, los muertos no pagan sus deudas.

En la nave había una mezcla de bancos viejos y nuevos. Oxby estaba sentado en uno viejo junto al pasillo, con los zapatos quitados, los pies sobre el reclinatorio y un cuaderno abierto en su regazo. En el respaldo del banco delantero estaba tallada la fecha del 25 de diciembre de 1715 y la palabra «Navidad». El reverendo R. Peter Zimmer, pastor de aquella comunidad, que tenía la cabeza grande y redonda y unas mejillas gruesas del color de las fresas, se le acercó inesperadamente.

—Normalmente, Santa María está cerrada —dijo a media voz, y le explicó que los vándalos y los ladronzuelos habían hecho que fuera necesario pero que, demasiado a menudo, la seguridad se descuidaba.

No le sorprendió que el vicario local supiera que el valioso Cézanne propiedad de Alan Pinkster había sido destruido y que el coche de Clarence Boggs había tenido un accidente. También sabía que Boggs estaba muerto. Hablaron amistosamente durante algunos minutos en los que el reverendo Zimmer le confesó que envidiaba la

excitante vida de los investigadores de Scotland Yard y Jack Oxby le relató sus muchas visitas a las iglesias, catedrales y templos de Londres y sus cercanías.

—Pertenezco a la comunidad de la abadía de Westminster —dijo Oxby despreocupadamente, lo que provocó que el reverendo Zimmer entornara los ojos y frunciera los labios socarronamente—. ¿Conocía usted al señor Boggs?

Zimmer negó con la cabeza.

—Ligeramente. No era miembro de nuestra congregación pero, claro, no estoy seguro de que perteneciera a alguna parroquia. Sin embargo, si no recuerdo mal, era un hombre decente. Había perdido a su esposa, pero tenía una hija encantadora. Gillian, creo que se llamaba. Y también una nieta. Una niñita muy alegre. Recuerdo haberla visto con el señor Boggs en nuestro mercadillo benéfico.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace menos de un año. Charlamos brevemente.

—Tengo entendido que apostaba asiduamente a los caballos —dijo Oxby—. ¿Había oído hablar de su afición por las apuestas?

El pastor se sacó la mano del bolsillo y se la llevó a la boca.

—Muy poco, solo sé que se rumoreaba que estaba apostando y perdiendo.

Se sentó en el banco que tenía la fecha tallada en el respaldo y se giró para mirar a Oxby.

—Este es un sitio tranquilo. Demasiado tranquilo, en mi opinión —dijo mientras examinaba lentamente las viejas ventanas y las antiguas tallas—. Sería emocionante que resolviera un misterioso asesinato sentado en nuestro banco número doce. —Se levantó y extendió la mano—. Quédese tanto como quiera, pero haga el favor de cerrar al marcharse.

Oxby le estrechó la mano y le dio las gracias educadamente. A continuación, el pastor desapareció tras el altar y, presumiblemente, salió de la iglesia. Había dejado atrás el suave olor del alcohol mezclado con el aroma a menta que sin duda venía de los caramelitos que sacaba disimuladamente de su bolsillo. *Quizá ha estado probando el nuevo vino de comunión,* pensó Oxby con benevolencia.

Volvió a concentrarse en Clarence Boggs. Si el conservador tenía tantas deudas como para provocar que sus acreedores lo envenenaran, lo confirmarían con un cuidadoso interrogatorio. Oxby había dispuesto que Jimmy Murratore usara sus amplios contactos en la comunidad del juego de Londres para descubrir si

habían obligado a Boggs a pagar el precio completo. Jimmy conocía a los corredores, a los revendedores, a los parásitos y a los prestamistas. Algunos prestamistas eran respetables; otros estaban relacionados con sindicatos dirigidos por elementos sin escrúpulos y estaban indefectiblemente involucrados en el tráfico de drogas.

Oxby volvió a mirar la ventana y la suave luz que se filtraba a través de la vieja vidriera. Sus pensamientos estaban concentrados en el autorretrato y en el trabajo de Boggs como conservador de la galería Pinkster. Alguien había estado en la galería y había rociado la pintura con ácido. Aproximadamente dieciséis horas después, Boggs había muerto. ¿Tenía más importancia esa combinación de sucesos que el hecho de que Boggs tuviera grandes deudas de juego? Quien hubiera matado a Boggs conocía los hábitos del hombre y, o lo conocía a él personalmente, o lo había observado durante varios días. Una vez más, Oxby se inquietó por aquel extraño uso de un químico que no solo era difícil comprar sino potencialmente letal para quien lo usara.

Oxby comenzó a escribir. Llenó media docena de páginas y después leyó cuidadosamente en voz alta lo que había escrito. Se hizo preguntas a sí mismo y escribió las que no podía responder en una página en blanco.

Era como un examen escolar, y Oxby quería sacar una nota perfecta.

Por la tarde, Oxby se encontraba en una pequeña sala de reuniones en la sucursal bancaria de Nationwide Anglia Trust en Dorking, a media hora en coche desde Bletchingley. Keith Eustace, el director de la sucursal, sacó un extracto de las actividades bancarias de Boggs de los últimos dos años y comenzó a pintar una imagen del trágico descenso del conservador hacia la ruina financiera.

—Hace dos años y medio tenía veinticuatro mil libras en una cuenta de ahorros y una cuenta corriente con un buen saldo al final del mes.

Eustace se lamió los primeros dos dedos de la mano derecha y pasó las páginas. Tenía el cabello negro como el carbón y la piel blanca, lo que provocó que Oxby se preguntara si alguna vez se atrevía a caminar bajo la luz del sol.

—En abril de hace dos años sacó cinco mil de su cuenta de ahorros. Y, uhm… Veamos… —Volvió a lamerse dos dedos para pasar las páginas—. Excepto en diciembre, enero y febrero, siguió haciendo retiradas sin efectuar ingresos hasta que el dinero se agotó.

—¿Cuándo fue eso?

—Este mes, hace poco más de dos semanas.

—¿Cómo retiraba el dinero?

—Casi siempre hacía transferencias a su cuenta corriente.

—¿Puede decirme si tras las transferencias extendió algún cheque importante?

Eustace miró y comenzó a negar con la cabeza.

—Por lo que veo aquí, la mayor parte de las veces cobraba los cheques él mismo.

—Permítame ver la actividad de un mes —le pidió Oxby.

Eustace puso algunos reparos, pero después colocó todos los documentos sobre la mesa.

—Todo suyo —dijo con una sonrisa—. Haga su trabajo. Tengo algunas llamadas que hacer; puede examinar todo esto mientras me ausento.

Oxby le dedicó una sonrisa agradecida. Hojeó el registro de los cheques y eso, como ya imaginaba que ocurriría, lo ayudó a comprender qué clase de hombre era Clarence Boggs. Era viudo, y por eso había varios cheques en la misma fecha para el cementerio Highlawn y una floristería de Reigate, pagos hechos para honrar a su esposa fallecida. Había un cheque mensual para una lavandería que dejó de aparecer cuando su saldo medio disminuyó. Los tres meses anteriores, siempre que hacía una transferencia desde su cuenta de ahorros (y algunas eran de cantidades considerables), extendía un cheque de la misma cantidad que cobraba él mismo.

Había varios cheques a nombre de Gillian MacCaffrey que despertaron la curiosidad de Oxby. El primero era de cincuenta libras; el segundo, de veinte. Oxby no les había prestado demasiada atención hasta que, en la tercera carpeta, encontró cuatro cheques de mayores cantidades extendidos a nombre de la misma Gillian MacCaffrey: doscientas y ciento cincuenta libras. Oxby examinó el extracto más reciente, que aún no había sido liquidado y que contenía los cheques cancelados que lo habrían acompañado, dieciséis en total. Un cheque de trescientas libras a nombre de Gillian MacCaffrey contenía un sello que incluía una dirección. Copió las señas en su cuaderno y volvió a dejar todos los documentos sobre la mesa justo cuando Eustace regresó.

—¿Ha encontrado lo que estaba buscando?

—Sí —dijo Oxby alegremente—. He echado un vistazo a la vida de Boggs y he descubierto un par de cosas.

—Eso está muy bien —dijo Eustace mientras reunía los papeles —. ¿Hay algo más que podamos hacer por usted?

—Permítame usar el teléfono.

—Será un placer. Disculpe, pero voy a tener que despedirme de usted.

Le estrechó la mano y se marchó.

Gillian MacCaffrey vivía en Redhill, uno de los vértices del triángulo que formaba junto a Bletchingley y Dorking. El operador de información recitó un número y Oxby lo marcó. Respondió una niña pequeña. Oxby le preguntó por su madre y, después de un momento, una voz serena se puso al teléfono.

—Siento muchísimo lo de su padre —le dijo Oxby con sinceridad. Se presentó y le preguntó si podía dedicarle unos minutos. Esperó una respuesta que no llegó y añadió—: Si alguien es culpable de su muerte, quiero tener toda la información necesaria para encontrarlo.

—Estoy segura de que fue asesinado.

—Podría ser —le dijo Oxby respetuosamente, y añadió rápidamente—: ¿En una hora, entonces? Estoy cerca, en Dorking, puedo ir a su casa si le parece bien.

Tras otro breve silencio, la mujer le dio su dirección.

Gillian MacCaffrey vivía en el casco antiguo de la ciudad, donde las casas se acurrucaban unas con otras, todas con un trozo de tierra delante y otro detrás. Las últimas flores de la temporada salpicaban algunas zonas; en otras había plantas verdes cubriendo toda la parcela.

Gillian abrió la puerta. Estaba vestida con un traje pantalón azul oscuro y parecía acalorada. Oxby supuso que estaba en mitad de la treintena y perdiendo la juventud y la belleza debido a las vicisitudes de la vida. Una pequeña niña de cabello claro cuyos ojos brillaban con firmeza y alegría terminó de abrir la puerta de par en par. Oxby le preguntó si había sido ella quien había respondido al teléfono cuando llamó.

La niña asintió vigorosamente y le dijo que su nombre era Meghan.

—¿Vas a ayudar a mi madre? —le preguntó con la sensatez de los niños.

—Voy a intentarlo, Meghan.

—Entre, por favor —le dijo Gillian, y lideró el camino hasta una pequeña sala de estar amueblada con sencillez—. Sé buena, Meghan, y pon un poco de agua a hervir.

Meghan sonrió a Oxby y se marchó con un halo de importancia en sus andares.

—Por teléfono dijo que cree que su padre ha sido asesinado.

—No era el tipo de persona que se suicida. Ni en un millón de

años.

—No estoy sugiriendo que lo hiciera, pero los tiempos y las circunstancias cambian, y a menudo la gente también lo hace. Los que menos probabilidades tenían de hacerse daño a sí mismos se vuelven de repente los más vulnerables. ¿Notó algún cambio en su padre en este último año?

Gillian se dio unos toquecitos con un pañuelo en el cuello y en los laterales del rostro.

—Nada que pudiera haberlo empujado a acabar con su propia vida —le respondió con decisión.

—Su padre tenía problemas económicos, y creo que usted también. —Se giró en la silla para mirarla directamente—. No quiero avergonzarla, pero debo saber si lo que acabo de decir es cierto. Por favor.

Gillian apartó la mirada de Oxby y clavó los ojos en sus manos, que tiraban del pañuelo y lo retorcían.

—Teníamos unos problemas de dinero tremendos. Mi padre comenzó a apostar hace un par de años.

—¿Apostaba mucho?

—No había hecho una apuesta en toda su vida, pero cuando comenzó no pudo parar. Había ahorrado una buena cantidad, creo, pero perdió todo lo que tenía. Hasta el último penique.

Oxby permaneció en silencio.

—A nosotros nos iba bien; a mi marido Bob y a mí, quiero decir. Bob y un amigo compraron una empresa de plásticos hace tres años. Su socio se ocupaba de los libros y las cuentas y Bob llevaba la fábrica. Era un buen amigo, o al menos eso creíamos. Estuvo desviando dinero todo el tiempo y, cuando Bob lo descubrió, ya era demasiado tarde. El socio se largó y Bob se quedó cargado de deudas y sin crédito.

—¿Su padre los ayudó?

—Eran préstamos. Yo llevaba un registro de todos los cheques. Decía que quería ayudarme, que por eso era por lo que seguía apostando. Iba a ganar una millonada. Siempre decía eso. —Negó con la cabeza y estalló en lágrimas. Cuando Meghan volvió a la habitación y se detuvo junto a su madre, se las secó.

—¿Preparo el té? —preguntó muy educadamente.

—Es posible que el señor Oxby prefiera café —dijo Gillian.

—No, té —dijo Oxby con rotundidad—. Y espero que Meghan me lo prepare. Me gusta fuerte… Con azúcar.

Meghan sonrió y corrió de vuelta a la cocina.

Oxby sonrió y observó a la niña marcharse.

—¿Podría describirme la relación que tenía con su padre?

—Siempre estuvimos muy unidos —dijo Gillian melancólicamente—. Incluso más después de que mi madre muriera.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—El martes por la noche. Era la noche en la que cenaba con nosotros.

—¿Estaba de buen humor cuando llegó?

—En realidad, no. Aquella mañana había tenido una de esas visitas turísticas en la galería, una muy larga. Discutió con la guía del tour, que se detenía delante de cada cuadro para dar un discurso, aunque mi padre decía que solo lo hacía para aparentar que sabía del tema. Ya había tenido peleas con ella antes.

—Se refiere al grupo danés —sugirió Oxby.

—No me dijo qué grupo era, solo que la guía tenía un carácter difícil. Había un hombre tomando fotos y además mi padre se enfadó porque un hombre y una mujer se apartaron del resto del grupo. Ese tipo de cosas lo alteraban mucho.

—Siempre hay rezagados. Toman notas y las guardan con el resto de cosas que jamás volverán a mirar. ¿Dijo algo más al respecto?

—Dijo que la mujer llevaba uno de esos bolsos enormes al hombro y que temía que pudieran usarlo para llevarse algo.

—¿Y fue así? —le preguntó Oxby.

—Esta vez no. Pero mi padre sabía que a veces la gente aprovechaba para robar alguna cosa, el paraguas o la cámara de algún despistado. Le pareció extraño que esa mujer se apartara del grupo.

—¿Qué más dijo sobre ella? —Espero un momento y después añadió—: ¿La describió, quizá?

—Me dijo que era alta y guapa, y que en cierto momento le preguntó sobre uno de los cuadros.

—¿Dijo en qué parte de la galería estaban cuando eso ocurrió?

—Fue casi al final de la visita, pero esto no es más que una suposición. Estaba intentando que se dieran prisa y quería que los rezagados se unieran a los demás. Siempre le preocupaba que alguien pudiera robar la escultura de Rodin. Es pequeña, y extremadamente valiosa.

—Entonces, ¿esto ocurrió en el lugar donde está el rodin?

—No lo sé con seguridad, pero podría haber sido allí.

Oxby examinó sus notas.

—¿Le importa que lo repasemos todo una vez más? El detalle

más insignificante podría ser importante, y quizá recuerde uno o dos.

Meghan llegó de la cocina portando orgullosamente una bandeja en la que había una taza de té y un plato lleno de terrones de azúcar.

—Vaya, esto es impresionante —dijo Oxby. Cogió la taza, le puso cuatro terrones de azúcar y lo removió—. Me gusta dulce —añadió cordialmente y, por un momento, Meghan olvidó su tristeza.

Gillian cerró los ojos, inhaló profundamente y volvió a relatar los sucesos del martes anterior, cuando su padre había acudido a su cena semanal. Oxby la dejó hablar sin interrumpirla mientras sorbía su té y tomaba alguna nota ocasional. Cuando terminó, le pidió que hiciera memoria por última vez e intentara recordar cualquier otro comentario que su padre hubiera hecho. Gillian interrumpió un silencio de dos minutos al decir en voz baja:

—Me dijo que no estaba apostando. Que eso se había acabado.

Oxby le hizo una última pregunta.

—¿Qué aspecto tenía cuando se marchó? ¿Parecía deprimido? ¿Contento?

La respuesta de Gillian fue inmediata.

—Me pareció que volvía a ser el mismo de siempre. Mi padre era el tipo de hombre que se sentía mejor si compartía con alguien sus preocupaciones o sus enfados. No era de los que se guardan las cosas, y por eso le gustaba estar aquí, con su familia. —Entonces miró a Oxby y las lágrimas volvieron a aparecer en sus ojos—. ¿Por qué mataría alguien a mi padre?

—No lo sé. Pero le prometo que tendré una respuesta pronto.

Se levantó para marcharse, pero se detuvo y miró a Gillian de nuevo. Tenía el brazo alrededor de Meghan y la abrazaba con fuerza.

—Por favor, revise los documentos de su padre y cualquier carta que haya recibido en los últimos días. Llámeme si encuentra algo que crea que debo saber.

Le entregó su tarjeta y, antes de marcharse, se encorvó sobre la pequeña niña que estaba aún acurrucada contra su madre.

—Gracias por el té, Meghan. Es el mejor que he tomado nunca.

10

La lluvia y los fuertes vientos afectaron al tráfico aéreo en el aeropuerto de Niza. El avión aterrizó con una hora de retraso; Peder Aukrust atravesó una terminal congestionada por los viajeros de fin de semana y compró un periódico local. Después de un viaje abarrotado en una lanzadera hasta un parking de larga estancia, se enfrentó a una lluvia fría hasta llegar a su coche, un Peugeot familiar que se negaba a arrancar. Cuando finalmente lo hizo, dejó el coche en marcha hasta que el motor se secó y el interior se calentó. Mientras esperaba, hojeó el periódico y se entretuvo leyendo un artículo en el que el director de la Reunión de Museos Nacionales advertía a los museos del país que elevaran las medidas de seguridad, ya que un peligroso desalmado, posiblemente un perturbado, andaba suelto y tres retratos de Cézanne habían sido brutamente destrozados.

Aukrust pagó los cuatro días de aparcamiento y condujo hasta la A8 en dirección oeste por la amplia carretera que comunicaba con Cannes. A pesar de la tormenta, llegó al desvío de la ciudad en menos de veinte minutos. Al ver las playas y el distrito comercial principal, giró hacia la rue Faure. Tres calles más allá se detuvo frente a una tienda que tenía un letrero nuevo sobre el escaparate: «Artículos para bellas artes – Enmarcado».

La puerta tenía dos cerraduras; metió una llave en una e insertó una tarjeta de plástico en la otra. La puerta se abrió para dar paso a la oscuridad de la tienda. Junto a la pared, a menos de un metro, había un panel con tres hileras de botones. Una luz roja estaba encendida, lo que significaba que el sistema de alarma seguía activado. Después de pulsar los botones en la secuencia correcta, la luz roja se apagó y parpadeó una luz verde. Apretó un par de interruptores más y las luces del techo se encendieron. Pinturas, dibujos y artículos diversos llenaban los expositores y estanterías. En una pared había paisajes de la Provenza: algunos de bastante calidad, la mayoría obra de aficionados. Una exposición de muestras de marcos ocupaba el espacio contra la pared a la izquierda de la entrada; en esta había quizá un centenar de estilos, materiales, tamaños y colores diferentes.

Tras el mostrador había una puerta de inusual complejidad. Tenía dos metros y medio de altura y un metro y medio de anchura y estaba hecha en madera de cinco centímetros de grosor con una plancha de acero en el interior. Había un cerrojo arriba y otro debajo de una manija a casi un metro ochenta del suelo, y un tercero en la parte superior de la puerta. Aukrust abrió todos los cerrojos y empujó la puerta, tras la que había otra habitación, casi cuadrada y algo más pequeña que el espacio exterior de la tienda. En el centro de la sala había una mesa del tamaño de un billar cubierta con una tela de urdimbre cerrada. La mesa se usaba para cortar y biselar el cristal usado en las enmarcaciones, y también para la reparación y montaje de los marcos. Junto a la mesa había una estantería llena de paneles de vidrio, y debajo una caja de madera que contenía recortes y trozos de cristal.

En una de las paredes había armarios desde el suelo hasta el techo. Aukrust abrió las puertas de uno de ellos y guardó su bolsa de médico. Uno de los profundos y amplios estantes contenía una colección de botes y tarros de todos los tamaños y formas; en dos estantes adyacentes había hileras de probetas, frascos de catalizadores, vasos de precipitaciones, un quemador, un destilador, una balanza farmacéutica, tarros variados y herramientas de acero inoxidable, un centrifugador y distintos instrumentos de laboratorio. Otros estantes contenían los instrumentos y accesorios habituales de un farmacéutico. En uno de los armarios había guardadas varias docenas de remedios homeopáticos.

Contra la pared trasera había una vieja caja fuerte que había instalado un inquilino anterior. Era una enorme pieza de acero y plomo que sorprendía que alguien hubiera podido mover. A pesar de su tamaño y peso, era más útil como caja de almacenaje ignífuga que como caja fuerte para objetos valiosos. Aukrust giró el enorme dial hacia delante y hacia atrás, abrió la puerta y sacó un pequeño paquete plano. Debajo del papel había una pintura que apenas medía dieciocho por veinticinco centímetros.

La giró e inspeccionó el preciso grapado del lienzo al nuevo bastidor de madera que le había construido. A continuación la colocó sobre la mesa y la rodeó con cuatro piezas de madera cuyas esquinas había cortado en inglete y pegado. Terminaría el enmarcado al día siguiente. En aquel momento se contentó con acariciar suavemente el lienzo e inspeccionar sus detalles. Había limpiado la pequeña pintura; quizá había sido la única vez, en sus cien años de historia, en la que había sido limpiada. Era el retrato de una niña pequeña, una con regordetas mejillas y labios de arco

marcado. Tras su fluida cabellera rubia había claveles blancos y rosas.

El óleo era obra de Pierre Auguste Renoir.

11

Margueritte DeVilleurs se había cansado de llevar el brazalete de luto. Al vestirse, cogió el trozo de tela negra de su tocador y, ceremoniosamente, lo tiró a la papelera. Nadie seguía contando los días desde que su marido, Gaston DeVilleurs, no despertó el día de su setenta y cuatro cumpleaños. Para celebrar la liberación de aquel día, Margueritte eligió un vestido de alegres colores, uno que había comprado en Mónaco la semana anterior. En su juventud había sido hermosa y, aunque su cuidado cabello era ahora gris y su cintura un poco más gruesa, todavía era descrita como una mujer elegante y muy atractiva. Tenía setenta años y se movía con sorprendente agilidad tanto en una pista de tenis como en una pista de baile.

El fuerte aroma del café llegó desde la cocina. Emily, su compañera y ama de llaves, llevaba tiempo levantada. Aunque Emily era más joven que Margueritte, el tiempo la había tratado mal y eso se mostraba en la trabajadora mujer que apenas había tolerado a Gaston pero que adoraba a Margueritte. En una casa sin niños, Emily se había convertido en parte de la familia.

El hogar de los DeVilleurs estaba posado sobre un acantilado en Cap d'Antibes, con vistas al Mediterráneo, Niza y los Alpes Marítimos. A Gaston le encantaba Niza, pero Margueritte la odiaba; aquella irritación había contribuido a dividir su matrimonio. Margueritte había nacido en Salon-de-Provence, a medio camino entre Aix-en-Provence y Arlés. Las raíces de su padre llegaban hasta Lucca, Italia, donde sus ancestros habían fundado una fábrica de aceite de oliva en 1757. Más tarde, un centenar de años después, un miembro de la familia viajó hasta Lourdes con su hijo tullido, adonde regresó posteriormente con el resto de la familia. Se asentaron en la Provenza, pusieron en marcha nuevos olivares y, no mucho después, una fábrica que producía grandes cantidades de aceite de oliva.

La empresa prosperó con el tiempo y a finales de la Segunda Guerra Mundial ya era un importante proveedor mundial de aceite de oliva de gran calidad. Margueritte heredó el negocio y Gaston fue nombrado director ejecutivo. En el transcurso de los siguientes cuarenta años, su esposo había conseguido llevar a la prestigiosa

empresa a una inexorable decadencia a la vez que desviaba capital para construir su propio patrimonio. Los malos consejos de un abogado llamado Frédéric Weisbord se unieron a las pérdidas desastrosas en el mercado de valores y finalmente llevaron a la empresa al borde de la bancarrota. A pesar de esta caída en picado, Weisbord se aferró con fuerza al rol de consejero familiar y legal.

Margueritte siguió vistiendo abrigos de marta, sin saber que la riqueza de los DeVilleurs estaba desapareciendo, hasta que Weisbord le anunció la mala noticia un día de finales de julio. A mediados de agosto se tomó la decisión de vender la empresa. Para sorpresa de todos, apareció un comprador y la transacción se completó a principios de septiembre. Después de firmar, Margueritte se dio cuenta de que el abogado había planeado vender la empresa desde el principio; de que el comprador que había aparecido milagrosamente había, de hecho, esperado pacientemente la llamada de Weisbord.

Después de la venta de la empresa, Margueritte descubrió toda la verdad acerca de su posición económica. Los beneficios rindieron solo lo suficiente para liquidar las deudas de Gaston y para comprar un millar de acciones de la recién organizada empresa que había adquirido su negocio familiar. Aún tenía su casa en Antibes, pieles, joyas y varios acres de tierra en la campiña a las afueras de Salon. Habían sido un regalo de bodas de su padre y, a pesar de las incesantes demandas de Gaston, nunca transfirió su titularidad. La casa de Antibes alcanzaría un buen precio, pero tenía una enorme hipoteca: otra sorpresa de Gaston.

También tenía los cuadros. Aunque Gaston hubiera sido un inepto en todo lo demás, había demostrado un profundo afecto por el arte. Margueritte y él dejaron a un lado su incompatibilidad y, con el tiempo y gracias a la astucia de Margueritte como tratante, consiguieron reunir una pequeña y valiosa colección formada por once cuadros de los que el menos valioso era un pequeño aunque adorable Renoir. Había dos de Pissarro, uno de Mary Cassatt, un caillebotte, un picasso de la primera época, un corot, dos de Sisley y, los más valiosos, dos cézannes: un paisaje campestre y el plato fuerte de la colección, un autorretrato. Margueritte se sentía muy unida a la escena campestre que representaba una granja cerca de Salon. Le recordaba a su dulce infancia.

Ahora que había terminado el periodo de luto público, Margueritte esperaba una visita del nuevo propietario de una pequeña tienda de enmarcación situada en Cannes. Margueritte compraba en Cannes cuando no le quedaba más remedio y, un mes

antes, había conocido a un alto noruego en uno de los supermercados de la ciudad. Habían coincidido ante unas naranjas traídas de África y él la había ayudado a meter la compra en el coche. Se había sentido hechizada por su acento y su constitución, grande como la de un oso, así que le había gustado que se presentara y la invitara a visitar su tienda. Le parecía amable y culto y, al mismo tiempo, sexualmente intimidante. Eso la excitaba. Después de algunas visitas más a su tienda, decidió hacerle un importante encargo. Sacó su valioso Renoir de su marco y le entregó el lienzo para que lo limpiara y lo colocara en un nuevo marco.

Un monovolumen giró en el camino. Se detuvo delante de la casa y un hombre alto vestido con un traje beis y una boina inglesa salió de él. Emily abrió la puerta y lo escoltó hasta el jardín.

Peder Aukrust parecía más alto y más guapo cada vez que Margueritte quedaba con él. Suponía que tenía unos cuarenta años, y cada vez le prestaba mayor atención. Su rostro estaba bronceado por el sol de la Costa Azul y sus ojos, bajo las pobladas cejas, se movían sin cesar, algo que curiosamente le recordaba a un niño travieso. Sus manos eran tan grandes como sandías y, cuando le ofrecía la suya al saludarlo, siempre temía que se la aplastara. Su francés era bueno, aunque estaba bastante influenciado por sus guturales inflexiones escandinavas.

—Tienes una casa preciosa.

—Gracias —le contestó amablemente—. A todo el mundo le gusta la vista sobre el agua, pero yo prefiero la tierra y sus cambiantes colores.

Emily les llevó una bandeja con café.

—El marco que escogiste es perfecto —anunció, y después desenvolvió el paquete y sostuvo el Renoir para que ella lo inspeccionara.

La sonrisa de Margueritte encajaba a la perfección con la del cuadro.

—Pongámoslo en su lugar.

Llevó la pintura hasta una sala que en el pasado había sido el comedor y que dos años antes habían convertido en una galería. Habían tapiado las ventanas e instalado tragaluces en el techo para proporcionar luz natural, aunque había una luz auxiliar dirigida a cada obra. Aukrust se quedó en la entrada, saltando con la mirada de pintura en pintura.

—¿Te gusta? —le preguntó Margueritte.

Aukrust no respondió inmediatamente; caminó hasta el centro

de la sala y giró en un lento círculo para examinar cada obra un instante.

—Es una colección maravillosa. Has elegido tus cuadros sabiamente.

Margueritte estaba encantada con la dulce alabanza. Colocó el pequeño retrato de Renoir en el espacio justo a la izquierda de los cézannes.

—Entonces, ¿te gusta? —le preguntó Aukrust.

—Sí, mucho. El nuevo marco hace que los demás parezcan muy tristes.

El hombre sonrió y extendió el brazo.

—Entonces tendrás que volver a mi tienda y elegir nuevos marcos para el resto.

—Solo para los que voy a quedarme. Dejaré que los nuevos propietarios elijan sus propios marcos.

—¿Con cuáles te quedarás?

La mujer acarició el renoir.

—Este es mi amigo e irá a mi dormitorio. No es uno de los mejores del artista, pero me gusta y eso es lo que importa.

Un par de pasos la llevaron ante la pareja de pissarros. Puso el dedo sobre la pintura de un jardín que explotaba en un estallido de color.

—Y me quedaré este.

Después se movió hasta situarse delante del corot, apenas ciento cincuenta centímetros cuadrados de puro encanto.

—No puedo separarme de este, tiene un significado especial para mí.

Dos pasos más la llevaron hasta los cézannes.

—Conozco esta vieja granja, está a un paseo de solo diez minutos desde mi casa de la infancia —dijo. Miró fijamente la pintura y sus ojos se humedecieron—. Este es mi favorito.

Extendió la mano hasta que sus dedos rozaron suavemente la todavía brillante pintura.

El sonido del teléfono llegó desde otra habitación. Emily se acercó a la puerta y entregó un mensaje con una inclinación de cabeza. Margueritte se excusó.

Aukrust se acercó inmediatamente a los cézannes y pasó la mano sobre el marco del autorretrato. La pintura, sin incluir el pesado marco de quince centímetros, media casi sesenta y cinco por cincuenta centímetros. Era bastante grande para ser un autorretrato de Cézanne. Lo separó de la pared y descubrió que el papel marrón de protección que cubría la parte de atrás tenía la esquina inferior

derecha rasgada. Dejó que la obra volviera a descansar contra la pared y se detuvo delante de los pissarros justo cuando Margueritte volvía a entrar en la habitación.

—Se me ha olvidado decirte que hay sensores antirrobo en algunas de las pinturas.

La mujer no vio la sorpresa en el rostro de Aukrust.

—Esperaba que fuera así —dijo él sin inflexión en la voz.

—Mientras mi marido vivía no pensamos en tomar ninguna precaución especial, pero cuando Gaston no pudo evitar que alguien se llevara una de nuestras cucharas de plata, supe que necesitábamos hacer algo. Cuando Frédéric Weisbord entró en escena, puso alarmas en los óleos de Cézanne y Pissarro. Freddy es un hombre horrible, jamás entenderé qué vio Gaston en él. —Caminó hasta colocarse a su lado—. Apagué el sonido del sistema de alarma, pero si se manipulan se enciende una luz en varios lugares de la casa —dijo, y entonces lo miró—. Las luces se han encendido.

—Me temo que ha sido culpa mía… Tenía curiosidad, pero no vi los sensores.

—Están en el marco. Son muy pequeños y muy difíciles de encontrar —dijo con orgullo.

—Pero alguien podría cortar el lienzo del marco. A los ladrones no les interesan los marcos.

—¿Por qué robar una valiosa pintura? No pueden venderse, ni siquiera a coleccionistas privados. A no ser que la vendas a un precio ridículamente bajo a algún extraño ermitaño que viva en la Antártida. —Entonces abrió los ojos de par en par—. Freddy estaba tan obsesionado con la protección de los cuadros que hizo que inyectaran un tinte fluorescente en cada uno de ellos. Los del seguro fueron los únicos que se alegraron de que tomáramos todas esas precauciones. —Su expresión se convirtió en una de enfado—. Desde la muerte de mi marido, Freddy se ha obsesionado con la seguridad de las obras.

—¿La alarma está conectada con la policía?

—Sí, y están muy enfadados conmigo. Hemos activado demasiadas falsas alarmas y nos han amenazado con sacarnos de su lista si eso vuelve a ocurrir.

—Enséñame las alarmas. Tengo un cliente que podría estar interesado en este sistema.

Margueritte apartó el cuadro de la pared y señaló la parte del marco en la que el papel estaba rasgado.

—Aquí, donde la madera se une, puedes ver un círculo del

tamaño de una moneda pequeña. Debajo de eso están la alarma y la batería.

—¿Cuánto movimiento es necesario para que se active la alarma?

—Puedes sacudirlo o enderezarlo y no pasará nada, pero si lo apartas un par de centímetros de la pared o si lo descuelgas, la alarma se activa.

El hombre pasó el dedo por el círculo de madera.

—Una alarma detendrá a un aficionado, pero nada detiene a un profesional.

—Supongo que eso es verdad —suspiró—, pero dentro de poco solo tendré cuatro cuadros por los que preocuparme.

—¿Cuándo venderás los demás?

La mujer negó con la cabeza.

—El testamento de Gaston exige que los vendamos en subasta. Aunque así podrían alcanzar un precio mayor, me preocupa más quién los compre que cuánto dinero paguen por ellos. Pero de eso se ocupará Freddy, porque se llevará una comisión de cada cuadro que se venda. —Acarició el marco del autorretrato de Cézanne—. Este cuadro ha estado en una colección privada demasiado tiempo. Debería estar en el museo Granet de Aix.

—¿Te permitiría Weisbord que se lo vendieras a ellos?

—Insiste en seguir los términos del testamento. —Sus ojos mostraron su enfado—. Por supuesto, fue él quien los escribió.

—Quizá podrías prestar la obra al museo.

Margueritte negó con la cabeza vigorosamente.

—Freddy también previó eso. Quiere verlos todos vendidos, y por el precio más alto posible.

—Quizá yo pueda ayudarte.

Los ojos de Margueritte se animaron.

—¿Cómo?

Aukrust descolgó el retrato y lo sostuvo a un brazo de distancia.

—Podrías pedirme que reemplazara el papel rasgado, aquí, en la parte de atrás. —Le dio la vuelta a la obra y señaló el papel—. También podría comprobar que el lienzo no tiene moho y reemplazar los alambres de suspensión. —Sonrió—. Si me lo propongo, podría tardar varios meses en terminar el trabajo.

—Claro… Las pinturas y los marcos viejos siempre necesitan algún arreglo —musitó la mujer—. Le prometí al director del Granet que podría exhibirlo en la exposición de Cézanne que empezará en enero. Podrías entregárselo tú. —Se rió—. Freddy se pondría furioso. Está seguro de que conseguirá un precio récord.

—Para un cézanne, podría ser —asintió Aukrust.

—El Granet me ha ofrecido setenta y cinco millones de francos; eso es más que suficiente.

—En una subasta de Nueva York o Londres alcanzaría dos veces ese precio.

La mujer cruzó los brazos sobre su pecho. Miró fijamente el autorretrato, y después el paisaje. Su mente estaba trabajando rápidamente; de repente, fue consciente de la inmensidad de lo que había ante ella. Ni ella ni Gaston habían comprado o vendido una obra en casi siete años; en lugar de eso habían comerciado astutamente con ellas hasta reducir su colección de más de treinta pinturas a las once que estaban en las paredes ante ella.

Sentía una nueva determinación en su interior y habló con firmeza:

—Hablaré con Freddy sobre el testamento. El dinero de mi familia pagó estas obras y no voy a dejar que un viejo egoísta me diga cómo o cuándo o a quién debo venderlas. Por ahora, lo dejaré todo tal como está. Ocupémonos ahora de cosas más importantes —dijo con una sonrisa—. Deja que te pague el marco nuevo.

12

Lancet Ventures S. A. ocupaba la planta trigésimo primera de la torre National Westminster, el edificio más alto de la ciudad de Londres aunque ya no era el más alto del Gran Londres, puesto que esa distinción pertenecía ahora a One Canada Square en Canary Wharf, el espectacular y especulativo complejo de negocios que estaba situado en el centro del río Támesis. Las oficinas de Lancet estaban amuebladas de un modo comedidamente elegante y, en la opinión de algunos, irracionalmente caro. El lugar más opulento de todos era una sala de conferencias con vistas al Támesis al sur y a la catedral de Saint Paul al oeste. Bajo una amplia lámpara de araña había una mesa de teca taraceada con maderas rubias y castañas rodeada por dos docenas de sillas de respaldo alto tapizadas en seda con estampaciones de águilas, leones y rosas púrpuras. Un cuadro de Jackson Pollock y otro de Andrew Wyeth destacaban en un muro interior y estaban flanqueados por dos obras de artistas contemporáneos británicos. Una de ellas, un ejercicio de geometría en rojo, era de Margaret O'Rourke y estaba acertadamente titulada *Sin título A,* mientras que la otra, *Número 3-1954,* de Jeremiah Tobin, era un lienzo grande y azul con vetas púrpuras y verdes que habían sido aplicadas con una brocha seca sobre pintura húmeda.

Lancet Ventures era propiedad a partes iguales del First Bank of New York y de London/Westminster Securities. Las oficinas de Nueva York eran duplicados exactos de las de Londres y estaban ubicadas en la planta trigésimo tercera de las torres World Trade Center en la parte baja de Manhattan. El negocio de Lancet era la infusión de capital a nuevas empresas, y tras un periodo de tres años había conseguido un par de grandes éxitos pero también demasiadas pérdidas, de modo que de los altos estamentos había llegado la orden de «detener la hemorragia».

Los directivos de Nueva York habían acudido a Londres para discutir con sus colegas sobre las ominosas señales que auguraban que el mayor acuerdo de Lancet, una antes prometedora inversión en obras de arte de primer nivel, estaba a punto de echarse a perder. Estaban en juego préstamos de más de cien millones de dólares y peligraba la parte de los beneficios de los socios y los casi

tres millones depositados en sus cuentas de depósito reservadas.

Harold Samuelson, Bud, era un hombre bajito de labios finos con ojos alertas e inquisitivos y un bronceado de solárium del New York Athletic Club. Hablaba con nerviosismo, gesticulando y agitando los hombros de un modo extraño. Tenía cuarenta y dos años, se había licenciado en la Universidad de Misuri y en la Escuela de negocios de Harvard y era conocido como un negociador astuto.

Su socio principal en Londres era Terrance Sloane. Terry Sloane tenía cuarenta y cinco años y había conseguido su puesto gracias a sus agallas, a su trabajo duro y a un brillante historial en cesiones internacionales. No era de la vieja guardia; sus contactos sociales eran básicos, pero tenía una brillante mente empresarial, un sentido común que ya no se estilaba y afición por trabajar veinticuatro horas al día.

Samuelson había pasado todo su vuelo en el Concorde preparándose para enfrentarse al hombre al que había pagado por adelantado una buena suma para que adquiriera una colección de grandes pinturas que no había conseguido generar los beneficios prometidos. En el proceso, Samuelson se había colocado en una situación difícil. Tenía una expresión decidida y determinada, y sus primeras palabras dejaron ver su frustración reprimida.

—El bastardo va a soltarnos una excusa y a pedirnos un aplazamiento. ¿Oyes lo que te estoy diciendo, Terry? Va a tomar la puta iniciativa y a ponerse exigente.

—Podría tener una buena razón, Bud. Ten en cuenta que ha sufrido una pérdida increíble. Una pérdida doble, si tenemos en cuenta el asesinato de su conservador.

—Lo siento por Barnes o como quiera que se llamara, y también por la pintura. Yo no sabía que tenía cosas así.

—El conservador se llamaba Boggs —dijo Terry Sloane— y esas cosas, como tú las llamas, son de primera.

—Fuimos unos imbéciles al firmar un acuerdo que nos impedía apropiarnos de sus bienes personales en caso de impago, sobre todo cuando el bastardo tiene una colección de arte valorada en Dios sabe cuánto. Tiene un par de pelotas del tamaño del Puente de la Torre, por el amor de Dios.

—Fuimos unos imbéciles por no saber más sobre el mercado del arte.

Samuelson no estaba interesado en seguir hablando sobre la estupidez de Terry Sloane o la suya propia.

—Supongo que el cuadro estaba asegurado, y bastante bien.

—Con Lloyd, seguramente.

—Sabes bien que va a pedirnos un aplazamiento.

—¿Tú no lo harías?

Samuelson abrió una carpeta.

—Aquí hay un listado de seis páginas con sus malditos activos; su cuadro no está incluido. Ese tipo tiene dinero. Un montón de dinero.

—Está hasta el cuello de deudas.

Dejaron bebidas y hielo sobre una mesa bajo la enorme pintura azul con las vetas púrpuras y verdes. Samuelson se sirvió un vaso grande de agua con gas y volvió a la mesa. Como era la costumbre del socio visitante sentarse en la cabecera de la mesa, Terry Sloane se había apostado a la derecha de Samuelson. Frente a la silla a la izquierda de Samuelson había cuadernos, bolígrafos y un teléfono.

—Llegará exactamente diez minutos tarde —predijo Terry Sloane, y añadió amargamente—: Es parte de su encanto.

En aquel momento, la puerta se abrió y una atractiva mujer entró en la habitación.

—Hola, Bud —dijo amablemente—. No te has parado a saludar.

Samuelson se levantó.

—Estabas teniendo una tórrida aventura a puerta cerrada. —Levantó su vaso hacia ella—. No quise interrumpir.

La mujer cerró los ojos y negó con la cabeza en respuesta.

—¿Quieres que me siente o que escuche?

—Preferiría que escucharas, Marybeth —le contestó Terry Sloane, que se puso en pie para acercarse a ella—. Es posible que Alan venga con los humos subidos, y será más fácil tratar con él si no tiene espectadores.

Marybeth Warren era abogada, una de las buenas. Había sido elegida como procuradora general del departamento legal del banco matriz. Aunque era americana, estaba casada con un inglés y tenía dos hijos pequeños. Marybeth era una todoterreno, pero no tenía la típica personalidad extravagante y difícil que suele acompañar al talento. Era increíble.

—Siento mucho lo de su conservador; ha sido una noticia terrible. Si tengo la oportunidad, me gustaría decírselo. —Hizo una pausa momentánea—. Quiero que sepáis que voy a grabar la reunión. Sé que no os gusta que lo haga, pero lo voy a hacer.

Los hombres intercambiaron una mirada y después Samuelson habló:

—Le explicaremos que lo estamos grabando… Para que sepa que no es el momento de tocar los cojones.

Marybeth sonrió.

—Eres todo un poeta, Bud.

La secretaria de Terry Sloane entró en la sala y les anunció que el señor Pinkster había llegado.

Eran exactamente las seis y diez.

Alan Pinkster y Bud Samuelson se conocieron en Japón a mediados de los ochenta. Pinkster formaba parte de una agresiva agencia de corretaje de Nueva York que estaba expandiendo su departamento internacional. Samuelson era el segundo al mando de la sucursal de su banco en Tokio. Terry Sloane y Pinkster se conocieron a través de sus esposas, que habían sido compañeras de colegio. Después del divorcio, la esposa de Pinkster había seguido siendo buena amiga de la mujer de Sloane y se había convertido en una fuente de información sobre la célebre búsqueda de riqueza y posesiones de Pinkster.

Pinkster entró en la habitación. Su alto nivel de ansiedad quedaba patente en su alarde de autoconfianza, equivalente al de un presidente de junta que hubiera reunido a sus subalternos para anunciar sus planes para quitarse del medio a su mayor competidor. Su normalmente saludable apariencia se veía enturbiada por un sarpullido en su frente y mejillas que había sido incapaz de controlar. Los saludó con hosquedad, como si estuviera ansioso por terminar con aquella reunión para poder dedicarse a asuntos más importantes. Colocó su estrecho maletín junto al teléfono, apartó la silla de la mesa y se sentó. Samuelson y Terry Sloane siguieron en pie hasta que Pinkster terminó de organizarse.

—Cuánto tiempo sin verte —dijo Samuelson, y después añadió —: Siento lo de Boggs. Es horrible.

Pinkster levantó la cabeza.

—He perdido dos buenos amigos.

—La muerte de Boggs es una auténtica tragedia. Es terrible que hayas perdido el autorretrato, pero no era más que un cuadro. Es reemplazable.

Pinkster miró fijamente a Samuelson.

—Esa obra no. Era irremplazable.

—No eres el único que ha perdido una pintura, me temo —le dijo Terry Sloane.

Pinkster ignoró el comentario y, mirando a Samuelson, preguntó:

—¿Cómo les ha ido este año a los Cardinals?

—¿De verdad quieres saberlo? Los lanzadores tenían un promedio de cuatro coma sesenta y ocho carreras y el equipo no

podía golpear una mierda. Así les ha ido.

—Vosotros los americanos siempre estáis con los números y las estadísticas en el béisbol —interrumpió Terry Sloane—. ¿Qué tiene eso de divertido?

—Alan era fan de los Yankees cuando estaba en Nueva York, ¿verdad? —dijo Samuelson.

Pinkster asintió y después dirigió sus ojos al cuaderno. Cogió el bolígrafo y escribió la fecha en la parte superior de la página.

—¿Empezamos?

—Antes de comenzar, Alan, quiero que sepas que nuestra reunión está siendo grabada y que te proporcionaremos una copia de la cinta —le contestó Terry Sloane—. ¿Lo comprendes?

Pinkster asintió.

—Para que conste, di que comprendes que nuestra reunión está siendo grabada, por favor —insistió Samuelson.

—Sé que tenéis una puta grabadora encendida —dijo Pinkster, enfadado.

Samuelson ordenó las carpetas y cuadernos que había colocado sobre la mesa y miró a Pinkster directamente.

—Hay una cantidad sustancial de dinero en juego y estoy seguro de tienes tanto interés como nosotros en que esto termine bien. Hace dieciocho meses pusimos cuarenta millones en tu operación «Cuenca del Pacífico». Seis meses después, otros veinticinco, y cuarenta más en marzo de este año.

—Ciento cinco millones —dijo Pinkster con los ojos cerrados y una voz plana e impaciente—. Conozco las cifras.

—Creo que de cara a la grabación deberíamos repasar todos los números —replicó Samuelson con firme insistencia—. Hasta la fecha has pagado un total de dos millones y medio de intereses. No has reducido capital. El interés total pendiente en la cuenta, a día de hoy, es de seis millones ochocientos cuarenta mil.

—Menos tres millones.

Pinkster extendió a Samuelson un cheque del Banco Sumitomo de Tokio.

Terry Sloane se inclinó hacia delante y se pasó la mano por la mejilla.

—Eso no es suficiente, Alan. Ni siquiera se acerca.

—Es suficiente, maldita sea —le espetó Pinkster—. O, teniendo en cuenta las circunstancias, se acerca mucho.

Samuelson se puso en pie y dio varios pasos hacia la hilera de ventanas. Se giró, se metió las manos en los bolsillos y comenzó a hablar suave y deliberadamente:

—Alan, te he visto trabajar en Japón y en Nueva York y sé que eres un hijo de puta brillante al que Dios ha dado un talento increíble para hacer dinero. Pero, por muy bueno que seas, no puedes controlar los sucesos, y no puedes controlar los mercados. Lo único que puedes hacer es entenderlos.

Pinkster se quedó sentado, inmóvil, pero levantó los ojos para echar una fulminante mirada a Samuelson.

—Los japoneses sufrieron un escándalo financiero hace un par de años. Se produjeron algunos suicidios y arrestos. Un lío bastante feo. Recientemente, he descubierto que tú estuviste involucrado en eso, que fuiste uno de los pocos extranjeros a los que se les ofreció en privado acciones de Recruit Cosmos. Ganaste un montón de dinero.

—Menos de doscientos mil —dijo Pinkster—. Y eso no tiene nada que ver con «Cuenca del Pacífico».

—Nosotros pensamos que sí —replicó Terry Sloane.

—Y yo os estoy diciendo que no —insistió Pinkster desafiantemente.

—El escándalo Recruit terminó hace mucho, y no nos importa que ganaras algún dinero. Lo importante para nosotros es el hecho de que estuvieras involucrado. —Terry Sloane se echó hacia atrás en su silla—. Queremos saber por qué.

Pinkster se frotó un bálsamo en los labios.

—Recibí una llamada de teléfono. No hay nada extraordinario en eso. Conocía a un montón de gente, y de vez en cuando les daba una buena propina. —Hizo varios garabatos indescifrables en el cuaderno—. Soy el mejor en lo que hago, y en Japón te recompensan por ello.

—Estuviste negociando en bolsa con las mayores empresas de valores de Tokio. Con Nomura y Nikko, en lugar de hacerlo con tu propia empresa. ¿Por qué?

—Estaba trabajando para algunos clientes especiales.

—¿Te contrató Aubrey & Weeks y hacías compraventas como representante a través de otras corredurías? ¿No es eso un poco raro?

—Tenía oportunidades que no podían ser manejadas del modo habitual.

—Has dicho que recibiste una llamada sobre el asunto de Recruit. ¿Quién te llamo?

—No puedo decírtelo.

—Oh, claro que puedes —le dijo Samuelson. Se quedó junto a la silla, con un brazo sobre su alto respaldo—. Tenemos casi ciento

cinco millones de pavos en «Cuenca del Pacífico», más intereses. Cada puta cosa que hagas es asunto nuestro.

—La llamada fue del presidente de Recruit. Yo lo había ayudado a comprar varios cuadros. Estaba devolviéndome un favor.

—Eso se les da bien… Hazme un favor y yo te lo hago a ti.

—El reparto privado de acciones es una práctica común. Y legal.

—Entonces, ¿por qué se salió todo de madre? —le preguntó Samuelson—. El país se volvió loco con el escándalo del Recruit.

—Porque tres ministros aceptaron donaciones de acciones de Recruit. Habría sido diferente si las hubieran comprado, incluso con una gran rebaja. Dimitieron, y eso obligó al primer ministro a dimitir también. El director de Nippon Telegraph and Telephone, otro de los involucrados, también dimitió. ¿Os parece que no es para volverse loco?

—¿Y tú saliste de eso limpio como un puto espejo?

—Para empezar, yo no era el puto jefe del gobierno japonés ni el director de la empresa más importante del mundo. Y no acepté una donación; me dieron la oportunidad de comprar un millar de acciones y las compré. Todo fue perfectamente legal.

—A lo que me refiero, Alan, es al hecho de que tú estuviste en una posición ventajosa. Conocías a la gente adecuada.

—Ya he dicho que no hay nada malo en eso.

Samuelson negó con la cabeza.

—No hay nada malo en el caso de la buena gente. Pero conociste a algunos de los tipos malos.

—¿A qué te refieres con eso? —replicó Pinkster.

—Me refiero a que tenías conexiones con miembros del crimen organizado. —Samuelson se sentó en el reposabrazos de su silla y cruzó los brazos sobre el pecho—. Estabas haciendo negocios con peces gordos de la Yakuza.

—La Yakuza no es la Mafia.

—Oh, claro que lo es. Consiguen el dinero a la antigua: matan por él. —Samuelson sonrió ante su pequeño chiste—. ¿Te dice algo el nombre Susumu Ishii?

—Ishii es un hombre muy rico. Le gustan los primeros picassos… Juega bien al golf.

—Ya puede jugar bien —añadió Terry Sloane—. Es propietario de cuatro campos de golf.

—¿Qué hiciste por él? —le preguntó Samuelson.

—Hace un tiempo, los japoneses comenzaron a comprar importantes obras de arte. Al principio era un deseo genuino de poseer obras occidentales, pero rápidamente empezaron a competir

entre ellos por las obras más caras. Vi una oportunidad de comprar en Europa y en Nueva York y vender en Japón…

—Todo eso lo sabemos —lo interrumpió Samuelson—. Es por eso por lo que creaste «Cuenca del Pacífico» y por lo que acudiste a nosotros para pedirnos dinero. Nosotros lo vimos como algo puramente especulativo, algo con lo que había grandes posibilidades de obtener un rendimiento medio superior al cincuenta por ciento. Los riesgos dependían de lo bien que tú vendieras tu inventario.

Pinkster apartó la mirada de Samuelson. Tomó otra nota en el cuaderno pero no dijo nada.

Terry Sloane rompió el silencio.

—Tienes una buena relación con Akio Sawata. ¿Qué me dices de eso?

—Son solo negocios —respondió Pinkster.

—¿Automóviles, inmobiliaria, prostitución? ¿Ese tipo de negocios? —le preguntó Samuelson.

—¿Extorsión y fraude? —añadió Terry Sloane a la lista.

—Sawata es un hombre rico, y no le he preguntado por su pedigrí ni de dónde saca su dinero. —Pinkster se apartó de la mesa —. Compraba arte y eso era lo único que me importaba.

—Entonces, ¿por qué tenemos un problema? Sawata es uno de los hombres más ricos de Japón y a ti no te importa una mierda si es sintoísta, inmoral o un puto agnóstico. Pero, tal como yo lo veo, está relacionado con «Cuenca del Pacífico». Nos debe un montón de dinero.

Pinkster negó con la cabeza.

—El problema es que no tengo contrato. Sawata no firma contratos.

—Por el amor de Dios, ¿cómo puedes hacer negocios sin contrato? ¿No tienes nada? ¿Una carta, al menos?

Pinkster se puso más bálsamo en los labios.

—Cuando haces negocios con Sawata hablas de muchas cosas, y después él te describe una pintura y te dice que la quiere. A continuación hace una reverencia.

—¿Cómo? ¿Aceptaste una puta reverencia como contrato?

Samuelson estaba de nuevo en pie, con las manos metidas en los bolsillos.

Pinkster asintió.

—En tu americano coloquial, sí, hizo una puta reverencia. Y eso fue suficiente para mí.

—¿Te habló del cuadro que quería? —le preguntó Terry Sloane.

—Akio Sawata y yo hablamos sobre las obras de Georges Seurat. No hay muchas pinturas de Seurat por ahí, y las que pertenecen a colecciones privadas están en América. Yo sabía que el interés por Seurat estaba empezando a crecer, y Akio también lo sabía. Era el momento adecuado, o eso pensábamos, y le dije que estaría atento. Gracias al azar conseguí un dibujo bastante bueno en una subasta de Sotheby's en Nueva York. Fueron cuatrocientos mil dólares. Se lo vendí a Akio por medio millón. Entonces un marchante de Chicago me escribió describiéndome una pintura que sería perfecta para Sawata. Un cuadro grande, fechado poco antes de que Seurat muriera. —Pinkster dio la espalda a ambos hombres—. Comencé las negociaciones y justo entonces se anunció que en París se estaba preparando una retrospectiva de Seurat para otoño. Los malditos franceses nunca le habían prestado demasiada atención, y ahora estaban dispuestos a hacerlo famoso. El marchante dobló el precio a ocho millones y yo lo acepté antes de que subiera aún más.

—¿Cuánto pagó Sawata por él?

Pinkster no contestó inmediatamente; en lugar de eso, garabateó otra nota. Miró a Samuelson.

—No ha pagado nada. Me dijo que el precio era demasiado alto y que iba a cerrar su galería.

—Hizo una reverencia, maldita sea —dijo Samuelson—. Acabas de decir que es lo mismo que un contrato.

Pinkster le dedicó una sonrisa a medio camino entre la alegría y el descaro.

—Eres terriblemente ingenuo, Bud. Sawata hizo una reverencia, y lo único que eso significaba era que le gustaría tener un Seurat. No lo obligaba a comprar nada.

—¿Tú lo sabías?

—Por supuesto. Era parte del riesgo. Conseguiré lo que pagué por el Seurat, pero tardaré un poco. —Pinkster se puso en pie y miró a Samuelson y a Terry Sloane con severidad—. Os sugiero que escuchéis muy atentamente lo que voy a deciros.

Samuelson volvió a su silla. Terry Sloane cambió de postura para mirar a Pinkster y decir:

—Te recuerdo una cosa, Alan. Todo está siendo grabado. Si tienes algo que decir extraoficialmente, te sugiero que nos lo cuentes más tarde.

—Lo que tengo que decir será muy breve y me importa una mierda que lo grabéis. —Se sentó en el borde de la mesa y miró por la ventana a la oscuridad que caía sobre la enorme ciudad—. Hagamos juntos un breve repaso de historia. Los japoneses siempre

han sentido una gran fascinación por el arte occidental. En los ochenta comenzaron a comprar grandes maestros y arte europeo. La pintura era una buena inversión y un modo seguro de elevar el prestigio personal. Los impresionistas franceses les gustaban especialmente, y por eso los hombres de negocios ricos comenzaron a competir unos con otros y a intentar comprar obras más valiosas que los demás. Un hombre llamado Morishita, que en el pasado había estado encarcelado por extorsión y fraude, se gastó novecientos millones en su colección. Ryoei Saiti, jefe de una colosal empresa papelera, pagó ochenta y dos millones por una obra de Van Gogh y setenta y ocho millones por una de Renoir, y después tuvo la audacia de añadir una cláusula a su testamento exigiendo que las dos se cremaran junto a su cuerpo. La Itoman Trading Company compró más de cuatrocientas pinturas a un precio de casi quinientos millones, y Mitsubishi Corporation compró dos cuadros de Renoir a una pareja de franceses por treinta millones.

Pinkster había rodeado la mesa de conferencias mientras hablaba. Entonces volvió a su silla.

—Perdonad por el discurso, pero creo que esto podría ayudaros a refrescar la memoria y a acercaros un poco más al problema. Fueron los japoneses los que construyeron el mercado del arte y son los japoneses los que están destruyéndolo. Su economía tiene arenas movedizas debajo. Un mercado de valores en el que se comercia a cien veces las ganancias y escándalos rasgando el escenario financiero cada año es una receta segura para el desastre. ¿Alguno de vosotros sabe lo que significa *zaitech*?

—Contabilidad creativa —respondió Samuelson—. Doble libro de cuentas y todas esas cosas.

—Nada tan ordinario —replicó Pinkster—. Ellos fueron más innovadores. Para ellos, *zaitech* es ingeniería económica. En nuestro caso, es el uso del arte como sustituto del dinero. —Pinkster volvió a su silla y se acomodó en ella—. El gobierno ha fijado un techo en inmobiliaria. Si un propietario quiere obtener un precio mayor del que le permite la ley, aceptará el pago del precio fijado más un pequeño dibujo de Degas o Picasso. Eso es *zaitech*. Yo trabajaba con tres clientes fijos: cada uno compraba una, quizá dos obras cada mes. Entonces, el Ministerio de Economía comenzó a investigar las transacciones superiores a cien millones de yenes. El arte como sustituto del dinero en efectivo perdió popularidad.

—¿De qué estás hablando?

La paciencia de Samuelson estaba agotándose.

—Estoy diciendo que tengo un inventario de veintiuna obras que cuesta un poco más de noventa y ocho millones y medio. Normalmente podría venderlo entre ciento cincuenta y ciento ochenta millones, pero el mercado del arte se ha enfriado y no conseguiré ni ochenta millones por el lote entero.

—Hay otros compradores, además de los japoneses —dijo Terry Sloane.

—A ver si lo he entendido. —Samuelson se inclinó hacia delante y extendió los brazos con rigidez, con las palmas de las manos sobre la mesa—. ¿No consigues un buen precio porque la economía japonesa está jodida y quieres que nosotros esperemos a que mejore? ¿Es eso lo que estoy oyendo?

—Se acerca bastante a la realidad. No sé cuánto tiempo tardará, pero su economía remontará.

—¿Junto con nuevas y mejores formas de *zaitech?* —preguntó Samuelson amargamente—. Nuestro negocio no es esperar. Invertimos para ganar más dinero. No esperamos.

—Dadme otros treinta días antes del pago del interés. Son menos de cuatro millones. Soy bueno en esto.

—No quiero esperar treinta malditos días. —Samuelson golpeó la mesa con ambas manos—. Tienes cinco días.

—No puedo aceptarlo.

—Claro que puedes, joder, o empezaremos por hacer efectivo el aval sobre el resto de mierda de la que eres propietario. —Cogió una carpeta del montón y la colocó ante él—. Aquí está nuestro contrato. El impago del interés en el tiempo previsto para ello es causa de cancelación y abre el camino para un puto bombardeo de acciones legales.

—Cuando firmamos el acuerdo hace dos años ya sabíais que el arte era un producto volátil. Tenéis que tener paciencia.

—Estás jugando con nuestro dinero, y eso no me gusta. No has arriesgado ni uno solo de tus putos peniques y ahora, para salvar el culo, vas a tener que hacerlo.

—Pondré a un montón de abogados contra vosotros. —Pinkster extendió el brazo a través de la mesa, cogió el contrato y lo sacudió ante Samuelson—. Atarán esto con una docena de nudos y no veréis más dinero en años.

—Te estás echando un farol, Alan. —Terry Sloane se puso en pie —. Haznos una oferta. Algo como el pago completo de los intereses en una semana, o la devolución de la mitad del capital en un mes. Danos algo con lo que trabajar e intentaremos llegar a un acuerdo contigo.

Pinkster echó una mirada fulminante a Terry Sloane, y después a Samuelson. Se levantó y se acercó a las ventanas con vistas al Puente de la Torre y al Támesis. Se quedó como si estuviera congelado durante varios minutos y después dijo sin girarse:

—Lo resolveré.

—¿Qué significa eso, por Dios santo? —le preguntó Samuelson.

Pinkster caminó hasta la puerta.

—Justo lo que he dicho. Lo resolveré.

Abrió la puerta y se marchó.

Samuelson empezó a seguirlo, pero Terry Sloane levantó la mano.

—Deja que se vaya, Bud. Le has dado un plazo límite y él lo ha aceptado. Veamos con qué nos sale.

La respuesta de Samuelson fue un gruñido.

—De acuerdo. —Caminó hasta la pintura titulada *Número 3-1954* y miró las extrañas franjas de colores que vagaban a través del enorme espacio azul sin un patrón comprensible—. ¿Quién es el autor de esta puta atrocidad?

Terry Sloane se detuvo a su lado.

—Supongo que eso significa que no te gusta. —Sonrió—. Deberías saber que el personal está dividido. A la mitad no le gusta… La otra mitad lo odia.

13

El Sepera estaba amarrado a un centenar de metros de distancia de la central eléctrica de Battersea. Tenía un par de luces verdes en la entrada de la barandilla, a estribor, y tres luces (dos blancas y una amarilla) en una línea recta vertical sobre un mástil tras la timonera. Eran casi las diez en punto y el tráfico comercial apenas era ya un goteo. El río estaba a oscuras.

Nikos estaba en pie, esperando. Miró la timonera, donde el rostro de Sophie reflejaba la fosforescencia acuosa que creaba una hilera de pantallas de radar. La mujer reparó en las luces en movimiento de un barco que se aproximaba rápidamente desde la popa. Cuando se detuvo, casi sobre ellos, se elevó sobre las turbulentas aguas antes de posarse y acercarse un poco más al punto donde estaba Nikos con una maroma enrollada en la mano. El griego ató las cuerdas con habilidad a las robustas bitas del remolcador y a las brillantes abrazaderas cromadas del yate.

Un parloteo en japonés llegó desde la cabina. A continuación salió un hombre, seguido por alguien de menor estatura que llevaba un enorme maletín con cremallera en el que podría guardarse con facilidad un ejemplar sin doblar del *London Times*. Cuando los japoneses llegaron al punto en el que los dos barcos estaban amarrados, dejaron de hablar. Nikos los ayudó a cruzar al remolcador y los condujo al gran salón del Sepera.

En el centro de la habitación, en lugar de las cuatro butacas y mesitas, había tres sillas y una lámpara que creaba sobre la única mesa un estanque redondo de luz amarillenta. La luz no llegaba a las paredes, así que gran parte de la habitación estaba a oscuras.

—Por favor, pónganse cómodos —dijo Nikos—. Si lo desean les prepararé un refrigerio. ¿Les apetecería quizá un buen whisky?

—Más tarde, cuando nos hayamos ocupado de los negocios —le respondieron en inglés con un acento que, para un oído británico, habría sido de Nueva York.

Sobre el constante zumbido del motor que les proporcionaba la electricidad se oyó un tenue chirrido metálico y el abrir y cerrar de una puerta. Alan Pinkster apareció en la pálida luz. Tenía una violenta rojez en la frente que no dejaba de humedecer con el hielo

que llevaba envuelto en una toalla.

—Habrá un poco más de luz en un par de minutos. Buenas noches, señorita Shimada. —La saludó con una sonrisa forzada—. Por favor, siéntese.

Mari Shimada estaba mirando la lámpara. Era bajita. El cabello negro, cortado como el de un paje, le caía sobre la frente. Sus rasgos casi perfectos eran euroasiáticos. Iba llamativamente maquillada: un suave rostro blanco con unos ojos grandes ligeramente rasgados delineados en negro, mientras que sus labios y sus largas uñas estaban coloreadas de un profundo escarlata. Se quitó el abrigo para revelar una silueta delgada constreñida en un pantalón negro. Llevaba una camisa negra ceñida en la cintura con un cinturón dorado. Aunque Pinkster la había visto antes, siempre le sorprendía su compacta voluptuosidad.

—Bienvenido, Kondo —dijo, y después chasqueó los dedos en dirección a Nikos—. Ofrece una bebida a nuestros invitados.

—Han dicho que no les apetece. Quizá más tarde.

—Asegúrate de que el barco del señor Kondo está anclado y de que las luces pertinentes están encendidas. Saldremos inmediatamente —dijo. Entonces miró su reloj—. Regresaremos a las once y media.

Nikos se tocó la parte inferior de la gorra y se marchó del salón.

—¿Por qué tan tarde? —le preguntó Kondo—. Podríamos terminar con este asunto en treinta minutos.

—Tengo algo más que enseñarles, aparte del seurat.

—Usted dijo que no tenía el resto de obras en Londres.

—Las condiciones han cambiado.

—¿Las tiene aquí, en el barco?

—¿Sorprendido? ¿Qué lugar más seguro que un remolcador insumergible?

—El señor Sawata cree que su seurat es una pintura excelente. También dice que pagó demasiado por él.

—El precio es justo —dijo Pinkster, irritado—. Y eso no es asunto de Sawata.

—Pero es asunto mío —replicó Kondo—. Y es posible que yo esté de acuerdo con el señor Sawata.

La cabeza de Kondo era grande y perfectamente redonda y parecía clavada sobre un cuello corto y grueso cubierto por un jersey blanco de cuello alto. Sus gafas de gruesa montura negra descansaban sobre su nariz como unas gafas de buzo. Llevaba una chaqueta azul marino con brillantes botones dorados y un llamativo emblema cosido en el bolsillo del pecho. Su piel era oscura, y lo

parecía aún más bajo la tenue luz.

—Los franceses han decidido, en su infinita sabiduría, homenajear a Seurat celebrando el aniversario de su muerte —dijo Pinkster—. Así que, después de tantos años de olvido, los precios han subido muchísimo. ¿Es consciente de eso, Kondo?

Este asintió.

—Debo evitar que los precios sigan subiendo.

—Pero cuando posea una de sus obras querrá que el precio suba de nuevo. ¿Correcto?

—Conoce el negocio.

—¿Quién es su cliente?

Kondo negó con la cabeza.

—Eso es confidencial.

—¿Es un coleccionista o un inversor?

Kondo sonrió.

—Tiene mucho éxito en ambos campos.

—¿Está en el negocio de la seguridad?

—Su negocio es hacer dinero —afirmó Kondo con rotundidad.

Los motores principales se encendieron y se produjo un ligero movimiento. El barco estaba en camino.

—¿Dónde está el cuadro? —preguntó el japonés.

Pinkster pulsó algunos botones de una caja estrecha con la misma forma que un mando a distancia de televisión. Una luz se encendió en el techo y enfocó una enorme pintura colgada en la pared tras la silla de Pinkster. Sus colores eran brillantes, como si el sol hubiera aclarado incluso el verde azulado del agua, y un joven de pie en una barca estaba ayudando a una chica a dar una larga zancada para unirse a él. Mari Shimada se acercó a la pintura y la inspeccionó con una lupa.

—¿Qué le parece, Kondo? —le preguntó Pinkster.

El japonés se ajustó las gafas.

—Es buena, por lo que sé de Seurat. Pero la señorita Shimada es la experta.

Mari habló animadamente, ya fuera para alabarla o para encontrar una falta menor. En general le gustó y le dio su generosa aprobación.

—¿Cuánto? —preguntó Kondo.

—Once millones de dólares —le contestó Pinkster.

La enorme cabeza de Kondo giró de lado a lado.

—Le ofrezco ocho millones y medio, un justo beneficio de medio millón sobre el precio que pagó.

—Fue una transacción privada. No sabe cuánto pagué.

—Un amigo de Chicago me dijo que fueron ocho millones.

—Su amigo no está bien informado, Kondo. —Se frotó las mejillas con la toalla fría y se puso en pie—. Seurat se ha vuelto muy popular y hay muy pocas obras suyas a la venta. El precio es once millones.

Kondo se acercó a la pintura y la inspeccionó cuidadosamente.

—Mi oferta son nueve.

—Mi precio es justo… Y no es negociable —dijo Pinkster pronunciando las palabras lentamente.

Kondo hizo un gesto a Mari para que se uniera a él ante el seurat. Habló con ella en un ininteligible flujo de japonés demasiado rápido para que Pinkster lo descifrara. Quizá significaba algo, aunque lo más probable es que formara parte de la estrategia de negociación de Kondo.

—Muéstrenos el resto de obras —le pidió Kondo—. Podría haber otra pintura que nos permitiera hacer un trato justo.

Pinkster presionó algunos botones más del control remoto. La luz del seurat se atenuó y, simultáneamente, otra luz apareció sobre un picasso.

—Este es *Mujer desnuda sentada,* pintado en 1911. Pequeño, lo reconozco, pero a un precio adecuado. Espero dos millones y medio.

La luz del picasso se atenuó y una tercera y brillante luz cayó sobre una sobria escena de interior.

—Este es un raro óleo de Edouard Vuillard, pintado en 1893, que se llama *El nuevo vecino*. Su precio es de siete millones.

Mientras la luz sobre el vuillard se debilitaba, otra se encendió e iluminó una obra enérgicamente expresiva llena de mensajes y eslóganes impresos.

—Este es de Jean Michel Basquiat, un neoyorquino cuya carrera como neoexpresionista brilló brevemente. Murió de una sobredosis de droga a los veintisiete años. Se titula *Lonja de pescado*. Una excelente compra por dos millones.

De nuevo se atenuó una luz y otra se encendió. Esta vez se iluminó *Mujer con sombrilla azul,* de Monet. Pinkster alabó el jardín inundado por el sol y después añadió:

—Es posible que recordéis que esta obra era, en un principio, muy ancha, demasiado para el gusto de un propietario anterior que le cortó veinticinco centímetros… Pero para algunos críticos fue una mejora. Es una obra importante y espero doce millones.

El siguiente era un cuadro de Marc Chagall, una escena de circo estridente y colorida, muy animada y entretenida.

—No he puesto precio a este, pero no lo dejaré escapar por

menos de cinco millones.

Pinkster se quedó en el círculo de tenue luz que iluminaba al Monet. Tenía el rostro tan rojo como las rosas del jardín de la pintura.

—Tengo una obra más que enseñaros. Me la ofrecieron el invierno pasado y aproveché la oportunidad. No es del gusto de todos, pero podría despertar el interés de un coleccionista privado.

Había ya seis cuadros suavemente iluminados. Entonces, como había hecho antes, Pinkster encendió otra luz. Esta parecía más brillante que las demás y enfocaba una pintura de tres jockeys sobre sus corceles; tras ellos había una multitud de caballos que corría entusiásticamente.

—Este es *Antes de la salida,* de Edgar Degas.

Kondo corrió hacia el cuadro.

—¿Dónde lo consiguió?

—Llegó a través de Suiza, y eso es todo lo que voy a decir al respecto.

—Lo robaron de la colección Burroughs de Boston —dijo Kondo, emocionado.

—Cierto —afirmó Pinkster con tranquilidad—. Robaron doce obras que están empezando a salir a la superficie. Todas excepto el Vermeer. Dicen que ese está valorado en sesenta millones.

—Yo sé dónde está —dijo Kondo—. No exactamente, por supuesto, pero está en Japón.

—En el mercado normal, esta obra valdría veinte millones. Pero yo nunca he comerciado con arte robado, así que voy a pedirle que me haga una oferta.

Kondo miró fijamente los tres jinetes.

—Varía de comprador a comprador, de pintura a pintura. Lo compró para revenderlo y debe ser usted quien le ponga precio. Quien lo compre decidirá cuánto vale poseer una célebre pintura solo para su disfrute.

Pinkster manipuló el control remoto y las luces se encendieron con toda su intensidad.

—¿Qué me dice, Kondo?

—Que es un valiente o un loco por enseñarnos el Degas.

—Elijo a mi audiencia cuidadosamente. —Pinkster sonrió—. Creo que tiene un cliente a quien le gustaría tener el Degas.

—A más de uno le gustaría, pero solo uno se atrevería.

—Enséñeselo.

—¿Me dejaría hacer eso?

—Nos repartiremos los beneficios, menos el medio millón de

dólares que pagué por él.

Una sonrisa torcida se extendió por el redondo rostro de Kondo.

—Podría conseguir cinco millones, seis como máximo.

—Seis sería estupendo —dijo Pinkster, sonriendo genuinamente por primera vez—. Cortaron el lienzo del marco al robarlo, pero es una pequeña pérdida. Deberá volver a montarse, por supuesto.

Pinkster sacó la pintura de su marco temporal y la colocó entre dos láminas de acetato transparente. Se la entregó a Mari, que la guardó en el maletín con cremallera.

Desde el punto de vista de Pinkster todo había ido como la seda, incluso la exhibición del Degas. Había conseguido que Kondo se lo llevara a Japón, donde seguramente se lo mostraría a la cúpula de la Yakuza para venderlo al mejor postor. Pinkster estaba encantado con la idea de que los líderes del crimen organizado de Japón compitieran por una obra cuyo propietario definitivo solo podría enseñarla a los pocos que habían pujado contra él. También había ido bien porque el famoso temperamento de Kondo solo había aparecido brevemente. Era conocido por acosar a los marchantes, incluso a los coleccionistas privados. Lo tenía fácil, ya que era alto, para ser japonés, y de hombros amplios. Algunos conocían su íntima relación con Isorai Tumbari, conocido por ser el líder más importante de la Yakuza… Tumbari, que había comenzado con una colección de arte oriental y que hacía donaciones a museos como muestra de generosidad cívica. Tumbari, que confiaba en intermediarios como Kondo para obtener consejo y que le mostraba su agradecimiento asignándole a algunos de sus hombres para forzar los acuerdos a los que Kondo quería llegar.

Pinkster sabía que Tumbari no era el único mecenas de Kondo. También estaba asociado con varios elementos marginales de la alta sociedad japonesa donde, como Kondo decía, «No existe el buen gusto, sino un interminable flujo de dinero». Kondo se había convertido en un hombre rico, pero era muy reservado y frecuentemente se dejaba llevar por la paranoia. Siempre llevaba encima grandes cantidades de dinero y una pistola Semmerling de cañón corto que había usado en dos ocasiones. Una vez, incapaz de cerrar un trato con sus términos, disparó el arma al techo por frustración. Un día, pensaba Pinkster, el arma acabaría apuntando un objetivo más bajo.

—¿Y qué hay del seurat? —le preguntó Pinkster—. ¿Lo comprará?

—Estamos a dos millones de distancia.

—Hágame una oferta.

Kondo volvió a la hilera de pinturas y una vez más caminó lentamente junto a cada una de ellas. Curvó un dedo para llamar a Mari, que se unió a él. Juntos se detuvieron delante de cada cuadro, hablaron rápidamente y agitaron las cabezas vigorosamente. A continuación, Kondo regresó a su asiento y dijo que quería una cerveza fría. Pinkster se acercó al minibar y regresó con vasos y tres botellas de cerveza sobre una bandeja. Kondo se bebió un botellín de un solo trago.

—Quiero el seurat, y quiero el basquiat. Pero, más que ningún otro, quiero un cézanne.

—Yo no tengo ninguno. Han destruido mi autorretrato, ya lo sabe.

Kondo sonrió. Cerró los ojos, que parecieron desaparecer tras las gafas.

—Hay algunas cosas tras la destrucción de los cézannes que son desconcertantes.

—¿Solo desconcertantes? —Pinkster se presionó la toalla fría contra la frente—. Es una absoluta obscenidad. Se han producido pérdidas terribles. Millones han desaparecido en el ácido rociado.

—Razón de más por la que quiero un cézanne. Si sus naturalezas muertas pueden venderse en subasta por veinte millones, un autorretrato alcanzará los cuarenta. —Kondo se puso en pie, se encorvó sobre Pinkster y dijo, alzando la voz—: Quiero uno, y quiero que tú me lo consigas.

—¡Acabo de perder uno! —exclamó Pinkster, enfadado—. Solo quedan dos en manos privadas y ninguno de ellos está a la venta.

Kondo dio una palmadita al enorme maletín con cremallera.

—El degas está a la venta —dijo con una sonrisa—. Podría vender la misma pintura varias veces y llevarme una comisión mayor con cada venta. —Negó con la cabeza alegremente—. Hay varios hombres con grandes cantidades de dinero y la misma cantidad de avaricia y ego. Todos podrían querer poseer una pintura así durante un año, quizá, y después, cuando se hayan cansado de ella, venderla. —Miró a Mari, de la que obtuvo una sonriente aprobación—. ¿Quiénes son los dueños de los cézannes?

—Un americano de mediana edad aficionado a las mujeres bonitas y una francesa que ha enviudado recientemente y que podría vender su cuadro por la mitad de lo que vale a un museo de Aix-en-Provence.

—¿Los conoces?

—Conozco al americano, pero poco. Sé cómo se llama la francesa, y que vive en el sur de Francia.

Kondo se frotó la nariz pensativamente.

—Lo repito. Quiero un autorretrato de Cézanne.

El barco giró y se detuvo. Los grandes motores diésel se apagaron. Pinkster comprobó la hora: eran las once y treinta y cinco.

—Viniste por el seurat. ¿Cuál es tu oferta?

Kondo contestó sin vacilación.

—Once millones y medio por el seurat y el basquiat, y me llevaré el degas para dividir contigo los beneficios.

Pinkster se golpeó las mejillas con la toalla fría.

—Cheques bancarios certificados y dinero en efectivo.

—Como siempre. —Kondo sacó un sobre del interior de su chaqueta—. Aquí hay once cheques, cada uno de un millón de dólares, más dos de doscientos cincuenta mil. Estaba preparado para pagar más —dijo sonriendo mientras sacaba varios cheques del sobre.

Pinkster le devolvió una sonrisa débil.

—Yo estaba preparado para aceptar menos. —Extendió la mano —. Ambos hemos hecho un buen trato.

Subieron la empinada escalera hasta la cubierta del remolcador. Antes de volver a su yate, Kondo se detuvo ante Pinkster.

—Alguien está detrás de la destrucción de los cézannes y creo que usted sabe algo al respecto —le dijo al tiempo que lo cogía por los hombros—. Si lo sabe y no confía en mí…

Kondo le agarró los brazos con mayor fuerza y lo apartó de sí ligeramente antes de bajar las manos.

—Eso son tonterías —contestó Pinkster.

—¿Es una tontería que me parezca extraño que no hubiera asegurado su cézanne? —le preguntó Kondo—. Debería permitir que Mari Shimada inspeccionara los restos de su pintura, que les hiciera una especie de autopsia. —Antes de girarse, añadió—: Espere mi llamada. Haremos los planes necesarios.

14

Una invitación a la inauguración de la exposición «Artistas Americanos en Nueva Inglaterra» era un trozo de papel altamente codiciado. Quizá se debía al orgullo nacionalista, o a la promesa de que sería una noche más destacada por aquellos que estarían allí que por las obras de arte de las paredes. «Aquellos» incluía a un expresidente y su esposa, a un gobernador del pleistoceno que estaba intentando volver a la política, a dos exjugadores de baloncesto de los Celtic y a James Wyeth, el único famoso asistente que aún tenía un trabajo retribuido. Chauncey Eaton era el director del museo de Bellas Artes de Boston y había planeado una exposición que sería la primera muestra importante de artistas americanos que habían vivido y pintado en Nueva Inglaterra. Cuatro obras de Winslow Homer eran el plato fuerte; el resto de cuadros iba desde los primeros retratos de Rufus Hathaway hasta las abstracciones del holandés de nacimiento, aunque americanizado, Willem de Kooning.

El día después de su encuentro con Edwin Llewellyn en Christie's, Astrid Haraldsen había volado hasta Boston para visitar el museo de Bellas Artes, donde se había presentado como reportera con lazos con los principales periódicos escandinavos. Le habían dado un pase de prensa y un paquete de información que describía a cada artista y cada una de las ciento dieciséis obras de arte de la exposición. Astrid era, de hecho, una fotógrafa decente que lo había aprendido todo sobre cámaras y objetivos durante el año en el que estudió diseño de interiores en la Escuela de Artes y Oficios de Oslo. También tenía otras habilidades. Peder le había enseñado a estar en el momento y en el lugar adecuados y la importancia de familiarizarse con las distancias, las escaleras y los ascensores, la ubicación de los teléfonos y servicios y los mecanismos de iluminación y seguridad. «Debes saber adónde debes ir y cómo llegar hasta allí tan bien que puedas hacerlo en la oscuridad», le había dicho. Una vez más, Astrid cubrió la distancia entre el enorme vestíbulo de recepción y el autorretrato de Cézanne, y una vez más comprobó el número exacto de pasos (cuarenta y tres) desde la gran escalera hasta la entrada de la galería de

impresionistas franceses. No habían cambiado la obra de lugar ni la habían cubierto con una lámina de plexiglás, como algunos habían especulado. Estaba como siempre, totalmente expuesta y vulnerable.

La primera visita de Astrid al museo fue en un caluroso día de agosto en el que Peder y ella habían conducido hasta Boston desde Nueva York. Fue durante el viaje de seis horas cuando Peder le habló de su contrato para destruir los autorretratos de Cézanne de San Petersburgo, Londres y Boston. Recordaba el modo tan entusiasta en el que le había descrito el nuevo disolvente que había formulado y cómo trabajaban los químicos a través de las capas de barniz hasta llegar a la pintura. Fue durante esa primera visita cuando se enteraron de la exhibición de artistas de Nueva Inglaterra y que una recepción de gala se había planeado para la noche antes de la apertura al público. Fue entonces cuando Peder ideó el plan que Astrid tendría que llevar a cabo.

Los planes de Peder habían cambiado drásticamente en las seis semanas que habían pasado desde su visita al museo de Boston. Astrid sentía que se habían producido demasiados cambios, unos cambios demasiado peligrosos. Estaba tan nerviosa que recurría frecuentemente a los fármacos que Peder le había preparado. Había comenzado con una pequeña dosis de anfetamina, pero en cuestión de cuatro días la había doblado y había convencido a un doctor que tenía su consulta en la calle Catorce Este para que le extendiera una receta de Valium, la única que «había tenido el descuido de olvidar en Noruega». Recientemente había estado alternando la anfetamina con píldoras de diez miligramos de Valium y, aunque era consciente de las graves consecuencias potenciales, rápidamente se vio arrastrada a un torbellino de subidas y bajadas en el que las drogas distorsionaban su estado de ánimo y su espíritu.

En aquel momento, diez días después, descubrió que necesitaba hacer un extraordinario esfuerzo para prepararse para la misión. Tuvo el cuidado de oscurecer su maquillaje y cejas y peinó el cabello de la peluca castaña de modo que pareciera el suyo. Llevaba pantalones y una chaqueta en la que colocó su pase de prensa.

Había alquilado su equipo fotográfico a un vendedor de la avenida Lexington. Consistía en dos cámaras Nikon, una selección de objetivos, una película Ektachrome de alta velocidad y una película de 800 ASA en blanco y negro. Lo llevaba todo guardado en una bolsa de accesorios, además de un flash, un cuaderno, y, en compartimentos separados, una linterna del tamaño de un bolígrafo y un aerosol de laca para el cabello.

La recepción comenzó a las seis y media. Había dos barras y dos mesas con comida. No hubo discursos y rápidamente se extendió la noticia de que el expresidente no podría asistir, pero que su mujer iba de camino desde su casa de veraneo. Los invitados llegaron y empezaron a servirse las bebidas en vasos de plástico. Los que merodeaban por las galerías volvieron para esperar a las celebridades.

Astrid pidió un vodka con soda y se lo bebió rápidamente. Le quemó la garganta y la hizo toser, pero pidió otro y se lo bebió con mayor cuidado. Necesitaba con urgencia sentir el calor en el estómago y la sensación de tranquilidad que el alcohol le proporcionaría; deseaba desesperadamente aplacar el miedo que comenzaba a asentarse en su interior.

La recepción y las galerías de exhibición especial estaban en la planta principal, y las barras y las mesas de comida estaban en la larga galería que normalmente contenía obras que se categorizaban en líneas generales como Arte Moderno Americano. La fiesta VIP tendría lugar en el ala oeste. Astrid ocupó su puesto a los pies de la escalera que conducía a la colección de pintura europea. El ruido generado por varios cientos de personas se convirtió en un zumbido persistente que se veía salpicado por agudas carcajadas y los gritos ocasionales de amigos saludando a amigos. Entonces, los que estaban cerca de la entrada oeste se callaron y el silencio se extendió por toda la reunión.

Astrid subió un par de peldaños y enfocó con su cámara la silueta en cabeza del grupo que estaba entrando en el salón. La antigua primera dama llevaba un vestido azul con un collar de perlas y un favorecedor bronceado que contrastaba con su cabello blanco. Estaba flanqueada por Chauncey Eaton, media docena de socios y un único agente del servicio secreto. Astrid siguió tomando fotos y, después de cada clic de la cámara, subía un peldaño más. Cuando la atención de los invitados se centró en la invitada de honor, se giró y subió rápidamente el resto de peldaños hasta la segunda planta.

Estaba en la galería de William Koch, una estrecha sala iluminada por los pequeños focos del techo que proyectaban suaves sombras y apenas llegaban a las galerías de exposición de cada extremo. Se detuvo en la entrada de la oscura sala que contenía a los impresionistas franceses. Avanzó quince pasos; después giró a la izquierda y sacó la linterna de la bolsa de la cámara. Se quedó totalmente inmóvil, escuchando la música y el bullicio de los cientos de mecenas de las artes que subía desde el piso inferior,

escuchando su propia y trabajosa respiración. Encendió la linterna e iluminó el retrato que Cézanne había pintado de sí mismo en 1898. El artista, que entonces rondaba los sesenta años, llevaba una flexible boina y su blanca barba pulcramente recortada. Astrid sacó el envase de laca de la bolsa de la cámara (era de la marca «SofTouch») y le quitó el tapón. Dio un paso más hasta la pintura.

Se detuvo y escuchó un saxofón tocando la música programada para la multitud de cabello cano y profundo bolsillo. Titubeó al levantar el envase y apuntó con el morro del espray a la frente del artista. Sus dedos se tensaron.

Una voz de mujer habló en un susurro asustado:

—¿Eddy? Eddy, ¿dónde estás?

A Astrid se le cayó la linterna, pero la recuperó rápidamente y la apagó. Se arrodilló en el suelo, paralizada.

—Maldita sea, Eddy. Está oscuro. Estoy asustada.

Entonces se oyó una voz de hombre:

—Por el amor de Dios, Shirley, ¿qué estás haciendo aquí arriba?

Intercambiaron palabras nerviosas; luego se escucharon pasos precipitados y la pareja desapareció.

Astrid volvió a ponerse en pie, encendió la linterna y levantó el envase de nuevo.

—¡Hazlo! —dijo en una voz baja y ronca—. ¡Hazlo y sal de aquí!

Pasaron algunos segundos… Medio minuto. Estaba como paralizada por un poder que emanaba del lienzo. Entonces gimió y bajó los brazos. Cayó de rodillas y sollozó. Lloró por miedo a que Peder se sintiera furiosamente decepcionado, lloró de alivio por no haber rociado el devastador líquido sobre la pintura.

Tapó el bote de espray, lo guardó en la bolsa de la cámara y volvió a través de la galería de los tapices. Frente a ella estaba la escalera que conducía a la primera planta, y en la parte superior había dos hombres con el uniforme del personal de seguridad del museo. Pasó junto a ellos, atareada de nuevo con su cámara, intentando parecer concentrada en conseguir una foto inusual de los invitados de abajo. Pero su corazón estaba desbocado y lo único que le preocupaba era escapar al aire de la noche. Corrió, casi trastabillando, hasta llegar a su coche. Entró y entonces la abrumó una horrible sensación de náusea. Abrió la puerta y vomitó en la gravilla. Cuando finalmente fue capaz de incorporarse, se apoyó contra el coche y respiró la fresca brisa nocturna. Entonces dejó que las lágrimas fluyeran. Peder podría castigarla y hacerle daño, pero la agonía de la decisión que había estado acosándola durante tanto tiempo había terminado por fin. Eso había sido dolor suficiente.

Condujo hasta el aeropuerto Logan y tomó el vuelo de medianoche hasta LaGuardia.

15

Los informes sobre la destrucción de los autorretratos habían llegado a las oficinas centrales de la Interpol en Lyon, Francia. Los detalles variaban desde los más fiables en el caso del «humo y fuego» de la National Gallery de Londres, hasta los informes incompletos y obtusos de la policía de San Petersburgo, que se habían vuelto aún más confusos gracias a la pesada mano del nuevo régimen policial en Moscú. Los datos relacionados con el «Incidente Bletchingley» (como habían llamado al caso de la galería Pinkster) habían sido suministrados por la policía de Surrey y por Scotland Yard, que estaban inmersos en una disputa territorial por la responsabilidad de la investigación. Normalmente, si Yard quería ganar este tipo de disputas burocráticas, lo hacía. Como fuera, la poca o mucha información reunida se entregaba a la Oficina Central Nacional (OCN) de cada país para ser enviada a la unidad receptora del Secretariado General de la Interpol.

Desde la Interpol, la información se remitiría al resto del mundo a través de un boletín de trasmisión (APB) del grupo de noticias del organismo. El APB no contenía muchos detalles y prometía información adicional que sería enviada por fax a la mañana siguiente en una Notificación sobre Bienes Artísticos o Culturales Robados. Era, en el argot de la Interpol, una Notificación Azul, que tanto proporcionaba como pedía información sobre un crimen o criminal concreto. Una Notificación Roja urgía a la captura y el arresto, y frecuentemente iba acompañada de una orden de extradición. El Grupo de Notificaciones de la Interpol también emitía Notificaciones Verdes, Amarillas, Naranjas y Negras, cada una diseñada para diseminar o pedir información sobre una amplia variedad de crímenes internacionales.

Aquel martes por la mañana, Ann Browley llegó temprano, como siempre; pasó por la Sección de Información por pura rutina e hizo copias de todas las comunicaciones relacionadas con la investigación del caso Cézanne que habían llegado. Aquella mañana eran dos: un mensaje para ella y una copia del APB que había sido recibida a través de la línea segura que había entre Scotland Yard, la Interpol y el FBI en Washington. A continuación buscó a Jack

Oxby y descubrió que él también había llegado pronto, que también había pasado por la Sección de Información, y que ya se había marchado. Cuando Ann llegó por fin a su despacho, encontró una nota pegada en su silla. El mensaje le sacó una sonrisa amarga.

Estoy visitando a los espíritus.Volveré a las diez.

J. Oxby

La abadía de Westminster todavía no estaba abierta al trasiego de los grupos de turistas y Oxby había seguido una ruta que ya conocía hasta una puerta en el interior del Patio del Deán. Tras llamar a la puerta, había sido admitido en la nave sur.

Jack Oxby era, seguramente, la única persona de Londres que sabía que los fantasmas de los grandes hombres homenajeados en la abadía de Westminster se reunían regularmente para celebrar animados debates sobre la condición humana, el estado de las artes, la política o las mujeres de sus vidas. A veces llevaba alguno de sus problemas al Rincón de los Poetas y se lo planteaba al par de mentes que mejor encajaran con el tema en cuestión. Por supuesto, era Oxby quien interpretaba todos los papeles. Discutía incansablemente consigo mismo y se concentraba de tal modo que a menudo era capaz de encontrar la solución al problema con el que estuviera lidiando.

Mientras miraba los distintivos y las placas que conmemoraban a los grandes hombres, Oxby pensó en la virtuosa pasión de Ruskin por las bellas artes y en la inquisitiva visión de Henry James sobre las complejidades del carácter humano. Estaba solo y hablaba en voz alta, como si los grandes hombres estuvieran sentados frente a él. Formuló sus preguntas y después imaginó sus respuestas. El ejercicio era, de hecho, una revisión de sus propios pensamientos bajo nuevos puntos de vista. Era una forma importante de meditación, y un trabajo muy duro. Después de una hora se dirigió a su asiento favorito del coro, donde rellenó media docena de páginas de hechos y especulaciones con las que comenzó a dar forma a una hipótesis que, aunque estaba basada en demasiadas asunciones, se convirtió en un acercamiento concreto y tangible a la investigación.

Oxby estaba seguro de que la destrucción de los autorretratos pretendía conmocionar el mundo del arte, aunque debía responder

a un propósito aún mayor. Pero ¿qué podía ser? ¿Y quién estaba detrás? ¿Qué tipo de persona podía hacer algo así? Tenía los ojos cerrados, concentrado en las posibles razones para el ataque de los autorretratos de Cézanne. Venganza, dinero, notoriedad… Podía ser una cosa, todas o ninguna. O podía ser, sencillamente, la obra de una mente perturbada.

Sabía, por los informes de la Interpol, que todos los autorretratos habían sido destruidos con el mismo poderoso disolvente, pero ninguna otra circunstancia, hecho, pista o motivo era común a los tres incidentes. Un grupo de turistas visitó la galería Pinkster. Un maletín en llamas camufló el acto de destrucción en la National Gallery, y de los investigadores de San Petersburgo solo habían llegado a demenciales presunciones.

—Han destruido tres pinturas —dijo en voz alta—. En el Ermitage, la National Gallery y la galería Pinkster. No hay ningún patrón… ¿O lo hay y estoy pasándolo por alto? —Repitió el incontestable estribillo—: ¿Por qué autorretratos de Cézanne?

Aquella tarde recibiría el informe de Nigel Jones sobre los químicos que habían sido recuperados de los restos de los retratos de la National Gallery y de la galería Pinkster. A continuación se reuniría con Ann Browley, quien le informaría de sus progresos en la búsqueda de las posibles fuentes del fluorofosfato de diisopropilo, aunque no esperaba demasiada información tan pronto. También tenía pendiente el informe de Jimmy Murratore sobre el historial de apuestas de Clarence Boggs.

Oxby salió del coro, se dirigió al altar mayor, asintió respetuosamente y salió a través de la puerta por la que había entrado en dirección a la calle Victoria. Su despacho en New Scotland Yard tenía una única ventana con vistas a una zona del parque de Saint James que estaba a cuatro calles de distancia. Tenía un escritorio, dos sillas auxiliares, un archivador y un tablero de corcho lleno de recordatorios, notas variadas, recortes de periódico y fotografías. Dejó su maletín sobre la mesa y sacó un puñado de libros entre los que estaba el *Paul Cézanne* de John Rewald y el catálogo de las obras del artista de Lionello Venturi. Levantó la mirada para ver a Ann Browley en la puerta con una expresión preocupada en su bonito rostro.

—No he sacado nada en claro de mi investigación sobre el asunto del DFP, y las grandes compañías farmacéuticas son tan jodidamente burócratas como nuestro gobierno —le dijo, y entró en el despacho—. Basta que pidas una respuesta rápida para que te cuelen otro maldito retraso de dos días.

Oxby sonrió ante el intento de Ann de hablar de un modo rudo.

—¿Dónde está Jimmy?

—Ha ido a por café, supongo. Iré a buscarlo.

Oxby se sentó tras el muro creado por sus libros y su maletín y miró fijamente las notas que había tomado en la abadía. Jimmy Murratore apareció, café en mano, y se sentó frente a Oxby. Ann se acomodó en la tercera silla.

—¿Qué hay de nuevo en el hipódromo? —preguntó Oxby.

Jimmy negó con la cabeza.

—Fue bastante fácil descubrir que Clarence Boggs estaba perdiendo un montón de dinero en los caballos; de hecho, era conocido por perder en las carreras. Hasta julio estuvo trabajando con un agente, un viejo llamado Terry Black, pero eso había cambiado. La salud de Black había empeorado y estaba pensando en retirarse, así que vendió sus libros a un sindicato, uno formado por cinco personas. Conozco a uno personalmente, un tipo llamado Sylvester. He comprobado a los demás y todos son legales. —Jimmy pasó de página en su cuaderno—. A mediados de agosto dejaron de cubrir sus apuestas. Su deuda había superado las veinte mil libras.

—Me sorprende que le permitieran llegar tan lejos —dijo Oxby.

—Hay más, porque el viejo Terry Black podría haberlos engañado. El sindicato no había repasado todas las cuentas de Black, y parece que Boggs debía más de lo que parecía. Podrían haber mirado hacia otro lado, pero no iban a dejar pasar una deuda de veinte mil.

—¿Qué hace el sindicato con la gente que debe más de veinte mil libras? —le preguntó Oxby.

Murratore respondió inmediatamente.

—No los matan… No normalmente.

—¿Y qué hacen? —Oxby hizo una pausa—. Normalmente.

—Llamar a sus abogados.

Oxby parecía sorprendido.

—Esperaba medidas más severas.

Jimmy asintió.

—En el negocio hay algunas manzanas podridas que juegan sucio y no dudan antes de contratar a un sicario pero, si alguien tiene deudas, matarlo no sirve para nada.

—Boggs estaba rodeando nombres de caballos en el periódico menos de una hora antes de ser asesinado. ¿Seguía jugando?

—Había empezado a utilizar los servicios de un grupo sin licencia que le dio crédito.

—¿Lo conoces?

—Está formado por dos personas: uno es jockey, o al menos lo era hasta que se llevó una advertencia por amañar un par de carreras, y el otro es un indio que estuvo sirviendo mesas hasta hace un año. Ninguno de los dos tiene lo necesario para montar el paquete envenenado que acabó con el viejo Boggs.

El teléfono sonó y Ann respondió.

—Es David Blaney, de la galería Pinkster. Tiene las fotografías y pregunta si quieres verlas.

Oxby miró su reloj.

—Dile que estaré allí a las dos en punto.

Las fotografías estaban colocadas sobre la misma mesa donde Oxby había visto los maltrechos restos del autorretrato. Había más de un centenar de copias, pero solo doce de ellas mostraban al grupo de la embajada danesa.

—Siento haber tardado tanto —se excusó Blaney—, pero el fotógrafo ha estado fuera por trabajo y no he podido hablar con él hasta esta mañana.

—¿Le ha explicado por qué no le devolvió las llamadas?

—No, no me ha dicho nada concreto; a veces recibe algún encargo y se marcha. Pero me ha dicho que el señor Pinkster tenía las copias.

—¿Por qué las tenía el señor Pinkster?

—No es extraño. El señor Pinkster insistió en ser el primero en ver las fotografías. Es su galería y su dinero. —Sonrió—. Además, el fotógrafo es amigo.

—¿Por qué quería verlas? —le preguntó Oxby.

Blaney negó con la cabeza.

—El señor Pinkster quiere verlo y saberlo todo. Es su costumbre.

—Me gustaría conocer el nombre del fotógrafo y la dirección donde podría encontrarlo —dijo Ann.

—Está en Shelbourne. Un momento, se lo escribiré.

Blaney garabateó la información en un trozo de papel y se lo entregó a Ann.

Oxby y Ann examinaron las fotografías y de vez en cuando le pedían a Blaney que identificara dónde habían sido tomadas. Oxby sostuvo una de las fotografías mientras inspeccionaba las demás bajo una lupa. Más tarde tomó la que había estado sosteniendo y la examinó durante un minuto completo.

—Dígame dónde se tomó esta.

Blaney miró la foto atentamente.

—En el vestíbulo de recepción.

—¿Al principio de la visita?

Blaney asintió.

—Probablemente antes de que comenzara.

—¿Podría ampliarla?

—Haré que Shelbourne se la envíe directamente.

Oxby cogió todas las fotografías del grupo danés y las ordenó.

—Comienzan en el setenta y cuatro y terminan en el ochenta y ocho. La copia que queremos ampliar es la número ochenta y uno. Los números setenta y siete, ochenta y tres y ochenta y cuatro no están. ¿Es posible que se hayan mezclado con las demás?

Juntos repasaron todas las copias, buscando las faltantes.

—No están aquí —dijo Blaney—. Qué extraño. Es posible que el señor Pinkster las haya apartado por alguna razón.

Ann miró de nuevo la foto que Oxby había pedido que ampliaran.

—¿Qué hay de especial en esta?

—Hay dos personas en ella y una es un hombre, el único hombre que estaba en el grupo. Ni el hombre ni la mujer aparecen en ninguna otra fotografía pero, por supuesto, faltan tres. —Oxby puso la punta de su lápiz bajo las dos figuras—. Estaban con el grupo cuando comenzó la visita y después se quedaron atrás. Boggs se quejó de los rezagados, y su hija recuerda que se refirió a ellos como una pareja… Uno de cada sexo: un hombre y una mujer.

16

La cama de Edwin Llewellyn era extraamplia y extralarga, una cama de matrimonio king size en la que era un lujo dormir, leer un buen libro, tomar el desayuno y tener largos encuentros sexuales. Para consternación de Llewellyn, esto último había ocurrido, últimamente, muy pocas veces, una situación que hacía que se sintiera obligado a hacer algo al respecto. Fraser le había llevado una bandeja con el desayuno y el periódico. Clyde, después de comerse el beicon, se acurrucó a la altura de su muslo bajo las secciones A y D del *New York Times*.

En su agenda para el miércoles había dos entradas: una primera cita a las diez con Charles Pourville, conservador adjunto del Metropolitano, y una segunda a las once con Astrid Haraldsen para visitar el museo. La última vez que había visto a Astrid le había dicho que tenía que hacer un fastidioso viaje a Washington, pero había rechazado su oferta de llevarla al aeropuerto. Tras marcar su número por segunda vez sin obtener respuesta, empezaba a preocuparle que las molestias se hubieran convertido en verdaderos problemas.

Mientras se duchaba pensó en su reunión con Pourville, el joven francés que había acogido bajo sus alas porque era un conservador innovador y porque le caía realmente bien. Pourville había sido fundamental para persuadir al Metropolitano de participar en la próxima retrospectiva de Cézanne, exhibición de la que había sido nombrado asesor.

A las nueve y media en punto, Llewellyn recibió una llamada desde Londres de Scooter Albany, un viejo amigo que se autodefinía correctamente como un buen reportero de televisión y un ruidoso borracho. La CBS había tolerado los irresponsables hábitos de bebida de Albany más allá de lo razonable y después le había proporcionado de mala gana un generoso finiquito y un último viaje a un centro de rehabilitación, donde una vez más aprendió a poner el corcho en la botella. Lo que no se le daba bien era mantener el corcho en su lugar. Scooter era uno de esos desgraciados que saben cómo dejar de beber pero que no quieren aprender a mantenerse sobrios. Tras cubrir noticias relacionadas con la realeza, con

políticos, narcotraficantes, desastres naturales y obras de arte, había decidido que el mundo del arte era más seguro y celebraba mejores cócteles. Ahora trabajaba por su cuenta para un servicio de noticias por cable.

—Acabo de volver de París, donde está empezando a hablarse de los cézannes que están siendo destruidos entre nubes de ácido. Eso hizo que me acordara de ti y de ese legado familiar tuyo tan inmerecido. Como normalmente no pienso en ti, me pareció que esta era una buena excusa para llamar. —Se escuchó una risita ruidosa—. ¿Cómo estás, carroza?

Scooter no ha cambiado, pensó Llewellyn. Era media tarde en Londres y su amigo ya había empezado su camino hacia otra zambullida en la inconsciencia etílica. Era sorprendente que pudiera seguir con su trabajo y entregar una brillante pieza de cinco minutos para las noticias de la noche.

—Este carroza está bien —le contestó Llewellyn.

Hablaron durante varios minutos en los que Albany compartió con él lo poco que sabía y sus propias teorías sobre lo ocurrido. Esperaba que aquello fuera suficiente para llenar un reportaje televisivo de media hora.

—Scotland Yard no hará declaraciones hasta que haya establecido una conexión clara, pero estoy totalmente seguro de que hay un asesinato relacionado con el asunto del retrato de Pinkster. Eso debería asustarte un poco —le dijo Albany, que terminó con una clara advertencia—: Están jugando duro, Lew; te sugiero que te comportes y que guardes ese cuadro tuyo en el desván de un convento de Kansas.

—Me comportaré si tú lo haces —le contestó Llewellyn—. Si vas a seguir con esa historia, quizá te interese asistir a la reunión de seguridad que vamos a celebrar dentro de un par de semanas. Si estás interesado, me ocuparé de que te llegue una invitación.

—Joder, por supuesto que estoy interesado; píllame un asiento en primera fila.

Colgaron y Llewellyn llamó a Astrid una última vez. No obtuvo respuesta y se sintió más preocupado que molesto.

Cuando Charles Pourville regresó a su oficina encontró a Llewellyn sentado en la silla tras su escritorio, con los codos apoyados en los reposabrazos y las palmas unidas como si estuviera rezando.

Llewellyn levantó la mirada.

—Este sinsentido de los autorretratos está empezando a cabrearme de verdad. —Pourville soltó un montón de libros y

comenzó a colocarlos en los estantes—. No entiendo por qué eligen autorretratos de Cézanne. ¿Alguna idea al respecto? Es posible que alguien piense que están infravalorados y que, eliminando un par, el resto terminará valiendo más. Oferta y demanda. Seguramente esto ha aumentado el valor de mi pintura.

—Sobre todo el de la tuya, porque hay un misterio a su alrededor. Si fuera mía, estaría preocupado.

—¿Por qué piensa todo el mundo que no estoy preocupado? Estoy muy preocupado, joder, y quiero que llegue a salvo a Aix-en-Provence.

—Entonces ven a la reunión del registro. Curt Berrien la ha confirmado para las diez del jueves.

—Allí estaré —dijo Llewellyn.

Curtis Berrien era el secretario del Metropolitano, un trabajo complejo y muy importante que incluía el registro de cada obra de arte del museo y la llegada y salida de las obras en préstamo. El personal de Berrien era también responsable del empaquetado y envío de las valiosas obras de arte.

Pourville cogió otro montón de libros.

—Tengo una conferencia en diez minutos.

Y se marchó. Una vez estuvo solo, Llewellyn llamó a Astrid y se sintió aliviado cuando por fin contestó.

—¿Dónde demonios has estado? —le preguntó, como un padre enfadado.

—En Washington. Te lo dije.

—Ya, pero estaba empezando a preocuparme.

El silencio se mantuvo durante medio minuto antes de que Astrid hablara.

—Me alegro de que te preocupes por mí. Me quedé una noche más. Quería dormir, así que descolgué el teléfono.

—Entonces, ¿estás bien?

—Un poco cansada.

—¿Has olvidado nuestra cita?

—Estoy deseando que llegue.

—He concertado una visita con una joven que conoce el museo mejor que… Bueno, que nuestro adorado director.

—Estaré allí a las once —dijo Astrid—. Junto a las flores.

Llewellyn estaba junto a un jarrón alto. Había tres más, todos con idénticos arreglos de tardías hortensias, dalias gigantes y crisantemos blancos. Tenía los ojos fijos sobre la entrada principal del gran salón. A las once en punto, Astrid atravesó la puerta.

La ligera sonrisa de su rostro se amplió cuando la mujer se acercó a él.

—Buenos días, y bienvenida de vuelta a Nueva York. —Le besó la mejilla y olió el perfume que estaba ya impreso en su memoria—. Cuando vayas a quedarte un día más, dímelo para que no me preocupe.

La mujer frunció los labios con expresión pensativa.

—Lo intentaré.

Kim Klein, su guía, se unió a ellos. Era bajita, corpulenta y con gafas; muy diferente, en todos los sentidos, de la alta y rubia noruega.

—Me han dicho que os gustaría ver lo que pasa tras las bambalinas.

—Las galerías podemos verlas solos.

—Mi penitencia por saber lo que pasa en cada rincón y recoveco de este museo es tener que escoltar a los VIP que quieren ver alguna famosa pintura que ni siquiera está en la colección del Met. —Sus ojos saltaron de uno a otro traviesamente—. Yo los llamo Viejos Idiotas y Pesados.

—Yo no quiero ser una pesada —protestó Astrid.

—No lo serás.

Kim iba delante. Todo el personal parecía conocerla y ella, a cambio, los saludaba a casi todos por su nombre. Bajaron un tramo de escaleras, caminaron a través de dos bibliotecas y después pasaron por una serie de enormes cámaras cerradas al público donde se almacenaban pinturas y estatuas en condiciones controladas de temperatura y humedad. Allí estaban las obras mediocres de los grandes artistas, las donaciones de los bienintencionados mecenas y las obras de artistas menores que todavía no habían obtenido reconocimiento y que, casi con toda seguridad, no lo obtendrían nunca. En otras salas había talleres de carpintería y electricidad. Finalmente, entraron en un pequeño ascensor y Kim presionó un botón marcado con AT.

—Tenemos ático —dijo con su habitual tono malicioso—. Es donde hacemos que las cosas duren un montón.

Kim metió su propia llave en la cerradura de una amplia y alta puerta y dirigió a sus visitantes a una habitación que tenía treinta metros de largo y que se abría al cielo a través de un techo de cristal abuhardillado. La habitación estaba orientada al norte y el cristal se inclinaba de modo que la mitad del techo de doce metros de alto dejaba pasar una difusa luz natural. Kim les presentó a la directora adjunta del departamento de Conservación, que guió al

pequeño grupo turístico hasta una hilera de caballetes, donde se detuvieron para observar el trabajo de los dotados artistas. Les contó cómo se tensaban los paneles combados, cómo se empleaban los rayos X y los ordenadores para revelar los dibujos escondidos bajo los óleos de siglos de antigüedad y por qué preferían las resinas naturales a las sintéticas.

—Nos ocupamos, sobre todo, de la preservación de nuestra colección. Hay ciertas diferencias entre conservación y restauración —les contó la conservadora. Era una joven con dulces ojos azules y un nombre que a Llewellyn le pareció danés.

—¿Puede hacerse algo con los retratos de Cézanne? —le preguntó.

Una mueca reemplazó a la sonrisa de la mujer.

—Por lo que sabemos, la destrucción ha sido total y las obras no pueden ser reconstruidas. Aunque fuera posible, ya no serían cézannes.

Llewellyn no respondió. Asintió y se mordió pensativamente el labio inferior.

Después de un rato volvieron a la alta y amplia puerta y dieron las gracias a la conservadora. El grupo se detuvo ante la cafetería de los empleados, donde Kim se despidió de ellos.

—Gracias, ha sido perfecto —le dijo Astrid a Llewellyn. No esperó una respuesta; le dio un beso en los labios y dijo en voz baja —: *Tusen takk*.

La miró mientras se alejaba, con un rastro de su perfume atrapado en la palma de su mano. Salió tras ella y Astrid comenzó a caminar más rápido. La atrapó a la entrada del gran salón.

—Esperaba que pudiéramos hablar. Cena conmigo. Prepararé algo especial.

Astrid se rió.

—Me encantaría.

—Fraser sigue siendo el mejor cocinero de Manhattan, siempre que se trate de chuletas de ternera o de *piccata* de pollo. ¿A las ocho?

—A las ocho y media —dijo ella.

Le cogió la mano con fuerza y después la dejó ir.

Fraser eligió el pollo por la sencilla razón de que su carnicero no tenía chuletas. No pasaba nada; él, personalmente, prefería el pollo. Destruyó la ilusión de ser el mejor cocinero de Manhattan pero la magnífica ensalada salvó la cena. Llewellyn mejoró la velada con una botella de Châteauneuf-du-Pape.

La conversación, durante la comida, fue agradable. Hablaron de

sus años escolares y de sus familias. Astrid había perdido a sus padres cuando apenas tenía nueve años y había crecido en casa de una estricta y poco cariñosa abuela. Su ánimo se oscureció cuando los viejos recuerdos cobraron vida.

—Al principio vivía con mi abuela paterna. Aunque estaba enferma y no tenía mucho dinero, era amable y yo me sentía muy cómoda con ella. Murió cuando yo tenía doce años. Lloré durante semanas. Entonces me mudé con mi otra abuela, que vivía en Trondheim. Lo odiaba. El colegio era aburrido y la vida en casa siempre era demasiado seria. Teníamos dinero, pero mi abuela nunca me daba nada. Mis amigas tenían una paga —dijo amargamente, con un rastro de rencor. Empezó a hablar lentamente, en una voz que era apenas un susurro—. Comencé a robar. Pensaba que estaba bien hacerlo, porque si tenía dinero podía ser como mis amigas. Se me daba bien, pero me pillaron y me castigaron. —Su sonrisa desapareció. Miró fijamente un par de claveles blancos que Fraser había cortado del jardín—. Más tarde estudié diseño en la Escuela de Artes y Oficios.

Llewellyn sirvió las últimas gotas de vino en su copa.

—Yo estaba, como suele decirse, muy malcriado. Mi padre me daba dinero para que lo gastara sabiamente, pero para que lo gastara. Más tarde me enseñó a invertirlo y preservarlo. En casa, el dinero era reverenciado por encima de la Iglesia y el apellido familiar. Parece que tú tuviste poco cuando eras pequeña; yo tuve demasiado. —Levantó su copa—. Por nosotros. Supervivientes.

—Estás bien acompañado. Tienes a Fraser, a Clyde y a tus hermosas pinturas. No puedo sentir pena por el modo en el que se ha desarrollado tu vida.

—No estaba quejándome, pero los cuadros son un ejemplo de cómo pueden poseerte tus posesiones. No he disfrutado de ellos porque hasta ahora solo he podido compartirlos con algunos amigos.

Astrid sonrió.

—Gracias a ello eres famoso. ¿Tan malo es?

—Muy malo. —Negó con la cabeza—. El precio a pagar es demasiado alto. Pero dejemos de hablar de cosas serias. Traeré un poco de coñac.

—Me siento muy cómoda —dijo Astrid en voz baja. Se acercó a él y lo besó firmemente en los labios. Fue más que un beso de agradecimiento; era, claramente, una invitación.

Él la abrazó con fuerza y le devolvió el beso.

—Conozco un lugar mejor donde podremos tomar el coñac. Y es

del bueno.

Se metió una botella de Courvoisier bajo el brazo, cogió dos copas de coñac en una mano y la de Astrid con la otra y subieron un tramo de escaleras. En un extremo de su habitación había una enorme butaca de cuero y, junto a ella, un armario bajo y largo en el que estaban los aparatos electrónicos típicos de un soltero rico. Encendió el sistema de audio y la *Pequeña Suite* de Borodin escapó de los cuatro altavoces. Se miraron el uno al otro, casi rozándose, con los rostros relajados y sonriendo tímidamente. Astrid le aflojó la corbata y se la quitó por la cabeza. Entonces le desabrochó la camisa, besándolo cada vez que quitaba un botón. Se dirigieron a la cama sin intercambiar una palabra y se ayudaron mutuamente en el ritual de desvestirse. Pasaron rápidamente la breve incomodidad de verse desnudos por primera vez. Se sentaron con las piernas cruzadas sobre la cama y bebieron sus copas lentamente.

No había nada en ella que lo decepcionara. Llewellyn recorrió su boca y su barbilla con la lengua y bajó lentamente por su cuello hasta el profundo hueco entre sus pechos. Se besaron y exploraron con los dedos y las lenguas durante casi una hora en la que descubrieron cómo excitarse y obtener murmurados gemidos de placer. La penetró y ella movió las caderas y los muslos, hacia delante y hacia atrás, hasta que él alcanzó el éxtasis de su clímax.

Se quedaron tumbados, abrazados y sin hablar. La música terminó y los sonidos de la ciudad se filtraron a través de la ventana abierta.

—Has sido muy cariñoso —le dijo Astrid en voz baja, sorprendida.

—Todas las cosas bellas parecen portar un letrero: «Frágil, tratar con cuidado».

Entonces el estado de ánimo de la mujer cambió visiblemente. Lo miró fijamente, sin parpadear, con los labios ligeramente separados pero en silencio. Se incorporó y se sentó en el borde de la cama. De repente, se puso en pie.

—¿Estás bien?

—Es tarde —contestó Astrid.

—Poco más de las once.

—Cuando estás sola en esta ciudad, incluso las once es tarde.

—Te acompaño —le dijo Llewellyn con ternura.

Astrid se vistió y se pintó los labios. Lo hizo todo rápidamente y sin hablar. Se cepilló el cabello. Él habría querido que se quedara, habría querido que sonriera, pero su sonrisa había desaparecido. La mujer se inspeccionó en el espejo y dijo que estaba preparada para

marcharse.

Tomaron un taxi hasta su hotel donde, rápidamente, Astrid le dio un beso maternal, abrió la puerta y salió a la acera. Llewellyn esperó hasta que desapareció en el vestíbulo antes de pedir al conductor que volviera a la calle Sesenta y Cinco. Durante el viaje pensó en aquel día que había comenzado con la llamada telefónica de Scooter Albany, en su breve reunión con Pourville, en la visita al museo con Kim Klein y finalmente en la cena y la hora que había pasado en la cama con Astrid. Recordó con qué impaciencia lo había animado, y la destreza que había mostrado después. Pero ¿por qué se había vuelto tan fría y distante cuando le dijo que las cosas bellas debían tratarse con cuidado?

Astrid cerró la puerta y fue directamente a la ventana, desde donde miró las luces rojas de los faros traseros moviéndose hacia el oeste por la calle Sesenta y Nueve. Pero fue una parpadeante luz roja, que se reflejaba en el cristal, la que le arrancó un escalofrío. Era la luz del contestador. Significaba, se temía, que Peder había llamado para saber lo bien que había llevado a cabo su encargo en Boston y para que compartiera su excitación con él. También le diría que no había leído nada al respecto en los periódicos. Entonces, cuando descubriera lo que realmente había pasado, se enfadaría. Quizá se pondría violento. El miedo a enfrentarse a Peder había reptado sobre ella mientras estaba con Llewellyn. Al principio había intentado confiar en él, pero finalmente había tenido que huir. Se le habían acabado las anfetaminas y el Valium solo la tranquilizaba durante algunas horas, tras las que se sentía deprimida. La heroína la aliviaría. *Solo un poco de la dama blanca,* pensó, una pequeña cantidad en su brazo izquierdo, donde había introducido una aguja tantas veces.

Se desvistió y se duchó, primero con agua consoladoramente caliente y después bajó la temperatura gradualmente hasta terminar con agua helada. Se obligó a sí misma a quedarse bajo el fuerte chorro hasta que empezó a jadear. Se puso un grueso albornoz blanco, volvió a la oscuridad junto a la ventana y se frotó el cabello con una toalla. Miró la parpadeante luz roja como si estuviera en trance. Tenía la mente hecha un lío. De la confusión emergió un recuerdo reciente de Edwin Llewellyn, de su habitación y de la música. De su cama. De su calidez.

El teléfono sonó, un sonido discordante y desagradable. Eran las doce menos cuarto; apenas estaría amaneciendo en Cannes, pero la hora no era importante para Peder.

Extendió una mano temblorosa hacía el teléfono. Cogió el auricular con ambas manos y contestó:

—Diga.

La palabra fue casi inaudible.

—Astrid, cielo —dijo una voz animada y alegre. Era Llewellyn

—. He llamado para decirte que he pasado un día maravilloso y que espero que para ti haya sido igual. Estabas un poco crispada cuando te dejé en tu hotel. —Hizo una pausa y después continuó, divagando como si no supiera qué decir y se conformara con lo primero que saliera—: Quería preguntarte si estarás libre el jueves. Me han invitado a una cena y me gustaría presumir de ti. No me malinterpretes, se trata de gente adorable, pero rica y terriblemente social. Y lo que es más importante, alguien podría hacerte un encargo. Todos tienen un gusto horrible, te necesitan.

Astrid sonrió.

—Sí, estoy libre.

Quería decir más, pero no encontró las palabras.

—Te recogeré a las seis —dijo Llewellyn con entusiasmo—. Oh, por cierto, tengo tus pendientes.

La mujer se tocó una oreja y le sorprendió no haberlos echado en falta.

—¿Me los traerás el jueves?

—Por supuesto. Que duermas bien, cariño —le deseó.

La mujer colgó. Una sirena policial aulló y, como ocurre a menudo en Nueva York, otra le respondió. Los sonidos murieron, reemplazados por el suave susurro del aire acondicionado.

Cuando el teléfono sonó de nuevo, aún tenía la mano sobre el auricular. Lo cogió, esperando que fuera Llewellyn de nuevo, pero era una voz indistinta y metálica.

—Hola… Hola… ¿Astrid? —insistió—. ¿Astrid?

La mujer se llevó el auricular a la oreja y reconoció la voz.

—Hola —dijo mecánicamente.

—He llamado antes, ¿has escuchado mi mensaje?

—No he podido llamarte.

—Debes llamarme siempre, aunque estés ocupada. —La voz era dura—. ¿Fue todo bien el lunes?

—Estoy muy cansada. Hoy he estado con Llewellyn —contestó con la esperanza de cambiar de tema.

—Cuéntame lo del lunes —insistió.

—Todo salió como lo planeaste. Nadie me vio subir a las galerías y llegué hasta la obra. Estaba sola. Saqué el espray, Peder, de verdad que lo hice, pero… —Comenzó a llorar—. Lo siento, pero no pude hacerlo.

—Eso no es aceptable. —La voz subió el volumen—. Los planes no dependen de tus caprichos ni de tus sentimientos. ¿Lo comprendes?

—No puedo destruir algo tan bello.

—Es el retrato de un viejo. No es bonito. El dinero es bonito.

—Ya no tienes que destruir más.

—Sí, Astrid. Necesitamos uno más, uno en América. Los periódicos y la televisión lo convertirán en un escándalo —dijo. Hizo una pausa para tranquilizarse—. Tienes que volver a Boston y hacerlo bien. Habrá más recepciones, más exposiciones especiales y más ocasiones en las que pedirán dinero a sus benefactores. Ya sabes que el trabajo es eliminar cuatro retratos. Tenemos que hacerlo.

Tenía la cabeza ladeada y el teléfono sostenido entre ambas manos mientras escuchaba con los ojos cerrados al hombre a quien había jurado lealtad incondicional. De repente sintió un intenso deseo de complacerlo.

—Lo intentaré —le dijo—. Lo intentaré.

—Te sentirás orgullosa —le respondió Peder—. Y mi amor por ti será eterno.

—¿Me quieres de verdad?

Durante una breve pausa, Astrid escuchó una ligera risa en la conexión por satélite y después las palabras:

—Te quiero.

Las lágrimas cayeron por sus mejillas.

—Gracias, Peder.

—¿Estás avanzando con Llewellyn?

—Sí, como me pediste que hiciera.

—¿Y os habéis hecho ya buenos amigos?

—Somos buenos amigos, sí.

—Bien. Es importante para nosotros. —Astrid se dejó caer en una silla y esperó a que Peder continuara—. Prepara un nuevo plan para Boston tan pronto como sea posible. Te llamaré el jueves, a las seis, hora de Nueva York.

—El jueves por la noche estaré con Edwin… Con Llewellyn.

—Entiendo.

Se produjo un breve silencio.

—¿Peder? Por favor, no te enfades. —No obtuvo respuesta, solo un clic cuando Peder colgó el teléfono—. Por favor, Peder, necesito que me quieras…

17

Jack Oxby condujo a Ann Browley por las estrechas callejuelas de Campden Hill hasta una pequeña tienda con un letrero descolorido que decía: «The Kitchen». Entró y salió un minuto después con un abultado trozo de cuero de aspecto extraño bajo el brazo.

—Como nuevo —dijo, y dio una afectuosa palmadita a algo que solo podía ser descrito como cuero viejo cosido para formar una especie de bolsa—. La próxima vez tienes que conocer a Thomas Kitchen. Es la octava generación, ¿te lo puedes creer?

Ann podía creérselo porque, de hecho, ya le habían presentado al dueño de The Kitchen y conocía la historia de la cartera de Oxby. Sabía que había sido diseñada por el padre de Oxby y elaborada por el abuelo de Tom Kitchen. Oh, lo había oído ya todo antes, y sabía cuánto valoraba Oxby el «maldito bolso», como alguien lo había llamado, y sus cavernosas profundidades que podían contener suficientes pruebas para encerrar a media docena de criminales. Tres años antes, la esposa de Oxby la había llevado en secreto para que le grabaran las iniciales J. L. O. en oro como regalo de cumpleaños; había ocurrido después de que Ann se uniera al equipo y todavía recordaba cuánto le había gustado a Oxby. También recordaba la total desolación del hombre cuando, tres meses después, la leucemia se llevó a su Miriam.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —dijo Oxby—. Nos hemos retrasado un poco.

Ann agitó la cabeza con resignación y condujo hacia la calle Strand y el Instituto de Arte Courtauld, que se había trasladado a Somerset House, donde se ubicaba el Centro para el Estudio de la Historia del Arte así como una modesta colección de impresionistas franceses, grandes maestros y un par de obras contemporáneas.

Bertha Morrison era una destacada investigadora de Courtauld que en el pasado había sido bibliotecaria y que estaba imbuida de un profundo amor por el arte. Tenía una habilidad especial para descubrir dónde habían estado y dónde estaban las obras de arte en la actualidad, y por tanto era una valiosa fuente de información para los historiadores del arte de todo el mundo. Sus gafas, que colgaban de una cadena dorada, descansaban sobre su generoso

escote, y llevaba el cabello que empezaba a encanecer peinado hacia atrás y cogido con un enorme pasador de carey. Ann había supuesto, tras dos breves llamadas telefónicas, que la mujer era del norte de Escocia, y se alegraba de haber acertado.

—Nadie se había preocupado por los autorretratos de Cézanne, no hasta hace poco, por supuesto —dijo Bertha Morrison, mirando solemnemente a sus visitantes—, solo por sus bañistas desnudos y por esa maldita montaña que estaba siempre pintando. Y ya no tenemos a Lionello Venturi para decirnos dónde está todo y quién es su dueño.

Ann miró a Oxby y vio su expresión amarga.

—Pero creía que usted tenía esa información —protestó Ann.

—Querida —dijo Bertha—, por supuesto que la tengo. Solo quería que el inspector Oxby fuera consciente de que una búsqueda de este tipo no es fácil, ni siquiera para un investigador de primera y que, por supuesto, no es algo que pueda descubrir cualquier curioso.

—Bertie quiere que pensemos que tenía una misión imposible —dijo Oxby con un guiño—, para que su éxito nos parezca aún más increíble.

Bertha ignoró el comentario y abrió la carpeta que tenía delante.

—Estoy segura de que hay datos que se me han escapado, siempre los hay, pero no creo que eso pueda cambiar lo que tenemos aquí. —Entregó a Ann y a Oxby una copia que había impreso por ordenador—. Ahora presta atención, Jack, porque voy a contarte más sobre Cézanne de lo que estás preparado para saber. Podría venirte bien más tarde.

»Todas las obras de Cézanne fueron catalogadas por Venturi en 1936. En aquel momento listó ochocientas treinta y ocho pinturas al óleo de las que ciento cincuenta y cuatro eran retratos.

Ann frunció el ceño.

—Siento parecer estúpida pero ¿quién es ese tal Venturi?

—Daba clases de historia en la Universidad de Roma y fue el primero en hacer un catálogo de todas las obras de Cézanne. En total, Venturi registró veinticinco autorretratos, un número elevado en cierto sentido, pero menos del tres por ciento del total de obras de Cézanne. Venturi no catalogó el retrato que es propiedad del señor Llewellyn, el americano. Los números a los que me refiero en el informe son aquellos que Venturi asignó a cada obra.

—Entonces, Bertie —dijo Oxby—, tras la destrucción de estos tres retratos, quedan veintitrés. ¿Cierto?

—Dieciocho están en museos y su proveniencia y ubicación

están precisamente registradas, como descubrirás en el informe que te he dado. Hay otros cinco. Uno está en París y es conocido como *Autorretrato con sombrero de fieltro*. Es el número quinientos setenta y cinco, propiedad de Gustave Geffroy, descendiente de una adinerada familia aristocrática. Geffroy tiene una considerable colección en su país natal que nadie excepto sus amigos puede visitar.

Oxby hizo una anotación junto al nombre de Geffroy.

—El número setenta, conocido como *Autorretrato con cabello largo,* está en España —continuó Bertha—. Es propiedad del barón Von Thyssen, que ha trasladado su colección a Madrid.

—Apuesto a que la colección del barón está protegida por una férrea seguridad —dijo Oxby.

—A continuación tenemos *Autorretrato con sombrero de paja,* el número doscientos treinta y ocho según Venturi. Era propiedad de la familia Lefebure, también de París, y fue vendido a mediados de los ochenta a una familia de Hong Kong.

—No veo su nombre —dijo Oxby, dando un golpecito con el dedo en el informe que Bertha le había dado.

—No tengo un nombre, pero la pintura se ha rastreado hasta Hong Kong. Es propiedad de uno de esos personajes anónimos que no quieren que nadie sepa que tienen dinero y propiedades. Ya sabes a qué tipo de persona me refiero.

—No conozco a nadie así, Bertie.

Bertha continuó.

—No tengo la confirmación, pero me han dicho que el retrato está en la cámara acorazada de un banco.

Ann puso una interrogación junto al número doscientos treinta y ocho.

—Eso, por supuesto, nos deja dos: el retrato de DeVilleurs en Antibes, y el de Edwin Llewellyn en Nueva York.

—Un trabajo de primera, Bertie.

—Gracias, Jack. Esta es nuestra tarifa y los gastos con los que hemos tenido que correr para cumplir con este pequeño encargo. —Entregó un sobre a Oxby—. Siempre es un placer hacer negocios contigo.

En el camino de regreso a New Scotland Yard, Ann preguntó a Oxby si le sorprendería enterarse de que otro retrato había sido destruido.

—No veo un patrón claro, no lo suficiente para inclinarme en un sentido o en otro. Aun así, estoy seguro de que los dieciocho retratos que están en museos son presas fáciles. —Suspiró—. La

mayor parte de los museos no han reforzado su seguridad. Una cosa está clara, Annie: tres de los autorretratos de Cézanne han sido destruidos y dentro de un par de meses habrá una importante exposición de su obra en Aix-en-Provence. No puede ser una coincidencia.

—¿Cuántas personas crees que están involucradas? —le preguntó Ann.

—Yo diría que son necesarias dos para dañar las pinturas, y añadiría una o dos más para la toma de decisiones. Si tuviera que apostar dinero, diría que no más de cuatro.

—¿Nacionalidad?

—No tengo ni idea. Todavía no. Es por eso por lo que quiero saber más sobre los químicos que usan y de dónde los sacan. Y sobre las fotografías. ¿Alguna novedad de David Blaney?

—Sigue diciendo «mañana», y yo sigo diciendo que eso no me vale.

Ninguno de ellos volvió a hablar hasta que Ann giró en Broadway y aparcó. Oxby no se movió de su asiento y se mantuvo en silencio hasta decir:

—Uno más… Van a destruir un retrato más.

Ann frunció el ceño, como era habitual en ella.

—¿Por qué dices eso de repente?

El hombre se giró para mirarla y sonrió.

—Una corazonada, intuición, algo así. —Miró el reloj del salpicadero—. Es un buen momento para llamar a Alex Tobias. Quiero que haga una visita al señor Llewellyn.

18

Margueritte DeVilleurs había esperado aquel día con aprensión. Había invitado a Frédéric Weisbord para que estuviera presente cuando aceptara formalmente la oferta de compra del museo Granet por el retrato de Cézanne. Aukrust había llegado temprano para examinar concienzudamente las obras que Margueritte decía que no vendería. Desde la entrega del Renoir habían estado juntos dos veces. Una de ellas pasaron el día en Cannes y poco después cruzaron Mónaco para comer en un restaurante junto al mar de San Remo. A pesar de la diferencia de edad, ella se sentía cómoda con él y reaccionaba con alegría a la cariñosa atención que le prestaba. Él era su gran *ours,* su oso grande, y fantaseaba con que la envolviera en sus brazos.

Gustave Bilodeau, conservador del museo Granet, llegaría a las tres en punto. Margueritte sabía que Freddy Weisbord se enfurecería por lo del autorretrato de Cézanne y que amenazaría con obligarla a venderlo en Londres o Nueva York. Peor aún, demandaría que le entregara la colección inmediatamente. Esperaba que, al estar presente Bilodeau, el testarudo abogado suavizara su oposición. Weisbord tenía setenta y seis años y un enfisema que estaba empeorando gracias a su negativa a dejar sus dos paquetes diarios de Camel sin filtro, lo único americano que aceptaba. El hombre aparentaba más edad de la que tenía y Margueritte esperaba contribuir de algún modo a acelerar el proceso de su lenta agonía. No se sentía culpable por ello, ya que lo único que deseaba era que Freddy dejara de entrometerse en sus asuntos.

«J' en ai assez! C' est fini!», estaba preparada para decirle.

Eran casi las tres en punto y Weisbord llegaba inesperadamente tarde, algo raro en él, pensó Margueritte con tristeza. Estaba en su habitación, delante de un enorme espejo, cepillándose el cabello e imaginando su confrontación con Freddy, en la que repetiría las airadas palabras que había ensayado una y otra vez. Cuando Emily anunció con despectiva parquedad que había llegado, Margueritte se aplicó tranquilamente un toque de lápiz labial y una pizca de color en los párpados. Quería añadir otro par de minutos de retraso a la impaciencia del abogado para usarlo como ventaja. Finalmente,

salió a recibirlo.

Weisbord era un hombre bajito, casi calvo, con algunos mechones sueltos de cabello blanco peinados sobre las orejas. Llevaba gafas, bizqueaba y su pequeña barbilla y sus labios finos le restaban autoridad. Sus dedos manchados de nicotina sostenían un cigarrillo y tosía como si constantemente estuviera aclarándose la garganta.

—Si se lo vendes al museo, cometerás un error. —Su voz era sorprendentemente viril, y bastante ronca tras sus años como fumador—. Varios marchantes me han dicho que el retrato obtendría como mínimo veinticinco millones de dólares… Y seguramente mucho más.

—¿Y cuánto obtendrías tú?

—Eso no tiene nada que ver —dijo entre toses.

—La decisión es mía.

—Me pagas para que te asesore. Ha sido así durante treinta años.

—*J' en ai assez! C' est fini!* —Las bien practicadas palabras salieron con claridad de su garganta—. A partir de hoy me ocuparé de mis propios asuntos y tomaré mis propias decisiones. El banco me asesorará sobre los asuntos financieros y si necesito consejo legal llamaré a mi nuevo abogado.

La tos del hombre empeoró.

—No puedes hacer eso —protestó—. Esto no es como… Como cambiar de carnicero.

—Oh, es exactamente lo mismo que elegir a un nuevo carnicero —dijo Margueritte con una sonrisa—. Lo has expresado a la perfección, Freddy.

—Eso no es lo que Gaston… Lo que Gaston querría —jadeó.

—Ya está hecho, Freddy. He cancelado todas las cuentas antiguas y he abierto una en un nuevo banco y solo a mi nombre.

Weisbord tosió y se ahogó. Sonaba como el motor de una vieja lancha que no arranca.

—Tú no sabes nada de finanzas —consiguió decir—, ni de bancos.

La mujer abrió los ojos de par en par.

—¿Estás sugiriendo que tú sí sabes? Conseguiste lo que dos siglos y media docena de guerras no pudieron hacer. Destruiste el negocio de mi familia con tus chapuzas y tu egoísmo. —Agitó una mano—. Eres un viejo con ideas viejas. A Emily y a mí nos irá bien.

—¿Emily? —se rió—. Formáis una extraña pareja.

Margueritte escuchó la voz de un hombre en el recibidor.

—Tengo un invitado importante —dijo de un modo que sugería que Weisbord no era más que un figurante.

Emily apareció en la puerta seguida por un hombre que llevaba un arrugado traje de algodón, camisa de cuadros y corbata estrecha. Gustave Bilodeau tenía unos cuarenta años y la expresión seria de un erudito bien formado. Una mata de cabello castaño surgía de su bronceada frente. Sonrió nerviosamente para mostrar los blanquísimos dientes de una boca grande y expresiva.

La señora DeVilleurs y Bilodeau se saludaron el uno al otro como viejos amigos.

—Este es el señor Weisbord. Era el abogado de mi marido —dijo despreocupadamente, enfatizando el verbo en pasado.

—Usted es el director del museo —dijo Weisbord de un modo acusador, y pasó al ataque—. No tiene derecho a aprovecharse de la señora DeVilleurs. El cézanne vale una fortuna, no la insultante cantidad que usted le ha ofrecido.

—Debe perdonar al señor Weisbord. Lo que haga con la obra ya no es asunto suyo, y no es cierto que sepa cuánto me ha ofrecido el museo.

—¿Es usted marchante de arte? —le preguntó Bilodeau con amabilidad.

—He elaborado los contratos de cada venta y de cada compra de la colección DeVilleurs —respondió Weisbord pomposamente—. He sido el asesor de la familia durante más de cuarenta años. Además, fui el asistente de Gaston DeVilleurs en la negociación de ambos cézannes. Fui yo quien descubrió el renoir. Una joya perfecta.

—Le dijiste que no lo comprara —interrumpió Margueritte.

—No es cierto —tosió—. Era muy pequeño. Solo le advertí que no pagara demasiado por él.

—No me ha enseñado el renoir —dijo Bilodeau.

—Tiene un marco nuevo —afirmó Margueritte alegremente—, y he hecho que lo limpien.

—¿Quién se ha ocupado de ello?

—Un hombre nuevo. De Cannes.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Bilodeau.

—Aukrust. Peder Aukrust. Es un hombre encantador.

—Entonces, ¿la pintura está aquí? —preguntó Bilodeau con cautela.

La sonrisa de Margueritte se amplió.

—Por supuesto. Peder es muy responsable.

—Debo conocerlo. Mi negocio es conocer a la gente nueva, sobre todo si es buena en lo que hace.

—Lo conocerá. Le he pedido que prepare un informe sobre el estado del autorretrato. Me temo que hay algunos pequeños problemas.

Weisbord encendió un cigarrillo nuevo.

—Está en perfectas condiciones.

—No tanto —dijo Bilodeau—. Yo mismo lo examiné. Recomendé un nuevo bastidor, y hay daños por moho en una parte de la barba. También hay algunos arañazos en el fondo, en la zona de la ventana, concretamente.

—Hace que parezca que la obra está en un estado de grave deterioro —se quejó Weisbord.

—Hay pequeños problemas que podrían empeorar, sobre todo el moho, que puede ser muy insidioso. Las esporas se multiplican y no es posible verlo sin un microscopio.

Weisbord continuó quejándose como si no hubiera escuchado la razonada explicación de Bilodeau.

—Ha preparado un informe negativo para justificar su baja oferta.

—Por favor, señor Weisbord, esos problemas no tienen ningún efecto sobre el valor de la pintura. Solo he llamado su atención sobre varios defectos que deben ser corregidos.

Peder Aukrust estaba en la entrada, fuera de la vista de Weisbord o Bilodeau. Margueritte, sin embargo, lo vio y sonrió.

Bilodeau se dirigió a Margueritte.

—Traigo el contrato para la venta del cuadro.

Weisbord comenzó a cambiarse las gafas.

—Deje que lo examine.

—No te molestes. —Margueritte lo obligó a bajar la mano tal como habría hecho con un niño—. Quiero que la pintura se quede en el museo Granet. No tienen ningún autorretrato en la colección de Cézanne y deberían tener el mío al precio que se puedan permitir.

Weisbord tosió trabajosamente.

—No es tuyo, no puedes hacer con él lo que te dé la gana. Gaston especificó que, si se vendía alguna obra de la colección, debía ser en una de las casas de subasta más importantes. Gaston sabía que eso sería lo mejor para ti.

—Esta obra ha sido siempre tan mía como de Gaston. Ahora que ha fallecido, es totalmente mía. No pertenece a la sociedad de bienes, como a ti te gustaría. De hecho, tu única preocupación es administrar la voluntad que tú mismo escribiste, preparar las subastas y llevarte tu enorme comisión.

—Si regalas la pintura más valiosa de la colección, ¿qué no harás con las demás?

—No va a regalarnos la obra —protestó Bilodeau—. Contamos con el ofrecimiento de dos benefactores anónimos para comprar un autorretrato.

—¿Cuánto? —le preguntó Weisbord.

Bilodeau se encogió de hombros.

—No puedo decírselo. Insistieron en que la cantidad se mantuviera en secreto.

—¿Cuánto te ha ofrecido, Margueritte?

Tosió y su rostro se tiñó de escarlata.

La mujer miró a Weisbord y deseó que un ataque paroxístico eliminara sus intromisiones para siempre.

—He aceptado su oferta y no faltaré a mi palabra.

Weisbord negó con la cabeza.

—Eres una cabezota y una idiota. —Se dirigió a Bilodeau—. Los autorretratos de Cézanne doblarán su valor como resultado de esta demencial destrucción, e insisto en que la señora DeVilleurs se adhiera a los términos de la voluntad de su marido. Le recuerdo que ella no tiene derecho a vender ninguna pintura y que, en estas circunstancias, no puede trasmitir el título de propiedad. En el mundo del arte, este es un documento muy importante. La ley es muy clara al respecto. Si intenta vender, presentaré los documentos necesarios para interrumpir la transferencia.

Lágrimas de rabia cayeron por las mejillas de Margueritte.

—Vete, Freddy; lárgate.

—Nuestra oferta es justa —argumentó Bilodeau—. Creo que el retrato debería estar en el museo Granet. Cézanne nació en Aix y vivió allí la mayor parte de su vida; ambos son inseparables.

Weisbord tosió con aspereza, y dijo:

—Explíqueles a sus benefactores que debo saber cuánto pagarán. Puede asegurarles que consideraremos su oferta.

—Así lo haré. Pero el retrato debe ser parte de nuestra retrospectiva de Cézanne, que abre en enero, sean cuales sean las circunstancias.

—¿Espera que los turistas vayan hasta ese pueblucho? —le preguntó Weisbord con desdén.

—Tenemos el patrocinio internacional de Michelin y de una compañía americana. ¡La exposición será la muestra de obras de Cézanne más exhaustiva jamás reunida! —exclamó Bilodeau apasionadamente.

Margueritte esperó la reacción de Weisbord. Formar parte de la

retrospectiva aumentaría el valor de la pintura, de modo que Bilodeau podría haberse infligido sin darse cuenta una herida mortal.

—Hasta que resolvamos la disposición final de la pintura, debo tomar posesión de ella.

—No vas a tocarla —dijo Margueritte firmemente—. Además, no presentarás ningún documento, ni intentarás paralizar la transferencia del título.

Weisbord agitó los brazos desafiantemente.

—Pretendes vender el autorretrato de Cézanne en una clara violación de los términos de la voluntad de tu marido. —Y, dicho eso, comenzó a andar hacia la galería. Margueritte se puso ante él y comenzó a llamar a Peder. Weisbord la empujó con inesperada fuerza, entró en la galería y se dirigió al muro donde estaban colgados los cézannes. Junto a la pintura de la granja que estaba cerca del hogar familiar de Margueritte en Salon-de-Provence había un enorme espacio vacío.

Margueritte contuvo un grito. Peder no estaba en la galería ni en ninguna otra parte de la casa. Miró el camino y vio que su coche había desaparecido.

Weisbord se negaba a aceptar el hecho de que el autorretrato hubiera desaparecido. Dio vueltas por la casa, miró debajo de las camas y detrás de los sofás, pero la búsqueda fue inútil. Un largo y estruendoso ataque de tos lo obligó a detenerse y, cuando se recuperó, colorado y jadeando trabajosamente, guardó un inconsolable silencio. Solo cuando hubo comprobado cada escondite concebible habló a Margueritte.

—Me has engañado, pero esto no quedará así. —Se dirigió entonces a Bilodeau—: Es evidente que habéis conspirado juntos. Si la pintura aparece en el interior del museo Granet, tomaré las acciones pertinentes.

El hombrecillo se marchó precipitadamente, envuelto en su propia nube negra de mal humor. Giró su coche demasiado abruptamente al final del camino y atravesó el borde de un parterre de flores, aplastando lo que había sido un grupo de crisantemos rosas y blancos.

Gustave Bilodeau había soportado el estallido de Weisbord en silencio y con sobrecogida sorpresa. Margueritte intentó consolarlo.

—No se lo tenga en cuenta, Freddy es un hombre desagradable y estúpido.

—Pero ha dicho que no podremos mostrar el cuadro. ¿Qué vamos a hacer?

—Palabrería. Él habla y habla y habla. Amenazas y palabras vacías, eso es todo.

—Pero ¿y la pintura? —le preguntó Bilodeau—. ¿Está a salvo?

—Totalmente —le contestó con confianza—. Y será suya, justo como hemos acordado. Jugaremos al juego de Weisbord, pero no con sus reglas.

Bilodeau parecía perplejo. Había acudido preparado para extender un cheque a la señora DeVilleurs y regresar triunfalmente a Aix con el cézanne.

—Tendrá la obra para su exhibición —le dijo, con expresión traviesa en sus brillantes ojos—, y nada de lo que Frédéric Weisbord haga o diga podrá evitarlo.

19

Era imposible confundir al propietario de la espléndida y modulada voz de barítono que venía del otro lado de la protegida puerta de la sala de conferencias. La voz de Gerard Bontonnamo, el director del Metropolitano, era perfecta, demasiado perfecta para el gusto de Llewellyn, ya que encajaba con el cliché del hombre alto, moreno y atractivo. El tópico estaba muy trillado, pero Llewellyn tenía que admitir que era absolutamente cierto. Mostró su documento de identidad y entró en la sala en cuyo extremo opuesto estaba Bontonnamo, con su metro noventa y cinco de altura. El director hizo una pausa mientras Llewellyn se sentaba.

—Gracias por unirse a nosotros, señor Llewellyn —dijo Bontonnamo con el tono reprobador que usaría un profesor con un alumno que llega tarde—. Creo que sabe que estamos hablando sobre la retrospectiva de Cézanne. Acabo de dejar claro que no me gusta la idea de enviar nuestros cézannes a un pueblecito indefenso en el sur de Francia justo cuando están teniendo lugar todos esos malditos actos de vandalismo. Sinceramente, Edwin, creo que lo más prudente sería que dejaras el tuyo en casa.

Llewellyn sabía que Bontonnamo no estaba invitándolo a participar en la conversación, así que se puso cómodo y mostró una sonrisa benigna.

—Saurand me llamó esta mañana —continuó el director—, y ayer hablé con Kuntz, de Berlín, con sir Alex, de Londres, y con media docena más que están, siendo claros, jodidamente enfadados.

Bontonnamo estaba bien relacionado con sus colegas de todos los museos importantes; todos eran miembros de una camarilla especial de superelitistas, intelectuales con altos cargos que vivían en su propio mundo. Guy Saurand era el director del Louvre, lo que lo ponía en la cima de la lista de los conservadores de museos de Francia.

—Nosotros no tenemos autorretratos, y todos sabéis que daría un picasso y un par de obras de Renoir a cambio de uno. —Bontonnamo hizo una pausa y después continuó—: Sé que todo esto es trágico, pero también es noticia. Es noticia y la prensa se lo está pasando bomba señalando que no tenemos ningún autorretrato al

que proteger.

Llewellyn sonrió para sus adentros ante la afirmación, ya que sabía muy bien que, aunque el museo de Arte Moderno de Nueva York tenía un autorretrato de Cézanne, los medios pocas veces habían criticado al Metropolitano por no tener ninguno. Era más bien un nuevo ardid del viejo Bontonnamo para intentar obtener el préstamo del autorretrato de Llewellyn. El inconveniente de todo aquello era que, ahora que estaba planeado que su retrato abandonara el país, Llewellyn estaba a punto de perder la excusa de que la voluntad de su abuelo impedía que lo prestara.

Había cinco personas más en la habitación, cuatro sentadas a la mesa y una de pie y con aspecto aburrido, como si ya hubiera oído antes el discurso del director. Curtis Berrien era el secretario y jefe del registro del Metropolitano, una posición importante, de considerable poder y autoridad. Ninguna obra entraba o abandonaba las dependencias sin que un miembro del registro la inspeccionara, registrara su origen y corroborara su condición con un miembro de la plantilla comisarial. Cuando una pintura o cualquier obra de arte se prestaba, se emitía un comunicado en la oficina del registro, que era a cambio responsable del empaquetado, el envío y la preparación del seguro para el tránsito y el periodo de exhibición. En la mayoría de los casos, la póliza general del museo de acogida cubría la pintura en préstamo; sin embargo, este no sería el caso del museo Granet, ya que todos los participantes eran responsables de su propio seguro. Ni siquiera los patrocinadores principales de la muestra, empresas como Kodak y Michelin, se habían ofrecido a pagar el seguro. Las primas se habían incrementado sustancialmente y subirían incluso más si los asaltos a los retratos no se resolvían. Berrien se había mostrado contrario a la participación en la retrospectiva un año antes, pero ni siquiera él había anticipado las trágicas pérdidas. Ahora, estaban dando a sus argumentos una segunda vida.

Llewellyn y Berrien eran amigos, un ingrediente importante en su relación. Berrien era arisco, incluso insensible a veces, y demasiado directo al expresar sus ideas. También podía ser interesante, atrevido y aventurero; había participado en una expedición en busca de arte tibetano en zonas de China que apenas habían sido exploradas. Su audacia se reflejaba frecuentemente en el modo en el que se vestía, que hoy era una camisa de rayas azul y blanca y unos llamativos tirantes rojos. Tenía un cuerpo fuerte, medía un metro ochenta y pesaba sus buenos ochenta y seis kilos; tenía una cabeza grande con la coronilla calva rodeada de cabello

entrecano. La piel de su recio cuello estaba profundamente arrugada y su nariz no era recta, una consecuencia de su paso por el equipo de boxeo de la Escuela Naval. Después de cuatro años en el servicio marítimo se había matriculado en la Universidad Emory, de donde salió con una licenciatura en derecho, una esposa y un toque de acento sureño.

El discurso de Bontonnamo terminó. Su exhortación final fue que debían llevarse a cabo exhaustivas precauciones adicionales en el empaquetado y envío de todas las pinturas que iban a ir al Granet, lo que subrayaba su decisión de seguir adelante con la participación del Metropolitano en la importante muestra.

Berrien esperó hasta que la puerta se cerró.

—Ya lo habéis oído. Es posible que sea una decisión jodidamente estúpida, pero por ahora es lo que hay. —Caminó hasta la cabecera de la mesa y señaló a Llewellyn—. Por si alguien no conoce a nuestro invitado, este es el señor Edwin Llewellyn. Es uno de nuestros consejeros electos y está en el comité de adquisiciones. Dejadme añadir que es nuestro amigo y, como habéis oído decir al director, el señor Llewellyn es el propietario de un cézanne, una obra que cada día es más famosa. Yo la he visto y, en mi opinión, es la mejor de todas.

Llewellyn estaba encantado. Berrien no era un experto en arte, pero su entusiasmo era auténtico.

—Lew, esta es parte de mi equipo —continuó Berrien—. Creo que ya conoces a mi ayudante, Helen Ajanian.

Una mujer de gruesas cejas se giró hacia Llewellyn. Helen Ajanian había sido ayudante del predecesor de Berrien y llevaba treinta años en el Metropolitano. Sonrió amablemente a Llewellyn, una expresión que contradecía el hecho de que fuera conocida como «la jefa de policía». Era ella la que vigilaba el cumplimento de las estrictas reglas de la oficina de registro.

—El siguiente es Harry Li.

Nacido en Taiwán, Li había estudiado en la Universidad de California, en Berkeley. Su cabello negro caía sobre los bordes de unas grandes gafas de montura oscura. Bajo el cabello y las gafas había un rostro atractivo, aunque delicado, de rasgos euroasiáticos. Asintió y sonrió simultáneamente.

—Ese de ahí es Jeff Kaufman.

El joven extendió su mano sobre la mesa y estrechó vigorosamente la de Llewellyn. Kaufman dijo que había oído hablar del retrato de Llewellyn y que esperaba llevarlo a salvo a Francia.

—Harry y Jeff trabajan juntos —dijo Berrien—. Jeff es nuestro

experto residente en transporte y seguros. Los seguros son complicados y caros. El transporte puede ser complejo, porque muchos de los artículos que enviamos deben viajar en absoluto secreto. Cuando enviamos a Tokio una obra valorada en veinticinco millones, no usamos Federal Express.

»Harry es el responsable de preparar los paquetes de modo que no parezcan contener lo que contienen. También tiene que asegurarse de que nada recibe daños. Rara vez prestamos nuestra cerámica etrusca pero, cuando lo hacemos, puedes estar seguro de que Jeff usa algunos materiales de empaquetado bastante exóticos.

Berrien estaba detrás de Helen Ajanian.

—Confío en Helen para supervisarlo todo. Si ella no lo aprueba, no se envía. —Señaló a Pourville—. Y, por supuesto, ya conoces a Charlie Pourville.

Llewellyn miró al joven conservador y después a los demás.

—Espero lo mejor de todos vosotros. La obra que vais a enviar a Francia no ha salido de mi familia desde que la compraron en ese mismo país y la trajeron a Nueva York, hace mucho tiempo. Casi cien años ya. No solo es valiosa para mí; me gusta pensar que tiene una gran importancia para toda la comunidad artística. Protegedla, por favor.

—Cuenta con nosotros, Lew —dijo Berrien—. Nuestros planes están bastante avanzados; solo era una cuestión de si iba o no iba. —Negó con la cabeza—. Parece que va. Pero, Lew, aún puedes cambiar de idea.

—¿Cuáles son los riesgos? —preguntó Llewellyn.

—Responderé yo, si me lo permites —dijo Helen Ajanian—. Cuando prestamos algo de nuestra colección siempre hay riesgos, ya sea peligro de incendio, de rotura o de deterioro debido a las pobres condiciones del museo que va a exhibirlo. Seis semanas sin controlar la humedad podrían causar estragos en una vieja pintura sobre madera. Es algo horrible que ya ha pasado, y no tiene ningún sentido. Pero tampoco lo tuvo el incendio que destruyó dos de los grabados sobre madera de Alberto Durero que prestamos al museo de Viena hace algunos años. Siempre hay riesgos, pero esta vez nos enfrentamos a algunos nuevos.

—Pensaba que la seguridad del museo Granet sería tan fuerte como la de Camp David —dijo Llewellyn.

—Me temo que no —contestó Pourville—. Es una ciudad pequeña con un Departamento de Policía que no da más de sí. Enero no es un mes turístico, pero está lleno de estudiantes. En marzo volverán las multitudes y la policía no dará abasto. Además,

Gustave Bilodeau tiene un personal limitado, y sus guardias no están demasiado bien entrenados.

—Me dijeron que contarían con un equipo entrenado, que el Louvre y otros grandes museos franceses iban a ayudar.

Pourville sonrió.

—Quizá. Sé que una exhibición itinerante de las obras de Cézanne estuvo en Aix durante el verano de 1961. La seguridad era muy buena, o eso pensaban, y la tercera noche se produjo un allanamiento y robaron cinco obras.

—Nosotros tendremos que resolver mejor ese tema —dijo Llewellyn con decisión—. La gente del seguro y los directores de los museos lo exigirán.

Berrien asintió.

—Por el amor de Dios, estamos exigiéndolo. Es por eso por lo que hemos convocado una reunión de seguridad. Sinceramente, no me importa una mierda lo que diga Gerard Bontonnamo, porque si el plan de seguridad no es decente después de esa reunión, puedes apostar tu tierno culo y discúlpame, Helen, a que el Metropolitano no enviará ni una postal.

La reunión continuó hasta el mediodía. Harry Li y Jeff Kaufman hicieron sus presentaciones, aunque ninguno de ellos dio detalles sobre sus planes para disfrazar los paquetes ni de su estrategia para llevar esos paquetes de Nueva York al sur de Francia. Pero dijeron que las pinturas serían enviadas a Madrid o a Ginebra un mínimo de seis semanas antes de la apertura de la exposición.

—Quiero que conozcas a un amigo mío, alguien a quien te gustará conocer —dijo Berrien cuando concluyó la reunión.

—Háblame de él —dijo Llewellyn.

—Se llama Alexander Tobias. Está en la policía de Nueva York.

—¿Por qué quiere conocerme? ¿Es aficionado al arte?

—En cierto sentido. Tiene una larga carrera en investigación criminal, está interesado en el arte y le gusta hacer lo que mejor se le da: investigar robos y falsificaciones de obras de arte.

—¿Qué interés tiene en mi retrato?

—Tiene contactos por todas partes, incluido el FBI y la Interpol, pero fue un amigo de Scotland Yard quien le sugirió que te hiciera una visita. Me ha pedido que lo prepare todo. —Berrien se frotó la nuca y su expresión cambió para encajar con el tono serio de su voz —. Creo que deberías hablar con él. ¿Te parece bien?

Llewellyn asintió.

—Dile que me llame.

20

La cena a la que Llewellyn había invitado a Astrid estaba celebrándose en el tríplex de Thomas A. Ridgeway, en las plantas superiores de un bonito edificio de apartamentos en el cruce de la Quinta Avenida con la calle Setenta y Tres. A pesar de sus impecables credenciales, que lo convertían en uno de los pocos WASP auténticos que quedaban, o quizá debido a ellas, Tom Ridgeway era un buen tipo y un buen amigo. Su esposa Caroline, sin embargo, era un incordio. Saludó a Astrid con la sonrisa indiferente que dedicaba a las personas de su larga lista de razas inferiores. A pesar de su apariencia atractiva y de sus maneras elegantes, Caroline era un metro sesenta y cinco de pura intolerancia, y sus prejuicios estaban a punto de extenderse a toda Noruega.

—Te presento a Astrid Haraldsen —dijo Llewellyn tras dar a su anfitriona el obligatorio beso en la mejilla—. Pero deja que te advierta, Astrid, que tras el bonito rostro de Caroline no todo son piruletas y helados.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Caroline, ofuscada, mientras estrechaba la mano de Astrid con frialdad—. Me alegro de que hayas venido. Lew te enseñará dónde está todo. Se le da muy bien.

Llewellyn cogió a Astrid de la mano y la condujo a una opulenta habitación de enormes ventanas con vistas a Central Park. El tardío sol de otoño estaba a punto de desaparecer y el cielo estaba veteado de llamativos colores. Un hombre se acercó a ellos. Era de la altura de Astrid, algo corpulento y con el cabello cano.

—Tú debes de ser Astrid —dijo—. Yo soy Tom Ridgeway. Bienvenida.

Llegaron tres parejas más en rápida sucesión. Ernie y Sally Simpson eran los mayores del grupo. Ernie era campechano y pertenecía a una familia de alcurnia; Sally estaba constante e inútilmente a dieta para intentar llegar a la talla cuarenta y dos.

Stephen Urquhart y su esposa Diane estaban igualmente impregnados de las tradiciones escocesas y eran miembros de un linaje inmaculado. Eran queridos en su pequeño grupo de íntimos,

pero todos los demás los consideraban unos pedantes insufribles.

Jim y Marilyn Cox fueron los últimos en llegar. Él trabajaba en Wall Street y ella intentaba mantener a su marido lejos de las mujeres atractivas. Astrid entraba en esa categoría. Jim también estaba fraguando un grave problema de alcoholismo. Se bebió medio vaso de Dewar's en los pocos minutos que tardó en saludar a Astrid y Llewellyn, y a continuación salió pitando para resurtirse.

El ritual del cóctel procedió como era de esperar: una barra bien provista de bebidas y un camarero muy atento que servía pequeñas porciones de comida. Justo cuando los hombres habían conseguido formar un círculo alrededor de Astrid, Caroline anunció que la cena iba a servirse.

Después de un torpe brindis propuesto por Jim Cox, Caroline le preguntó a Astrid si tenía planes para redecorar la casa de Edwin Llewellyn.

—Debes admitir, querida Astrid, que necesita un toque femenino.

—Ha recibido el toque de muchas mujeres —se quejó Llewellyn, haciéndose el simpático—. Me gusta como está.

—Los escandinavos tienen una idea del diseño muy diferente —dijo Caroline con un toque de malicia en la voz—. Me gustaría saber la opinión de Astrid al respecto.

Astrid se giró y vio la sonrisa congelada de Caroline. Sabía que todos estaban observándola. Miró a Llewellyn. Él asintió para darle ánimos y después se dirigió a Caroline.

—Te vendría bien un poco de ayuda con tu casa en East Hampton, querida. ¿Por qué no dejas que se ocupe Astrid?

—Buena idea —dijo Tom Ridgeway.

—Es una idea horrible. La casa de la playa es perfecta tal como está —replicó Caroline, a la defensiva, y a continuación cambió de tema—. Me gustaría saber qué opina Lew sobre el terrible asunto de esas pobres pinturas de Van Gogh.

—Te refieres a Cézanne —corrigió su marido.

—Por supuesto, Cézanne. Pensaba que había dicho eso.

—Por el amor de Dios, Lew —dijo Jim Cox, arrastrando las palabras y agitando un vaso vacío—, podrían entrar a tu casa e incinerar ese cuadro tuyo.

—¿No estás un poco preocupado? —le preguntó Sally.

—Intranquilo, sí. ¿Preocupado? Solo un poco. —Llewellyn cambió de postura en la silla—. Mi cuadro está a salvo.

—¿No dijiste antes que no tienen ninguna pista sobre los autores de la destrucción de esas obras? —le preguntó Tom Ridgeway.

—No creo que tengan pistas. Pero ¿sabes? Me cabrea muchísimo que hayamos perdido el retrato de la National Gallery de Londres, y después el de Alan Pinkster…

—Ese hijo de puta se lo tiene bien merecido —dijo Jim Cox—. Es un bastardo sabiondo dispuesto a pasar por encima de cualquiera que se ponga en su camino.

—Ya basta —dijo Marilyn Cox, enfadada—. Tienes una lengua horrenda.

—Jim tiene razón —afirmó Caroline—. Alan Pinkster intenta comprar un puesto entre la gente de bien cada vez que viene a Nueva York. Creo que debería quedarse con los de su clase.

—Yo no comparto por completo la opinión de Jim sobre Alan Pinkster —empezó Llewellyn—. Es un chulo y a veces puede ser un hijo de puta insolente, pero es un hombre que se ha hecho a sí mismo. Eso es más de lo que algunos de nosotros podemos decir.

Tom Ridgeway asintió, pero contuvo su lengua.

Llewellyn continuó:

—También me cabrea mucho que el conservador de Pinkster haya sido asesinado. He sabido que Scotland Yard cree que ambos crímenes están relacionados.

—No lo sabía —dijo Steve Urquhart.

—Han intentado mantener la discreción, pero la prensa está empezando a filtrar la historia. Dentro de poco sabremos más.

Jim Cox se puso en pie inestablemente y levantó su copa.

—Por el cuadro de Eddie Llewellyn —brindó, pronunciando las palabras desordenadamente—. Espero que no le ocurra nada.

Vació la copa y se hundió de nuevo en su silla.

La cena terminó sin más incidentes y el grupo se reunió en la sala de los ventanales para tomar café. Astrid miró su reloj. Eran las nueve y media. Los Simpson dijeron que tenían que marcharse temprano y Llewellyn replicó que Astrid y él también lo harían. Cinco minutos después de dar las gracias y las buenas noches, se metieron en un taxi. Otros cinco minutos más tarde llegaron al hotel de Astrid.

—Me siento un poco indispuesta —dijo Astrid.

—No me había dado cuenta. ¿Serán las gambas de Caroline?

—No. Solo estoy cansada.

—Duerme un poco, cariño —le dijo Llewellyn, y la besó suavemente en los labios.

Astrid le pasó la mano por la mejilla y le devolvió el beso.

—¿Me llamarás? —le preguntó, antes de salir del taxi y correr hacia el vestíbulo.

A las diez en punto estaba en su habitación. Cerró la puerta por dentro y se apoyó contra ella, con los brazos tras la espalda y las palmas presionadas contra la puerta. Tenía el corazón desbocado. Un tenso dolor trepaba por su espalda y atravesaba sus hombros. Se llevó una mano al cuello y se lo frotó para eliminar la rigidez. Se acercó a la ventana y miró sin ver el exterior. No había luz de mensajes en el teléfono, un ligero alivio. Encendió la lámpara de la mesa.

—No te asustes.

La voz sonó a su espalda.

—¡Peder!

Aukrust salió a la luz y se acercó a ella. La rodeó con los brazos.

—Te he echado de menos. —Su voz estaba desprovista de sentimientos.

Astrid apoyó la cabeza en su hombro e inhaló los aromas que provenían de él. Él le giró la cabeza y sus enormes manos la sostuvieron con firmeza. A continuación la besó. Un beso sensual, pero sin la pasión que había sentido en Llewellyn. La mujer se apartó de él.

—¿Por qué no me dijiste que ibas a venir?

—Quería sorprenderte.

—No te gustan las sorpresas.

—Esta vez he hecho una excepción.

Lo miró fijamente. Parecía cansado y necesitaba un afeitado y un cambio de ropa.

—Cuando decidí venir a Nueva York apenas tuve tiempo suficiente para llegar a la terminal. Después mi avión salió con retraso, y se retrasó aún más durante el vuelo. No aterrizamos hasta las siete, y para entonces ya te habías ido a tu… ¿Qué era? ¿Una cena?

—Sí, y estuve allí hasta hace un momento. —Sonrió brevemente —. Pero ¿por qué estás aquí?

—Para hacer lo que tú no has hecho.

—No, Peder, ya ha sido suficiente.

—Estamos siguiendo un plan. Sin excepciones.

Sacó su cartera y se la lanzó. Estaba llena de dinero. Cogió un puñado de billetes y los agitó con entusiasmo.

—Habrá más… Mucho más.

—¿Qué tiene de especial esa pintura de Boston?

Aukrust la miró con desdén.

—¿No te das cuenta de que la policía y sus expertos forenses están intentando descubrir quién roció las valiosas obras de Inglaterra y Rusia? —Se rió, y sus ojos centellearon—. Están encerrados en sus laboratorios intentando descubrir qué tipo de químico pudo causar un daño tan terrible y preguntándose si será

destruida alguna obra más. —Sacudió vigorosamente la cabeza y elevó la voz—. Pero no habrá más. No hasta que las obras más importantes de Cézanne se reúnan en el pequeño museo de una pequeña ciudad en el sur de Francia.

Astrid se sentó en el borde de la cama.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Eso dependerá de las subastas de invierno. Los cézannes deberían venderse a un precio récord.

—¿Y si no lo hacen?

—Entonces tendré que rociar otra pintura con mis químicos. Y otra más, si es necesario. Quizá el famoso retrato de tu amigo Llewellyn.

Astrid se puso en pie.

—¡No, Peder! Es una pintura preciosa. La he visto. La he tocado. ¡No puedes hacer eso!

—¿Estás preocupada por el cuadro o por Llewellyn?

—Me dijiste que me hiciera su amiga —le dijo desafiantemente.

El hombre, con el rostro en sombras, guardó silencio de espaldas a la única luz de la habitación. Se quitó el abrigo y lo lanzó sobre una silla. Entonces, de repente, extendió los brazos y la atrajo contra su cuerpo. La besó, larga y consoladoramente, y se dejó caer en la cama.

—Estoy cansado —le dijo—. Desvísteme.

Astrid se encorvó y obedeció. Ya le había seguido la corriente de este modo antes, cuando decía que estaba cansado, cuando estaba deprimido o furioso.

—Quítate la ropa y acuéstate a mi lado —le pidió.

—Por favor, Peder. No quiero que me hagas daño.

—Quítate la ropa —le exigió.

Se desvistió lentamente y se deslizó bajo las sábanas. Peder le frotó el vientre con la mano y después la pasó entre sus muslos.

—Estás fría —le dijo.

—Estoy asustada.

El hombre se tumbó bocarriba y se quedó inmóvil. A veces se tumbaban juntos durante mucho tiempo antes de que Aukrust decidiera si quería sexo o dormir. En ocasiones sus encuentros eran tiernos, pero otras su pasión explotaba y le provocaba dolor y humillación.

—Escucha con atención —le dijo—. Tenemos que hablar sobre lo que ocurrirá mañana.

21

Antes de caer en un profundo sueño, Aukrust le explicó a Astrid el papel que jugaría en el museo de Bellas Artes de Boston. Por la mañana volvió a recordárselo con frialdad.

Astrid no podía seguir guardándose sus sentimientos.

—Estoy asustada… Peder, entiéndelo, por favor.

—*Nei* —dijo malhumoradamente, y apartó la mirada.

El avión aterrizó y comenzó a rodar hasta su pasarela. Aukrust había colocado su bolsa de médico en el suelo, entre sus pies. Había repasado cuidadosamente su contenido en la tienda de Cannes y había reenvasado o eliminado cualquier artículo que pudiera levantar sospechas cuando la bolsa pasara por el arco de seguridad del aeropuerto.

Cogió las manos de Astrid y se las frotó suavemente.

—No hay nada que temer. Dentro de un par de horas todo habrá terminado y estarás de regreso en Nueva York —le dijo con tono consolador. Entonces sonrió y susurró—: Eres muy valiosa para mí.

En ese instante, Astrid sintió una nueva oleada de confianza en su interior.

Acordaron que se separarían y que no volverían a encontrarse hasta que hubieran llegado a la parte crítica del plan que Aukrust había urdido tan cuidadosamente. Astrid llevaba un traje gris con zapatos de tacón bajo. Su peluca oscura estaba pulcramente peinada. Alargó la bandolera de su bolso y se la pasó por el hombro. A continuación se dirigió a la parada de taxis. Le dio al conductor una dirección en Beacon Hill que pertenecía a una tienda, por la que estuvo paseando. Poco después del mediodía, tomó una ensalada en un restaurante cercano. Miraba su reloj frecuentemente y, mientras se preparaba para pagar la cuenta, revisó el neceser que llevaba dentro de su bolso. Sus dedos buscaron la aguja hipodérmica. Astrid sabía bastante de agujas, y de cómo encontrar una vena. Esta vez, la jeringuilla contenía tiopentato de sodio. «Pentotal sódico: una anestesia ordinaria de corta duración», le había asegurado Aukrust.

Visitó una tienda de recuerdos donde compró una colorida langosta de plástico rojo para potenciar su imagen de turista en su

primera visita a Boston.

Aukrust también había tomado un taxi. Había ido hasta Cambridge y cruzado el río Charles para llegar al museo Fogg. Hizo una visita rápida a las salas, compró un fino libro de arte en la tienda de regalos y lo paseó en una pequeña bolsa de papel que sugería que estaba de vacaciones, disfrutando de las magníficas obras de arte que ofrecían los museos de Boston. A las dos en punto llamó a un taxi y, una hora después, estaba en el museo de Bellas Artes.

Llevaba una chaqueta de mezclilla y una gorra de cachemira con la que encajaba discretamente entre la multitud que había acudido a ver la exhibición «Artistas Americanos de Nueva Inglaterra». Dejó su bolsa de medicina en consigna; el empleado la colocó en un estante cercano.

Primero visitó la exposición de artistas de Nueva Inglaterra, y después las galerías de la segunda planta. Como había anticipado, no había demasiados visitantes, ya que la atención estaba concentrada en la muestra de la primera planta. Cogió un folleto con el plano del museo, lo estudió durante varios minutos y después atravesó lentamente tres salas de arte europeo primitivo. Estaba examinando los cambios que se habían producido desde su primera visita al museo (nuevas cámaras de vigilancia, cuerdas para mantener a los turistas lejos de las pinturas...), pero descubrió que la seguridad de la galería no era más rigurosa de lo que había sido entonces.

Entró en la galería de los impresionistas e hizo un inventario rápido, midiendo cuidadosamente la distancia y cada movimiento. Confirmó que el autorretrato de Cézanne estaba todavía en el centro del muro principal y que el largo banco estaba aún justo delante de la obra. Solo había un empleado del museo y un solitario visitante ante una pintura de acianos de Monet.

Aukrust activó el cronómetro de su reloj y caminó rápidamente hasta la escalera, bajó a la sala de tapices y atravesó el vestíbulo hasta llegar a la consigna. Miró su reloj de nuevo: cincuenta y un segundos. Podría hacerlo en cuarenta y cinco. Un par de minutos antes de las tres bajó la escalera hasta la cafetería, donde se llevó una taza de café hasta una mesa y esperó hasta las tres y cuarto.

Astrid había caminado a través de Boston Common hasta la calle Boylston, donde había llamado un taxi. Llegó al museo poco después de las tres. Entró por la puerta principal, fue directamente al vestíbulo y pasó junto a una parte de la exposición de artistas de Nueva Inglaterra para llegar a la amplia escalera que había subido

cuatro días antes. Se apoyó contra la barandilla y cerró los ojos. El corazón le latía con fuerza y volvía a estar aterrada. Recordó cómo había sonreído Peder, cómo le había asegurado que todo terminaría rápidamente y podría volver a Nueva York. *Todo irá bien,* pensó, y siguió subiendo las escaleras.

Aukrust se dirigió a la parte delantera del museo para llegar a las salas egipcias de la segunda planta. Entraría en la galería de los impresionistas desde el ala oeste. A las tres y treinta y cinco, Astrid estaba en la galería de la escuela de Barbizon ante un cuadro de Millet. Aunque miró *El sembrador* durante un minuto entero, era incapaz de recordar los detalles de la obra porque su mente estaba concentrada en las instrucciones que Peder le había dado. A las tres y cuarenta minutos entró en la galería de los impresionistas y dejó atrás lentamente cuatro obras. Solo una le interesaba. En la placa que tenía al lado podía leerse:

PAUL CÉZANNE, FRANCÉS, 1839-1906
Autorretrato con boina
ÓLEO SOBRE LIENZO, 65 X 50 CM
C. 1898-99

Retrocedió y se sentó en el banco. El guardia entraba y salía de la sala arrastrando los pies. Era joven, parecía aburrido y pasaba el tiempo reordenando los folletos de un estante junto a la pared. En el extremo opuesto de la galería, una pareja se movía de pintura en pintura. Había un estudiante sentado en el suelo con las piernas cruzadas y un cuaderno en el regazo, copiando las figuras de una obra de Gauguin.

Aukrust entró en la galería. Miró su reloj y, a las tres y cuarenta y cinco, el folleto con el mapa del museo cayó de su mano. Lo recogió. Era la señal.

Astrid abrió el bolso y sacó un trozo de algodón húmedo de una bolsa de plástico que frotó vigorosamente en el interior de su brazo, varios centímetros por encima de su mano. Cerró el puño e insertó la aguja hipodérmica con pericia en una vena. Rápidamente, volvió a guardar la jeringuilla en su bolso y lo cerró. Había empezado a contar tan pronto como se inyectó el pentotal. Perdió la cuenta al llegar a trece. Bajó la cabeza y se derrumbó hacia delante.

El estudiante de arte la vio caer y corrió hacia ella.

—¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude!

El guardia se acercó a Astrid, y la joven pareja corrió hasta ella pero no hizo nada. Aukrust apareció y se arrodilló a su lado.

—Soy médico —dijo con fuerte acento. Bajó la cabeza y comprobó si seguía respirando. Le abrió los párpados suavemente y asintió con alivio. Se dirigió al pequeño grupo que se había reunido —: Respira con normalidad, pero no debemos correr riesgos. Traeré mi maletín. ¿Podrían darle un poco de agua? Y debería avisar a un supervisor por si tenemos que llamar a una ambulancia —le dijo al guardia.

Antes de irse, se quitó la chaqueta y la tapó con ella. Hizo una señal al estudiante para que se sentara de modo que la cabeza de Astrid descansara en su regazo.

Se marchó trotando a por su bolsa y volvió junto a Astrid en poco más de dos minutos. El guardia había regresado con dos vasos de plástico con agua.

—*Gut, gut* —dijo Aukrust. Eligió un vial de su bolsa y vació el polvo blanco que contenía en uno de los vasos. Levantó la cabeza de Astrid y dejó que el líquido se vertiera en su boca.

Dos hombres uniformados entraron en la galería y se acercaron apresuradamente al pequeño grupo. Aukrust preguntó adónde podían llevar a la joven.

—Debemos mantenerla caliente.

—Hay una sala de primeros auxilios en la primera planta.

—Por favor, llévenla allí. Yo los seguiré.

La levantaron y se formó una pequeña procesión, conducida por los dos hombres que llevaban a Astrid y seguida por los demás, que estaban extrañamente preocupados. La galería estaba vacía, y también las salas contiguas. Aukrust había supuesto que tendría un valioso minuto para llevar a cabo su destructiva tarea, y había acertado.

Tardó diez segundos que le parecieron eternos en aplicar una gruesa capa de disolvente en el autorretrato. A continuación roció el aire con una solución transparente y sin olor, un químico nuevo con el que había experimentado, uno que producía resultados espectaculares. En lugar de enmascarar el acre hedor del químico con otro fuerte pero reconocible aroma, el nuevo químico contrarrestaba el olor provocando una anosmia temporal, una pérdida del sentido del olfato, en cualquiera que atravesara la habitación. Roció el aire una vez más y guardó el envase en su bolsa de médico.

Cuando localizó a Astrid en la sala de primeros auxilios, estaba sentada en el borde de una camilla, sorbiendo un vaso de agua.

—¿Cómo está mi guapa paciente? —le preguntó con marcado acento.

—Me han dicho que usted me ha ayudado.

Aukrust le cogió la mano.

—Se siente mejor, ¿verdad?

Ella asintió y se llevó una mano a la cabeza.

—Sí. Un poco…

—¿Un poco mareada?

Astrid sonrió.

—Sí.

—¿Tiene amigos o familia en la ciudad?

La mujer asintió sin perder la sonrisa.

—He quedado con ellos en el hotel.

—Si quiere puedo llevarla hasta allí.

Un guardia entró en la habitación.

—La ambulancia ha llegado.

Aukrust pasó la mano por la frente de Astrid y después le tocó el cuello. Era una evaluación muy profesional y auténtica de su condición.

—No creo que necesitemos la ambulancia. —Miró el personal que se había reunido en la pequeña habitación—. Fue solo una precaución, por si la joven sufría un problema grave. Pero veo que se está recuperando y voy a llevarla al lugar donde están sus amigos.

Un hombre con un teléfono móvil entró en la habitación. La pequeña placa metálica con su nombre sobre el bolsillo del pecho de su chaqueta decía que era un supervisor.

—¿Podría decirme su nombre? —preguntó tras encorvarse junto a Astrid—. Es solo una medida de precaución para protegerla tanto a usted como al museo.

—Yo asumo la responsabilidad —dijo Aukrust—. Está un poco desorientada y asustada. Debe comprenderlo.

—Entonces dígame su nombre, señor —insistió el hombre.

Aukrust echó una dura mirada al supervisor y a los dos guardias uniformados que aún estaban junto a la puerta.

—Metzger —contestó en voz baja antes de darle la espalda—. Doctor Metzger —repitió entre dientes.

—¿Tiene una dirección en Boston o…?

—No deben preocuparse por la joven, solo ha sido un desmayo. Estará perfectamente cuando la haya llevado con sus amigos.

Tomó a Astrid del brazo y la ayudó a ponerse en pie. Volvió a asegurar al supervisor que no habría más problemas y a continuación condujo a Astrid hasta la hilera de taxis de la entrada principal.

—Aeropuerto Logan, salidas internacionales —le dijo al conductor—. ¿Estás bien? —le preguntó a Astrid en noruego.

—Sí, estoy bien —respondió ella, también en noruego—. Tengo un poco de sed.

—Eso ocurre a veces.

La mujer apartó los ojos de los suyos.

—Pasé junto a la pintura, el retrato, y lo miré… Lo miré a él. Deseé que no hubiera que…

—Ya se ha acabado —dijo él con decisión, y le apretó la mano —. Los periodistas formarán un buen alboroto con lo que ha ocurrido hoy.

—Y también la policía.

Él asintió.

—Sí, la policía —añadió con entusiasmo—. Conseguirán una nueva muestra de los químicos, justo como las veces anteriores. Pero ¿qué más habrá allí para ellos? ¿El doctor que acudió en ayuda de la hermosa joven que se desmayó? ¿La hermosa joven?

—¿Por qué has dicho que eras el doctor Metzger?

—A veces soy el doctor Metzger. Además, yo seré quien quiera ser —dijo desafiantemente.

Astrid le apretó la mano.

—Déjame ir contigo.

—Ahora no. Tengo cosas que hacer en Cannes, y quizá en Aix-en-Provence.

El taxi se detuvo en el edificio de salidas internacionales. Peder le dio un beso a Astrid, uno superficial, el tipo de beso que un marido da a una esposa que lo ha llevado obedientemente al aeropuerto desde donde viajará a lugares más excitantes. Salió del taxi sin otra palabra o gesto.

Una hora después, el avión de Astrid a Nueva York se elevó a través de un techo de nubes negras y se estabilizó en un cielo azul violáceo. Largas nubes rosas colgaban como lazos que se hubieran desatado de un sol rojo magenta. Astrid miró las vetas de color que se reflejaban en las alas del avión y se sintió sola y desarraigada. Cerró los ojos y lloró en silencio.

22

Frédéric Weisbord vivía en el distrito de Saint Étienne, en Niza, en un acre de tierra en pendiente que su esposa, Cécile, había elegido para satisfacer su excéntrico amor por la jardinería. Junto a la casa, de principios de siglo y llena de recovecos, había una estructura que hacía de garaje y almacén. Tras esta estaban las tierras: un huerto, un jardín y un viñedo donde había plantadas diez largas hileras de uva clairette. Los Weisbord habían comprado la propiedad en la misma época en la que Gaston y Margueritte DeVilleurs se asentaron en su casa de Antibes, y Cécile se había ocupado de sus queridas flores y verduras durante veintiún años. Frédéric, por su parte, llegó a involucrarse tan profundamente en el negocio del aceite de oliva que había abandonado definitivamente la práctica de la abogacía. Cécile había perdido un bebé al principio de su matrimonio y no había podido volver a quedarse embarazada, aunque la mayoría de sus conocidos, que los consideraban una pareja de excéntricos, no veían con malos ojos esa falta de familia.

La tragedia los golpeó cuando el corazón de Cécile, debilitado durante su infancia por una fiebre reumática, no pudo soportar las arduas horas de trabajo que dedicaba a sus jardines. Dejó de latir un soleado día de junio, menos de un mes después de su sexagésimo sexto cumpleaños, justo después de haber dividido sus queridas begonias y haber comenzado a replantarlas. Weisbord había salido de viaje de negocios y cuando volvió a casa encontró un largo y negro coche fúnebre en el camino de entrada. El ama de llaves, una sensata mujer italiana llamada Idi, le contó que había encontrado a Cécile demasiado tarde para que recibiera atención médica.

Weisbord lloró la muerte de su esposa durante dos semanas, aunque no echó en falta su insistencia para que dejara de fumar. Un par de semanas más tarde, el recién enviudado volvió al trabajo y pronto empezó a viajar más que nunca.

Gaston DeVilleurs falleció un año después de la muerte de Cécile. Weisbord lo había sentido de verdad, o al menos eso parecía, y llegó a derramar lágrimas auténticas en el funeral. Pero Gaston fue enterrado cuarenta y ocho horas después y Weisbord asumió la importante tarea de arreglar los asuntos del muerto y

poner en movimiento todos los términos y condiciones que cuidadosamente había integrado en la última voluntad y testamento de Gaston. El abogado había ideado una docena de modos de recibir comisiones y honorarios mientras Gaston estaba vivo y, ahora que había muerto, iba a sacar todo lo posible.

Las obras de arte de los DeVilleurs valían una fortuna, y Weisbord planeaba llevarse una comisión del diecisiete coma cinco por ciento del total procedente de la venta de cada una de ellas. Sus beneficios de la venta de cualquiera de los dos cézannes de la colección DeVilleurs serían de unos cuatro millones. Las cláusulas de fijación de los honorarios del abogado podían encontrarse en siete de las cincuenta y seis páginas que detallaban la voluntad: una obra maestra de deliberada confusión.

Sin embargo, había complicaciones. Margueritte había resultado ser más obstinada e independiente de lo que había esperado. Su amenaza de vender el autorretrato al museo Granet era un problema, pero le parecía más molesta la desaparición de la pintura de la colección DeVilleurs. Era evidente que el propietario del nuevo estudio de enmarcado de Cannes estaba involucrado en el asunto, así que visitaría a Peder Aukrust y le exigiría que le devolviera el cuadro.

El viernes, un día después de que el retrato de DeVilleurs desapareciera, Weisbord condujo hasta Cannes y localizó la tienda de cuadros en la rue Faure. Se encontró con las persianas de la puerta bajadas y un pequeño letrero en el que se leía «Fermé». Preguntó a los tenderos vecinos y le dijeron que el nuevo propietario, un noruego llamado Aukrust era un hombre reservado que solía hacer viajes de vez en cuando a París para probar suerte en las subastas más modestas. El domingo, Weisbord leyó en el periódico que un autorretrato de Cézanne del museo de Bellas Artes de Boston había sido destruido. Recortó el artículo y lo guardó en el primer cajón de su escritorio.

Nadie respondió a sus repetidas llamadas telefónicas a la tienda de enmarcado hasta el lunes por la mañana. Entonces se enteró de que la tienda estaría abierta a las diez de la mañana del día siguiente.

Weisbord entró en el establecimiento poco después de las diez. Un joven artista estaba haciendo una apasionada presentación de sus obras a Peder Aukrust, que se negó rotundamente a aceptar más de una pintura en depósito.

—Mejor eso que una patada en el culo —se resignó el artista, y a continuación recogió sus variadas representaciones de escenas

marítimas y pasó junto a Weisbord para marcharse.

—Soy el propietario —dijo Aukrust—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Weisbord sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Por favor, no fume aquí —le pidió Aukrust, y señaló un macetero lleno de arena que había junto a la puerta. Levantó el cuadro que había dejado el artista que acababa de marcharse—. A veces, los óleos no están completamente fijados al lienzo. ¿Ve? El humo se pega a los colores claros.

Weisbord miró al enorme hombre con escepticismo, dio una profunda calada al cigarrillo y lo apagó. Tosió, ligeramente al principio y después en un sonoro estallido continuo e irritante.

Aukrust esperó a que se le pasara la tos.

—¿En qué puedo ayudarlo? —le preguntó de nuevo.

—Soy Frédéric Weisbord, socio y asesor legal del difunto Gaston DeVilleurs…

—La señora DeVilleurs mencionó su nombre —lo interrumpió Aukrust.

—Estuviste en su casa la semana pasada, durante la visita de Bilodeau, del Granet de Aix. Yo acudí para explicar y hacer cumplir los términos de la voluntad de su esposo y…

—Estoy muy ocupado, señor Weisbord —lo cortó—. ¿Qué es exactamente lo que quiere?

—Dime dónde ha escondido el autorretrato de Cézanne —exigió Weisbord con una voz firme y clara sacada milagrosamente del miasma de su alquitranada garganta.

Aukrust levantó sus enormes manos.

—¿Un cézanne en mi tienda? Me halaga, señor Weisbord.

—Ahí, tras esa puerta.

Weisbord dio algunos pasos.

Aukrust se movió con mayor rapidez y se detuvo ante la puerta.

—Ahí no hay nada, solo es mi taller.

—Quiero verlo —dijo Weisbord obstinadamente.

—Esta es mi tienda, ¿es que lo ha olvidado? —le preguntó Aukrust con un toque de irritación en la voz—. Si está buscando un cézanne, vaya a París. Hay veinticuatro en el Louvre.

—El jueves pasado… —balbuceó Weisbord—. Usted… ¡Usted se llevó ese cuadro! —Volvió el doloroso sonido sibilante y comenzó a escupir en su pañuelo—. ¡No lo niegue!

El silbido se convirtió en un sonido ronco y gutural y después, por un momento, no hizo ningún sonido en absoluto por la sencilla razón de que no había aire en sus pulmones con el que hacerlo.

Jadeó, intentando respirar desesperadamente, con el rostro blanco como el hueso. Aukrust lo miró, fascinado por el hecho de estar siendo testigo de aquel horrible proceso de asfixia. De repente, Weisbord se agitó violentamente y el aire fluyó mágicamente en su interior. Se dejó caer en una silla mientras su pecho se elevaba y caía violentamente.

—Un vaso de agua, por favor —dijo con un hilo de voz casi inaudible.

Aukrust lo miró atentamente.

—Aquí no hay agua.

—¡Debe haber agua en esa habitación! —exclamó Weisbord—. No me moveré de aquí.

Aukrust dudó un instante, pero abrió la puerta de la habitación trasera, entró y cerró a su espalda. Regresó con un vaso de agua que el abogado se bebió.

—Cuando era joven sufrí tuberculosis y de vez en cuando tengo estos ataques. Son un fastidio, nada más.

Se levantó y, como si no se hubiera producido ninguna interrupción, dijo con voz totalmente restaurada:

—Estoy aquí para recuperar el cuadro de la señora DeVilleurs. Si se niega a entregármelo, tomaré otras medidas. Escúcheme atentamente, Aukrust; la fuerza de la ley está de mi parte y, si debo hacerlo, la usaré.

Aukrust ignoró la amenaza, tomó a Weisbord del brazo y lo condujo hasta la puerta.

—Fumar es muy peligroso —dijo, fingiendo preocupación. Giró el pomo—. Pero, si me amenaza, descubrirá que está coqueteando con algo mucho más peligroso que los cigarrillos. E incluso más mortífero.

Aukrust empujó suavemente al abogado para que saliera, cerró la puerta y bajó la persiana. El letrero de «Fermé» se balanceó lentamente, como un péndulo.

23

M. K. Malinkousky
Miembro del Presídium
Academia Rusa de Arte
Kropotkinskaya ul. 21
119034 Moscú

Estimado señor Malinkousky:

Aleksei Druzhinin, de la Universidad de Moscú, me sugirió que le escribiera y le envía sus mejores deseos. El profesor Druzhinin fue mi profesor favorito de la universidad, y está muy preocupado por la pérdida de nuestro autorretrato de Cézanne. Cree que usted conoce el modo de hacer llegar la información de esta carta a las manos de las personas que encontrarán a los culpables.

Tras el incidente, pedí a la policía de San Petersburgo que asumiera un papel más activo en la investigación, pero han mostrado poco interés. Me interrogaron brevemente, aunque solo pude repetir cómo había descubierto la pintura la mañana tras su destrucción. También interrogaron a dos guardias del museo, pero habían sido asignados al auditorio el día anterior y no estuvieron cerca de la galería 318, el lugar donde estaba expuesto el cézanne. No hubo más preguntas y no comprendo tal indiferencia. Quizá se debe a que hay tantas obras de arte en el Ermitage que la policía cree que la pérdida de un cézanne no es más que una gota en el amplio lago formado por tantas pinturas.

He hecho algunas preguntas por mi cuenta y he hablado con todos los empleados que podrían recordar a cualquier persona o grupo que hubiera actuado de un modo inusual. Una persona, un supervisor de planta que lleva muchos años trabajando en el museo, recuerda haber hablado brevemente con un hombre que parecía

padecer una enfermedad pulmonar, pues los tubos que llevaba en la nariz estaban unidos a una bombona de oxígeno que tenía colgada del hombro. El hombre caminaba encorvado y había estado en las galerías cercanas a la 318 y, con seguridad, también en la 318. Cuando pregunté a este supervisor si el hombre había actuado de un modo extraño, me dijo que no lo pensó en su momento, pero que ahora recordaba que no era viejo y que tenía una voz fuerte, no la voz de un anciano.

Ilena Petrov

Había dos páginas más de especulaciones de aficionado que Oxby había leído varias veces, pero en su lectura final se detuvo después de llegar a la descripción del visitante con la bombona de oxígeno. ¿De verdad tenía un enfisema? ¿Padecía alguna enfermedad respiratoria auténtica? Oxby había conseguido una copia de la carta a través del investigador Sam Turner, de la división policial de la Interpol, que a su vez la había recibido de la sede en Moscú de la Oficina Central Nacional de Rusia, que había recibido la carta del agente Yuri Murashkin, de la Dirección Nacional de Inteligencia rusa, que a su vez había obtenido la carta a través de M. K. Malinkousky, de la Academia de Arte rusa.

Oxby envió un fax a Sam Turner:

Sam: En respuesta a la carta de Ilena Petrov: ¿Podrías concertar un interrogatorio con el supervisor que vio y habló con el hombre que llevaba la bombona de oxígeno? Tengo curiosidad por saber en qué idioma hablaba, qué edad tenía y si recuerda alguna otra característica física; dónde estaba el hombre exactamente cuando lo vio por primera vez, y dónde la última. Lleva a cabo un interrogatorio tan completo como puedas teniendo en cuenta las circunstancias. Sé que este tipo de cosas se te dan bien.

J. Oxby

24

Margueritte DeVilleurs condujo a Peder Aukrust por carreteras secundarias hasta Chateau du Domaine Saint Martin, un pequeño hotel de lujo a doce kilómetros de Niza oculto entre las colinas sobre Vence. Almorzaron junto a la piscina, donde el sol era cálido y las brisas de octubre que venían de las montañas de Cheiron, en el norte, refrescaban el aire. Margueritte parecía feliz mientras describía la airada frustración de Frédéric Weisbord tras la desaparición del cuadro.

—Parecía un niño buscando su juguete favorito y, cuando no pudo encontrarlo, se quedó totalmente destrozado. Menudo idiota. —Su sonrisa se desvaneció y negó con la cabeza—. Sus pulmones son muy débiles, está matándose. Pero yo no voy a sentirme culpable. Ni siquiera me dará pena.

—Me hizo una visita —dijo Aukrust despreocupadamente.

—¿A tu tienda? —Había sorpresa en su voz—. ¿Sabe que tienes el cuadro?

—Lo sospecha. Me amenazó con llamar a la policía.

—¿Qué le dijiste?

—Que si está buscando un cézanne debería ir a París.

—Freddy no va a dejarlo así como así. Tiene contactos políticos y no se corta con los sobornos cuando necesita ayuda.

Aukrust asintió.

—¿Qué has hecho con el testamento? —le preguntó a continuación.

La mujer negó con la cabeza tristemente.

—Freddy ha estado haciendo cambios en la voluntad de Gaston los dos últimos años. Ahora me doy cuenta. De vez en cuando me daba algún documento para que lo firmara… He firmado docenas de cosas en el transcurso de los años. Pero no sabía que había aceptado someter las obras a subasta y dejar el dinero en un fideicomiso. Y desde luego no sabía que Freddy obtendría una comisión de cada venta.

—No tendrá nada que decir sobre el retrato porque jamás volverá a tocarlo —le dijo Aukrust.

Margueritte negó con la cabeza.

—No te dejes engañar por su mala salud.

Pasaron la tarde como si fueran viejos amigos. Margueritte mimaba al enorme noruego con su bondadosa calidez.

—Hoy has hecho feliz a esta anciana —le dijo cuando el día terminó.

Él la miró con curiosidad.

—¿Por qué eres tan amable conmigo?

Margueritte parecía sorprendida.

—Qué pregunta tan tonta, Peder. Porque te aprecio.

—Dices eso porque quieres que haga algo por ti, un favor… ¿Cómo podrías apreciarme, si no me conoces?

—No, Peder. Lo digo en serio. Es posible que, si te conociera mejor, no me cayeras tan bien, pero espero que eso nunca llegue a ocurrir.

Le había hablado directamente, pero él le había dado la espalda y miraba, turbado, el cielo del crepúsculo.

La mujer le puso la mano en el brazo.

—Insisto, Peder. Por favor, ten cuidado.

Cuando Aukrust regresó a la rue Faure eran más de las once. Pasó ante su tienda, paró el motor del coche, apagó las luces y esperó a que un solitario viandante pasara junto a su coche y desapareciera en las sombras. La calle estaba a oscuras; solo estaban encendidas las luces nocturnas de los escaparates y una solitaria farola a casi cuarenta y cinco metros de distancia. Caminó lentamente hacia su tienda, se detuvo para mirar el escaparate de una librería y después continuó hasta la puerta y la abrió. Entró y buscó en la pared el panel de interruptores. En el instante en el que sus dedos rozaron la llave de la luz, un puño aterrizó en su estómago y otro cayó sólidamente sobre su mejilla. Intentó devolver el golpe y lo hizo de refilón; entonces un objeto duro le golpeó el hombro y también le rasguñó la sien y le desgarró la oreja.

El dolor era intenso. Se tambaleó hacia atrás para separarse un par de valiosos metros de la emboscada. Estaba seguro de que eran dos hombres, sin duda armados, pero no tenía ni idea de con qué. Su única ventaja era conocer el trazado de su tienda: la ubicación de los mostradores, puertas e interruptores. A su derecha, en la oscuridad, escuchó una respiración entrecortada y después una voz que habló en un francés coloquial que no comprendió. Otra voz contestó y escuchó un arrastrar de pies. Siguió el mostrador hasta que estuvo delante de la puerta cerrada que conducía a la parte de atrás de su tienda. A través de los tres pequeños paneles de cristal con forma de rombo de la puerta entraba algo de luz. Podía distinguir débilmente dos figuras.

Aukrust abrió un cajón bajo el mostrador y sacó dos bobinas de

alambre. Tiró una de las bobinas al suelo y, tan pronto como golpeó la pared, tiró la otra.

—¿Qué es eso? —preguntó una voz.

—¡La linterna! ¡Enciéndela! —contestó el otro.

En ese breve momento de confusión, Aukrust se lanzó contra la figura más cercana y golpeó furiosamente su pequeño cuerpo. Agarró un puñado de pelo con la mano derecha y usó la izquierda para golpear con fuerza una boca, rompiendo dientes y provocando que la sangre manara de los labios rotos.

—*Arrête! Arrête!* —gritó una voz asustada.

Aukrust respondió con una bofetada con el revés de la mano, pero en aquel momento recibió un golpe bajo en la espalda con lo que fuera que le había golpeado el hombro medio minuto antes. Al apartarse cogió lo que resultó ser una tubería de un metro. La agarró con fuerza entre ambas manos y después tiró y la giró, haciendo que su atacante perdiera el equilibrio. Lo atrapó por la camisa y comenzó a golpearle la cabeza y el pecho. A Aukrust le sangraba el hombro, la sien y la oreja, y el dolor que sentía se convirtió en su licencia para infligir dolor. Uno de los atacantes salió corriendo hacia la puerta y desapareció antes de que Aukrust pudiera reaccionar.

Cerró la puerta por dentro y encendió la luz. El asaltante que quedaba estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en un expositor y los brazos, como los de un muñeco, desplomados en sus costados. Había tanto miedo como furia en el rostro que miraba fijamente a Aukrust. El noruego le devolvió la mirada y examinó al veinteañero de cabello negro y mate y desaliñado bigote que no conseguía hacerlo aparentar mayor. La sangre caía de la comisura de su boca.

—¿Quién te ha enviado?

La mirada del joven se endureció. No respondió.

—¿Weisbord? ¿Ha sido Weisbord?

Atisbó un trozo de papel en el bolsillo de la camisa del chico y lo cogió antes de que su mano sin fuerzas pudiera evitarlo.

En la parte superior de la breve nota estaba impreso el nombre «André» seguido por la dirección de la tienda de Aukrust. Debajo había un número de teléfono. Aukrust se acercó al teléfono que tenía tras el mostrador y marcó el número. Era tarde, no responderían a su llamada inmediatamente. Contó los tonos: seis, siete… A continuación oyó una voz de mujer.

—*Allo? Allo, oui?*

—¿El señor Weisbord? —preguntó Aukrust en un susurro.

—¿Quién llama? —preguntó la voz con cautela.

—Dígale… —Aukrust hizo una pausa—. Dígale que es el doctor Turgot.

—Está dormido y yo…

Aukrust colgó.

Volvió hasta el joven, que estaba usando su camisa para secarse la sangre de la cara. Aukrust sacudió el papel.

—¿Tú eres André?¿O es el cobarde de tu amigo, el que ha salido corriendo?

El joven escupió a Aukrust, un débil rocío de sangre y saliva que cayó sobre el suelo.

—Ponte en pie —le ordenó.

André, si ese era de hecho su nombre, miró inexpresivamente a Aukrust.

Gruñó la orden de nuevo.

—De pie he dicho.

—Vete a la mierda —murmuró André.

Aukrust apuntó una violenta patada al hombro de André y, mientras lo hacía, el joven giró, rodó y se puso en cuclillas. En la mano derecha llevaba un cuchillo de doble filo de quince centímetros. Aukrust se detuvo un instante, evaluando aquel inesperado giro. Dio un paso hacia la tubería que estaba entre los dos pero más cerca de los pies de André. El intruso sabía cómo manejar un cuchillo y, con la agilidad de un esgrimista, avanzó hacia su derecha y golpeó el brazo de Aukrust con el arma. La hoja cortó su camisa y después su brazo. Ocurrió tan rápidamente que Aukrust pensó que el cuchillo había fallado; después notó un escozor donde la afilada hoja había cortado su piel.

—¡Maldito seas! —rugió Aukrust, y se abalanzó sobre André. El joven intentó apartarse pero fue demasiado tarde, ya que una de las poderosas manos de Aukrust lo golpeó en el pecho y lo hizo girar. Aukrust agarró la muñeca de la mano que sostenía el cuchillo y la retorció hasta que se escuchó un crujido. André gritó, presa de un horrible dolor.

—¡Te romperé la otra mano y ambos pies, bastardo!

Aukrust le golpeó la sien. André gimió y cayó al suelo, donde se retorció por el dolor que el hombre le había infligido tan diestramente.

—Sería un placer continuar —dijo Aukrust—, pero tengo otra cosa pensada para ti.

Cogió el cuchillo, lo cerró y se lo guardó en el bolsillo. A continuación abrió la puerta de su taller y laboratorio, donde limpió

y vendó el corte de su brazo y aplicó un bálsamo en las abrasiones de la parte posterior de su cabeza y en el doloroso corte de su oreja.

—Enviarte aquí ha sido una tontería por parte de Weisbord. ¿Cuánto te ha pagado?

El joven matón se apretaba la mano con el dedo roto en un inútil intento de detener el agudo dolor que le atravesaba el brazo hasta el hombro. El desafío de André dio paso a un temeroso respeto.

—Mi dedo —dijo lastimeramente—. ¿Puede ayudarme?

—Te romperé otro —le dijo Aukrust, como si pretendiera hacer justo eso—. Responde a mi pregunta, André. ¿Cuánto te pagó Weisbord?

—Yo no soy André, soy Pioli.

Comenzó a llorar incontrolablemente.

Aukrust se agachó y examinó cuidadosamente el brazo y la mano de Pioli. El hueso de la falange del dedo corazón se había roto limpiamente y había atravesado la piel. Aukrust lo miró con cierta fascinación y sostuvo la temblorosa mano de Pioli con lo que parecía una verdadera preocupación.

—Dime cuánto te ha pagado Weisbord.

El joven se tragó las lágrimas, pero no dijo nada.

Aukrust aplicó más fuerza y, con no más esfuerzo del que ejercería para eliminar un trozo de pelusa de su jersey, movió un dedo contra el hueso expuesto. El dolor fue enloquecedor y, mientras Pioli intentaba liberarse, la mano de Aukrust se tensó alrededor de su brazo como unas tenazas gigantes.

—¡Dímelo!

—Mil francos —jadeó Pioli.

—¿Para cada uno?

—Entre los dos.

Aukrust soltó la mano.

—¿Te arriesgas a que te arresten y pones en peligro tu vida por quinientos francos? Eres muy estúpido, Pioli, o estás muy desesperado.

Pioli señaló las vendas que Aukrust había puesto sobre el mostrador y levantó la mano.

—Incorpórate —le ordenó Aukrust.

Tuvo problemas para ponerse en pie. Se apoyó contra el expositor y miró al extranjero.

—Por favor…

Aukrust lo miró amenazadoramente y asintió en dirección a la puerta.

—¡Fuera!

Pioli llegó a la puerta y entonces se giró.

—Sé algo que quizá le interese.

—Dímelo, y rápido.

Pioli levantó la mano de nuevo.

—¿Me ayudará?

Aukrust miró fijamente a Pioli, que ahora parecía muy joven y vulnerable.

—Lo haré si lo que me cuentas es importante.

Pioli se acercó a él.

—Cuando vuelva a su casa esta noche habrá alguien esperándolo. Le llaman LeToque, y hace cualquier cosa cuando le pagan lo suficiente. Incluso matar.

25

Aukrust sabía exactamente dónde insertar la aguja. Inyectó treinta miligramos de cloroprocaína y, cuando el dolor de Pioli remitió, esterilizó la herida y estiró el dedo con destreza para recolocar los huesos en su posición original. A continuación entablilló el dedo roto junto al dedo contiguo. Entregó a Pioli una botella de peróxido y una toalla para que se frotara los cortes en los que la sangre estaba empezando a formar una costra oscura. Cuando su condición fue más razonable y menos dolorosa, se dirigió a Aukrust con respeto.

—*Merci.*

—No quiero que me des las gracias —le dijo Aukrust—, sino que te quedes conmigo hasta que descubramos qué clase de sorpresa ha planeado LeToque.

Ordenó a Pioli que se quedara en el suelo mientras hacía un inventario de su bolsa de médico; sacó algunas cosas y añadió otras de su farmacia. Uno de los artículos que sacó era un aerosol de tres centímetros de diámetro que le cabía en la palma de la mano. Después de probarlo, volvió a poner el tapón y se lo guardó en el bolsillo de la camisa. También llenó dos pequeños botes de plástico con un fluido lechoso y los guardó en los bolsillos de su jersey. Entregó la bolsa a Pioli, cerró la puerta de su taller y la puerta delantera de la tienda. Cuando el monovolumen se alejó de la acera y se dirigió al apartamento periférico que Aukrust había alquilado en Vallauris, un barrio residencial al este de Cannes, ya pasaban quince minutos de la medianoche. Vallauris era una comunidad normal donde pasaba desapercibido y donde las preguntas de los vecinos se limitaban al tiempo y a los últimos resultados de futbol. Se había instalado en un viejo edificio que un siglo antes había sido un colegio, más tarde una fábrica de cerámica y que después, en su metamorfosis final, había sido derruido y reconvertido en apartamentos baratos.

Al parecer, Weisbord se había tomado muchas molestias para encontrarlo o, como Margueritte había predicho, el viejo abogado había pedido un par de favores que le debía la policía local. Aukrust se arrepentía de haber firmado el contrato de alquiler a su nombre

en lugar de con el apellido Metzger, que tan bien le había servido.

Los edificios de la calle eran una mezcla de casas pequeñas, fábricas y una vieja estructura en el proceso de ser convertida en aún más apartamentos. Caminaron cerca de esos edificios para evitar el pequeño charco de luz creado por la única farola y los focos ocasionales que iluminaban las puertas de las vallas metálicas que rodeaban las fábricas. Los residentes aparcaban sus Peugeot y Toyota en la calle o en el único y pequeño aparcamiento, que colindaba con un almacén. Inspeccionó cada coche, buscando uno que no perteneciera al vecindario. Entonces vio un Porsche 911 plateado.

Aukrust señaló el coche y susurró a Pioli:

—¿Ese es el coche de LeToque?

Al parecer el anestésico estaba disipándose, porque Pioli estaba concentrado en su dolorida mano. Asintió.

—Eso creo.

—No quiero una opinión. ¿Es ese el coche de LeToque?

Pioli lo examinó atentamente y dijo que lo era.

—Comprueba si hay alguien dentro, pero hazlo con cuidado.

Pioli cruzó la calle y avanzó hasta la parte posterior del Porsche. Cuando desapareció en la oscuridad, un angustiante pensamiento reptó por la mente de Aukrust: el pequeño bastardo se había largado para advertir a LeToque. Segundos después le llegó desde atrás la voz de Pioli.

—Está claro que ese es su coche; su novia está al volante, escuchando la radio.

Le aliviaba que Pioli hubiera vuelto, pero la novia de LeToque era un problema porque ella tenía una vista clara de la entrada del apartamento. Volvió a su coche y sacó una caja plana de su maletín médico. Mientras daba instrucciones a Pioli, sacó una aguja hipodérmica de la caja, clavó la aguja en un vial y llenó la jeringa; a continuación levantó el instrumento y sacó un par de gotas de su punta. Se acercaron al bajo automóvil desde atrás. Cuando Aukrust hizo la señal, Pioli golpeó la ventana trasera ligeramente con una moneda y Aukrust golpeó con fuerza la ventanilla del conductor.

—Policía —dijo con firmeza.

La ventanilla se abrió varios centímetros.

—¿Qué he hecho? —preguntó una aguda voz teñida de preocupación.

—Identifíquese —exigió Aukrust.

—Estoy esperando a un amigo. ¿Eso es ilegal?

—Salga del coche —dijo con brusquedad.

Después de un par de segundos, la puerta del coche se abrió lentamente y unas largas y delgadas piernas enfundadas en medias negras salieron de él, seguidas por el resto de una chica que debía tener unos veinte años, alta y con ojos grandes rodeados por demasiado maquillaje azul y púrpura.

Aukrust le cogió el brazo desnudo e insertó hábilmente la aguja en el músculo cerca de su hombro. La chica abrió los ojos un instante y miró impotente cómo le sacaba la aguja. Su boca se abrió como si fuera a hablar, pero entonces se derrumbó. Aukrust la cogió y la metió en el coche, le puso el cinturón de seguridad y apagó la radio. Todo ocurrió en menos de un minuto.

Pioli miró a la chica y después a Aukrust y dijo, con miedo en la voz:

—¿Está muerta?

Aukrust negó con la cabeza.

—Se le ha pasado la hora de irse a la cama y se ha quedado dormida.

En el edificio donde vivía Aukrust había seis apartamentos pequeños, dos en cada planta, sin ascensor y con una única entrada delantera; había escaleras de incendios suspendidas junto a una ventana de cada apartamento en la parte de atrás. El apartamento de Aukrust estaba en la primer planta, a la izquierda al entrar, y consistía en un dormitorio, una combinación de sala de estar y cocina, y un baño. Varios pasos lo condujeron a un pequeño porche de cemento y a la entrada delantera, que era una puerta de acero pintada de marrón para parecer madera. En el interior había un largo y estrecho vestíbulo con escaleras que conducían a los pisos superiores. Las puertas de los apartamentos de la primera planta estaban nada más entrar, y bajo la escalera había otra puerta que daba a una diminuta habitación del apartamento de Aukrust que en el pasado había sido una cocina pero que ahora servía como armario. Había pensado que la puerta que conectaba el armario con el vestíbulo podría serle necesaria algún día para abandonar el apartamento, pero nunca había pensado en ella como un modo por el que entrar.

Se quitaron los zapatos. Aukrust abrió silenciosamente la puerta delantera y condujo a Pioli hasta el estrecho hueco bajo las escaleras, al fondo del vestíbulo. Aukrust deseaba que la beligerante pareja que vivía en el apartamento de arriba volviera a casa en aquel momento, que discutiera, como siempre después de haber estado bebiendo, y provocara una distracción perfecta. En voz baja, Aukrust le dijo a Pioli lentamente lo que quería que hiciera, repitió

las instrucciones y puso quinientos francos en la mano buena del chico.

—Haz exactamente lo que te he dicho —susurró— y cuando hayas terminado ve inmediatamente a la estación de autobuses y vuelve a Niza. Llámame a la tienda la semana que viene. —Puso una mano sobre las magulladuras del cuello de Pioli, no para mostrar compasión sino para expresar un mensaje claro—. Y no le cuentes a nadie lo de esta noche. A nadie.

Pioli se acercó a la puerta delantera y entró sin hacer más ruido que el aleteo de un gorrión. Se puso los zapatos y comenzó a tararear una canción sin melodía, como si estuviera volviendo a casa de una larga y líquida noche con amigos. Regresó a la puerta delantera, la golpeó mientras la abría y, cuando entró, cerró la puerta con firmeza y, para asegurarse de que estaba bien cerrada, la abrió y la cerró de nuevo. Subió las escaleras, aun cantando y pisando con fuerza las láminas de madera hasta que llegó a la planta de arriba, donde se quitó los zapatos y, con el mismo silencio que antes, bajó las escaleras y salió a la noche.

Mientras Pioli hacía su representación, Aukrust se abrió camino hasta el armario y de ahí al dormitorio. Cuando los escandalosos cantos de Pioli remitieron, se detuvo en la puerta que conectaba el dormitorio con la habitación delantera donde imaginaba que LeToque estaría esperando. A tres metros frente a él estaba la cama y la mesita de noche sobre la que había una lámpara, un teléfono y un reloj despertador con luminosos números verdes. Levantó el auricular del teléfono y lo dejó sobre la mesita. En la oscuridad podía oírse el zumbido constante del tono telefónico; en un minuto, posiblemente menos, la señal cambiaría a otra que anunciaría que el teléfono no había sido bien colgado. Se sacó el aerosol del bolsillo y le quitó el tapón.

La señal del teléfono comenzó a sonar con fuerza, un pitido molesto con el tono agudo perfecto para camuflar su entrada en la siguiente habitación.

—¿Qué es eso? —preguntó una voz en un susurro ronco.

Aukrust se colocó justo detrás de la puerta; la débil luz de una farola lejana encontró su camino a través de la ventana. La única otra luz de la habitación era la de los números verdes que decían que era la una y cuatro minutos.

El rítmico sonido del teléfono se hizo más estridente.

—*Merde!* —exclamó LeToque. Estaba ya en la entrada.

Aukrust suponía que, si LeToque había usado el teléfono y lo identificaba como la fuente del sonido, se culparía a sí mismo por

no haberlo colgado correctamente. Sin embargo, era más probable que no lo hubiera hecho y que se preguntara cómo se habían separado ambas partes del teléfono.

Solo tenía la inadecuada descripción de LeToque que Pioli le había hecho (delgado, duro y no muy alto), así que Aukrust no podía evaluar a su adversario. Era evidente que estaría armado pero ¿cómo? Weisbord le había enviado a los jóvenes matones para darle una paliza y a LeToque para registrar su apartamento en busca del retrato y quizá, si no lo encontraba, para entregarle un mensaje más contundente.

LeToque entró cautelosamente en el dormitorio.

—¡Puto teléfono! —murmuró, y buscó la fuente del sonido entre maldiciones. Cuando localizó el auricular lo colocó de un golpe en la base.

—¿Quién ha sido? —preguntó LeToque—. ¿Quién?

Aukrust sabía que LeToque estaba junto a la cama, a un metro aproximadamente de los números verdes del reloj. Apuntó el morro del aerosol a ese punto y, para asegurarse de que LeToque lo miraba, hizo un ruidito con las uñas, como si se tratara de un animal pequeño. Entonces presionó el pulgar contra el taponcito metálico y liberó un silbido de aire y un extenso rocío que envolvió a LeToque en una niebla amarilla que hizo que los ojos le ardieran con el dolor del fuego. LeToque levantó el arma y disparó dos balas antes de dejar caer el brazo y comenzar a frotarse frenéticamente los ojos. Una de las balas rasgó la parte superior del hombro izquierdo de Aukrust, que se lanzó al suelo antes de que otra atinara en un punto más vulnerable. Un silenciador había amortiguado los disparos, cuyo sonido había sido como el de una palmada.

La ardiente niebla se filtró en la boca y en la nariz de Le Toque y su agonía se incrementó mientras golpeaba la cama y daba vueltas sobre el suelo, agarrándose la garganta y pidiendo agua a gritos. Se puso de rodillas y se retorció, gimiendo mientras el fuego llegaba hasta su pecho. Aukrust encendió la luz y examinó su propia herida antes de terminar de poner a LeToque bajo su control. La bala había rozado su clavícula, a quince centímetros del centro de su garganta; la herida era más dolorosa que grave.

Aukrust puso a LeToque en pie y lo lanzó sobre la cama.

—¡Cállate! —le ordenó. Cuando LeToque intentó zafarse, Aukrust volvió a lanzarlo sobre la cama. Los poderosos ácidos llegaron al estómago del intruso y le provocaron náuseas. Vomitó. Tenía el cuerpo tenso y respiraba en breves y dolorosas ráfagas.

—Agua —suplicó en un susurro apenas audible.

Aukrust sacó un pequeño bote de plástico de su bolsillo y empapó el extremo de una toalla que cogió del baño. Limpió el rostro de LeToque con ella y estrujó algunas gotas en sus ojos.

Ansioso, LeToque le quitó la botella de las manos y se bebió el contenido.

—Te sorprenderá saber que te he rociado con una mezcla de aceites extraídos de plantas y vegetales. Algunos muy raros, por supuesto, pero otros que conoces, como la mostaza. También piperina, una de las exóticas plantas de la pimienta.

Aukrust hablaba sin pasión, con el tono de un científico complacido por el resultado de un experimento exitoso. Encontró la pistola bajo la cama, un revolver de pequeño calibre que podía haber hecho un daño muy feo a poca distancia. Lo descargó y lo guardó en el cajón de su mesita de noche. Entonces entró en el baño para limpiar y vendar su propia herida. Cuando volvió, LeToque estaba aún tumbado sobre la cama, gimiendo febrilmente y maldiciendo con saña.

—Yo fui muy descuidado —le dijo Aukrust—, pero tú fuiste un estúpido.

LeToque intentó contestar, pero no consiguió emitir más que un incoherente resuello ya que su garganta estaba casi paralizada. El sonido le recordó a Frédéric Weisbord tras el grave ataque de tos.

—El antídoto te limpiará los pulmones y el estómago —le dijo, y dejó la botella que contenía el reconfortante fluido lechoso en la cama junto a LeToque.

Aukrust se puso la camisa. El reloj marcaba entonces la una y veinte. Habían pasado solo treinta minutos desde que había puesto a la novia de LeToque a dormir. Debía estar ya despierta, aunque atontada. LeToque y ella no formaban una pareja demasiado intimidante pero, ayudándose el uno al otro, conseguirían alejarse en el Porsche plateado.

26

—Menos mal que la colección Paley terminó en el museo de Arte Moderno —dijo Curt Berrien tras servirse un generoso trago de Wild Turkey en un vaso antiguo del tamaño de un cubo—. De no haber sido así, estaríamos manteniendo un retrato de Paul Cézanne a un coste de casi diez mil dólares por semana.

Eran casi las cinco y media. La última luz de la tarde era naranja y cálida y caía en ángulo a través de las ventanas del despacho de la tercera planta de Llewellyn para derramarse sobre una gruesa alfombra persa roja y dorada. Cuando el sol se movió, Clyde se desenroscó, se desperezó y se movió con él.

—He hablado con mi viejo amigo Chauncey Eaton, del Bellas Artes de Boston —dijo Llewellyn—. El pobre necesita que lo consuelen. Es como si hubiera perdido a su propio hermano.

—Chauncey es un sentimental, pero estoy de acuerdo —asintió Berrien—. La gente suele pensar que ese tipo de cosas solo les ocurre a los demás. Pero ¿adivinas qué? ¡Antes o después tú terminas siendo los demás! —Agitó un dedo en dirección del autorretrato—. Lew, no puedes proteger esa obra con un perro, Fraser y el maldito sistema de alarma que hayas instalado. Esos locos hijos de puta que están destruyendo los retratos son demasiado listos y alguien, tú, por ejemplo, podría resultar gravemente herido.

Fraser llamó a la puerta, la abrió e hizo pasar a Alexander Tobias a la habitación. Dejó un cubo de hielo nuevo en el bar y desapareció. Berrien saludó a Tobias.

—Me alegro de verte, Alex. Te presento a Edwin Llewellyn, viejo amigo y asesor del Metropolitano. También es un hombre que sirve un bourbon decente y es dueño de esa pintura que estás mirando. —Berrien se dirigió a Llewellyn—. Lew, este es el agente Alex Tobias, de la división de delitos del Departamento de Policía de Nueva York.

Se estrecharon la mano.

—Gracias por unirse a nosotros, señor Tobias. ¿O debo llamarlo agente Tobias?

—Alex —respondió simplemente, con una sonrisa agradable.

—A Curt le pareció buena idea que viera mi casa y la famosa pintura. De hecho, estaba echándome un sermón sobre mi descuido y prediciendo que, en cuestión de unos días, el cuadro será destruido y Fraser, Clyde y yo acabaremos en la sala de urgencias del hospital Saint Luke.

Si Llewellyn esperaba que Tobias agradeciera su pequeña broma, debió sentirse decepcionado.

—Las salas de urgencias son lugares muy desagradables. —Tobias tenía un auténtico acento de Nueva York: Manhattan con matices del Bronx. Parecía sentirse atraído por el retrato y, cuando se detuvo ante él, sacó una pequeña lupa del bolsillo de su abrigo—. ¿Le importa?

—Por favor —dijo Llewellyn.

Tobias inspeccionó cuidadosamente la pintura.

—Es uno de los últimos retratos que hizo de sí mismo, al menos eso parece. ¿Lo ha fotografiado en blanco y negro?

—Me avergüenza decir que he estado postergándolo —contestó Llewellyn—. Tengo la intención de traer a un fotógrafo del museo.

—Descubrirá una docena de nuevos detalles que no destacan a simple vista.

Llewellyn miró a Berrien, que le guiñó el ojo y asintió.

—¿Es usted aficionado a Cézanne? —le preguntó Llewellyn.

La respuesta no llegó inmediatamente.

—En cierto modo, supongo, pero intento separar lo que Cézanne pintó de lo que significaron sus obras para los artistas que llegaron después. Me gusta el modo en el que trataba los retratos. Y sus paisajes, especialmente las escenas rurales. Pero no todas esas vistas de Sainte-Victoire.

—Habla como un experto, no como un simple aficionado. —El elogio de Llewellyn llegó acompañado de una sonrisa aprobatoria —. ¿Una copa, Alex?

—Escocés con un poco de soda, por favor.

Llewellyn acababa de terminar de servir la copa cuando Astrid entró en el despacho.

—Qué maravillosa sorpresa, querida; no esperaba verte hoy —le dijo.

—¿Interrumpo algo?

—Para nada; acércate a conocer a mis amigos.

Iba perfectamente vestida, como siempre, esta vez con un Adolfo que había costado un montón de dinero a alguien. Por un momento se preguntó quién sería. Condujo a sus invitados hasta las ventanas, donde se acomodaron en enormes butacas acolchadas.

—Alex, ¿qué opina usted de todo este horror de los retratos?

—Que me gustaría retorcer el cuello del hijo de puta que está haciendo esto. —Asintió en dirección a Astrid a modo de expiación y se pasó los dedos a través del espeso cabello—. Tenemos a un psiquiatra y a un psicólogo conductual en plantilla y por primera vez, que yo recuerde, están de acuerdo. Creen que es la obra de un hombre bien educado, soltero, de cuarenta años y un auténtico psicópata.

—¿Zurdo? —le preguntó Berrien con cara seria.

Tobias sonrió.

—Lo descubrirán, deles tiempo. Desde el episodio de Boston hemos trabajado a toda marcha, reunido informes de Europa y llevado a cabo nuestros propios análisis químicos. Se especula que un hombre y una mujer trabajaron juntos para destruir el retrato de Boston, pero no tenemos mucho con lo que seguir, solo algunas descripciones contradictorias y un par de pistas que ya han sido enviadas a los laboratorios forenses de Boston.

—Eso no suena demasiado alentador —dijo Llewellyn.

—La gente está preocupada, pero lo cierto es que las bellas artes son una preocupación elitista y, mientras nadie salga herido, el público prefiere que la policía se concentre en violaciones, drogas y homicidios. Es distinto en Europa. El caso es que un viejo amigo de Scotland Yard me ha pedido que le pregunte si estaría dispuesto a echar una mano en su investigación.

—¿Qué puedo hacer yo por ellos?

—No tengo todos los detalles, pero Jack Oxby, de Scotland Yard, quiere saber si podría visitarlo en Londres la semana que viene. Sabe que es un poco precipitado, pero quería haber venido él a Nueva York y no ha podido. En cierto sentido, yo soy su sustituto. ¿Sería posible que se reuniera con él?

Llewellyn se rió con cordialidad.

—No había planeado viajar a Londres tan pronto. ¿No puede contarme más?

—Solo que Jack ha oído hablar de usted y de su retrato. En cuanto a lo que tiene en mente, no lo sé. Nada peligroso, pero podría ser una experiencia diferente para usted. Incluso un poco excitante, si lo ha planeado él.

—Hasta ahora no he hecho nada. —Se dirigió a Astrid—. Me dijiste que te gustaría ir de anticuarios, querida. ¿Qué te parece Londres, la semana que viene?

—Me parece perfecto.

—¿Cómo me pongo en contacto con Oxby?

Tobias entregó a Llewellyn un sobre.

—Está todo aquí, su número de teléfono y de fax. Por cierto, ¿se ha vendido algún cézanne en los últimos meses?

—Uno de sus paisajes saldrá a la venta en una subasta de Ginebra en diciembre —dijo Llewellyn—. Eso podría darnos alguna idea.

—¿Un cézanne? —le preguntó Berrien desde el bar—. ¿En Ginebra? ¿Estás seguro de eso?

—El anuncio preliminar ha llegado esta mañana —le contestó, e hizo un gesto con el dedo a Astrid—. Sé un cielo y ve a por ese folleto. Está sobre mi escritorio.

Astrid cogió un brillante folleto y se lo entregó a Berrien; desplegado era un póster a todo color del tamaño de una hoja de periódico.

—Me pregunto cómo ha conseguido Collyers un cézanne. Debe ser una obra de segunda.

—Para nada —dijo Llewellyn—. Es de la colección Ganay de París.

—¿Ha leído esto? —preguntó Berrien, agitando el folleto.

—Aún no.

—Será mejor que lo lea, porque podría salir otra obra a subasta.

Entregó el folleto a Llewellyn y señaló con el dedo la parte inferior de la página.

Llewellyn leyó en voz alta:

—Es posible que, además de *Granja de Normandía,* de Cézanne, también se ofrezca un autorretrato del artista. Si este fuera el caso, la información y documentación completa sobre la obra se incluiría en el catálogo que estará disponible antes de la subasta.

—¡Me cago en la hostia! —exclamó Berrien—. Se va a armar gorda en la reunión de seguridad.

Astrid se sentó en el brazo de la butaca de Llewellyn y le puso una mano en el hombro, que bajó lentamente hasta que sus dedos se entrelazaron con los del hombre.

—Si voláramos desde Londres, podríamos asistir. El sitio te gustaría.

Astrid le apretó la mano.

—¿Dónde es?

—Es un secreto —le dijo Llewellyn con una sonrisa—. Eso será una sorpresa.

27

LeToque aparcó su Porsche plateado detrás de la casa de Weisbord a última hora de la mañana y dijo a la chica de largas piernas sentada a su lado que entrara en el garaje «a ver si está ahí el coche del viejo bastardo». Unas gafas de sol verde metalizado cubrían su ojo derecho, hinchado, y el izquierdo, rodeado por una costra amarillenta. Piernas Largas lo informó de que no había ningún otro coche en el garaje y ambos caminaron hasta la parte delantera de la casa, donde LeToque llamó repetidamente con la aldaba metálica con forma de cabeza de león rugiente hasta que el ama de llaves de Weisbord abrió la puerta. LeToque la empujó al pasar y ordenó a su novia, a la que llamó Gaby, que lo siguiera.

Inspeccionó las habitaciones de la primera planta antes de entrar en la despensa a por una botella de vino y copas y hacer una última parada en el despacho de Frédéric Weisbord. En el pasado, la habitación había sido un solárium, un estudio y ahora, en su última transformación, el despacho de Weisbord. Tenía una hilera de vitrinas en una pared y estantes en la otra: junto a la ventana, con vistas al porche y a la parte trasera de la propiedad, había un escritorio con montones de cartas, documentos y gruesas carpetas atadas con lazos marrones. Entre el escritorio y la ventana había un aparador abarrotado y una colosal butaca demasiado grande para Weisbord. LeToque se sentó en ella y ordenó al ama de llaves y a Gaby que trajeran más hielo. Había en la habitación una extraña disciplina, como si Weisbord tuviera todos sus archivos y cartas al alcance de la mano, y también había un cargado olor a humedad acentuado por el humo del tabaco que se aferraba a las descoloridas cortinas y a la manchada alfombra.

En el suelo, detrás de la enorme butaca, había un cilindro de metal con válvulas en la parte superior y un tubo de plástico transparente con una pinza para la nariz en el extremo. La bombona de oxígeno, que medía un metro de altura, era nueva, a juzgar por su brillante pintura verde.

El ama de llaves dejó un cubo de hielo sobre el escritorio y se quedó atrás, mirando a LeToque con cautela. Parecía complacida, de un modo perverso, porque su rostro estuviera hinchado y del

color de una grave quemadura solar: caliente y dolorosa. LeToque envolvió hielo en una toalla y presionó la consoladora compresa contra su rostro. Se retorció en la enorme butaca, incapaz de encajar en ella mejor que su propietario.

—¿Cuándo volverá Weisbord a casa?

La mujer sacudió las manos.

—*Non lo so, ¿presto?*

—Habla en francés, zorra italiana. ¿A qué hora? —le gritó.

—Me llamo Idi —dijo la mujer, indignada—. No lo sé, porque él nunca dice cuándo volverá a casa a comer.

LeToque esperaría. Entregó la toalla fría a Gaby y le pidió que la estrujara y se la aplicara en la cara, sobre todo alrededor de los ojos, pero con mucho cuidado. Gaby se quejó de que estaba cansada porque no había podido dormir desde que el bastardo alto le inyectó aquella cosa.

—A ti te clavó una aguja y te dormiste; tuviste mucha suerte. Después de lo que me hizo, yo no podía respirar y ahora me gustaría arrancarme los ojos. Estoy desangrándome por dentro, ¡lo noto aquí! —Y se llevó una mano a la garganta.

Cuando el vino se acabó, LeToque le gritó a Idi que le llevara otra botella, pero la mujer no quiso saber nada más de él y en lugar de eso empezó a preparar ruidosamente la comida de Weisbord. El aire se llenó pronto de la acritud del ajo y de las aceitunas negras salteándose en aceite a fuego lento. El aroma despertó el apetito de Gaby, pero resultaba repulsivo para LeToque, que se quejó de que Idi no le hubiera traído el vino.

—Si tienes la garganta dolorida, deja de beber vino. Si te echas vino sobre una herida te dolerá más.

—Y detendrá la hemorragia —le contestó LeToque con impaciencia.

Pero siguió su consejo: metió la copa en el hielo derretido y sorbió el frío líquido. A continuación se reclinó en la butaca, resignado a esperar hasta que Weisbord volviera, resignado a dejar que el tiempo curara su dolor, resignado, por el momento, a dejar la toalla fría contra sus labios y mirar con el único ojo que estaba más o menos bien los vacíos jardines de Cécile Weisbord. LeToque era un joven impetuoso con un historial problemático. Había nacido bajo el nombre de Georges Dumauer, el menor de seis hermanos en el seno de una familia pobre de Marsella, un precoz e imprudente niño que muy pronto fue apodado LeToque, «el loco». Iba al colegio de tanto en tanto, cuando no tenía algún extraño encargo que cumplir. A los trece años descubrió que en el reparto de drogas

pagaban más que trabajando en la cocina de un hotel. A los dieciocho lo arrestaron por traficar con cocaína, y durante los siguientes ocho años estuvo entrando y saliendo de la cárcel con cargos por drogas o agresión. A los veintiséis se marchó a Londres para reformarse, pero volvió a Marsella después de un año para involucrarse aún más profundamente en el tráfico de drogas.

Su propia dependencia a las sustancias prohibidas lo convertía en un temerario incontrolable y en un lastre que era demasiado pesado para los cautos camellos. Fue entonces cuando le presentaron a Frédéric Weisbord, que podía tanto protegerlo como aprovecharse de sus sórdidos talentos. Le había pagado seis mil francos para que se ocupara de Aukrust, un precio muy por debajo de la tarifa adecuada para compensar aquel inesperado dolor y sufrimiento.

El coche de Weisbord entró en el borroso campo de visión de LeToque. El viejo abogado subió trabajosamente los peldaños hasta el porche trasero, entró en la cocina y después en su despacho. Tosiendo y jadeando, se acercó a su escritorio para descubrir a LeToque sentado en su butaca.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó.

—Esperándote para que me des más dinero.

—Ya te he pagado.

—Le enviaste a unos críos y se los comió con patatas. Uno de ellos salió huyendo y Pioli… —Levantó el dedo corazón en su puño cerrado—. ¡Pioli es un mierda! Le contó que yo estaba esperándolo en su apartamento. —LeToque se levantó de la butaca de repente y agarró a Weisbord por el cuello de la camisa—. Mírame la cara… ¡Los ojos! ¡Me roció con gas! Te lo juro, viejo. Mataré a ese bastardo si tengo la oportunidad.

Weisbord se zafó de él e intentó colocarse torpemente la pinza del tanque de oxígeno en la nariz y abrir la válvula. Cuando lo consiguió y se dejó caer en su butaca, LeToque apagó la válvula y le dijo:

—¿Es que no me has oído? Quiero más dinero.

—Muy bien, más dinero. —Weisbord le suplicó con la mirada—. Abre la válvula.

—Tengo una cifra en mente. Veamos si es la misma en la que tú estás pensando.

Weisbord se puso en pie e intentó llegar a la bombona de oxígeno pero, antes de que pudiera tocar la válvula, el joven lo sentó en la butaca de un empujón. Gaby rodeó el escritorio y se detuvo junto a Weisbord.

—Vas a matarlo —le dijo a su novio antes de abrir la válvula.

LeToque reaccionó dándole una fuerte bofetada que la hizo caer al suelo. Gaby lo miró, dolida y sorprendida.

—Metete en tus putos asuntos. Hay dinero en juego y lo conseguiré a mi manera. Ve a por el vino.

Tiró de ella para ponerla en pie y la empujó hacia la puerta.

—Siéntate —le dijo Weisbord, que casi había recuperado la voz.

LeToque rodeó el escritorio y descubrió que Weisbord tenía un arma. No se trataba de un revolver normal. Era una vieja pistola militar francesa que había sido expedida a Weisbord cincuenta años atrás. Tenía el cañón inusualmente largo y estaba bien cuidada, limpia y ligeramente aceitada. El abogado hizo una señal para que LeToque se sentara en la silla junto a su escritorio.

—Dejaremos el oxígeno abierto, discutiremos el asunto del dinero que dices que te debo y hablaremos sobre algo que creo que ambos deseamos que ocurra.

—Eso no es necesario —dijo LeToque, señalando el arma que descansaba en el regazo de Weisbord y que apuntaba aproximadamente a su bazo—. No iba a dejar que te murieras.

Weisbord sonrió débilmente.

—Eso no te serviría de nada, no después de pedirme más dinero. Y habrá más, pero no por tu primer y desafortunado encuentro con Aukrust. —Abrió un paquete nuevo de cigarrillos—. Cuando aceptas uno de mis encargos, tú asumes los riesgos. Yo no doy garantías de ningún tipo.

—Más dinero, ¿por qué?

—Para que me traigas la pintura que ni tú ni Pioli habéis conseguido encontrar.

Abrió un encendedor y acercó la llama a su cigarrillo, un gesto más peligroso de lo que creía en presencia de oxígeno puro.

Pero LeToque lo sabía.

—Aparta esa maldita cosa antes de que nos mates a los dos.

—Metete en tus putos asuntos.

Weisbord agitó el arma, aspiró profundamente el cigarrillo y, casi a regañadientes, lo empapó en el vaso de agua. Respiraba el oxígeno puro sin apartar nunca los ojos de LeToque.

—El cuadro debe estar en Ginebra antes del día 19… Dentro de seis días.

—¿Y esperas que yo lo lleve?

—No solo tú. Un empleado de la oficina del juez del distrito me debe un gran favor y él, junto a un hombre con uniforme de policía, visitará a Aukrust el martes por la mañana. Llevará una orden para

registrar su tienda. Durante mi breve visita pude ver el interior de la habitación trasera donde Aukrust afirma que realiza sus labores de enmarcado. Es probable que la pintura se encuentre en esa habitación, en una alta y vieja caja fuerte que hay contra la pared.

La inquietud de LeToque remitió.

—¿Qué quieres que haga?

—Encuentra a alguien que pueda abrir la caja fuerte en el supuesto caso de que Aukrust se niegue a hacerlo. Cueste lo que cueste, debes conseguir la pintura y traérmela aquí. Te pagaré veinticinco mil francos.

—Eso no es suficiente. Tengo que pagar a otros dos más. El precio es cincuenta mil.

Una grieta apareció en la compostura de Weisbord. Tosió. Se aclaró la garganta y a continuación sufrió unos ruidosos y dolorosos espasmos.

—Eso son diez mil… dólares —jadeó.

LeToque asintió.

—Exacto. Diez mil dólares americanos.

28

Ann Browley sabía mejor que nadie dónde encontrar a Oxby en la abadía de Westminster, sin importar por qué recovecos o claustros secretos pudiera vagar. Ella también tenía acceso a las zonas vedadas de la abadía debido a la gran influencia de su tío abuelo sir Anthony George Browley, Caballero de la Orden del Baño, cuyo escudo de armas y estandartes colgaban sobre la platea de roble tallado en la capilla de Enrique VII. Jack Oxby sentía un profundo afecto por el viejo caballero que ya pasaba de los noventa años. Aquella mañana, Oxby había ocupado una apartada mesa de la biblioteca capitular donde extendió las notas que tendría que examinar para elaborar un informe de progreso, una narrativa a la que periódicamente añadía o sustraía datos. Sacó un termo de su bolsa y se sirvió una taza de café fuerte. Escribió:

«La violenta destrucción de las pinturas, el desconcertante asesinato de Clarence Boggs y la ausencia de comunicación sugiere que estamos lidiando con un complicado plan que podría dar muchos giros antes de que una explicación, y por último una solución, sea posible. El perpetrador, a quien he decidido llamar Vulcano, es una persona complicada y, casi con toda probabilidad, un sociópata. La destrucción de las obras está diseñada, esencialmente, para reducir el número de autorretratos y por tanto elevar el valor de los que quedan, incluyendo, incidentalmente, el resto de obras de Cézanne. Creo que hay dos personas involucradas, aunque podría haber una tercera y, a lo sumo, una cuarta con funciones menos importantes. Alguien planea, alguien financia… Vulcano ejecuta».

Ann entró en la biblioteca y esperó en el extremo opuesto de la mesa hasta que la concentración del inspector se disipó, tres o cuatro minutos después.

—Buenos días, Annie —le dijo por fin—. ¿Quieres café?

La mujer negó con la cabeza.

—Es totalmente inapropiado traer café a la biblioteca capitular. Creo que ni siquiera está permitido.

—¿Tú crees? —le preguntó, y continuó con su trabajo—. La próxima vez traeré té.

—Detestas el té.

—¿Alguna vez has visto un análisis químico de esa cosa? Pídele uno a Jonesy. Te morirás del susto.

—Eres incorregible.

El hombre levantó la mirada.

—¿Tienes algo para mí?

—Un par de cosas —dijo Ann, intentando sin éxito despertar su entusiasmo.

—Comienza con lo que sabes sobre las fotografías. Me impacienta tanto retraso y no comprendo por qué David Blaney no ha conseguido las fotos después de tanto tiempo.

—No es culpa de David. Fui hasta allí, como me pediste, y descubrí que el problema es Alan Pinkster. David me dijo que el fotógrafo, que se llama Shelbourne, tenía instrucciones de enviar todas las fotografías a Pinkster. Intenté reunirme con Shelbourne, pero está fuera por trabajo.

—¿Cuándo está previsto que regrese?

Las diminutas arrugas que cruzaban la frente de Ann se fruncieron con preocupación.

—No lo sé. David cree que es Pinkster quien lo ha sacado de la ciudad.

—¿Eh? —Aquella noticia había suscitado el interés de Oxby—. Descubre si eso es verdad. —Tomó otra nota—. ¿Qué más tienes?

—Bertie Morrison me ha llamado para decirme que se rumorea que el retrato número doscientos treinta y ocho va a ser vendido, pero ha descubierto que no es verdad. Lo cierto es que se ha trasladado a un nuevo escondite.

—Bien. Una pintura menos por la que preocuparnos. —Se echó hacia atrás en la silla—. Sé que tienes algo más, así que escúpelo.

Ann colocó su bandolera sobre la mesa.

—Jonesy dijo que no era posible encontrar fluorofosfato de diisopropilo entre los artículos de jardinería, y no podría haber tenido más razón. —Pronunció el nombre del exótico químico como si fuera tan común como la sal de mesa—. Lo fabrican dos compañías suizas. Merck & Company, en América, elabora una variación llamada Floropryl, pero Jonesy no cree que funcione del mismo modo que el químico que mató a Boggs, porque el Floropryl se usa en el tratamiento del glaucoma.

Oxby se reclinó en la silla con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos cerrados.

—¿Te interesa lo que te estoy diciendo? —le preguntó Ann, molesta por su actitud despreocupada.

—Por supuesto que me interesa, estoy intentando concentrarme. Por favor, continúa.

—Hay dos fuentes en Reino Unido donde podría obtenerse DFP, una en Londres y la otra en Edimburgo. Se han registrado treinta y cuatro compras del químico en los últimos doce meses; sin embargo, todas fueron realizadas por clientes conocidos que son —leyó de un cuaderno—: la Universidad de Cambridge, Stearns, Fowler Pharmacologicals, y el Instituto Oftalmológico de Londres.

—¿Treinta y cuatro compras individuales? —le preguntó Oxby.

—Correcto.

—¿Tienes copias de las facturas, incluyendo la firma de la persona que autorizó cada compra?

—Sí, inspector, está todo aquí. —Pronunció «inspector» como si fuera una enfermedad contagiosa. Parecía haberse enfadado—. ¿Crees que no conozco el procedimiento?

—Continúa —le dijo Oxby sin levantar la mirada.

—En Holanda y Bélgica, el DFP está clasificado como un gas nervioso y está bajo el estricto control del gobierno. Solo está disponible para médicos e investigadores.

—Podría comercializarse en el mercado paralelo —dijo Oxby.

Ann sonrió, victoriosa.

—Existen un par de fuentes, no muchas, y las hemos identificado todas. Nadie ha comprado las cantidades que Jonesy dice que usaron.

Oxby abrió los ojos solo lo suficiente para ubicar su taza de café. Tomó un sorbo.

—¿Qué más?

—Los países escandinavos, y también España, Portugal y Luxemburgo, exigen una licencia para la compra de DFP. Tuve que escuchar un discurso sobre por qué está restringido a la investigación médica de la industria farmacéutica.

—O a la gente que planea asesinatos —añadió Oxby.

—Casi había olvidado los usos militares del DFP cuando recordé que los iraquíes, antes de empezar a producir su propio gas nervioso, compraron químicos exóticos en Francia. —El fajo de documentos que tenía ante ella era más grueso que los anteriores—. Hay cinco empresas francesas que te venderían todo el DFP que quisieras. Todas tienen una oficina de ventas en París y tres de ellas tienen una sucursal en Lyon, Marsella, Estrasburgo, Nantes o Toulouse. Las restricciones para comprar el material no son muy duras, pero todas las compras se registran y esa información termina en alguna sección desconocida del Ministerio de Sanidad.

Como es fácil de conseguir, no existe un mercado paralelo.

Oxby se inclinó hacia delante y hojeó las páginas de una de las carpetas. Levantó la mirada.

—Te mueres por decirme algo.

Ann sacó otro montón de papeles de su bandolera.

—Estos impresos muestran todas las ventas de DFP del último año. Hemos combinado las transacciones de cada empresa y programado las ventas por ubicación, fecha, cantidad y nombre del comprador. La mayor parte de las compras se realizaron en París por parte de alguna institución médica o de investigación. De hecho, el noventa y cuatro por ciento de las ventas es a ese tipo de organizaciones y se repite regularmente. Las ventas a individuos también se concentran en París. Aunque las compras son, normalmente, de la cantidad mínima, hay tres excepciones.

»Los compradores se apellidan Metzger, Thompson y Zeremany. El primer pedido de Thompson fue a primeros de junio, y el segundo en julio. En total compró veintiocho gramos de DFP.

»Zeremany compró en junio, julio y septiembre, pero la cantidad total no llega a los veinticuatro gramos.

»Metzger compró veinticinco gramos el veintinueve de agosto, veinticinco gramos el cuatro de septiembre y veinte gramos el siete de septiembre.

El interés de Oxby se había disparado.

—¿Dónde se efectuaron las compras?

—Las de Zeremany y Thompson en París. Las de Metzger en Toulouse y Marsella.

—¿Qué sabemos sobre Metzger?

—No demasiado. Las firmas son estrechas y hay grandes diferencias entre ellas. Jonesy las ha enviado a analizar. Creemos que su primer nombre es Jacob, o Janus, y que afirma ser médico.

29

Gaby tiró de la sábana para dejar sus hombros al descubierto. A pesar del aire frío que entraba por la ventana abierta, tenía calor. Estaba en la cama con LeToque, o Georges, como lo llamaba ella, aunque a veces se enfadara. Una rendija de luz solar caía sobre su mejilla y se movía lentamente hacia sus doloridos ojos.

—¿Estás despierto? —susurró, y el hombre giró la cabeza contra la almohada.

El radiodespertador de la habitación contigua se activó. Un minuto de noticias dio paso al tiempo y más tarde a la hora, las siete y dos minutos. La música llegó a continuación, o algo parecido creado con una combinación de guitarras, tambores y chillidos. Entonces una brisa separó las cortinas y la luz del sol estalló sobre ambos, despertando a LeToque de su duermevela. Cuando se giró, Gaby se acurrucó contra él y le frotó la espalda. Sus escrutadoras manos empezaron a acariciarlo, lentamente al principio y después más rápido, al ritmo de la música. Cuando consiguió que tuviera una erección completa lo atrajo hasta ella y comenzó a mover la pelvis cada vez más rápido, hasta que él la embistió por última vez, se estremeció y se quedó inmóvil. Había sido demasiado rápido para Gaby, así que continuó moviéndose y retorciéndose, pero él se apartó y le dio una palmada en el culo. La mujer se arrodilló a su lado y apretó sus pequeños y firmes pechos contra él.

—Follas demasiado rápido —se quejó con un mohín.

—Tú follas demasiado, en general —le contestó él antes de salir de la cama e ir al baño—. Prepara algo de comer.

El talento culinario de Gaby se limitaba a café instantáneo y comida recalentada, pero la atención de LeToque estaba concentrada en otros asuntos. La rojez alrededor de sus ojos había mejorado, aunque todavía tenía la costra amarilla en el ojo derecho, que ahora alternaba entre el picor y la irritación. Habían pasado cinco días desde su encuentro con Aukrust; hoy tendría la oportunidad de empatar el marcador.

Un coche se detuvo delante de la pequeña casa de LeToque. El conductor era un hombre de unos cincuenta años, de estatura y constitución media. Llevaba gafas de montura negra e iba vestido

con camisa, corbata y chaqueta de cuero con cremallera. El otro hombre aún no había cumplido los treinta. Moreno de piel, con el cabello rojizo que caía lacio sobre sus orejas, tenía el físico de un levantador de pesas, una perfecta silueta en uve: pecho y cuello anchos, cintura estrecha y parte superior de los brazos muy desarrollada.

Gaby preparó café instantáneo y los hombres se sentaron a la mesa redonda de la pequeña cocina. LeToque había dibujado un rudimentario mapa de las calles que rodeaban la tienda de Aukrust y también había garabateado el interior de la tienda basándose en la única visita que le hizo Weisbord y en el breve vistazo que le echó al taller.

—En la parte de atrás, aquí, contra la pared trasera, hay una enorme caja fuerte —dijo LeToque al hombre mayor, cuyo nombre era Maurice—. Weisbord cree que es vieja, es posible que la usen para guardar documentos y archivos.

—Cuanto más vieja, mejor —dijo Maurice, con un ligero tartajeo.

—Aukrust es fuerte y tiene algunos trucos.

LeToque había oído hablar del doloroso encuentro de Pioli con el noruego. Se dirigió al musculoso joven, que era demasiado grande para la silla en la que estaba sentado. Lo llamaban Gato y había sido reclutado por Maurice: era un luchador, a juzgar por los cortes recientes que lucía en ambos brazos y por las marcas de los puntos que le habían quitado hacía poco de un corte que le atravesaba la cara desde el ojo derecho a la oreja izquierda.

—Haz lo que tengas que hacer, pero no quiero muertos —le dijo LeToque.

—Quiero más dinero —dijo Gato con una voz extrañamente suave.

—Eso no es asunto de LeToque —interrumpió Maurice—. Soy yo quien te paga, y has aceptado hacerlo por cinco mil francos.

—No es suficiente.

—¿Cuánto sería suficiente? —le preguntó LeToque.

—Siete mil.

LeToque miró a Maurice y asintió. El hombre comprendió que la tarifa era negociable.

—Conseguirás seis mil si todo sale bien —le dijo Maurice—; no más.

Gato asintió.

—Es un trabajo, Maurice. Si todo el mundo hace bien su parte, saldrá bien. Si alguien la jode… Entonces saldrá mal. Sea como sea,

yo me llevaré seis mil.

LeToque se mostró de acuerdo con la básica aunque precisa filosofía de Gato.

—Nos reuniremos con Weisbord a la una en punto —dijo.

La reunión se celebró en un ruidoso restaurante cerca de la estación de tren de Cannes. Weisbord, el primero en llegar, pidió la sala privada que había reservado y casi inmediatamente saludó a su contacto en la oficina del juez del distrito, un hombre anodino vestido de traje con el aspecto de un funcionario que espera la llegada de la jubilación. LeToque apareció con su grupo y Weisbord les asignó un asiento a cada uno. LeToque se sentó a la izquierda del abogado. El último en llegar, un joven con sandalias y jersey, ocupó la silla restante. Gaby iba vestida de modo inusual, con vaqueros y un jersey amplio. Se sentó junto a LeToque y lo agarró del brazo.

La tarea de cada uno había sido planeada para eliminar complicaciones y cosas que pudieran salir mal. Weisbord explicó su plan y después lo repitió exactamente como lo había pronunciado la primera vez. El hombre de la oficina del juez del distrito se llamaba Foultz; el joven de las sandalias era un actor llamado Claude, que acompañaría a Foultz vestido con un uniforme de policía. Foultz presentaría a Aukrust una orden de registro que en aquel momento no era ejecutable, porque Weisbord no había presentado una denuncia formal y la orden no se había registrado. Esperaba que Aukrust permitiera el registro, pero solo hasta cierto punto; daba por sentado que no abriría la caja fuerte, aduciendo que no podía o que la cerradura estaba rota.

—Cuando Aukrust abra la puerta de la habitación trasera, Claude saldrá de la tienda un momento. Esa será la señal para que el resto entréis —continuó Weisbord.

Pasaron los planos de LeToque a Foultz y Claude, se hicieron preguntas y se respondieron, y después llegaron la comida y el vino. Cuando terminaron, Weisbord levantó su copa.

—*Bonne chance!*

Cuarenta y cinco minutos después, Foultz aparcó un Renault azul a dos calles de la tienda de Aukrust. Claude se arregló el uniforme y se ajustó la gorra. La calle estaba desierta, una ventaja que había sido cuestión de suerte. A las tres y veinte minutos entraron en la tienda de Aukrust.

—Estoy cerrando —dijo el noruego, que pareció sorprenderse ante la inverosímil pareja que había ante él—. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

Foultz sacó un sobre grande.

—Represento a la oficina del fiscal del distrito de la ciudad de

Cannes y le hago entrega de la orden de registro de este local para buscar una obra de Paul Cézanne, concretamente un retrato del artista, que ha sido recientemente arrebatado de la vivienda de su propietario, el señor Gaston DeVilleurs, en un momento en el que usted se encontraba en dicho domicilio. El resto de detalles puede consultarlos en la orden. Podría telefonear a su abogado, pero le aseguro que esta orden es ejecutable y que no puede ser rescindida por apelación o demanda alguna.

Aukrust cogió el sobre y lo abrió. Los papeles del interior eran documentos con un membrete de aspecto oficial, firmados y sellados.

—Como podéis ver, aquí no hay ningún cuadro de Cézanne —dijo Aukrust, agitando los papeles en dirección a las acuarelas de playa y campo—. Sería una locura guardar aquí una obra tan valiosa, aunque fuera tan afortunado como para tener una.

Era evidente que Foultz no tenía ni idea de arte y que el comentario no significaba nada para él. Lo único que le preocupaba era atravesar aquella puerta cerrada.

—La habitación tras esa puerta —dijo con firmeza—. También es parte de este local.

—Ahí no hay nada más que marcos, mis herramientas y una mesa grande en la que hago mi trabajo.

Aukrust se inclinó despreocupadamente sobre el mostrador.

—Abra la puerta, señor Aukrust. Estamos preparados para usar los medios que sean necesarios para inspeccionar cada centímetro de esta propiedad.

Claude salió de detrás de Foultz y movió deliberadamente la mano hasta la empuñadura de su pistola enfundada. Lo hizo con pericia, como si de verdad supiera usar el arma si lo provocaban.

—Ve despacio —dijo LeToque. Maurice obedeció y, mientras pasaban ante la tienda, LeToque miró por la ventanilla del automóvil—. ¡Bien! Aparca.

Maurice aparcó junto a la acera. Weisbord le había suministrado un BMW; no era un coche grande pero, si lo necesitaban, sería rápido. Tan pronto como Claude apareció, LeToque salió del coche y echó a correr. Maurice y Gato lo siguieron de cerca. Gaby fue la última en salir y se quedó junto a la puerta, con instrucciones de decir a los posibles clientes que la tienda estaba cerrada.

Aukrust se dirigió a Foultz con tranquilidad.

—Es solo una caja fuerte vieja y la cerradura está rota; de hecho,

he pedido que me instalen una nueva.

Claude hurgó entre los lienzos sin enmarcar que estaban almacenados contra la pared y después buscó en todos los armarios.

—Aquí no hay nada, a no ser que quieras abrir una farmacia. Debe estar en la caja fuerte.

—En la caja fuerte no hay nada —protestó Aukrust.

—Lo descubriremos por nosotros mismos —le contestó Foultz.

—Mañana —dijo Aukrust, irritado. A su espalda estaban ahora LeToque y Gato. Maurice se unió a ellos. Foultz y Claude retrocedieron y salieron pitando de la habitación.

—La puerta —dijo LeToque, y Gato la cerró. LeToque estaba al mando y quería que Aukrust no tuviera ninguna duda al respecto.

La venganza flotaba en el aire. Aukrust los miró a ambos y la alarma apareció lentamente en sus ojos al tiempo que se concentraban en los armarios que contenían sus químicos y otros modos poco ortodoxos de autodefensa. Avanzó un paso y LeToque vociferó:

—Abre la caja fuerte, y hazlo ya.

La respuesta de Aukrust fue acercarse un poco más a los armarios.

—¡He dicho que abras la puta caja fuerte!

LeToque sacudió bruscamente la cabeza y Gato se detuvo frente a Aukrust. Ahora formaban un triángulo: Aukrust a medio camino entre la caja fuerte y los armarios, Gato preparado a metro y medio de él, LeToque a la misma distancia pero a la izquierda.

—Jaque mate, bastardo —dijo LeToque.

—Es una caja vieja con una cerradura vieja —repitió Aukrust con voz cansada. Entonces lanzó la orden de registro a la cara de Gato, pasó frente a él y se dirigió hacia la puerta del armario, pero Gato reaccionó instantáneamente y le lanzó un puñetazo a la mandíbula seguido por un feroz golpe con la otra mano en la parte inferior de las costillas. Cualquiera de los dos golpes habría enviado al suelo a un hombre más pequeño, pero Aukrust giró y se abalanzó violentamente contra Gato. Lo golpeó de soslayo, perdió el equilibrio y se convirtió en un objetivo fácil para otra serie de puñetazos en su costado y estómago que Gato efectuó con brutal precisión. Aukrust intentó recuperarse y medio se abalanzó medio se tambaleó hacia LeToque, que con las manos juntas, como un tenista a punto de devolver un revés, le lanzó un gancho a la barbilla que lo hizo acabar en el suelo, donde se quedó con la mitad del cuerpo debajo de la enorme mesa de enmarcar. A su lado había una caja de madera llena de trozos de los materiales que usaba en

su trabajo, recortes de madera o plástico, retales descartados, alambre, herramientas y cristal. ¡Cristal!

Se quedó inmóvil, acurrucado en posición fetal como si estuviera inconsciente, con la mejilla contra el suelo. De repente, la dura puntera de un zapato golpeó su omoplato y, una vez más, la parte inferior de su espalda. Gimió, emitió un sonido que era casi un lamento suave y, a continuación, agarró la pata de la mesa con tanta fuerza que un horrible y nuevo dolor subió desde su mano hasta su hombro. El zapato de Gato lo golpeó de nuevo, como si estuviera asegurándose de que un perro está realmente muerto. Aukrust abrió el ojo que estaba a un centímetro del suelo para ver las piernas de LeToque y del hombre llamado Maurice, ambos de pie delante de la caja fuerte. Se incorporó lentamente para ver el interior de la caja de madera. Había un trozo de cristal sobre el resto de los recortes; lo sacó y lo escondió bajo su ropa. Calculaba que medía diez centímetros de ancho y casi treinta centímetros de largo.

Maurice examinó la cerradura y habló desordenada aunque lentamente, deteniéndose en ciertas palabras. Era una cerradura de combinación Boulgner de sesenta años de antigüedad que ya no se fabricaba; una buena caja, pero no la mejor. El dial era grande y tenía que extender los dedos al máximo para poder girarlo. Emitía un chirrido que indicaba que podría haber una llave rota dentro, así que Aukrust no había mentido.

El noruego gimió suavemente y movió la pierna un par de centímetros para probar la reacción de Gato. Se preparó, esperando otra patada. Nada.

Maurice dejó de mover la mano durante varios segundos. Giró y escuchó un clic, no un sonido normal, sino uno que le sacó una sonrisa.

—*C'est bon* —dijo, más para sí mismo que para los demás. Giró la rueda en la dirección contraria hasta que bajó un perno. Uno más, y Maurice dijo—: Ya son tres. Dos más.

Aukrust escuchó las palabras pronunciadas en voz baja. Era evidente que Maurice estaba capacitado para abrir la caja fuerte, un trabajo que sería aún más sencillo porque alguien hacía mucho había fijado la combinación en una serie de números fáciles de recordar, y cualquiera que fuera diestro con las cerraduras podría anticipar que los dos últimos números estarían relacionados con los tres primeros. Los tres primeros números habían sido: diez, veinte, treinta. Los siguientes dos serían cuarenta y cincuenta. Maurice probó aquella combinación, pero la cerradura no se abrió.

La combinación era: diez… veinte… treinta… veinte… diez. Si Maurice probaba aquella combinación, la caja se abriría.

Aukrust se acercó el cristal. Tendría que romperlo para crear un arma, y quizá se partiría en una docena de trozos inútiles. Si pudiera alcanzar el cortavidrios que había encima de la mesa…

—Creo que ahora se abrirá —dijo Maurice—. Quien fijó la combinación tenía mala memoria.

El tiempo se estaba agotando. Aukrust golpeó el cristal contra el lateral de la caja y se rompió en tres trozos. Uno era como una estalactita en miniatura que terminaba en una punta afiladísima. Cuando agarró sus bordes dentados, se cortó las manos. Se puso en pie y se lanzó contra Gato, decidido a acabar con su oponente más peligroso. Gato reaccionó por instinto y levantó las manos, preparado para forcejear con Aukrust o para golpearlo como había hecho antes, como un boxeador. No vio el cristal hasta que agujereó la palma de su mano izquierda. Se apartó, pero Aukrust empujó con todo su peso y el cuchillo de cristal se rompió. La sangre brotó de la mano de Gato y el enorme hombre la miró con curiosidad, extrañamente confuso.

Aukrust osciló la mano que sostenía lo que quedaba de la daga y, un segundo antes de dar el golpe, abrió el puño y aplastó el cristal dentado en el lado derecho del rostro de Gato. El hombre gritó, un terrible y aterrador sonido. Aukrust había conseguido acercarse a los armarios. LeToque intentó alejarlo, pero el noruego le dio un puñetazo en la sien y lo hizo caer de rodillas. Abrió el armario y cogió un aerosol con una mano ensangrentada.

Se escuchó un horrible estallido. Una bala golpeó el lugar donde había estado el aerosol un segundo antes.

—Por favor, baje eso, señor.

Maurice estaba junto a la caja fuerte con una SIG-Sauer de 9 mm en la mano.

Aukrust, desafiante, levantó el espray de forma amenazadora. Maurice disparó de nuevo y la bala pasó incluso más cerca de Aukrust que la primera.

—Si debo hacerlo, la próxima entrará en su hombro. Más o menos aquí. —Maurice colocó su mano libre en el lado izquierdo de su pecho. Había hablado deliberadamente, tartamudeando solo en la palabra «bala».

LeToque le quitó el aerosol.

—Siéntate en el suelo —le dijo, señalando una extensión de muro vacío.

Maurice abrió la caja fuerte. En uno de los estantes había un

retrato de un hombre calvo con barba. Unos ojos tristes miraban bajo un sombrero negro de ala ancha. LeToque colocó el retrato sobre la mesa de enmarcar.

—*Voilà* —dijo, con una sonrisa satisfecha. A continuación cortó un trozo de papel de estraza y envolvió el cuadro—. Maurice te ha arreglado la puta cerradura. *De rien*.

Se puso el cuadro bajo el brazo y siguió a Gato y a Maurice hasta la parte delantera de la tienda y el coche.

Aukrust estaba sentado en el suelo con la espalda contra la pared. Parecía congelado, mirando la mano entrecruzada de cortes sangrantes que parecía recién salida de una lata de pintura roja. Se puso en pie y entró en un pequeño cuartillo donde había un lavabo y un váter. Abrió la llave del agua y se limpió la sangre. Cuando se encorvó, los músculos de su espalda se hicieron notar dolorosamente en el punto donde lo habían pateado. Tenía un montón de esquirlas de cristal, grandes y pequeñas, incrustadas en la palma de su mano derecha. Brillaban bajo la luz del fluorescente blanco. Con gran sufrimiento, se sacó los trozos más grandes e intentó que los demás salieran con agua. Sentía un dolor pulsante en la misma oreja que le había herido Pioli apenas unos días antes, y pudo hacer poco más que lavársela y poner un astringente en la herida para que dejara de sangrar. Estaba menos preparado para las emergencias básicas que para las complicaciones y traumas que su colección de drogas y químicos exóticos podían provocar o curar, pero había algunos botes de agua oxigenada y alcohol. En su bolsa tenía un par de pinzas con las que extrajo lentamente los trozos de cristal más pequeños. Para el dolor de sus costillas y de su nuca, se inyectó veinte miligramos de Pantopan. El dolor fue reemplazado por la euforia. Se había inyectado una droga que actuaba, básicamente, del mismo modo que el opio.

Mientras tanto, no dejaba de pensar en los rápidos minutos que acababan de pasar, en LeToque, en el llamado Gato y en el hombre que parecía un relojero y que sabía manejar un arma. Los sacó a todos de su mente y los reemplazó con una única imagen: Frédéric Weisbord.

Bajó la persiana y cerró la puerta. Se obligó a ignorar el dolor y se concentró en sus siguientes pasos. Le habían arrebatado la pintura porque Weisbord había sido más listo que él, pero la obra pertenecía a Margueritte DeVilleurs, que decía que se preocupaba por él y que realmente le importaba. Entonces, un pensamiento totalmente nuevo lo golpeó: cuando recuperara el cuadro, no se lo entregaría a Alan Pinkster.

No podía usar la mano derecha y los cortes más profundos estaban aún sangrando. Después de cambiarse las vendas, se puso un guante de algodón blanco. A continuación reabasteció su bolsa, cerró la tienda y entró en su coche.

Atravesó el denso tráfico suburbano y se dirigió al norte para

tomar la autopista hasta Niza. Conocía la zona de la ciudad donde vivía Weisbord y había escrito la dirección en un trozo de papel que había colocado en el parasol. Siguió a un enorme camión que transportaba flores para las perfumerías, un irónico contrapunto a la violencia que lo rodeaba. Tomó la primera salida hacia Niza y siguió los letreros hasta Saint Étienne, aunque tuvo que detenerse para preguntar cómo ir a la calle de Weisbord. Pasó de largo y vio el Porsche plateado aparcado detrás de la casa.

Aparcó a una distancia prudente desde donde podía ver la parte delantera de la casa y el camino de entrada. Una mujer abrió las amplias puertas del garaje y entró. En el interior no había ningún coche. La mujer volvió a aparecer con un cubo de basura grande que al parecer iba a dejar al final del camino de entrada. Aukrust puso el coche en marcha y se detuvo delante de la vivienda justo cuando ella llegaba al bordillo.

—¿Está el señor Weisbord en casa?

La mujer miró a Aukrust con curiosidad.

—No —fue su sucinta respuesta.

—¿Volverá pronto?

Negó con la cabeza y se encogió de hombros. Aukrust no sabía si estaba diciéndole que Weisbord no volvería pronto o que no lo sabía.

—Hemos hecho negocios juntos en el pasado y, como estoy disfrutando de unas breves vacaciones en Niza, he pensado en hacerle una visita sorpresa. ¿Estará en casa esta noche?

La mujer se cruzó de brazos y, cuando parecía que iba a girarse para volver a entrar, contestó:

—Yo soy el ama de llaves. El señor Weisbord estará fuera dos días. Le diré que ha estado aquí.

—Me gustaría darle una sorpresa. ¿Adónde ha ido?

La mujer pareció sopesar de nuevo si contestar o no. Negó con la cabeza lentamente.

—Quizá a París. O a Ginebra.

Entonces se escabulló al interior de la casa.

30

Las salas de subastas de Christie's estaban en Place de la Taconnerie 8; las de Sotheby's, en Quai du Mont Blanc 13. A medio camino exacto entre sus rivales, en la rue Rousseau, estaba Collyers Ginebra. La ubicación no era fortuita. La agresiva nueva gerencia de Collyers en Londres estaba constantemente intentando superar a los dobles decanos del restringido mundo de las subastas de arte. Los veteranos de Collyers se referían despectivamente a Christie's y Sotheby's como «la Vaca y la Cerda», en un intento de reparar las décadas en las que su casa se había llevado la peor parte de los chistes malos. Collyers, con poco más de ciento cincuenta años de antigüedad y todavía verde en el negocio, había sido considerada una advenediza. Pero eso no era cierto. La casa, que había sido fundada en 1837 por Thomas Collyers y John Constable, que había tenido la mala suerte de morir aquel mismo año, era una fuerza competitiva que echaba abajo las viejas convenciones para forjar unas nuevas.

En Ginebra, Christie's y Sotheby's habían ofrecido durante décadas joyas y piedras preciosas, y las casas de subastas más pequeñas habían seguido a ciegas su ejemplo. Pero la tradición estaba a punto de romperse. El audaz anuncio de Collyers de que subastarían un cézanne de primera estaba empezando a producir los resultados esperados. Marchantes y coleccionistas habían mostrado interés y muchos estarían dispuestos a volar a Ginebra para la subasta y después seguir con sus vacaciones en los Alpes o escapar al sol del Mediterráneo. El único inconveniente al que se enfrentarían los pujadores que quisieran presentar sus ofertas a distancia sería tener que marcar el código de un nuevo país y área.

El director residente era extravagante, dirigía las subastas magníficamente y encajaba a la perfección con la nueva imagen de Collyers. El linaje de Roberto Oliveira podía rastrearse hasta familias bien relacionadas del norte de Italia y de Austria, y era un hombre atractivo de piel clara y brillantes ojos azules. Oliveira había recibido una educación espléndida: Eton, Yale y una pasantía como subastador de Christie's en Londres, donde había llegado a ser director de Pintura Impresionista y Arte Moderno. Ahora, a sus

treinta y ocho años, era el padre de una adolescente, se había divorciado y tenía aventuras en las tres capitales. Había sido su amiguita de Londres la que le había hablado del abogado de Niza que estaba haciendo preguntas sobre los costes y comisiones de la posible venta de un autorretrato de Cézanne. Oliveira le prometió una fuerte promoción y un catálogo exquisito, pero había sido su oferta de rebajar la comisión por venta en tres puntos y la decisión de fijar una reserva de veintisiete millones y medio lo que había cerrado el trato con Frédéric Weisbord.

Con el interminable flujo de nuevas historias y la efusión de especulaciones sobre quién estaba destruyendo las pinturas y por qué, si Oliveira conseguía el retrato DeVilleurs para la subasta de diciembre, Collyers/Ginebra rompería el viejo record que había conseguido Sotheby's cuando un diamante de ciento un quilates y categoría D se vendió por casi trece millones, haciendo subir el lote hasta los treinta y un millones. Y lo que era más importante: aquello contribuiría a la visibilidad de Oliveira y lo colocaría en una posición inmejorable para el puesto de director ejecutivo que habría que designar en enero. La anatomía del éxito, a menudo, incluía tales logros.

Christie's se había mostrado indignada porque el retrato iba a salir a subasta en Ginebra, y nada menos que en Collyers. Su asesor legal había escrito una airada carta que sugería que Frédéric Weisbord podía haber sido obligado a tomar esa decisión y que, de no haber sido intimidado, se habría visto colmado de alicientes irrazonables e ilegales. La carta cubría ambos extremos. «Mátame o bésame», lo había denominado Oliveira. El hecho era que Frédéric Weisbord había querido vender la pintura rápidamente, cómodamente y en las mejores condiciones.

Eran las nueve y cuarto de la mañana cuando Oliveira se enteró de que Frédéric Weisbord estaba en el garaje del sótano y de que no abandonaría su coche si no era escoltado por dos guardias armados hasta el despacho de Oliveira. El director se quitó la chaqueta y se colocó una sobaquera que contenía su automática Llama 22LR. Sus prácticas semanales en las instalaciones de la policía mantenían su dominio de la pequeña pistola en un alto nivel. Llamó por teléfono al guardia y le pidió que se reuniera con él en el garaje.

Weisbord abrió una rendija de su ventanilla y exigió que Oliveira le mostrara su identificación.

—He pedido dos guardias —dijo, malhumorado y tosiendo con incomodidad.

Oliveira sonrió.

—Y somos dos —afirmó con seguridad al tiempo que sacaba la pistola de su sobaquera en un movimiento rápido y fluido. Le mostró su tarjeta de visita—. Soy Roberto Oliveira, a su servicio.

Weisbord estaba en el asiento del pasajero, LeToque tras el volante y Gaby en el asiento trasero, con los ojos muy abiertos por la curiosidad e inclinada hacia delante. El cuadro estaba junto a Weisbord, envuelto en una manta. El abogado salió del coche con la obra y ordenó a LeToque que llevara su maletín y la bombona de oxígeno. Un ascensor los llevó hasta la segunda planta y Oliveira los condujo hasta una habitación llena de pinturas sin enmarcar almacenadas en estantes, y marcos en proceso de restauración o esperando ser dorados de nuevo. En la esquina había un trípode flanqueado por focos con reflectores plateados. Junto a él había un hombre con una bata de laboratorio.

—¿El cézanne? —preguntó el hombre.

Weisbord lo miró con cautela mientras sostenía la pintura con fuerza entre sus delgadas y temblorosas manos.

—¿Quién más sabe que he traído la pintura? —preguntó bruscamente.

—Confieso que no es un secreto, señor Weisbord —le contestó Oliveira—. Mis trabajadores, el impresor que está esperando la fotografía que estamos a punto de tomar y mis socios de Londres.

A decir verdad, Oliveira había dejado que la noticia se extendiera por la sencilla razón de que, cuantos más lo supieran, mayor sería la asistencia y más altas las pujas.

—Nadie más debe enterarse —dijo Weisbord—. Existe el peligro de que alguien intente robarlo.

—Nuestra cámara acorazada está en un búnker de cemento, y nuestro banco tiene una caja impenetrable. Usted decide donde prefiere que lo guardemos.

Weisbord negó con la cabeza, desafiante.

—Me lo llevaré conmigo.

—Lo primero, primero —dijo Oliveira con tono tranquilizador —. El impresor debe tener una fotografía antes del mediodía para que los catálogos estén impresos el viernes.

Oliveira cogió el cuadro y desplegó la manta que lo envolvía. Había visto una fotografía en blanco y negro del autorretrato, pero ninguna en color.

—Por el aspecto de su barba, yo diría que es del periodo intermedio, entre 1875 y 1878. ¿Tengo razón?

—Algo así —dijo Weisbord distraídamente—. Tengo todos los informes.

—Estoy ansioso por ver cómo encajan con el historial de la obra que hemos preparado. Lo que nos ha traído nos suministrará muchos detalles nuevos.

Oliveira entregó el cuadro al fotógrafo, que empezó a trabajar con celeridad. Después de diez instantáneas, desapareció en el cuarto oscuro contiguo.

—Phillipe es muy bueno —le aseguró Oliveira—. Nos dirá si necesita tomar alguna fotografía más, pero sospecho que no será necesario.

Weisbord miró con recelo la puerta del cuarto oscuro y a continuación se sentó en el borde de la silla. Un cigarrillo apareció en su mano como por arte de magia y lo encendió.

Varios minutos después, Phillipe salió del cuarto oscuro y anunció que tenía dos negativos excelentes.

—Como sospechaba —dijo Oliveira e hizo una señal a Weisbord —. Por favor, sígame.

Weisbord envolvió la valiosa pintura en la manta y se aferró a ella con mayor fuerza que antes. Se dirigieron al ascensor, que los llevó a la tercera planta y después al despacho de Oliveira, una elegante habitación de gran tamaño con muchos cuadros y una estupenda vitrina con cerámica esmaltada de Pakistán e Irán. Las ventanas tenían vistas al lago Lemán y a un arroyo que salía rápidamente de la vista. El arroyo era el río Ródano y sus ochocientos kilómetros continuaban al sur hasta Lyon, la Provenza y el Mediterráneo. Gaby pensó que era una vista maravillosa y lo dijo con su sencillo estilo.

—Estas son las pruebas de impresión de nuestro catálogo —dijo Oliveira, señalando los pliegos sin cortar que estaban extendidos sobre una mesa junto a la ventana—. Incluirán la nueva fotografía y detalles sobre el autorretrato. Como prometí, también vamos a imprimir un pasquín independiente con un breve resumen de la vida de Cézanne y, por supuesto, de su autorretrato. Es bonito, ¿no le parece?

El viejo abogado pasó las páginas y dijo a regañadientes que sería un folleto atractivo, y después añadió que también sería caro. Se encendió otro cigarrillo.

—Nosotros pagaremos todos los gastos del catálogo. La fotografía que Phillipe ha tomado irá aquí. —Señaló un bosquejo de la obra en la portada y pasó la página—. No hay razón para no hablar sobre la reciente oleada de vandalismo, y hemos incluido pequeñas fotografías de los autorretratos que han sido destruidos. Eso añadirá interés a la subasta.

Weisbord exhaló el humo y asintió.

—Tiene algunos documentos para mí —dijo Oliveira—. Documentos importantes que debo ver antes de enviar el catálogo y comenzar con la publicidad.

Weisbord abrió su maletín. En el interior había una docena de carpetas con separadores.

—Estos son los informes completos de cada persona que ha poseído la pintura, empezando por el amigo al que Cézanne se la regaló un año después de terminarla. —Entregó dos páginas mecanografiadas a Oliveira—. Creo que se llamaba Pisante.

—¿Pissarro, quizá? —le preguntó Oliveira.

Weisbord levantó la mirada.

—Sí, tiene razón.

—El origen de la obra no se pone en duda. Eso no nos preocupa.

Weisbord sacó un sobre de la carpeta.

—Esto contiene dos cheques cancelados firmados por Gaston DeVilleurs, un recibo firmado por el depósito y un extracto de la deuda marcada como pagada. También hay un certificado del registro de París fechado el día siguiente del pago final. Estará de acuerdo conmigo en que esto es prueba suficiente de la titularidad libre de cargas de la obra.

Weisbord puso más documentos delante de Oliveira.

—Esta es una copia de la voluntad de Gaston DeVilleurs, tal y como fue registrada el 29 de junio de este año. La sección correspondiente del testamento ha sido marcada y concreta que no puede sacarse ninguna pintura de la colección a menos que sea sometida a subasta bajo la dirección personal del albacea y, como sabe, ese es mi papel. —Weisbord sonrió débilmente—. Es evidente que Gaston DeVilleurs buscaba el bienestar de la señora DeVilleurs.

—Supongo que todas las obras de la colección DeVilleurs pertenecían a la sociedad de gananciales del matrimonio —dijo Oliveira.

—Así es —contestó Weisbord y tosió, suavemente al principio, y después con un doloroso resuello. LeToque le acercó el oxígeno, pero Weisbord lo rechazó con un ademán. Cuando el asedio de la tos remitió, entregó a Oliveira otra hoja de papel.

—Esta es una copia de la escritura de apoderamiento de la señora DeVilleurs. Me permite actuar en su nombre.

La página contenía tres párrafos mecanografiados bajo los que había una hermosa aunque indescifrable firma. Debajo se había impreso el nombre «Margueritte Louise DeVilleurs».

—Es solo una precaución para evitar malentendidos —balbuceó

Weisbord.

De nuevo comenzó a toser y, cuando terminó, se secó el rostro con un pañuelo, recogió sus documentos y volvió a guardarlos en la carpeta. Entregó copias de todo a Oliveira.

—Esto es para usted. También encontrará instrucciones para el ingreso tras la venta. ¿Alguna pregunta?

Oliveira leyó las indicaciones y asintió.

—No hay problema. Suelen pedirnos a menudo que depositemos las ganancias netas en uno de nuestros bancos de Ginebra.

Weisbord se puso en pie y ofreció la mano a un radiante Oliveira. La reunión había terminado.

31

Edwin Llewellyn se hospedaba con frecuencia en el Stafford porque era uno de los hoteles más correctos de Londres, porque estaba escondido en una práctica calle cortada de la plaza Saint James y porque sus tarifas obscenamente altas tenían un efecto purificador en la clientela. Llewellyn recibió su habitual suite de esquina en la cuarta planta y, por decoro, Astrid se quedó en una habitación cercana. La mujer iba a estar muy ocupada buscando muebles antiguos ingleses para una pareja anónima que había descrito como jóvenes, ricos y nuevos propietarios de un edificio con doce habitaciones al sur de Central Park. Llegaron el miércoles a mediodía, holgazanearon durante toda la tarde y terminaron el día con una cena temprana.

—Duerme bien, querida —le dijo Llewellyn mientras abría la puerta de su habitación. La besó en los labios—. Te veré en el desayuno, a las ocho en punto.

La mujer contuvo un bostezo.

—*God natt* —dijo en voz baja.

Llewellyn se levantó temprano, pidió que le llevaran café y los periódicos y miró los telediarios de la mañana. Cuando llegó a la sala de estar, a las ocho menos diez, Astrid estaba esperándolo. Acababan de servirle el café.

—Estás preciosa, como siempre —le dijo, y le apretó la mano cariñosamente—. ¿Estás segura de que no necesitarás ayuda?

—Tengo una lista de tiendas. Estaré bien.

Un ayudante del conserje se acercó a la mesa y dijo con discreción:

—El inspector Oxby ha llegado, señor.

Llewellyn sonrió.

—Pídale al inspector que se una a nosotros.

Astrid frunció el ceño.

—No sabía que ibas a reunirte aquí con él.

—Es un lugar perfecto donde citarse con alguien, y me gusta la naturalidad.

La mujer le dedicó una sonrisa vacilante.

—No podré quedarme mucho más.

—Solo un poco, para que os conozcáis.

Ambos se giraron para ver a Oxby caminando hacia la mesa. Llewellyn se levantó para estrecharle la mano y la profunda voz que lo saludó lo sorprendió.

—Señor Llewellyn, me alegro de que haya venido a Londres.

—Y yo me alegro de estar aquí, inspector Oxby. Esta es la señorita Haraldsen, una amiga que ha venido a comprar algunas antigüedades.

Oxby dio a Llewellyn un firme apretón de manos y después se dirigió a Astrid.

—¿Antigüedades? —Se sentó entre ellos—. ¿Qué tipo de antigüedades? ¿Muebles, artículos de plata, pinturas?

—Muebles, sobre todo. Estoy trabajando en un apartamento de Nueva York y a mis clientes les encanta todo lo inglés.

—¿No ha encontrado nada en Nueva York? —le preguntó Oxby, y pidió una taza de café a un camarero que lo miraba como si lo conociera—. Los americanos tenéis en la Tercera Avenida el cincuenta por ciento de nuestras antigüedades.

—¿Conoce la Tercera Avenida? —le preguntó Llewellyn.

Oxby asintió.

—Hay antigüedades falsas por todas partes, también en vuestra Tercera Avenida. Estuve allí hace un año, sí. —Le sirvieron el café y se dirigió a Astrid—: Cuénteme más sobre lo que está buscando. Qué periodo de mobiliario inglés, por ejemplo.

Astrid parecía haberse quedado en blanco. Miró a Llewellyn.

—¿Periodo? —repitió, insegura e incómoda—. No creo que eso sea importante… Veré lo que hay disponible.

—Elija el victoriano tardío. Si el marchante es de fiar, serán artículos auténticos. En caso de que cuente con un presupuesto amplio, busque un par de sillas Sheraton: encajan bien con cualquier periodo. De hecho, he visto un par anunciadas hace poco. —Puso media docena de terrones de azúcar en su café y comenzó a removerlo. La miró atentamente—. ¿Qué opina de Sheraton?

La mujer le dedicó otra sonrisa débil.

—Sillas Sheraton. Eso estaría bien, gracias. —Se giró como para levantarse—. Debo irme, mi primera cita es en Van Haeften.

—¿Qué la lleva a Van Haeften? —le preguntó Oxby.

—Un escritorio —le respondió la mujer tras una ligera pausa—. Me interesa un escritorio de esa tienda. Uno de colores suaves.

Oxby probó su café y lo aprobó.

—¿Tiene formación como diseñadora?

—Sí, estudié en Oslo —respondió con cierta cautela—. Asistí a la

Escuela Nacional Noruega de Artes y Oficios.

—¿Volverá inmediatamente a Nueva York?

Astrid miró a Llewellyn.

—Aun no lo tengo claro. Depende de cuándo encuentre los muebles. —Se puso en pie—. Debo irme, de verdad. Le ruego que me disculpe.

Oxby se levantó.

—Buena suerte con las compras, señorita Haraldsen. Si necesita ayuda, avíseme, por favor. Las antigüedades son lo nuestro, y conocemos a todos los individuos problemáticos.

Llewellyn acompañó a Astrid hasta el vestíbulo.

—Pareces un poco nerviosa. ¿Va todo bien?

—No esperaba que el inspector estuviera tan interesado en mis compras, por eso no he respondido a todas sus preguntas.

—Sabe del tema, y probablemente solo quería ayudarte. —Le tomó la mano y le dio una palmadita—. Reúnete conmigo en el hotel Brown's a las cuatro para tomar el té.

—¿Estará él contigo?

—¿El inspector Oxby? Eso espero. Voy a invitarlo.

La mujer suspiró, giró sobre sus talones y salió a Saint James Place. Llewellyn esperó a que desapareciera de su vista antes de volver al comedor.

—Una hermosa amiga —dijo Oxby—. Espero que no compre una falsificación en su primera salida. Ir a algunas de esas tiendas es como entrar en territorio enemigo.

—Sí, he estado allí —asintió Llewellyn.

—Los anticuarios de Londres son honrados, en general, pero también tenemos nuestra cuota de manzanas podridas dispuesta a vender cualquier falsificación imaginable. Son casi tan sobornables como los que pertenecen al mundo del arte.

Los dos hombres se hicieron preguntas y las respondieron en una relajada conversación en la que se conocieron un poco más el uno al otro.

—¿Qué planes tiene para hoy? —le preguntó Oxby.

—Tengo el día libre —le contestó Llewellyn—. Alex Tobias me dijo que quería usted hablar conmigo y no tengo nada más importante que hacer que ayudar a encontrar al hijo de puta que ha destrozado cuatro obras de Cézanne y asesinado al conservador de Alan Pinkster.

—Bien. ¿Le gusta caminar?

—No especialmente —le contestó Llewellyn—. ¿Por qué?

—Le haría bien —le dijo Oxby, arriesgándose a sonar como un

viejo amigo—. Mientras paseamos podríamos hablar de lo que quisiéramos sin que nadie nos escuchara. Además, los ingleses son grandes caminantes y esa ya es una buena razón, ¿no?

—Por supuesto, vayamos a dar un paseo —dijo Llewellyn. Mientras salían al vestíbulo, añadió—: Le he pedido a Astrid que se reúna conmigo en el Brown's para tomar el té. ¿Nos acompañará?

Oxby sonrió.

—Siento una aversión poco inglesa por el té pero un gran cariño por Brown's. Me encantaría.

Cruzaron Saint James Place hasta una acera que se retorcía a través de un jardín de rosas y setos y daba a un entramado de senderos que se extendían a través de Green Park.

—Cuando esto comenzó, yo no era muy aficionado a Cézanne —dijo Oxby—. Sinceramente, no había estudiado su obra y lo que sabía sobre ella se limitaba a sus bañistas desnudos y un par de paisajes. Pero mi interés por él aumentó rápidamente después de que cuatro de sus retratos fueran destruidos en veinticuatro días.

—¿Sabe quién podría estar detrás de esos actos tan atroces?

—Ni idea ahora mismo, pero el hecho de que se haya producido tanta destrucción sin amenazas, advertencias o mensajes parece, por extraño que parezca, bastante importante.

Llewellyn se detuvo para mirar a Oxby.

—Explíquese.

—Si hubieran destruido una obra sin ningún comunicado, habría dicho que se trataba de un loco o de un maniático y ahí habría terminado todo. Si hubieran sido dañadas dos pinturas y no hubiéramos recibido ningún mensaje, diría que un cabeza hueca roció la primera y que otra persona sin relación alguna roció la segunda. Hemos visto casos así. Hace un año, por ejemplo: un cuadro de una iglesia de Paddington fue vandalizada con un cuchillo y una semana después ocurrió lo mismo en Swindon. A pesar de estar relacionados, fueron incidentes independientes perpetrados por distintos autores —le explicó. En ese momento comenzaron a caminar de nuevo—. Pero ¿cuatro cuadros en tres países diferentes, un asesinato, y ningún mensaje? —Miró a Llewellyn con seriedad—. Eso es un auténtico misterio.

Llegaron al Mall, cruzaron la ancha avenida y continuaron hacia el parque de Saint James. Oxby apresuró el paso mientras relataba los pocos detalles importantes que conocían de cada incidente, y después enumeró las preguntas sin respuesta que rodeaban lo sucedido con el retrato de Pinkster y el peculiar modo en el que Clarence Boggs había sido asesinado.

—Y después está lo de Boston —dijo Oxby mientras cogía del brazo a Llewellyn—. Eso nos envió un mensaje diferente.

—¿Cuál?

—Todo este tiempo he estado intentando hacer un perfil de esta persona y de sus motivaciones. ¿Por qué Boston? —Sonrió amargamente y giró en un sendero que se curvaba alrededor del lago, en el centro del parque—. En América hay cuatro autorretratos, tres de ellos en museos. Es posible que eligiera el de Boston porque era menos arriesgado que el del museo de Arte Moderno, en Nueva York, o el del Phillips, en Washington. Pero creo que la pregunta no es tanto por qué Boston como por qué América. La prensa se está cebando con el tema. Sobre todo el *New York Times*.

—Los medios se están dando un festín —asintió Llewellyn.

—Pero volvamos a la otra pregunta: ¿por qué Cézanne, y por qué sus autorretratos? ¿Es porque Cézanne llevaba barba, o porque era calvo, o porque estaba bien situado económicamente? —Oxby hizo una pausa—. ¿O es una especie de aberración sexual? Es posible que experimente la sensación de matar cada vez que destruye una obra.

—No hubo nada sexual en el asesinato del conservador de Alan Pinkster —dijo Llewellyn—. Y estoy seguro de que fue bastante duro para Alan.

—¿Conoce a Pinkster?

—No demasiado bien, pero ha formado parte en la escena social de Nueva York y he coincidido con él en varias ocasiones.

—Boggs fue asesinado aproximadamente doce horas después de que la pintura de Pinkster fuera destruida. No creo que sea una coincidencia. Murió debido a un extraño veneno, lo que sugiere que uno de los involucrados tiene conocimientos de química. De hecho, el espray que se usó sobre las pinturas es una fórmula única que no es posible comprar. Además, el día en el que el retrato fue rociado, había un fotógrafo en la galería Pinkster que tomó instantáneas de un grupo de empleados de la embajada danesa, incluyendo a un hombre y una mujer que no hemos conseguido identificar. Como el hombre está de espaldas a la cámara, lo único que sabemos de él es que es alto, más de un metro ochenta.

—¿Y la mujer?

—La cámara la captó de frente, pero su rostro está borroso. Creemos que hay otras fotografías y estamos intentando conseguirlas.

Abandonaron el parque de Saint James y cruzaron Birdcage

Walk hasta Queen Anne's Gate.

—No soy psiquiatra, pero tenemos a un par de tíos de primera en el departamento. Nos han confirmado que estamos tratando con un psicópata, lo que quizá no debería sorprenderme. —Oxby se detuvo y miró a Llewellyn con los ojos brillantes—. No me gusta usar la palabra delincuente porque me hace pensar en un carterista, así que he puesto nombre a nuestro sospechoso. Eso nos proporciona, a todos los que estamos en el caso, un punto de referencia, como si supiéramos un poco más sobre la persona a la que intentamos encontrar.

—Suena a espionaje. ¿Qué nombre le ha dado?

—Vulcano. Todo el mundo sabe que las pinturas fueron rociadas con un químico y quedaron como si acabaran de sacarlas del fuego, y lo sé porque he visto dos de ellas. Vulcano me pareció adecuado.

—Vulcano. —Llewellyn repitió el nombre—. El dios del fuego.

Atravesaron el parque y tomaron la calle Dartmouth hacia Broadway. Antes de llegar a la intersección con la calle Victoria, Llewellyn se fijó en un edificio ordinario, uno frío e impersonal que podría haber sido cualquier otro indistinguible edificio gubernamental de no haber sido por el enorme letrero que había en un triángulo de césped: New Scotland Yard.

—¿Va a interrogarme? —preguntó Llewellyn con fingida seriedad.

Oxby negó con la cabeza amistosamente.

—Será usted quien haga las preguntas. Tengo una propuesta importante que hacerle y quiero privacidad. Y un buen café.

Llewellyn atravesó el arco de seguridad, se colocó una tarjeta de visitante en la solapa y entró con Oxby en el ascensor. Bajaron en la decimoquinta planta y atravesaron una zona abierta abarrotada de escritorios, archivadores, máquinas de fax y monitores, todo ello envuelto en la moderna cacofonía de los pitidos electrónicos de los teléfonos, transmisores portátiles y conexiones de radio. Oxby entró en una habitación sin ventanas y cerró la puerta, apagando los ruidos nerviosos que acababan de atravesar. La habitación era cuadrada. Junto a una de las paredes había un grupo de monitores de televisión y en un mueble apartado de la enorme mesa de centro había varias docenas de teléfonos, con los cables extendidos por el suelo como lazos rojos y negros desenrollados de sus bobinas. Contra otra de las paredes había una pizarra grande con ruedas.

—Usamos esta habitación como sala de reuniones. Cuando queremos concentrarnos en un caso difícil, se convierte en lo que podríamos llamar una sala de investigación.

Sobre la mesa había un termo y tazas.

—Le prometí café —le dijo Oxby, e hizo un ademán para que se sirviera él mismo. Había cuatro sillas junto a la mesa, dos en cada lado. Oxby se sentó y pidió a Llewellyn que se sentara frente a él—. La locura tras esa puerta es una pequeña parte del departamento de Operaciones Especiales, con el que estamos relacionados. Suelen llamarnos Arte y Antigüedades, pero trabajamos bajo distintos emblemas. La brigada OE1 se ocupa del crimen organizado e internacional y está dirigido por Elliott Heston, quien, a menos que el comisario se lo impida, se reunirá con nosotros a las once y media. También le he pedido que venga a la agente Browley, pero primero me gustaría presentarle a Nigel Jones. Jonesy es uno de nuestros mejores investigadores forenses y tiene algo bastante interesante que enseñarnos.

Llewellyn se sirvió una taza de café. Miró a Oxby con curiosidad y sonrió tímidamente.

—Jamás había imaginado que estaría en el interior de Scotland Yard.

—No es más que el departamento de policía de una gran ciudad que, de vez en cuando, extiende sus alas sobre todo el país. Supongo que los americanos ven Scotland Yard del mismo modo que nosotros vemos el FBI: como en las películas.

—¿Cuánto tiempo hace que conoce a Alex Tobias? —le preguntó Llewellyn.

—Diez años o más. Y nuestra relación se hizo más profunda hace dos años, cuando Alex empezó a trabajar en el tipo de casos de los que se ocupa mi departamento. Me dijo que usted y yo nos llevaríamos bien.

—¿Eso cree?

Oxby asintió.

—Yo diría que sí.

—Cuénteme más sobre Vulcano.

—Si tenemos razón y Vulcano muestra un comportamiento psicopático, creo que podríamos conseguir que se diera a conocer.

—¿Cómo?

—El gusto de Vulcano por las bellas artes es muy reducido; de Cézanne solo parecen interesarle los autorretratos. Eso me hace preguntarme si alguien más está tirando de las cuerdas o, dicho de otro modo, ¿tiene jefe Vulcano? Estaba decidido a descubrir si sería posible, así que pedí a nuestros loqueros que realizaran un perfil psiquiátrico de Vulcano basándose en la poca información que tenemos. Eso incluye la formula química del disolvente que usó en

sus ataques, las ciudades y museos que eligió, el maletín quemado de la National Gallery de Londres, la fotografía del grupo danés de la galería Pinkster, la descripción del hombre al que vieron con un tanque de oxígeno en el museo del Ermitage, el tipo con acento europeo que atendió a la mujer que se desmayó en el museo de Bellas Artes de Boston, el veneno que usaron en el asesinato de Clarence Boggs y el modo en el que fue administrado y, por último, las fechas y horas de cada acto vandálico.

—Parece que tenéis bastante información —dijo Llewellyn.

—Usted mismo lo ha dicho. «Parece» bastante, pero en realidad es una lista muy breve y no nos da ninguna pista sobre si Vulcano trabaja solo o si obedece órdenes. —Oxby apartó su silla de la mesa y se puso en pie—. Como la lista de lo que sabemos es corta, nos hemos visto obligados a hacer una lista de lo que no sabemos.

—Explíqueme eso.

—Es fácil poner demasiadas cosas en la lista de las cosas que no sabemos, así que la clave está en ser selectivo. Al final nos limitamos a doce preguntas sin respuesta.

—¿Qué tipo de preguntas?

—Su nacionalidad; si tiene algún cómplice y, en caso afirmativo, cuántos; cuál es su motivación… Ese tipo de cosas.

—¿A partir de ahí elaborarán un perfil, saldrán a buscarlo y lo encontrarán?

—No es tan fácil. Por una parte tenemos algunos hechos sin relación y por otra una docena de preguntas sin respuesta, así que unimos lo que sabemos con lo que estamos ansiosos por descubrir. Los psiquiatras hacen su parte y, a medida que encontramos las respuestas a esas doce preguntas y descubrimos nuevos hechos, el perfil se va haciendo más preciso. Al final sabremos exactamente quién es Vulcano. Pero no tenemos mucho tiempo antes de que otra obra sea destruida u otra persona muera.

—¿Qué más puede hacer?

—Intentar que las cosas ocurran según nuestras condiciones. En eso es en lo que usted podría ayudarnos.

Llewellyn se rió de buen humor.

—¿Qué diantres podría hacer yo?

—Podría ser nuestro señuelo.

Llewellyn frunció el ceño.

—¿A qué se refiere?

Oxby sonrió.

—Es posible que Vulcano sea un psicópata, un asesino y un par de cosas atroces más, pero la destrucción de los retratos fue

planeada para llamar la atención hacia Paul Cézanne y elevar el valor de sus obras. Especialmente de los autorretratos.

—Vulcano no tiene ningún retrato; todos están localizados. Y si robara alguno, ¿quién lo compraría?

—Supongo que sabe que uno de los autorretratos de Cézanne nunca ha sido mostrado al público, nunca ha sido expuesto en una galería, nunca ha sido fotografiado. Se ha mantenido en el seno de la misma familia durante un siglo. ¿Le suena de algo?

—Mi abuelo tenía ideas peculiares respecto a sus posesiones —dijo Llewellyn a la defensiva.

—Ahí es adonde quería llegar. Hay gente que pagaría en secreto una fortuna por una obra importante que jamás podría enseñar a los demás.

—¿Está sugiriendo que, si tiento a Vulcano, él intentará robar mi pintura?

—Estoy sugiriendo que, si le diéramos la oportunidad, Vulcano intentaría llevarse su obra porque, sencillamente, es tremendamente valiosa. Eso en el caso, por supuesto, de que Vulcano y su compinche hayan planeado robar un retrato para vendérselo a alguien con quien han acordado por adelantado un precio muy alto.

Llewellyn se retorció en su silla, incómodo.

—No estoy seguro de que me guste la idea. —Se levantó, se acercó a la pizarra, cogió un trozo de tiza y escribió «Señuelo». Se giró para mirar a Oxby—. Cuénteme más.

Oxby sonrió de forma tranquilizadora.

—Me ha escuchado atentamente y se lo agradezco. Es posible que no quiera involucrarse tan profundamente en desenmarañar nuestro misterio y, si es así, lo comprenderé. Pero sospecho que entiende lo importante que es que encontremos a Vulcano antes de que se pierdan más vidas y obras de arte. ¿Tengo razón?

Llewellyn asintió.

—Bien. —Oxby marcó varios números en un teléfono y habló—: Estamos listos. —Entonces empujó la pizarra contra la pared y se detuvo a su lado con pose de maestro—. Quiero que anuncie a través de la oficina de información pública del museo Metropolitano que asumirá personalmente la entrega de su obra en el museo Granet de Aix-en-Provence.

—¿Por qué querría yo hacer eso? —le preguntó Llewellyn.

—Porque, bajo circunstancias normales, su obra sería empaquetada y enviada por el personal del metropolitano, desaparecería durante varias semanas y después, en el momento acordado, aparecería en el museo Granet. Durante ese tiempo ni

usted ni Vulcano sabrán dónde está el cuadro. Para que el cebo funcione, usted y su cuadro deben viajar juntos. —Giró la pizarra para revelar un mapa de Francia—. Sugiero que vuele a París, pase la noche en el hotel Meurice y, a la tarde siguiente, aparezca como ponente destacado en el simposio que patrocina la Sociedad de Artistas en el museo de Orsay. Hablará, por supuesto, sobre Paul Cézanne y su influencia en los posimpresionistas. Una charla tan académica como desee. Lo importante es que presentará su retrato, su primera aparición pública en una ocasión que atraerá la atención de todo el mundo. El tercer día por la mañana viajará en el tren de alta velocidad a Lyon y esa misma noche presentará el cuadro en una exposición especial en el museo de Bellas Artes.

Oxby colocó un rotulador sobre Lyon y trazó la autopista A7 en dirección sur. La ruta entrecruzaba el río Ródano durante doscientos veinte kilómetros hasta llegar a Aviñón, donde el río y la carretera se dividían. Oxby dio un golpecito al círculo naranja que rodeaba Aviñón con el rotulador.

—El cuarto día viajará a Aviñón y se quedará en el hotel L'Europe durante tres días. Estoy preparando su participación en un festival local de arte el lunes 15 —dijo, y se sentó en el borde de la mesa con los brazos cruzados sobre el pecho—. En un breve periodo de tiempo se habrá convertido en una celebridad, y el más interesado en su viaje al sur desde París será Vulcano. Lo vigilará de cerca y sospecho que estará entre el público cuando haga usted la presentación. No estará allí para escuchar sus comentarios sobre Cézanne, sino para ver con qué protección cuenta.

—También a mí me gustaría conocer ese dato.

—En París estará bien protegido por la policía, los agentes de seguridad privada del museo de Orsay, dos personas de mi equipo y yo mismo.

Llewellyn asintió y se inclinó hacia delante para apoyar los codos sobre la mesa.

—¿Y después de París?

—En Lyon ordenaré que lo acompañe la policía local mientras esté en público, y tendré algunos agentes apostados en el hotel en todo momento.

—¿En Aviñón?

—Lo mismo. Es una ciudad pequeña, y en esa época del año no habrá demasiados turistas. No es probable que Vulcano intente algo en París o Lyon. Supondrá que está bien protegido, pero tras un par de días haremos ver que hemos relajado la guardia, por así decirlo. Si planea llevarse el cuadro, lo hará en Aviñón, posiblemente el

martes dieciséis de enero, el día después de su última presentación.

—¿Cree que esa sería la mejor oportunidad? —le preguntó Llewellyn amargamente.

Oxby asintió.

—Yo me hago responsable de su seguridad. Estará extremadamente protegido, pero vamos a tener que hacer malabarismos porque lo importante es que la seguridad no sea evidente. —Oxby miró a Llewellyn directamente—. Habrá riesgos.

—¿Cuánto?

—Eso dependerá de Vulcano. Lo cierto es que no puedo responder a esa pregunta.

Llamaron a la puerta. Nigel Jones entró en la habitación con un cartón grande y plano que colocó en el suelo contra la pared.

—Estupendo, Jonesy, justo a tiempo —dijo Oxby, y a continuación presentó a los dos hombres—. Prometo que Jonesy aclarará parte del misterio que acabo de crear.

Llewellyn estrechó la mano de Jones con firmeza y dijo amistosamente:

—Tengo un miedo irracional a ser alcanzado por un rayo y estoy totalmente en contra de enseñar mi pintura como si fuera un boceto al carboncillo improvisado por un artista callejero de Montmartre.

—Enséñale al señor Llewellyn lo que has traído —le dijo Oxby.

Lo que Jones había llevado era una pintura que colocó en un caballete ante Llewellyn.

—¿Lo reconoce?

Llewellyn miró, sorprendido, el retrato de una mujer inclinada hacia delante que rodeaba una ristra de perlas con sus fuertes manos de campesina.

—*Mujer con rosario,* de Cézanne. Estaba en la National Gallery. ¿Qué hace aquí?

—Se lo explicaré —le contestó Jones—, pero antes quiero que me diga si ha notado algo inusual en la pintura.

Llewellyn miró con atención durante un minuto completo.

—Es muy poderosa. Sus ojos miran sus manos, pero siento que a la vez está mirándome a mí… Que va a hablarme después de decir el amen final.

—Examínela con mayor atención.

Llewellyn se inclinó hacia delante.

—Las zonas de sombra tienen una densidad inquietante, una profundidad mayor de lo que recordaba.

—Acérquese más —lo instó Jones—. Tóquelo si lo desea.

—No me parece bien tocar un lienzo.

—No se preocupe, este puede tocarlo.

Llewellyn pasó los dedos tímidamente sobre las manos de la anciana.

—¿Qué es esto?

—Una fotografía —le contestó Jones—, una elaborada a través de un proceso que incorpora películas convencionales y Polaroid. Una pintura de este tamaño puede ser reproducida con cámaras y ampliadoras equipadas con lentes de buena calidad, y las obras más grandes se reproducen con una cámara tan grande que dos hombres trabajan en el interior de su estructura. Los colores se igualan con los del original gracias a un ordenador con una precisión superior al noventa y nueve por ciento. Finalmente, se aplica una textura de pintura. Es un proceso patentado y secreto.

—¿Haré una gira por el sur de Francia, como un promotor de Hollywood, con una foto?

Oxby asintió.

—Será el protagonista de todas las noticias, atraerá toda la atención. Especialmente la de Vulcano.

—Suponga que tenemos éxito pero que Vulcano consigue traspasar su anillo de seguridad y nos encontramos cara a cara.

—En el improbable caso de que eso suceda, podrá avisarnos. Si lo desea, le proporcionaremos un arma. ¿Alguna vez has usado una?

—He cazado algunas veces, pero no he sostenido un revolver en diez años.

—¿Le dan miedo? —le preguntó Oxby.

Llewellyn negó con la cabeza.

—No, pero me vendría bien un poco de práctica.

—Haremos algo mejor que eso. Elegirá su propia arma y después pasará un día con uno de nuestros instructores.

—Todavía no he aceptado.

Oxby sonrió con confianza.

—Está haciendo todas las preguntas adecuadas.

—Tengo más. ¿Qué ocurrirá con mi pintura, la de verdad?

—Con su permiso, Alex Tobias la llevará a Aix-en-Provence. Su esposa viajará con él, pero ni siquiera ella sabrá que Alex tiene el cuadro.

—¿Quién hará la copia? ¿O eso también es secreto?

—Yo coordinaré el trabajo —respondió Jones—. Haré las fotografías, pero el producto final estará en mano de los técnicos de Cambridge, Massachusetts.

—Jonesy le llevará la copia a su casa y lo ayudará a instalarla en el marco que ahora encuadra el original —dijo Oxby.

—¿Cuándo se haría la fotografía? —preguntó Llewellyn.

—Tan pronto como regrese a Nueva York —respondió Jones.

—Quédese en mi casa, si quiere —le dijo Llewellyn—. Pasaré este fin de semana en París y el domingo conduciré hasta Fontainebleau para una reunión con los jefes de seguridad de los museos. Volveré a Nueva York el miércoles que viene.

—Esperaba que fuera. Yo también asistiré —afirmó Oxby.

—¿No están los bosques de Fontainebleau fuera de su circunscripción?

—No en este caso.

—Entonces podré sacar la foto el viernes —dijo Jones.

Llewellyn le entregó una de sus tarjetas.

—Llámeme desde el aeropuerto, enviaré a alguien a recogerlo.

—Me debes un último informe de laboratorio —añadió Oxby, dirigiéndose a Jones.

—Lo tendré listo pasado mañana. No habrá demasiadas novedades; aún estamos afinando los detalles de la fórmula del disolvente.

Oxby reaccionó con seriedad.

—Sigue intentándolo, Jonesy. Necesitamos un poco de suerte.

32

El monovolumen de Peder Aukrust estaba a cien metros de la casa de Frédéric Weisbord, en un punto cuidadosamente elegido desde el que tenía una vista clara de la propiedad y del Porsche plateado de LeToque, que estaba aparcado justo detrás de la casa. Todavía no había pasado una semana desde que había sido derrotado por LeToque y su banda. Aún tenía la mano derecha dolorida y los cortes de la palma no se habían curado por completo. Lo peor era la infección que había desarrollado en el lado derecho de la cara y en la oreja. De hecho, era tan grave que el jueves por la mañana había ido al hospital de Vallauris, donde un joven doctor le limpió las heridas meticulosamente y le cerró los cortes con veintiocho puntos. Era su tercer día de vigilancia y todavía no había encontrado un modo de atravesar su escudo protector y recuperar la pintura.

Aukrust nunca estaba seguro de quién estaba en la casa: Weisbord, LeToque, su novia o el ama de llaves. Weisbord había estado ausente tres horas, la tarde del viernes anterior, y el ama de llaves entraba y salía para hacer sus recados o, como el domingo pasado, se encaminaba en la dirección del sonido de las campanas de la iglesia del vecindario. Pero ¿y los demás? ¿Habría reclutado LeToque a alguien como Gato para reforzar la seguridad?

Aquel domingo por la tarde Aukrust había aparcado el coche bajo la frondosa copa de una enorme haya. El tiempo había cambiado; ya no hacía calor y las nubes y el viento frío hacían que la espera fuera terriblemente incómoda. Repasó una y otra vez la conversación telefónica que había tenido con Astrid, en la que lo había sorprendido al contarle que la policía lo llamaba Vulcano. Si lo conocieran lo habrían llamado Heimdall, el dios nórdico del fuego. Astrid también le había contado que un tal inspector Oxby, un hombre bajito que hacía demasiadas preguntas, estaba trabajando en el caso. Llewellyn y él asistirían a una reunión cerca de Fontainebleau cuyo propósito era aprobar un plan de seguridad para la exhibición especial de las obras de Cézanne. Aukrust se adormiló un instante e imaginó que Margueritte DeVilleurs caminaba hacia él y se detenía ante su coche. Le sonrió, pero cuando abrió la puerta para que subiera, la mujer desapareció.

Aquella tarde de lunes, diez minutos después de las cinco, el Porsche salió lentamente del camino de entrada. Aukrust enfocó al conductor con sus prismáticos. Era la chica, y estaba sola. Giró a la derecha y la siguió durante dos kilómetros hasta un centro comercial cercano. Aparcó a dos huecos de distancia del Porsche. La chica entró en una de las tiendas y reapareció varios minutos después con una bolsa de plástico y un periódico. Cuando se inclinó para meter la llave en la cerradura, Aukrust apareció a su lado.

—Deja que te ayude.

—*Non, monsieur* —respondió ella abruptamente—. *Non, merci!*

Aukrust, que llevaba puestos los guantes, le agarró la muñeca y le quitó las llaves. Sucedió en un instante.

—No te asustes —le dijo con tranquilidad—. Deja que te abra la puerta.

Y se giró para que pudiera verle la cara.

—No puedes…

La mujer se detuvo a mitad de la frase y miró fijamente el largo cuchillo que él sostenía a pocos centímetros de su garganta.

—No digas nada —gruñó, y le ordenó que subiera al asiento del pasajero mientras él se colocaba tras el volante.

Gaby comenzó a llorar.

—Aparta el cuchillo. Por favor.

Sus palabras apenas fueron audibles.

Aukrust lo colocó sobre el salpicadero, frente a él.

—Lo dejaré aquí, donde ambos podamos verlo.

—¿Qué quieres? —le preguntó.

—Quiero que llames a LeToque.

La chica se quedó en silencio. Su rostro había perdido todo el color.

—¿Fuiste con LeToque y Weisbord a Ginebra?

De nuevo guardó silencio.

—¿Fuiste? —le preguntó con mayor urgencia.

Más silencio, y después asintió.

—¿Y el señor Weisbord tiene el cuadro con él?

Asintió de nuevo.

—¿Llevó el cuadro de vuelta a su casa?

Parecía a punto de responder, pero apartó la mirada.

—¿Llevó el cuadro de vuelta?

Aukrust quería una respuesta, una respuesta precisa, pero se dio cuenta de que sus amenazas estaban asustándola. Entonces, como si de verdad le importara, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

La mujer volvió a mirarlo.

—Gaby. Es el diminutivo de Gaboriao —le respondió.

—¿Tu familia vive en Niza?

—Mi madre.

—¿Tú vives con LeToque?

—¿A ti qué te importa?

—Todo lo que esté relacionado con LeToque me importa. El señor Weisbord le pagó para que hiciera esto. —Levantó la mano y señaló las vendas que le cubrían la oreja—. Ahora Weisbord lo ha contratado para que lo proteja, pero te aseguro que no le está pagando suficiente.

—Cinco mil francos al día —dijo Gaby desafiantemente.

—La pintura que está protegiendo vale cien millones de francos.

—Es un estúpido cuadrito de un hombre con una barba negra.

—¿Lo has visto?

—Me quedé durmiendo sobre él en el coche.

—Entonces, ¿Weisbord volvió a llevarlo a su casa?

—Lo colgó en la pared sobre su cama. Creo que lo mete entre las sábanas por la noche.

Aukrust se familiarizó con el cuadro de mandos del Porsche de LeToque y puso en marcha el motor, salió marcha atrás del aparcamiento y giró en dirección a Saint Étienne, hacia un pequeño hotel junto al que habían pasado de camino al centro comercial. Había una cabina telefónica en el vestíbulo. Localizó a Frédéric Weisbord en la guía, apuntó el número y le dio a Gaby instrucciones precisas para su conversación con LeToque. Gaby marcó el número y, cuando Idi respondió, preguntó por su novio.

—Estoy con el señor Aukrust… ha llamado a la policía… porque Weisbord te mintió… ¡Es verdad que te mintió! No puede vender el cuadro… la policía estará allí muy pronto… Reúnete conmigo en el hotel Gounod… El señor Aukrust dice que debes venir aquí… Dile a Weisbord que he tenido un accidente con el coche… que debes llevarte el suyo… que estarás fuera poco tiempo… Me encontraré contigo en el hotel…

Pronunció las últimas palabras como si estuviera leyendo un guión, y leyéndolo mal. Colgó el auricular.

—No sé si irá al hotel —dijo.

Aukrust la miró fijamente.

—Irá.

Ella negó con la cabeza.

—Quería saber por qué. Tú no me lo dijiste y yo no pude contestarle.

Gaby estaba atrapada en la pequeña cabina. Hacía calor y el aire estaba cargado de su sudor y su perfume barato. Aukrust se guardó el cuchillo, la agarró del brazo y la obligó a salir de la cabina. Le dijo que esperara en el vestíbulo mientras hablaba con la mujer tras el mostrador. Regresó poco después.

—El taxi llegará pronto. Te llevará al hotel Gounod.

Le puso dinero en la mano.

—Pero me dijiste que conduciría hasta el hotel.

—He cambiado de idea.

Se dirigió a la puerta.

—Pero el coche de LeToque… ¿Qué voy a decirle?

—Acabas de decirle que has tenido un accidente. El hotel Gounod —le recordó.

Condujo el Porsche hasta el centro comercial, aparcó en una zona poco iluminada y se marchó en su propio coche.

Eran casi las ocho menos cuarto y estaba oscuro. En casa de Weisbord estaban encendidas las luces de todas las habitaciones, y también los brillantes focos de la puerta delantera. El garaje estaba abierto, pero el coche de Weisbord no estaba allí. LeToque estaría acercándose al centro de Niza. Aukrust aparcó su coche en la entrada del camino.

En la calle se oían voces. Se escuchó una puerta cerrarse y un coche se alejó a continuación. En la parte trasera de la casa había un tramo de escalones de madera que subía hasta un porche abierto que se extendía toda la anchura de la casa. Solo tuvo que subir cuatro peldaños para poder ver las ventanas de las tres habitaciones de la parte de atrás de la casa: la cocina a la derecha, el comedor en el centro, el despacho de Weisbord a la izquierda. La vista de esta última habitación estaba parcialmente bloqueada por las cortinas.

El ama de llaves llevó una bandeja con platos a la cocina y subió el volumen de un viejo televisor en blanco y negro. Las parpadeantes imágenes azuladas se reflejaban en las brillantes superficies de la cocina y en su implacable rostro. Aukrust subió los peldaños restantes hasta el porche y lo cruzó hasta la única y enorme ventana del despacho. El abogado estaba ante su escritorio, repasando unos documentos con la lámpara de la mesa y del techo encendidas. Desde donde estaba podía ver con claridad que Weisbord estaba subrayando el texto de una carta o un contrato. El humo se elevaba desde un omnipresente cigarrillo inclinado sobre el borde de un enorme cenicero.

De repente, Weisbord giró su silla y se puso en pie.

—¡Idi! —gritó— ¡Idi, maldita sea, ven aquí!

Sus gritos dieron paso a un ataque de tos, pero consiguió gritar el nombre una vez más antes de dejarse caer en su butaca.

Idi apareció en la puerta del despacho, secándose las manos en su delantal de rayas blancas y azules.

—*Oui?* —preguntó sin más, y esperó pacientemente a que remitiera la incapacitante tos del señor.

—¿Ha vuelto LeToque?

—*Non, monsieur*.

—¿Has encendido todas las luces?

—Como usted me dijo —le contestó Idi.

—Le dije que no se fuera; ese bastardo pagará por esto. Tráeme una jarra de agua —ordenó.

Weisbord salió de la vista varios segundos y volvió a su escritorio sosteniendo un tubo de plástico. Se insertó la boquilla en la nariz y la sujetó con una tira de goma elástica negra que pasó alrededor de su cabeza.

Idi regresó con una jarra de agua fresca, la puso sobre su escritorio y se llevó la jarra vacía.

Aukrust bajó los peldaños rápida y silenciosamente y se dirigió a su coche, de cuyo asiento trasero sacó su maletín médico y una larga gabardina negra. Caminó con decisión hasta la puerta delantera de Weisbord. Por su apariencia podría ser un viejo conocido con un maletín de aspecto extraño. La hora era importante; faltaban un par de minutos para las ocho.

LeToque atravesó las puertas giratorias del hotel Gounod y se detuvo delante del mostrador del conserje bajo un antiguo y ornamentado reloj. Describió a Gaby, ya que se había producido un cambio de turno, y el hombre se encogió de hombros y levantó las manos, como diciendo: «No la he visto». Entonces entró en el restaurante y estaba a punto de irrumpir en el servicio de señoras cuando Gaby corrió hasta él y lo rodeó con los brazos.

—¿Dónde está Aukrust?

—No lo sé —le dijo sin dejar de abrazarlo—. Estaba asustada. Eran sus ojos, y el modo en el que hablaba, y el cuchillo… —divagó mientras se frotaba las lágrimas y se emborronaba las mejillas con sombra de ojos azul—. Dice que Weisbord mintió al hombre de la galería de arte de Ginebra.

—El mentiroso es Aukrust —replicó LeToque, enfadado.

—Se ha llevado tu coche.

—¿Llamó a la policía? ¿Lo escuchaste hacerlo?

—No —dijo Gaby con su vocecilla asustada.

Aukrust volvió a llamar con la aldaba de cabeza de león. La puerta se abrió veinte centímetros, todo lo que permitía la gruesa cadena. Se quedó a la luz y saludó al ama de llaves con su sonrisa más encantadora.

—Hola de nuevo. He vuelto para saludar a mi viejo amigo. ¿Está en casa el señor Weisbord?

Idi miró al corpulento hombre, que le devolvió la mirada con simpatía. Quería que le sonriera, que no tuviera miedo.

—Supongo que recuerda que estuve aquí, ¿cuándo fue? El martes, por supuesto; usted estaba sacando los cubos de basura.

La mujer hizo una pausa antes de asentir.

—Lo recuerdo.

—Me marcho mañana y tengo esta tarde libre, así que he venido otra vez para sorprender a Freddy.

La cadena era fuerte, y la puerta maciza. Podría golpearla una vez, quizá dos, pero no estaba seguro de poder romperla. Dio un golpecito a su maletín de cuero.

—Traigo una botella de su vino favorito.

Los ojos de Idi se posaron en la bolsa antes de moverse lentamente hasta su rostro y detenerse para inspeccionar las vendas de su oreja. El hombre giró la cabeza, con la sonrisa congelada.

LeToque empujó a Gaby hasta las puertas giratorias del hotel y, cuando estuvieron en la calle, comenzó a correr.

—¡Date prisa! —gritó—. Va a por el cuadro.

Una tenue sonrisa apareció en el plácido rostro de Idi. Cerró la puerta, quitó la cadena y volvió a abrir. Aukrust inclinó la cabeza con muda gratitud y entró al vestíbulo. Una escalera a la derecha se curvaba hasta la segunda planta. Tras la escalera, el pasillo se extendía hasta el comedor, que tenía una puerta a la izquierda que debía conducir a la cocina y otra a la derecha que guiaría al despacho de Weisbord.

Se llevó dos dedos a los labios para pedir al ama de llaves que participara en la sorpresa y susurró:

—¿Dónde puedo encontrarlo? Le prometo que no lo asustaré.

Idi le hizo un ademán para que la siguiera y le señaló una puerta que estaba a poca distancia, en el pasillo.

—Está ahí.

—¿Y esa es la cocina? —le preguntó Peder. Ella asintió—. ¿Ahí es donde estará usted?

La mujer asintió de nuevo.

—Les llevaré copas si quieren probar el vino.

Aukrust se detuvo junto a la puerta del despacho y esperó,

sonriendo, a que Idi entrara en la cocina.

Vuelve con tu maldito televisor, pensó.

Se quedó junto a la puerta hasta que escuchó música y voces procedentes de la televisión. Entonces volvió al vestíbulo y subió a la segunda planta.

Durante las horas en las que había mantenido la casa bajo vigilancia, Aukrust se había imaginado el tamaño y propósito de cada habitación. Había supuesto correctamente que el dormitorio de Weisbord era la habitación central de la parte delantera de la casa. Tanteó la pared, buscando un interruptor. Una única bombilla en un plafón del techo iluminó una colección de muebles macizos, incluyendo una amplia cama flanqueada por dos mesitas de noche. Como Gaby le había dicho, el retrato estaba colgado sobre la cama, seguramente del mismo clavo que había sostenido un crucifijo mientras Cécile vivía. Colocó la pintura boca abajo sobre la cama, retiró el grueso papel protector y quitó los cuatro tornillos que sostenían el bastidor y el lienzo en el marco. Envolvió la obra con su gabardina, metió el marco bajo la cama, apagó la luz y regresó al pasillo de la primera planta. Todo seguía igual que siete minutos antes, aunque el televisor parecía tener más volumen.

Peder giró lentamente el pomo de la puerta del despacho y se apoyó contra ella hasta que se abrió varios centímetros. Los únicos sonidos de la habitación eran un suave susurro de papeles y la ocasional erupción de jadeos de Weisbord. Abrió más la puerta, lo suficiente para ver al anciano de perfil, aun encorvado sobre su trabajo. Entró en la habitación y cerró la puerta. Se agachó y avanzó, de espaldas a una hilera de estanterías, hacia el abogado. Podía oír el suave silbido del oxígeno al atravesar la válvula de la bombona.

Un metro más y podría tocar el regulador del flujo de oxígeno. Se puso un par de guantes de algodón y se arrodilló junto a la bombona. El calibrador del regulador estaba fijado en el dos de una escala que iba del uno al ocho; lo giró hasta el ocho. Weisbord empezó a recibir un flujo máximo de oxígeno, una condición aparentemente aceptable que, sin embargo, provocaría una disminución de la respiración y un incremento de la retención de dióxido de carbono. Como Weisbord aún no había llegado a un punto crítico con su enfisema, la infusión rica en oxígeno que estaba recibiendo lo sumiría en una euforia momentánea seguida de somnolencia.

Aukrust abrió su bolsa y sacó un cilindro verde del tamaño de una bombona de oxígeno portátil. Pero, en lugar de oxígeno, el

cilindro sin marcas contenía nitrógeno.

LeToque encendió los faros. A continuación pisó con fuerza el acelerador, viró a la izquierda y golpeó de refilón un coche que avanzaba en dirección contraria. La calle se llenó de un brillante confeti de cristal y cromo. LeToque frenó y salió rápidamente del coche para descubrir que había un agujero donde había estado el faro delantero izquierdo, pero al parecer el radiador no había sufrido daños. El otro conductor se apeó furiosamente para quejarse, pero el matón lo apartó de un empujón, entró en el coche y se alejó conduciendo. Eran las ocho y veintiuna.

Weisbord se había derrumbado hacia atrás en su silla. Estaba esforzándose por mantenerse despierto y era ligeramente consciente de que los tubos se habían soltado. Torpemente, volvió a meterse la cánula en la nariz y miró con perezoso desconcierto el tubo que serpenteaba sobre su estómago y por sus piernas. Cuando su cabeza se hundió sobre su pecho, señalando que se había quedado dormido, Aukrust quitó el tubo de plástico del suministro de oxígeno y lo insertó en el cilindro de nitrógeno.

Abrió la válvula para enviar nitrógeno a los debilitados pulmones de Weisbord. Tras noventa segundos de nitrógeno puro, la acumulación de dióxido de carbono ya sería peligrosa. La toma continuada de nitrógeno provocaría cianosis: su piel se volvería azul y moriría.

LeToque se libró del obstruido tráfico de la ciudad. El conservador sedán de Weisbord carecía de la potencia del Porsche de LeToque, y maldijo al inesperado tráfico que retrasaba su avance. Giró en el Boulevard Gambetta, al sur del distrito de Saint Étienne.

—¿Cuánto queda? —le preguntó Gaby.

—Cinco minutos, sin estos putos coches.

Weisbord estaba muerto. Para decirlo sencillamente, se había asfixiado. Aukrust lo levantó como si no fuera más que el cadáver de un niño y lo colocó en la enorme butaca, donde Frédéric Weisbord había quedado reducido a una insignificancia final. Entonces volvió a colocar el tubo en la bombona de oxígeno.

Levantó el teléfono y llamó a la policía.

—Llamo desde la casa del señor Frédéric Weisbord. Ha tenido un grave ataque de su enfermedad pulmonar y no le encuentro pulso, pero yo no soy médico. ¿Podría enviar una ambulancia? —Dio la dirección y después, como respuesta a una pregunta, dijo—: Un amigo.

Entonces colgó, se quitó los guantes y se los guardó en un bolsillo.

Aukrust siguió el sonido de la televisión hasta la cocina, donde, mostrando un gran nerviosismo, pidió a Idi que fuera al despacho.

—He llamado a la policía… Ha sido terrible. Estábamos hablando, se había alegrado mucho de verme. Entonces empezó a toser y tuvo un ataque espantoso. Me sorprende que usted no lo oyera.

—No, tenía la televisión encendida. Como él siempre tose…

Lo dijo como si nada de aquello importara: ni lo que ella dijera, ni lo que acababa de decirle el hombre que había ido a sorprender al señor Weisbord, ni siquiera que el señor Weisbord hubiera sufrido un ataque letal.

—Se ha muerto —dijo con total sencillez.

Aukrust hizo un ademán de impotencia.

—Estaba a punto de abrir el vino. Como le he dicho, era su favorito. —Pasó el pañuelo por la botella, como para hacer de ella un regalo más presentable, y la dejó sobre la mesa—. Quédesela usted.

Cogió su gabardina y su bolsa, examinó por última vez el despacho y a continuación pasó junto al ama de llaves y salió por la puerta delantera. Corrió hasta su coche; cuando llegó, eran las ocho y cuarenta y uno.

Una sirena se oyó a lo lejos, y después otra, el rebuzno bitonal de un coche de policía. Su sonido era cada vez más claro. Las luces del resto de casas de la calle se encendieron. Poco después aparecieron unas luces parpadeantes y una ambulancia se adentró en el camino de acceso seguida de un coche de policía.

Otro coche se acercó lentamente. Aukrust lo reconoció, era el de Weisbord. Pasó de largo y después aceleró y desapareció.

33

La reunión de jefes de seguridad iba a celebrarse en Blois, en el valle del Loira, cerca de Amboise, pero finalmente se organizó discretamente en un lugar en la zona de Fontainebleau, a sesenta kilómetros al suroeste de París. Aquello provocaba en Oxby emociones encontradas, porque se vería obligado a regresar a un lugar que albergaba para él unos recuerdos tan dulces como tristes. El domingo condujo desde el aeropuerto de Orly al pequeño pueblo de Nemours, junto al río Loing, y se registró en el mismo hotel donde su esposa Miriam y él habían pasado un difícil fin de semana después de que le diagnosticaran una leucemia linfoide aguda.

En una habitación con vistas a los tejados rojos y al río, revivió aquellos primeros minutos en los que Miriam y él se quedaron por fin solos. Ella le dijo que no se le daba bien ser valiente, pero Oxby nunca había conocido a alguien que mostrara tal coraje. Y lo hizo cada día durante casi seis meses, hasta que una tarde sus ojos se cerraron por última vez. Solo, en aquella habitación llena de recuerdos, notó que la paz volvía a su interior, un consuelo forjado por el amor que sentía por Miriam y el que ella sentía por él.

El martes por la tarde condujo hasta Bois-le-Roi, un pequeño pueblo en el límite del bosque de Fontainebleau. La Posada Napoleón estaba a ocho kilómetros de allí, en la linde del bosque de doscientos kilómetros cuadrados. Cuando giró en el sendero cubierto de grava y se detuvo junto a la original posada, un edificio de varias plantas con fachada de madera salpicada de zonas de estuco, ya era última hora de la tarde. Junto a esta construcción había un edificio bajo con una hilera de puertas y ventanas que imitaba el estilo de un viejo motel de carretera. Más allá había una estructura cuadrada con cúpula bulbosa y un largo porche en el que estaban apiladas varias sillas metálicas de jardín. Un tosco letrero decía: «Salle de Conferences». Quien hubiera elegido aquel sitio de reunión lo había hecho estupendamente, porque la Posada Napoleón era triste y poco atractiva, pero estaba magníficamente oculta.

Oxby aparcó su coche junto a los demás y cogió su bolsa del asiento trasero. Un hombre salió de la posada y caminó hacia él.

Conocía a Félix Lemieux, aunque no demasiado bien. Habían asistido a otras conferencias juntos, y habían hablado por teléfono o por carta alguna vez. El jefe de seguridad del Louvre era bajito, incluso más que Oxby.

—Inspector, me alegro de verlo —lo saludó el hombrecillo.

Oxby asintió, le ofreció la mano y contestó en un impecable francés:

—*Comment-allez vous, monsieur Lemieux?*

—Muy bien, gracias —le contestó Lemieux en inglés, una cortesía rara en él. El diminuto hombre que supervisaría la seguridad de la retrospectiva de Cézanne siguió hablando en inglés con una sonrisita en la cara—. La señora LeBorgne ha llegado pronto. ¿La conoce?

—Somos viejos amigos —afirmó Oxby, y soltó su bolsa.

Un año antes, Mirella LeBorgne había sido nombrada directora de la Reunión de Museos Nacionales. A Oxby le había sorprendido aquel nombramiento y había pensado que encajaba mejor como profesora de Historia del Arte que como jefa de una agencia conocida por sus recurrentes disputas internas.

—Pensé que enviaría a alguien de su equipo.

—Insistió en venir personalmente para que la convenzamos de que la seguridad será férrea —le contestó Lemieux—. Si no lo es, la exposición no abrirá.

—No la culpo —dijo Oxby.

—Y yo no puedo prometer que la seguridad sea impenetrable, no del modo que ella espera. Es imposible.

—Con suerte, quien está haciendo todo este daño cometerá un error y será atrapado antes de que comience la exposición.

—¿Lo cree posible?

—Sí. Y usted podría ayudar a ello convenciendo a Mirella LeBorgne de que tiene un plan de seguridad bestial y consiguiendo que la prensa haga que el Granet parezca una maldita fortaleza.

Lemieux parecía perplejo.

—Creo que no lo comprendo.

Oxby se inclinó para coger su bolsa.

—Se enterará de todo cuando llegue el momento; le prometo que lo trataré en privado con usted.

Un joven con barba y con un delantal de rayas salió de la posada. Asintió educadamente y cogió la bolsa de Oxby.

—Soy Paul Rougeron —dijo el hombre—. Le doy la bienvenida en nombre de mi familia, propietaria de la posada. Usted es…

—El señor Oxby —dijo Lemieux amablemente—. Los Rougeron

quieren restaurar la posada y volver a convertirla en un pabellón de caza.

—Es un proceso lento —dijo con pesar Rougeron. Señaló el edificio que parecía un motel—. Su habitación está allí. Es la primera de la izquierda, si le parece bien.

Oxby asintió.

—Estupendo —dijo, y a continuación se dirigió a Lemieux—. Estoy ansioso por saber quién vendrá.

—Seremos once.

Le entregó a Oxby un sobre.

El inspector sacó una lista impresa y examinó los nombres. Evan Tippett, de la National Gallery de Londres, no estaba incluido.

—Tippett no viene, según veo.

Lemieux puso los ojos en blanco.

—Por favor, inspector, espero que no se ofenda, pero no tenemos tiempo para escuchar los discursos de Tippett sobre su último fetiche. —Giró sobre sus talones abruptamente y se dirigió a la posada—. Tomemos un trago.

La habitación de Oxby estaba amueblada con sencillez e iluminada por una única bombilla que colgaba del techo. La cama estaba hundida por el centro y a la pequeña cómoda le faltaba el cajón inferior. Afortunadamente, el baño tenía todo lo necesario y parecía estar en buen estado.

—Es muy sencilla, lo siento —le dijo Rougeron—, pero vuelva dentro de un año. Entonces será de lujo.

Sonrió y le dejó a Oxby una botella de agua mineral antes de salir en dirección a la cocina.

El inspector sacó su ropa y sus carpetas. Había una única silla en la habitación, una frágil silla de madera con el asiento de mimbre. La colocó junto a la ventana, donde había una luz mejor y desde donde podría apoyar los pies sobre la cama. Puso la lista de los miembros del consejo de seguridad sobre su regazo y comenzó a grabar cada nombre y título en su memoria.

Reunión del Consejo de Seguridad
Participantes:
Museo del Louvre, París
Félix Lemieux, director y coordinador de seguridad
Reunión de Museos Nacionales, París
Mirella LeBorgne, directora ejecutiva
André Lachaud, subdirector ejecutivo
Dirección general de la Policía Judicial, París

Henri Trama, comisario principal
Museo de Arte Metropolitano, ciudad de Nueva York
Curtis Berrien, jefe de la oficina de registro
Charles Pourville, conservador adjunto
Edwin Llewellyn, consejero
Museo Granet, Aix-en-Provence
Gustave Bilodeau, director gerente
Marc Daguin, conservador adjunto y director de seguridad
Policía Metropolitana, New Scotland Yard, Londres
John L. Oxby, inspector jefe
Interpol, sede mundial, Lyon
Samuel Turner, investigador, división policial, unidad de delitos

Se quedó inmóvil, con los ojos cerrados, para concentrarse profundamente. De repente, el silencio fue interrumpido por el ruido de un automóvil que se detuvo en el patio junto a su ventana. La fuente del jaleo era el amortiguador roto de un Oldsmobile dorado de antigüedad indefinida y cubierto de polvo. Sentada junto al conductor había una mujer rubia que Oxby reconoció inmediatamente como Astrid Haraldsen. Edwin Llewellyn salió del asiento trasero y estiró las piernas y los brazos. Astrid y el conductor también bajaron del coche. El chófer era un hombre delgado ataviado con vaqueros azules y jersey que miró la posada Napoleón con el ojo escéptico de un inspector de la guía Michelin. Paul Rougeron acudió para ayudarlos con el equipaje y asignarles sus habitaciones.

Dos coches más llegaron en rápida sucesión. Oxby dedujo que en el primero iban Gustave Bilodeau y Marc Daguin, ya que su Renault de cinco años tenía matrícula de la Provenza. En el segundo coche iba Curtis Berrien, a quien Oxby apenas conocía. A las seis y media, el inspector ya había puesto una marca roja junto a cada nombre de la lista del consejo de seguridad. Había añadido a Astrid Haraldsen y le quedaba por descubrir quién era el propietario del Oldsmobile dorado.

Aunque había once nombres en la lista de Lemieux, parecía que todos habían traído a un ayudante, a un amigo o, en el caso de Llewellyn, a uno de cada. Oxby contó treinta asistentes y también descubrió que el conductor de lo que resultó ser un Oldsmobile de 1978 era Scooter Albany, que había sido invitado, gracias a Llewellyn, para grabar algunas imágenes para un especial de televisión acerca de la retrospectiva de Cézanne tras las bambalinas. Scooter encontró el bar inmediatamente y comenzó a demostrar su

habilidad para mantener varias conversaciones a la vez mientras escribía notas con una mano y sostenía una bebida perpetuamente llena en la otra.

La cena de la primera noche fue un buffet y todos se relacionaron informalmente. Oxby se movió entre los miembros del consejo, presentándose ante los que no conocía y deteniéndose para charlar un poco más con los que sí. Se reservó el grupo de Llewellyn para el final, y allí encontró a Sam Turner intentando convencer a Astrid de que no comprendería el verdadero espíritu de Norteamérica hasta que hubiera asistido al rodeo de Calgary. Aquel era el tercer año de su segundo periodo con la Interpol y estaba ansioso por volver a la Policía Montada de Canadá antes de ser demasiado viejo para recuperar su carrera profesional. Llewellyn le preguntó cuántos agentes de la Interpol habían sido asignados al caso.

Turner negó con la cabeza.

—Me temo que es usted una víctima de las novelas de detectives mal documentadas. Nos confunden con una especie de fuerza policial supranacional, como si nos dedicáramos a perseguir ladrones. No hacemos eso. Reunimos información sobre tráfico de drogas o terrorismo o la destrucción de los retratos de Cézanne, pero solo cuando es un delito que cruza las fronteras internacionales. Procesamos los datos y los enviamos a las autoridades policiales de los países que son miembros de la Interpol.

—Pero ¿cómo es que está aquí como miembro del consejo de seguridad? —le preguntó Llewellyn.

—Porque Félix Lemieux pidió al secretario general que asignara a alguien y yo recibí el encargo. No me importa jugar a los policías si con eso conseguimos atrapar a Vulcano, pero ese es el trabajo del director —dijo, y señaló a Oxby con la cabeza—.Venga a verme el jueves por la tarde. Le enseñaré cómo trabaja la Interpol.

—No puedo —dijo Llewellyn con verdadera decepción—. Tengo que volver a Nueva York.

Oxby se dirigió a Astrid.

—¿Usted también regresará a Nueva York?

Ella evitó responder durante varios segundos y después, con una ligera sonrisa, dijo:

—Me temo que mis clientes me han pedido que me quede en París para visitar un par de tiendas.

Parecía verdaderamente molesta, como si un viaje de compras a París con todos los gastos pagados fuera una inconveniencia.

El martes, André Lachaud y Curtis Berrien hicieron las presentaciones y pasaron la mayor parte del tiempo discutiendo en grupo los gastos y la logística de una exhibición importante y las complicaciones relacionadas con la contratación de un seguro adecuado que cubriera incendios, daños en la manipulación y en la exposición de las valiosas obras de arte y la mayor parte de la responsabilidad.

El miércoles por la mañana, Scooter Albany llevó a Llewellyn al aeropuerto Charles de Gaulle y después condujo hasta el centro de París para dejar a Astrid en el hotel Vieux Marais, en la rue Plâtre. Una berlina gris siguió al Oldsmobile desde el aeropuerto hasta la ciudad y aparcó a una distancia prudente del hotel mientras Scooter llevaba la maleta de Astrid hasta el vestíbulo, regresaba a su Olds dorado y comenzaba su viaje de vuelta a Fontainebleau. Un joven con barba y piel oscura, vestido con vaqueros y una chaqueta verde, salió del coche y entró en el hotel. Después de hablar con el conserje del mostrador, volvió a su coche.

Scooter regresó a la Posada Napoleón poco después de las once y grabó una entrevista con Henri Trama, el comisario principal de la Policía Judicial. El comisario era un hombre de unos cincuenta años y cabello oscuro, profundos ojos azules, cejas gruesas y una exquisita nariz aquilina que garantizaba su origen francés. Trama dirigía un equipo especial de investigadores del Ministerio de Asuntos Interiores francés, y era el responsable de recuperar las obras de arte y antigüedades robadas y de perseguir a los ladrones, estafadores, falsificadores y, de vez en cuando, asesinos. A pesar de su impresionante fama mundial, Trama era a veces un patán taciturno y ofensivo.

Durante el almuerzo, Gustave Bilodeau hizo una breve presentación en la que alabó «la amable cooperación que hemos recibido de todos los museos y coleccionistas privados que han accedido al préstamo de sus valiosos cézannes para la retrospectiva. Mi equipo, que continúa trabajando diligentemente para convertir esto en una memorable celebración en honor de un gran artista, está deseando que llegue el diecinueve de enero».

—Habrá una subasta en Ginebra en diciembre —continuó Bilodeau— en la que saldrá a la venta el autorretrato de DeVilleurs. La señora DeVilleurs aceptó nuestra oferta de compra, pero su difunto esposo especificó exigencias inaceptables en su voluntad respecto a la venta de las obras de la colección. Sin embargo, la voluntad está siendo enérgicamente recurrida y tenemos la esperanza de que el autorretrato sea vendido a nuestro museo. Es

nuestro sueño que el retrato ocupe un lugar de honor cuando la retrospectiva se ponga en marcha.

El primero en hablar en la sesión de la última tarde fue Sam Turner. Su presentación fue breve y provocó escalofríos entre los integrantes del grupo, sobre todo sus vívidas descripciones de las fotografías del antes y después de la defunción, tal como lo llamó, de los retratos.

—Hemos introducido en nuestros ordenadores toda la información que hemos recibido sobre esas pinturas. A partir de estos datos esperamos encontrar similitudes entre lo que ocurrió en San Petersburgo, Londres, Surrey y Boston. Os enviaremos la conclusión en lo que llamamos hojas de modus operandi; estamos repartiéndoos un ejemplo de las mismas. En el pasado hemos conseguido dar con algunos terroristas, pero me temo que los terroristas dejan más rastros que Vulcano. Normalmente envían advertencias y la mayoría se identifica con una causa o un grupo del que ya tenemos información. Es por eso que os pido que me envíes cualquier detalle que encontréis, sin importar lo insignificante que parezca.

A las dos, Félix Lemieux presentó el plan de seguridad que su equipo del Louvre había desarrollado con la ayuda de sus viejos amigos del servicio secreto francés. Los detalles estaban en dieciséis páginas impresas en el interior de una carpeta negra. Cada miembro del consejo recibió una copia numerada y firmó una declaración reconociendo que la información era confidencial y que debía mantenerse en secreto. Lemieux se detuvo junto a un caballete en el que colocó gráficos y fotografías: un detallado mapa callejero de Aix-en-Provence, el trazado de las dos plantas de exposiciones del Granet y fotografías del interior y exterior de la iglesia del siglo XIII de Saint-Jean-de-Malte, que limitaba con el Granet y era un sitio ideal por el que entraría alguien que preparara un ataque al museo.

—Apostaremos un equipo de vigilancia especial en el interior de la iglesia, vestido con ropa de sacerdotes, con conocimientos clericales rudimentarios y equipados con teléfonos móviles. —En la presentación de Lemieux estaban incluidos los diagramas de los circuitos cerrados de televisión que habían sido instalados en el Granet un año anterior, y láminas adicionales para mostrar las mejoras que habían planeado—. Desafortunadamente, no nos han garantizado la instalación de estos cambios hasta el día uno de febrero, y por tanto emplearemos guardias de refuerzo hasta que el nuevo sistema esté totalmente operativo.

Lemieux terminó diciendo que un pequeño ejército podría, con

el uso de la fuerza y de armas, penetrar los anillos de protección que se habían ideado, pero que sería imposible para una o dos personas traspasarlos sin ser detectados. El consenso en la mesa era que la estrategia de Lemieux era una imaginativa combinación de personal y tecnología.

La presentación de Lemieux preparó el escenario a Mirella LeBorgne que, como Oxby bien sabía, era una mezcla de erudita, profesora y oradora. Era una mujer atractiva, aunque no guapa, de cincuenta y tres años, alta y sobria, pero con un rostro abierto y expresivo que irradiaba un inmediato encanto.

—¡Santo cielo! —Esas fueron sus primeras palabras, pronunciadas con una sonrisa y una evidente consternación—. Sabéis que rara vez me quedo sin palabras, pero en este preciso momento no sé qué decir. Veréis, tengo… Tenemos que tomar una decisión tremendamente importante y, aunque algunos de vosotros ya habéis tomado la vuestra y pensáis que la retrospectiva debe abrir según lo planeado, yo no he llegado a esa conclusión, al menos no todavía. Si la exposición se inaugura y una de las obras es destruida o resulta dañada, nunca me lo perdonaría, ni lo harían millones de personas, ni lo haríais vosotros. La pregunta que estoy intentando contestar es esta: ¿conseguirá traspasar Vulcano todas las medidas de seguridad de Félix Lemieux y hacer lo impensable de nuevo? Estoy aquí para escuchar y os invito a hablar.

Oxby pidió la palabra.

—Sé que se enfrenta a una decisión difícil; sin embargo, le insto encarecidamente a que diga que sí. ¿Me permite explicarle el motivo?

Mirella LeBorgne sonrió.

—Por supuesto.

—La razón tras la destrucción de los retratos es elevar los precios de todas las obras de Cézanne. Ahora llega la retrospectiva, que viene que ni pintada para mandar el interés por las pinturas de Cézanne hasta la estratosfera y hacer salir a un nuevo grupo de coleccionistas que esperan conseguir un cézanne antes de que los precios desaparezcan totalmente de la vista. Lo único que me preocupa sobre Vulcano y sus colegas es si tienen o no un inventario de Cézanne y si están planeando hacerse con una o dos obras de aquí al diecinueve de enero. No intentarán entrar en el Granet; saben que este grupo pondrá una cortina impenetrable alrededor del museo y tendrán la confirmación de ese hecho cuando el programa de Félix salga publicado en la prensa. De hecho, acordarán que el lugar más seguro para una obra de Cézanne será la

pared del Granet a partir del próximo enero. Sin embargo, hasta que llegue esa fecha, todos los cézannes están en peligro y los más vulnerables son los autorretratos.

—Sabemos dónde está cada uno de ellos —contestó Lemieux—. Deberían descolgarlos de la pared y ponerlos a buen recaudo.

—Si hacemos eso no atraparemos a Vulcano.

—¿Cuál es tu plan? —le preguntó Sam Turner.

—Hacer salir a Vulcano antes del diecinueve de enero. Y podríamos conseguirlo creando una situación tan tentadora que no pudiera resistirse. —Oxby hizo una pausa—. Edwin Llewellyn, que estuvo con nosotros antes, ha accedido a viajar de París a Aix-en-Provence con su ahora famoso autorretrato de Cézanne. Mostrará la obra en público como demostración de su profundo interés por el éxito de la retrospectiva. Le he dicho al señor Llewellyn que se convertirá en una especie de señuelo, una idea que no ha agradado especialmente a mi nuevo amigo.

El comentario arrancó algunas risas, aunque no la de Henri Trama, que se puso en pie y dirigió una fría mirada a Oxby.

—¿Quién protegerá al señor Llewellyn, inspector?

—He preparado personalmente algunas medidas de seguridad, Henri —dijo Oxby respetuosamente—, y voy a solicitar una ayuda extra a tu departamento.

—No puedo aprobarlo —dijo con rapidez, quizá enfadado.

Oxby continuó:

—Oficialmente, estaré de baja en Yard durante el viaje del señor Llewellyn y lo mantendré bajo una estrecha vigilancia en todo momento.

—¿Estás seguro de que Vulcano morderá el anzuelo del señor Llewellyn? —le preguntó la señora LeBorgne.

—Las apuestas están igualadas —contestó Oxby.

Scooter Albany estaba tirado en una butaca fuera de la sala de reunión, con un brazo caído por el lateral y un vaso vacío en la mano. Cuando los miembros del consejo salieron, se puso en pie y merodeó alrededor de Oxby mientras el detective intercambiaba unas últimas palabras con Mirella LeBorgne y Félix Lemieux.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó Scooter cuando se quedaron solos.

—Más o menos como esperaba —le contestó Oxby—. Te invito a un trago.

Scooter sonrió de oreja a oreja.

Se sentaron en el bar junto a la ventana.

—¿El espectáculo sigue adelante o no? —le preguntó Scooter crípticamente.

—Sigue —dijo Oxby con entusiasmo—. Félix ha hecho una buena planificación y tú podrías ayudar a mejorarla aún más.

—¿Yo? —Se rió—. Yo no sé nada sobre seguridad, excepto cómo saltármela para conseguir una noticia.

—Pero eres bueno escribiendo historias y llevándolas a la televisión. Ahora tengo una historia distinta. Supón que tienes la oportunidad de viajar con Edwin Llewellyn de París a Aix, y supón que vais a llevar con vosotros su cézanne, y supón además que puedes grabar el viaje y enviar resúmenes nocturnos a tus contactos de la televisión. ¿Te interesaría?

—Puedes apostar tu culo a que sí. —Scooter vació la mitad de un vodka doble y después preguntó—: ¿Por qué yo?

—Porque Llewellyn y tú sois amigos, y porque a él le gusta tu Olds dorado.

Scooter vació la segunda mitad de su vaso y se puso en pie.

—Necesito otra ronda.

Se giró para ir al bar mientras Sam Turner se acercaba a la mesa.

—¿Te importa si te robo un par de minutos?

Oxby señaló una silla.

—¿Qué te ha parecido la reunión?

—No ha estado mal. Lemieux ha hecho un buen trabajo y Mirella LeBorgne es un encanto, pero tu pequeño bombazo ha sido una sorpresa. Si se la juegas a Llewellyn del modo que has descrito, podría terminar bastante muerto. Trama no aceptará algo así ni de coña.

Oxby negó con la cabeza.

—Esperaba que mostrara algún entusiasmo, pero ha estado a punto de congelar el aire. Es evidente que quiere atrapar a Vulcano sin que nadie lo ayude.

—Entonces, ¿quién protegerá a Llewellyn?

—Conseguiré ayuda en París, aunque no sea la de Trama. Y en Lyon. No tengo contactos en Aviñón, pero tendré a mi propio equipo.

—Eres de Scotland Yard, Jack, no de una jodida rama de la judicial francesa.

—Sam, no quiero desperdiciar esta oportunidad. —Miró a Turner directamente—. Podría necesitar tu ayuda.

—Se supone que tú no deberías llevar armas, y se supone que yo no debería perseguir gente… Por lo demás, hacemos un equipo de

puta madre. —Asintió—. Haré lo que pueda.

Scooter volvió con otro doble, aunque ya faltaba la mitad.

—¿Alguien quiere un trago? Yo invito.

—Vamos a dejarlo para otro momento, pero no lo olvides —le dijo Turner, y a continuación se dirigió a Oxby—. Y tú no olvides que dentro de diez días tienes que venir a Lyon.

34

En París hacía demasiado calor para aquella época del año, así que las mesas de la terraza de la cafetería junto al hotel Vieux Marais estaban llenas. Astrid estaba cerca de una ventana abierta, mirando el tráfico de mediodía de la rue Plâtre. El teléfono sonó. Era Peder.

—¿Diga? —respondió.

—¿Qué ves?

—En una mesa de la terraza veo al mismo hombre que me siguió ayer hasta el hotel.

—¿Estás segura?

—Es el hombre con barba. Lleva un jersey y una chaqueta verde con algo en la parte posterior que no puedo distinguir.

—¿Está solo?

—Eso creo.

—Entra en la cafetería y pide una copa de vino y algo para comer. Llámame desde el teléfono público del interior y dime si está solo.

—Peder, ¿por qué están siguiéndome? —Su voz se desdibujó.

—Quieren saber por qué estás en París. Creen que vas a quedar con alguien.

—¿Quién lo cree?

—Oxby. Es muy concienzudo. Todos los buenos lo son.

Le dio su número de teléfono y le pidió que lo repitiera. Aquello fue todo.

No había mesas vacías, así que Astrid tuvo que compartir una con una mujer rechoncha y agradable que estaba totalmente concentrada en la escritura de varias postales para sus amigos de Waterloo, Iowa. También estaba ansiosa por contarle a cualquiera que quisiera escuchar que aquel era su primer viaje a París.

—Es justo como siempre había soñado que sería —parloteó.

Astrid asintió educadamente, como si no la entendiera.

La mujer, que parecía avergonzada, volvió a su correspondencia.

Astrid usó el poco francés que sabía para pedir una copa de vino blanco y señalar el sándwich que quería del menú. El hombre de la chaqueta verde estaba sentado a tres mesas de distancia. Había puesto una revista sobre la mesa junto a su café y de vez en cuando

miraba su reloj, como si esperara impacientemente a un amigo que llega tarde.

La joven dio un bocado a su sándwich y a continuación se levantó y dijo a la mujer en un extraño francés que volvería en un momento. La mujer inclinó la cabeza y sonrió como si lo hubiera entendido perfectamente.

Astrid buscó el teléfono público.

—Dime qué hago.

Sostuvo el teléfono con fuerza contra su oreja y escuchó con atención. Volvió a la mesa y se quedó allí, mordisqueando el sándwich y sorbiendo el vino. Después de diez minutos exactos, pagó la comida y salió a la acera. La cafetería estaba en la intersección de la rue du Temple con la rue Plâtre, como Peder le había dicho. Giró a la derecha y caminó dos calles. Frente a ella y a la izquierda había una esfera que señalaba la entrada del metro. Cruzó la calle y se detuvo junto a un escaparate lleno de flores artificiales. Volvió a mirar en dirección a la rue du Temple. El tipo de la chaqueta verde también se había detenido.

Caminó más rápido. En la entrada del metro, tras bajar algunos escalones, había un quiosco de prensa; caminó hasta él y miró una hilera de revistas. Después se acercó de nuevo a los peldaños, vio al tipo de la chaqueta verde avanzando hacia ella, bajó rápidamente hacia los trenes, pagó un billete y siguió las señales hasta Mairie des Lilas. Caminó hasta el final de la plataforma.

El andén estaba bien iluminado y podía examinar los rostros de todos los que esperaban al siguiente tren. Había una mujer con un bebé sentada en uno de los bancos, en cuyo extremo estaba también sentado un anciano encorvado sobre una bolsa de la compra. Un tren se acercaba, empujando el aire y provocando que algunos trozos de papel subieran volando desde las vías hasta la plataforma.

En la parte de atrás de la chaqueta verde ponía «Detroit Lions». Astrid buscó entre los rostros a su alrededor.

—¿Peder? —preguntó en un susurro asustado que solo ella pudo oír—. ¡No te veo!

El sonido aumentó hasta casi explotar sobre el andén cuando el tren entró en la estación. Se escuchó un grito, más fuerte incluso que el silbido del aire y los frenos del tren. El hombre de la chaqueta verde rebotó contra el lateral del primer vagón y su cuerpo cayó sobre la plataforma con fuerza suficiente para girar varias veces antes de detenerse contra las patas de un banco. Había una imagen congelada, como sacada de una película de miedo, que Astrid jamás olvidaría: el terror en el rostro del hombre, sus brazos

extendidos en un desenfrenado intento por salvarse.

El anciano de la bolsa de la compra cogió a Astrid por el brazo y la alejó de la multitud que bajaba del tren y se reunía alrededor del hombre, que yacía laxo e inmóvil. Subieron hasta la calle, donde Peder tiró la bolsa en un contenedor de basura y se guardó la boina que había llevado puesta en el bolsillo.

35

Dos paneles luminosos flotaban sobre el autorretrato de Llewellyn. Habían sacado la pintura de su marco y la habían fijado a un caballete, pero no descuidadamente; Nigel Jones se había ayudado de un nivel para asegurarse de que la superficie pintada quedaba totalmente perpendicular. Bajo la obra había colocado una estrecha tira de colores: amarillo, rojo, azul y negro. «Colores de referencia», había dicho Jones sin más explicación. La cámara era una Sinar 8 x 10. La película era Ektachrome 64T, una película de calidad profesional colocada sobre chasis. Había veinte. Los cuatro focos eran lámparas de tungsteno de 3200 K con reflectores de aluminio. La cámara estaba montada sobre un trípode de patas gruesas y había sido ajustada de modo que el centro de la lente Schneider de 650 mm enfocaba justo el centro de la pintura, medio centímetro bajo la punta de la nariz de Cézanne. Jones había cuadrado el plano de la película con el nivel para asegurarse de que también era perpendicular. Aquellas precauciones, le dijeron, evitarían errores de paralaje, algo esencial para tomar una fotografía sin distorsión. A continuación, Jones desapareció bajo un sudario negro y examinó la imagen que se proyectaba en el cristal esmerilado. Eligió los ojos y la barba de Cézanne como puntos de enfoque.

Su experiencia con una cámara había sido, hasta aquel encargo, casi la misma que la del propietario medio de una cámara de 35 mm que tomaba fotos familiares los fines de semana. Gabriel Levine, uno de los mejores retratistas de Londres, le había impartido un curso intensivo de fotografía de estudio.

—Estoy listo —dijo Jones—. Deséeme suerte.

Deslizó la película en la parte posterior de la cámara, fijó la velocidad del obturador y la apertura de la lente y a continuación tiro del cable y tomó la primera imagen. Levine le había preparado un gráfico con veinte combinaciones de aperturas de diafragma y velocidades de obturación con las que le había garantizado que conseguiría, como mínimo, seis fotografías con buena exposición.

—Debe de haber algo que yo pueda hacer —dijo Llewellyn.

—De hecho, hay algo. Necesitaré que un taxi me lleve al aeropuerto en unos treinta minutos.

Llewellyn llamó a Willkie por el intercomunicador.

—El señor Jones se marchará a LaGuardia a las dos y cuarenta y cinco minutos, y nosotros lo llevaremos hasta allí.

Jones volvía a comprobar el enfoque antes de cada toma. A las dos y veinte había terminado el trabajo.

—Lo llamaré si tengo que volver a fotografiarlo —le dijo mientras metía la película en una bandolera de lona—. ¿Puedo dejarle los focos y todo esto?

—Por supuesto —contestó Llewellyn—. ¿Cree que tendrá que volver a hacerlo?

—No, pero no lo sabré con seguridad hasta esta noche. En cualquier caso, llamaré antes de las diez. Un último favor: me gustaría llamar al laboratorio para confirmar que voy de camino.

—Por supuesto —le dijo, y le señaló el teléfono.

Jones telefoneó a alguien llamado Garrity. A continuación dijo que estaba todo preparado. El viaje hasta LaGuardia sería rápido, a pesar de ser viernes por la tarde. Willkie creía que se habían adelantado exactamente veinte minutos al tráfico de fin de semana.

—¿Quién es Garrity? —le preguntó Llewellyn.

—Lee Garrity es un antiguo miembro de la Hacienda americana que ahora investiga falsificaciones por su cuenta. Conoce todos los procesos de copia que existen y, con la tecnología de imagen actual, la suya es una ocupación a tiempo completo.

—¿Qué pasará ahora?

—Intentaré explicarle lo que he aprendido desde que hablamos en Londres. Las fotografías que he tomado esta tarde son como las fotos a color que se sacan con una cámara de 35 mm, pero mucho más grandes. Colocaremos la mejor del grupo en una mesa de luz, la escanearemos con láser y la dividiremos en veinte mil unidades de color llamadas píxeles. Cada píxel se evalúa usando los colores de referencia que coloqué debajo de la pintura, la tira de color en la que se fijó antes, y se convierte en una señal electrónica que se almacena en un disco, algo muy parecido a una grabación digital. Eso significa, en lenguaje informático, que su retrato se convertirá en miles de ceros y unos.

»El ordenador examinará esta información y la ajustará a las características de color de la película Polacolor para crear una segunda diapositiva, que se proyectará en una lámina de película Polacolor del tamaño exacto de su pintura. Tras tener en cuenta todas las variaciones y haber ajustado el color, deberíamos tener una fotografía final que encaje exactamente con el original.

Llewellyn intentó asimilar todo lo que Jones le había contado.

Parecía pensativo, aunque un poco confuso.

—Pero una fotografía Polaroid tiene una superficie suave, por muy científicamente que la tome. ¿Cómo le darán la textura y el remolino de pinceladas que vi en la *Mujer con rosario* que me enseñaron en Scotland Yard?

—Se consigue aplicando una gruesa capa de gel transparente sobre la fotografía —continuó Jones—. Antes de que se endurezca, uno de los artistas de Garrity usará una brocha y una paleta para recrear la textura de las pinceladas del original. Eso se hará en tu casa, donde el artista podrá usar la pintura real como guía. Por último, le pondrán una capa de barniz para protegerlo de los rayos ultravioleta, añadir una suave pátina y evitar el desvanecimiento del color.

—Qué modo tan complicado de conseguir una fotografía, o una pintura. —Miró el exterior justo cuando Willkie salía de la autovía Grand Central Parkway y dijo en voz baja para sí mismo—: Será mejor que sea jodidamente buena… Va a tener que engañar a un montón de gente.

—¿Disculpe, señor Llewellyn?

El hombre se giró y sonrió.

—Nada, Jonesy. Solo estaba preparándome para convertirme en cebo.

36

Ante la insistencia de Oxby y en respuesta a las persistentes peticiones de Elliott Heston, el comisario general y número dos de Scotland Yard autorizó al Grupo de Mando de Operaciones (GMO) para que diera prioridad a la búsqueda de Vulcano. Con este nuevo énfasis y mientras Oxby asistía a la reunión del consejo de seguridad, la sala de conferencias de la Brigada de Arte y Antigüedades había sido oficialmente transformada en un centro de mando o sala de investigación, como se la llamaba en Yard. Oxby había volado hasta Heathrow el viernes por la noche y se había dirigido a su apartamento, donde ordenó sus notas del consejo de seguridad y se ocupó de los asuntos personales que se habían amontonado durante su ausencia. A medianoche se metió en la cama con un libro para despejarse la mente, pero se quedó dormido en cuestión de minutos con el libro sin abrir a su lado.

El sábado por la mañana, a las ocho en punto, acababa de bajar del ascensor en la planta decimoquinta cuando Ann Browley lo cogió del hombro y lo llevó apresuradamente a la sala 1518, donde Jimmy Murratore estaba esperándolo.

Había tres mesas apiñadas en el extremo opuesto de la habitación, dos juntas frente a una tercera. La mesa de Oxby, completa hasta el último clip, había sido trasladada desde su despacho. Había cinco teléfonos, dos con líneas exteriores y una dedicada al fax. El ordenador estaba enlazado con el laboratorio de Ciencia Forense, Unidad de Información Criminal. También estaba interconectado con la Unidad de Apoyo contra el Crimen, que tenía una conexión segura por satélite con la Interpol. La sala de investigación estaba lista para ponerse en marcha.

A la derecha, nada más entrar, había una hilera de paneles de corcho, cada uno de un metro veinte de largo y casi el doble de alto. Eran cinco en total y en la parte superior de cada panel había un titular en letras mayúsculas.

VULCANO
CUADROS DIFUNTOS
QUÍMICOS Y VENENOS

Clavadas o pegadas al corcho había notas, números de teléfono, notificaciones de asignaciones, fotografías, recortes de periódicos, informes de otras fuerzas policiales y, en el centro de cada panel, un resumen diario y comentarios razonados sobre los avances o la falta de ellos.

—¿Qué es eso de «Personas difuntas»? Un solo muerto es suficiente.

—Se ha producido un asesinato en Reigate —dijo Ann—. El cuerpo se encontró en el callejón tras el estudio de Shelbourne. Aquí está el informe policial.

Empujó las dos páginas del informe sobre la mesa.

Oxby lo leyó rápidamente y levantó la mirada.

—Nos enteramos el viernes —le explicó Ann—, cuando todavía estabas en Francia. David Blaney nos llamó para decir que, cuando Shelbourne regresó, descubrió que habían entrado en su cuarto oscuro y que habían destrozado algunos negativos y copias. Ese mismo día nos enteramos de que habían encontrado un cadáver.

—El informe es confuso respecto a la identidad de la víctima. ¿Qué sabemos sobre ella?

—No demasiado. Era un vagabundo local, un indigente al que los tenderos llamaban «el Marinero». No tenemos nada que enlace su muerte con el allanamiento, pero yo sé que están relacionados.

—¿Tienes un informe de todo esto? —le preguntó Oxby.

—Está sobre tu mesa —dijo Ann, que se había anticipado a la pregunta.

—Los negativos han sido destruidos, así que no hay fotografías —dijo Oxby con tranquila y evidente irritación—. Eran importantes, está claro… Lo suficientemente importantes para asesinar por ellos.

Oxby se acercó al panel marcado como «Cuadros difuntos».

—No tengo nada que añadir a esto, y espero que vosotros tampoco. Mi cerebro racional dice que Vulcano se ha detenido en cuatro, pero mi cerebro irracional insiste en que Vulcano no se comporta racionalmente. El museo de Arte Moderno de Nueva York puso su nuevo retrato a seis metros de la escalera mecánica, y me preocupan ese tipo de descuidos. También me preocupa el retrato de DeVilleurs. —Dejó de deambular y se apoyó en la mesa—. Eso nos lleva al retrato de Llewellyn. El señor Llewellyn ha aceptado el papel de flautista de Hamelín con comprensible reticencia, pero también creo que la idea le resulta emocionante.

Desafortunadamente, le gusta viajar con compañeros, de los que tenemos que saber más. En este viaje ha aceptado llevarse solo a Fraser, su hombre de confianza, a su perro y a un periodista amigo suyo que enviará un reportaje diario a la televisión.

Oxby se acercó al panel en el que se podía leer «Químicos y venenos».

—¿Algo nuevo en esta área?

—Quería que Jonesy estuviera presente —dijo Ann—, pero todavía no ha vuelto de Massachusetts. Le pedí que inspeccionara los negativos de Shelbourne porque, al parecer, fueron destruidos con un ácido. Siento no tener nada más sobre la persona que compró una cantidad tan importante de DFP en Marsella.

—¿Metzger? —preguntó Oxby.

Ann asintió.

—El doctor Jota-no-sé-qué Metzger. En este momento no sabemos nada de él que no supiéramos ya hace dos semanas, y no soy optimista sobre que eso vaya a cambiar en el futuro.

—Pero merece la pena intentarlo —dijo Oxby—. Encuentra al doctor Metzger y seguramente habrás encontrado a Vulcano. —Se giró de nuevo hacia el panel titulado «Especulaciones y curiosidades»—. ¿Qué tenemos aquí?

—Aún tengo curiosidad por saber por qué fue asesinado Clarence Boggs, y también por saber por qué uso el asesino un veneno tan raro y se tomó tantas molestias para colocarlo en el coche en ese extraño artilugio casero. Es curioso que Metzger comprara tal cantidad de veneno en Marsella —dijo Ann. A continuación hizo una pausa—. ¿Y no es terriblemente curioso que el señor Pinkster eliminara el autorretrato de su póliza de seguros este junio? También está lo de las fotografías, fotografías que nunca veremos porque, curiosa y coincidentemente, sus negativos han sido destruidos. ¿Quién sabía lo de los negativos? Posiblemente lo supiera el señor Pinkster, y también David Blaney. Quizá incluso Clarence Boggs, pero fue asesinado. Vulcano sabía que había un fotógrafo en la galería aquel día pero ¿sabía quién era ese fotógrafo? —Asintió—. Yo creo que sí. Y el pobre Marinero. ¿Qué sabía él? —Frunció el ceño—. Como dijo Alicia, «¡Curiorífico y curiorífico!».

—Bien pensado, Annie. ¿Y tú, Jimmy? ¿Tienes alguna curiosidad?

—Empezaré diciendo que no tengo espacio suficiente en el cerebro para todas las cosas con las que la agente Browley rellena el suyo. He dejado de lado las pocas dudas que me quedaban sobre las

apuestas del señor Boggs, así que ya no creo que haya sido alguno de sus corredores. Pero tengo una curiosidad de primera que me ha llevado a lugares en los que nunca había estado. Hicimos una investigación del historial del señor Pinkster y uno de los informes que hemos recibido viene del puerto de Londres; al parecer, el tipo tiene licencia de barco. Es una licencia profesional, porque aún no ha hecho el examen y sigue pidiendo prórrogas aunque paga las cuotas puntualmente. Algunos chicos de la división del Támesis me ayudaron a encontrar el barco. Está en el muelle de Cadogan. ¿Puedes creerte que hemos encontrado un maldito remolcador? Lo tripula una pareja griega. El remolcador tiene incluso nombre griego, Sepera, y una bandera griega agitándose en la popa.

Oxby escribió «Sepera» en el tablón y miró la palabra durante medio minuto.

—Podría usarlo en su tiempo de ocio o ser una especie de inversión. ¿Un barco de alquiler? —dijo finalmente, y se dirigió a Jimmy—. Consigue una lancha de la policía para ti y para tus amigotes y descubre qué está haciendo Pinkster con un remolcador. Si tienes algún problema, yo hablaré con el inspector Wycroft; acaban de nombrarlo número dos de la división del Támesis. ¿Qué más tienes?

Jimmy negó con la cabeza.

—Annie —dijo Oxby—, asegúrate de que Jonesy visita el cuarto oscuro de Shelbourne, y después quiero que aceleres la investigación sobre Astrid Haraldsen. Esa mujer es un enigma, hermosa e insípida o hermosa y terriblemente lista, no estoy seguro. Pide a Inteligencia que compruebe su historial en la Escuela de Artes y Oficios de Oslo; el nombre debe estar en sus archivos. —Se detuvo ante el panel titulado «Vulcano»—. Lamentablemente, no puedo añadir nada a vuestro perfil de Vulcano. Ninguna de mis ideas ha pasado de ser una curiosidad, y ya tenemos suficientes de esas.

Oxby repasó las asignaciones que había dado a sus ayudantes y los hizo salir tras advertirles que no tendrían mucho tiempo para descansar hasta que la investigación avanzara. Antes de marcharse, caminó lentamente junto a los cinco paneles y se detuvo varios minutos delante de cada uno de ellos. Cerró la sala 1518 y se dirigió al ascensor. Antes de llegar se encontró con un funcionario de la oficina de Heston que le entregó un sobre.

—Fui a su despacho, pero faltaba la mitad del mobiliario. ¿Va todo bien?

—Perfectamente, gracias.

El sobre estaba marcado como urgente y en el interior había un mensaje decodificado de Henri Trama que había sido trasmitido por la Dirección General de la Policía Judicial de París.

> Vigilancia de Astrid Haraldsen concluida... Nuestro agente resultó gravemente herido mientras la seguía ... el incidente tuvo lugar en la estación de Metro Rambuteau el 3 de noviembre a las 1310 horas ... el riesgo y consecuencias de su petición no fueron descritos adecuadamente ... se ha presentado una queja ... la búsqueda de Vulcano en Francia no es competencia suya.

37

El denso tráfico del fin de semana y los retazos de una breve lluvia atrasaban el tráfico a través de las calles de Londres y convertían el viaje a Bletchingley en un aburrimiento. La decisión de Oxby de hacer una visita sorpresa a Alan Pinkster había sido provocada, en un principio, por una presentación de Félix Lemieux que versaba sobre el coste cada vez mayor de los seguros y lo difícil que había sido obtener cobertura para las obras de la retrospectiva que no habían sido aseguradas por los propietarios. Junto a los documentos que había llevado a Francia había un informe sobre el estado de la póliza de la colección Pinkster, información que había sido reunida por la brigada contra el fraude y que, si era precisa, refutaría las afirmaciones que había hecho Pinkster. La noticia de que un vagabundo llamado el Marinero había sido asesinado era otra razón para la visita sorpresa de Oxby. Interrogaría a Pinkster sin otro agente presente, una violación del procedimiento por la que Heston pondría el grito en el cielo, pero no sería la primera vez.

La mansión de Alan Pinkster había sido denominada, al principio, Mirador del Valle. Había sido construida en 1848 y tenía vistas a un valle que en el pasado fue virgen y que ahora había sido usurpado por el campo de golf Godstone Hills y una parte de la autopista M23. La señora Padgett, de constitución recia y masculina, abrió la puerta y le dijo su nombre y rango (administradora de la finca). No parecía impresionada por los credenciales de Oxby y tardó poco en revelar que el señor Pinkster y su hija estaban pasando el fin de semana en Maidstone, Kent, y que esperaban que el señor Pinkster llegara «un poco más tarde».

Oxby descubrió que la galería de arte estaba cerrada, y no había coches que indicaran que alguien del equipo hubiera acudido a trabajar aquel sábado. Había esperado encontrar a David Blaney, pero en lugar de eso le salió al camino un guardia de patrulla acompañado por un intimidante dóberman. Volvió a su coche. Treinta minutos más tarde, un conocido Mercedes negro apareció.

—¿Qué diantres le trae hasta aquí? —le preguntó Pinkster con evidente disgusto.

—Preguntas —respondió Oxby con una sonrisa traviesa—. Mi

trabajo es hacer preguntas; si no las hiciera podría verme en un auténtico problema.

—Mire, inspector, no me gustan las visitas sorpresa de la policía y justo ahora tengo una agenda muy apretada.

—Solo serán diez minutos —le dijo Oxby con tono alentador—. Realmente necesitamos su ayuda.

Pinkster frunció el ceño, negó con la cabeza nerviosamente y se rascó con cuidado la rojez que se le había formado sobre los labios.

—Maldita sea, terminemos con esto de una vez.

Señaló una terraza en el lateral de su casa y se sentaron en los anchos cojines amarillo limón de las sillas blancas de mimbre. Oxby dejó su gorro sobre la pizarra y sacó su cuaderno y su grabadora.

—La encenderé, si no le importa.

Activó la grabadora y la colocó sobre la mesa, entre ambos.

—Señor Pinkster, ¿todavía está su cuadro en la galería?

—¿Por qué quiere saberlo? —le preguntó Pinkster con recelo.

—No tenemos ningún registro fotográfico de la obra, ni antes ni después del incidente. Es importante que tengamos alguna imagen para nuestros informes.

—¿Fotografías de una masa gelatinosa? ¿Para qué serviría eso?

—Como he dicho, para los archivos y para que nuestros expertos forenses puedan hacer comparaciones con el resto de obras. Entiendo que es de su propiedad, pero su cooperación nos sería de gran ayuda.

—Puedo pedir que la fotografíen. Dígame lo que necesita.

—Entonces, ¿lo que queda de la obra está en su galería?

—Parece sorprendido —dijo Pinkster.

—Existía la posibilidad de que los del seguro se la hubieran llevado.

—No estaban interesados.

—¿Por qué no?

—No lo sé —dijo Pinkster sin emoción.

—He hecho algunas preguntas sobre cómo se ocupan las compañías de seguros de pérdidas tan enormes. Creemos que en el caso del cuadro del Ermitage no había seguro, al menos que nosotros sepamos. La obra de nuestra National Gallery está cubierta bajo un programa cooperativo del Consejo de Artes, y hasta ahora no hemos recibido ningún informe sobre la del museo de Boston. La suya es la única que pertenecía a una colección privada y parece razonable pensar que debía tener un seguro contra robo y daños con Lloyd's, o al menos un acuerdo de reaseguración. —Oxby se inclinó hacia delante—. Pero Lloyd's nos informó de que todas sus obras

estaban cubiertas bajo una póliza flotante en la que eran participantes, y que el autorretrato de Cézanne había sido sacado de la póliza en junio. ¿Es eso cierto?

—Las primas eran disparatadas. Estaba intentando negociar un coste más favorable.

—¿Con Lloyd's?

—Yo… No lo recuerdo. Además, tengo a alguien en mi equipo que se ocupa de esas cosas.

—¿Permitió que una obra tan valiosa se quedara sin seguro?

—¿Qué insinúa? —preguntó Pinkster, indignado—. Esa no fue mi intención. Jamás se me habría ocurrido que pudiera ser destruida.

—Pero, señor Pinkster, usted sabía que existía ese riesgo…

—Que es precisamente la razón por la que las primas subieron tanto. —Pinkster miró directamente a Oxby por primera vez—. Había planeado quitar la pintura de la pared y, de hecho, había ordenado a Clarence Boggs que lo preparara todo. —La rojez alrededor de su boca pareció intensificarse—. Eso, como sabe, no llegó a ocurrir.

—¿Pretende usar al mismo fotógrafo que estaba en la galería el día en el que el retrato fue destruido?

Pinkster le dio la espalda.

—Yo no contrato a los fotógrafos. Es David Blaney quien se ocupa de ese tipo de cosas.

—Entiendo. —Oxby pasó una página de su cuaderno—. Por casualidad no vería las fotografías que tomaron ese aciago día, ¿verdad?

Pinkster negó con la cabeza lentamente.

—Recibí un informe de Blaney al respecto, pero en la galería hay fotógrafos a menudo por una razón u otra.

—Creo que Blaney me dijo que usted había insistido en ver las fotografías antes de que las viera nadie más. —Oxby pasó una página—. Aquí está. Tomé una nota al respecto.

Pinkster suspiró profundamente.

—En aquel momento estaba muy molesto y… —Movió los brazos y piernas nerviosamente—. Ahora recuerdo que sabía qué fotógrafo estaba contratado, y que le pedí que me enviara las fotografías antes de que las pusiera en circulación.

—Se le olvidó que había visto las fotografías, pero de hecho fue usted quien llamó al fotógrafo. Un poco raro, ¿no?

—¡Lo olvidé, maldita sea! —gritó Pinkster, enfadado—. Estaba muy jodido en ese momento, tan jodido como lo estoy ahora.

—Ahora que ha recordado que vio las fotografías, ¿podría decirme si tenía alguna razón concreta para querer verlas?

—Esperaba encontrar alguna pista sobre quién destruyó mi pintura.

—Pero ¿no vio nada?

—No. —Agitó la mano lánguidamente—. Solo eran un montón de mujeres. Además, si hubiera visto algo, usted ya lo sabría. Es una pregunta estúpida.

—Hago tantas preguntas que es natural que de vez en cuando alguna sea estúpida —dijo Oxby con frialdad—. Un montón de mujeres, dice. Sin embargo, en una de las fotografías había un hombre.

—Es posible, no lo recuerdo. —Pinkster cambió de postura y se sentó rígidamente—. ¿A qué vienen todas estas preguntas sobre las fotografías?

—Al parecer hay varias que no hemos visto aún. Blaney intentó pedir un juego de copias al fotógrafo. No recuerdo su nombre, pero creo que es uno al que usted conoce…

—Ian Shelbourne.

—Sí, Shelbourne, por supuesto. No respondió a ninguna de nuestras llamadas telefónicas; al parecer estaba fuera de la ciudad, trabajando. —Oxby comprobó la grabadora y después volvió a dejarla entre ellos. Siguió charlando despreocupada y coloquialmente—. Y una cosa más. Un viejo indigente conocido como el Marinero fue encontrado muerto en el callejón tras la tienda de Shelbourne. ¿Se ha enterado de eso?

Pinkster se tensó apenas un instante, pero Oxby lo notó.

—No estoy al día de la actualidad de los vagabundos —dijo Pinkster, intentando sin éxito utilizar el humor negro.

—No esperaba que lo estuviera, pero alguien entró en el cuarto oscuro de Shelbourne y destruyó todo lo que tenía que ver con las fotografías que fueron tomadas aquel día concreto en su galería. Usaron un ácido. Quizá, aunque es solo una suposición, usaron la misma solución que se vertió sobre las pinturas. ¿Usted qué opina?

Pinkster se sonrojó.

—¿Qué está sugiriendo?

—En realidad no estoy sugiriendo nada, solo estoy siguiendo una idea: como usted conoce a Shelbourne, es posible que supiera lo del Marinero y lo del allanamiento.

Pinkster suspiró ruidosamente, como para dejar claro que estaba respondiendo a la última pregunta.

—Shelbourne vino a verme antes de que comenzáramos la

construcción de la galería y me preguntó si podía fotografiar los avances del edificio; planeaba hacer un diario fotográfico o algo así. Le dije que adelante, y ha sido uno de nuestros fotógrafos desde entonces. Yo no me meto en sus asuntos y no sé nada sobre ese tal Marinero ni sobre allanamientos. —Se puso en pie bruscamente, señaló su reloj y dijo—: Sus diez minutos han terminado, inspector.

38

Pinkster esperó hasta que el coche de Oxby giró en la curva de su camino de entrada antes de entrar en su despacho de la galería y marcar una larga serie de números. Se pegó el auricular a la oreja, escuchó un tenue zumbido y después el tono de llamada.

—*Oui*. —Una única palabra en respuesta, pero no había duda de que la había pronunciado Aukrust.

—Están haciendo preguntas sobre un viejo. ¿Qué ha pasado?

—Un error. Entró en el cuarto oscuro, y eso estuvo mal. Huyó, pero conseguí atraparlo y…

Pinkster esperó el resto de la explicación.

—Continúa, ¿qué diablos pasó?

—Le sacudí y se cayó.

—Te pasaste. Bastardo, lo mataste.

—Ya he dicho que fue un error.

—Cometes demasiados errores. No piensas, y fuiste condenadamente estúpido.

—No me hable de ese modo.

—Te hablaré como me dé la gana. ¿Por qué no te llevaste los negativos y los quemaste? ¿Por qué dejar más pruebas?

—Lo que quedó del disolvente está oxidado. Tardarán meses en duplicar mi formulación —dijo con orgullo en la voz—. ¡Quizá no lo consigan nunca! Se equivoca. No dejé pruebas.

—Otra estupidez más. ¿De verdad crees que puedes burlar al laboratorio forense más sofisticado del mundo? Eres un ególatra insufrible.

—He dicho que no dejé pruebas.

—Un cadáver es una prueba. Forzar la entrada del cuarto oscuro de Shelbourne deja pruebas. Los negativos destruidos con tus putos químicos especiales son pruebas.

Aukrust no respondió.

—Te quiero en Londres el jueves —dijo Pinkster finalmente—. Sube a bordo del Sepera a las seis en punto, y lleva el retrato DeVilleurs contigo.

La tarde terminó y la noche comenzó con un cambio de luz gradual, del sol a los

neones y bombillas que parpadeaban como en una feroz felicitación navideña. La habitación de Astrid era pequeña y oscura y desde el pie de la cama, donde estaba sentada, podía rozar las descoloridas cortinas que flanqueaban la única y estrecha ventana. La cafetería de la esquina estaba repleta de jóvenes oficinistas pasando unos minutos relajados con sus amigos. Aquella mañana había caminado hacia allí esperando pasar junto a la joven de cabello oscuro que había reemplazado al agente de la chaqueta de los Detroit Lions. La mujer no estaba, y tampoco el sedán negro en el que normalmente estaba sentada. Astrid entró en un supermercado cercano y compró queso y cruasanes antes de regresar al hotel rodeando la manzana, pero no vio a nadie que pareciera ser el reemplazo de su «perseguidor». De algún modo, sin embargo, no estaba convencida de que la hubieran dejado en paz.

A las nueve se encontraría con Peder y cenarían. Le había dado instrucciones claras: un taxi para cruzar el Sena, otro más para volver a la Gare de Lyon, desde donde caminaría a través de la estación hasta la rue de Chalon y seguiría hasta el escaparate de una tienda de ropa infantil. Peder se reuniría con ella allí y caminarían hasta un pequeño restaurante cerca del hospital de Saint Antoine.

Las palabras salieron de la boca de Astrid en una oleada, aunque apenas más altas que la susurrada conversación de la joven pareja de una mesa cercana.

—No hay nadie, Peder, ni siquiera la mujer, y ambos coches han desaparecido. Pero aun creo que me están siguiendo, que alguien me observa en todo momento.

—Me marcharé mañana —le dijo él. Puso un dedo bajo la barbilla de la mujer y le levantó la cabeza—. Tú debes quedarte hasta que Llewellyn venga a París.

—No, Peder, no quiero quedarme aquí sola.

Su mano se movió rápidamente para pellizcarle la barbilla con la tenaza que formaban su pulgar y sus dedos.

—Harás lo que yo te diga.

—Por favor… ¿No puedo ir contigo? —El hombre apretó hasta que Astrid casi no pudo hablar—. Me estás… haciendo daño…

—Deja de decirme lo que vas y lo que no vas a hacer. Lo único que pueden hacer ellos es vigilarte, así que deja que lo hagan mientras te ocupas de tus compras de antigüedades, exactamente lo que les dijiste a Llewellyn y Oxby en Fontainebleau que ibas a hacer. ¿Entendido?

Astrid asintió y Peder le soltó la barbilla. Inmediatamente, la joven se frotó la zona dolorida y preguntó tímidamente:

—¿Cuánto tiempo estaré sola?

—Un par de días, una semana.

—¿Por qué estás tú en París?

Él ya había olvidado el dolor que le había infligido segundos antes. Le cogió la mano y se la frotó suavemente sin notar su miedo a que sus enormes manos la atraparan para hacerle daño de nuevo. Su enfado, sencillamente, había desaparecido.

—Para estar contigo, para que beses cada parte de mi cuerpo —susurró—. Para hacer el amor.

39

—Aparca aquí, Emily. —Margueritte DeVilleurs se inclinó hacia delante y señaló el camino de entrada que corría junto a la casa de Frédéric Weisbord—. No he estado aquí desde que Cécile murió —dijo con tristeza—. Era una mujer maravillosa. Tenía que serlo; estar casada con Freddy debió ser el purgatorio en vida. Pero tenía sus jardines. Aparca aquí.

Subieron los peldaños hasta el porche y llamaron a la puerta delantera. Alguien retiró la cadena y abrió la puerta.

—Soy Margueritte DeVilleurs y he venido con mi acompañante. Telefoneé para decir que vendría hoy.

Idi las dejó pasar mientras las miraba con la cabeza inclinada y el rostro retorcido en una expresión perpleja.

—¿Usted es la señora DeVilleurs?

—Lo soy, por supuesto —contestó Margueritte con seguridad—. ¿Le sorprende?

Idi examinó a Margueritte y dijo:

—Es que el señor Weisbord dijo que era usted una anciana, dijo…

—Dijo muchas cosas que no son ciertas —respondió Margueritte con la intolerancia habitual que mostraba ante las referencias a Frédéric Weisbord—. Lo conocía demasiado bien y por eso no he puesto un pie en esta casa desde que su mujer falleció. —Margueritte hizo un inventario rápido de las habitaciones que conectaban con el vestíbulo—. He venido a un por una pintura que el señor Weisbord se llevó de mi casa.

Emily se situó junto a Idi: ella y Margueritte flanqueaban al ama de llaves.

—Se trata del retrato de un hombre —dijo Margueritte, y separó las manos—, así de grande, en un marco. ¿Lo ha visto?

Idi asintió y levantó la mano para señalar la planta superior.

—Lo puso sobre su cama, un hombre con barba oscura. Pero ya no está allí. Ha desaparecido.

Margueritte reaccionó con brusquedad.

—¿Desaparecido? ¿A qué se refiere?

—A que ya no está allí —explicó el ama de llaves, agitando las

manos de nuevo—. No entré en su habitación hasta… Creo que fue el lunes. Él murió el viernes por la noche en su despacho, justo allí. —Señaló en dirección a esa habitación—. Me pidieron que fuera a buscar su mejor traje, para enterrarlo con él, y entonces fue cuando descubrí que el cuadro había desaparecido.

—¿Lo ha buscado? —le preguntó Margueritte con ansiedad.

Idi negó con la cabeza.

—No me gustaba lo suficiente para preocuparme por si estaba en la pared o no.

—Quizá lo guardó en su despacho. Lléveme hasta allí.

Idi condujo a Margueritte y a Emily hasta la habitación que llevaba sin uso una semana. El aire conservaba el rancio olor del humo del tabaco. Buscaron en todos los sitios donde podría haber escondido el cuadro, pero en cuestión de minutos fue evidente que la búsqueda sería inútil.

—¿Podría estar aún en el dormitorio? —preguntó Margueritte.

Desfilaron escaleras arriba hasta el dormitorio de Weisbord y entre las tres revisaron los vestidores y un alto y amplio armario; después buscaron en el resto de habitaciones antes de volver al dormitorio. Idi señaló una escarpia en la pared sobre la cama.

—Ahí es donde lo colgó.

Los ojos de Margueritte revolotearon desde los vestidores hasta la cómoda y después a la cama, que había sido pulcramente hecha con una gruesa colcha bajo una montaña de almohadones. Se sentó en la cama y pasó la mano sobre la colcha, como si fuera posible que la pintura estuviera bajo las mantas.

—Mira debajo de la cama, Emily. No hemos mirado ahí.

La aludida se puso de rodillas y miró bajo la cama.

—Hay algo —dijo, y sacó el marco.

Margueritte se arrodilló junto a Emily. El marco vacío estaba frente a ella, en el suelo.

—Este es. —Miró a Emily y después a Idi, con tristeza en la mirada—. ¿Por qué sacaría la pintura del marco?

—Vino un hombre —comenzó Idi— que dijo que era un amigo del señor. Lo visitó aquella noche por sorpresa y trajo una botella de vino. Un regalo, dijo que era.

—¿Qué aspecto tenía? —le preguntó Margueritte.

—Recuerdo que era alto —dijo Idi, cerrando los ojos para poner a prueba su memoria—. Tenía el cabello castaño y una oreja vendada y llevaba una extraña bolsa bajo el brazo, una larga y redondeada.

—¿Era francés?

Idi negó con la cabeza.

—Hablaba francés, pero con un acento que no conozco.

—¿Escandinavo? —le preguntó Margueritte, y a continuación pronunció varias frases con fuerte acento—. ¿Así?

Idi pensó un instante.

—Es posible.

—Era Peder —le dijo Margueritte a Emily—. Quiero ir al despacho de nuevo.

Emily cogió el marco y regresó al despacho de Weisbord, donde le asaltó un nuevo olor: el aroma dulce y artificial de las flores, el fuerte aroma de la colonia barata. Sentado en la enorme butaca de Weisbord estaba LeToque, con el cabello negro impecablemente peinado desde su frente hasta sus altos pómulos. Todavía tenía un ojo rojo y húmedo, aunque el resto de su delgado rostro mostraba una expresión altanera y petulante. A su lado estaba Gaby, con una minifalda y medias negras, emitiendo aquel perfume.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —les preguntó Idi.

—Venimos para que la *putain* italiana cocine para nosotros.

Idi cogió un pisapapeles del escritorio y lo elevó sobre su cabeza.

—¿Te atreves a llamarme puta, bastardo? ¡Maldita sea tu familia!

—Eso espero. —Soltó una risita aguda y a continuación se levantó de un brinco y le quitó el pisapapeles de la mano—. Son unos mierdas y puedes maldecirlos todas las veces que quieras, a mi padre el primero. ¿Tienes algo que hacer aquí? —preguntó, mirando a Margueritte con insolencia.

—Por supuesto que sí —le contestó Margueritte—. El señor Weisbord era mi abogado, y su esposa una querida amiga. He estado aquí muchas veces.

El joven le parecía un descarado y un peligro potencial.

—Yo también tengo cosas que hacer aquí. Dinero. Me deben sesenta mil francos.

—Es una buena cantidad —dijo Margueritte—. ¿Cómo ganaste tanto?

—Eso era entre el viejo y yo.

—Pero Weisbord está muerto y no habrá dinero a menos que presentes una demanda contra sus herederos. Necesitarás pruebas de que te debe el dinero.

El joven negó con la cabeza.

—¿Qué puto asunto tienes tú con Weisbord?

Margueritte se enfadó y reevaluó a LeToque: ahora le parecía

inseguro e incapaz de comprender por qué no era probable que recibiera el dinero de Weisbord.

—Tengo que recuperar una pintura que Weisbord me robó.

—Tenía un cuadro que iba a vender en Ginebra —dijo LeToque mientras se apartaba de la mesa—. Yo lo llevé hasta la galería y estuve con él mientras llegaba a un acuerdo. Dijeron que se vendería por doscientos cincuenta millones de francos.

—¿Dónde lo viste por última vez?

—En el dormitorio de Weisbord. Lo colgó sobre su cama como un puto crucifijo.

—Ya no está. Encontramos el marco debajo de la cama.

—Ese cabrón de Aukrust… Él se lo llevó. Estuvo aquí la noche en la que Weisbord murió.

—Me dijo que me mataría —interrumpió Gaby con nerviosismo. Se puso un dedo en la garganta—. Me amenazó con un cuchillo.

—No, no —protestó Margueritte—, él no es así. Lo conozco. Es amable y…

—Es tan amable como un toro salvaje. Mírame los ojos, todavía rojos después de que me rociara con algo. Y le atravesó la mano a un colega con un trozo de cristal. Él asesinó a Weisbord, eso es lo que yo creo.

Margueritte se sentó en la silla junto al escritorio.

—¿Podrías encontrarlo?

—Estoy aquí para conseguir lo que Weisbord me debe. Hay plata, porcelana y otros cuadros que puedo vender.

—No te llevarás ni una cuchara de esta casa —dijo Idi, enfadada.

—Si encuentras mi pintura te pagaré diez mil francos.

—¿Diez mil? Me deben sesenta mil.

Margueritte negó con la cabeza.

—Conocí a ese viejo abogado demasiado bien. No conseguirás un solo franco.

Los ojos de LeToque saltaron de Gaby a Margueritte.

—¿Y qué ganaré si no consigo encontrarlo?

—Demuestra que lo has intentado y te pagaré cinco mil francos.

40

A Oxby le gustaba trabajar solo, así que le molestó que Elliott Heston le enviara un memorando recordándole los procedimientos de una investigación; en concreto, que era necesario un segundo agente durante un interrogatorio oficial. Era una reprimenda suave que iba acompañada por una nota que abundaba en el mensaje de que una segunda advertencia no debería ser necesaria. Heston también pedía a Oxby que lo informara de cualquier acción unilateral que hubiera tomado en el caso Vulcano de la que se hubiera «olvidado» de informar. Las notas de Heston eran breves y sus regañinas nunca eran personales. Oxby hizo lo que siempre hacía con esos memorandos: formó una bola con él y lo lanzó a la papelera.

La pérdida de las fotografías carcomía la mente de Oxby. No era solo lo que las imágenes podrían haber mostrado; era el hecho de que, quien hubiera derramado ácido sobre los negativos, era también el responsable de la destrucción de las pinturas… O al menos eso creía. También tenía la fuerte sensación de que Pinkster sabía mucho más de lo que admitía. ¿Y qué pasaba con el Marinero, cuya autopsia había mostrado que tenía el hígado destrozado y el estómago ulcerado, pero que había muerto de una fractura craneal? Quizá era también que Heston le había recordado lo del protocolo y que la agente Browley iba a acompañarlo a su visita al señor Ian Shelbourne. Así no había modo de concentrarse en lo que quería descubrir.

Ian Paul Shelbourne era un hombre de cuarenta y tantos un poco barrigón, con el cabello prematuramente gris, claros ojos azules y piel blanca. Llevaba unos vaqueros descoloridos y un jersey. Sugirió con voz monótona y suave que hablaran en su estudio de retrato, donde se sentaron en un extraño par de sillas. Shelbourne se acomodó en un banco de piano delante del telón azul celeste donde se sentaban sus clientes para que les hicieran fotos. Con la ropa, el cabello y los ojos casi del mismo color que el fondo, parecía que Shelbourne iba a desaparecer realmente.

Demasiadas horas en el cuarto oscuro, pensó Oxby.

El inspector comenzó el interrogatorio.

—¿Hace mucho que conoce a Alan Pinkster?

—Cinco años, supongo. O seis. Más o menos.

—¿Cómo se conocieron?

—Nos presentaron poco después de que compara la casa de Bletchingley. Durante un año o así rara vez nos vimos, ya que entonces no nos movíamos exactamente en los mismos círculos socioeconómicos. Varios años después conseguí un encargo de *Country Life* para cubrir la fiesta que dio tras la redecoración de su casa. Entonces fue cuando anunció sus planes para construir su galería de arte y cuando se me ocurrió hacer un fotodocumental de la construcción, desde la primera piedra hasta la inauguración. A él le pareció una buena idea y me contrató.

—¿Ayudó eso a superar el hecho de que no pertenecierais a los mismos círculos socioeconómicos?

—No exactamente, aunque nos hicimos más amigos.

—¿Es usted el fotógrafo oficial de la galería Pinkster?

—Supongo, pero solo informalmente.

—¿Era habitual que el señor Pinkster le pidiera ver las fotografías antes que Clarence Boggs o David Blaney?

Shelbourne pensaba brevemente las respuestas.

—A veces me pedía ver las fotografías antes de que se las enviara a Blaney.

—¿Tiene usted una relación personal con el señor Pinkster?

—No sé a qué se refiere con personal.

—¿Suelen verse fuera del ámbito de trabajo?

—He dicho que no pertenecemos a los mismos…

—Círculos, creo que ha dicho. Aun así, ¿no suelen verse nunca? ¿Un par de veces al mes? ¿Un par de veces al año?

—Algo intermedio, diría yo.

—¿Diría usted que son amigos?

—Después de seis años, somos más o menos amigos. Pero ¿qué tiene eso que ver con los negativos?

—Tiene razón, señor Shelbourne. No tiene absolutamente nada que ver con los negativos. A veces empiezo a preguntar y… Bueno, discúlpeme.

—Lo comprendo —dijo Shelbourne.

—Sobre los negativos, la señorita Browley pidió a David las fotografías y tengo entendido que él llamó para pedírselas a usted. Pero estaba fuera de la ciudad, trabajando. ¿Podría contarme la naturaleza de ese trabajo?

—Se trataba de unas fotografías del nuevo complejo industrial de la Oxford Fabrics Company.

—¿Dónde está?

—En Ashton. A las afueras de Manchester.

—Eso no está demasiado lejos. ¿Era un encargo difícil?

—El trabajo fue bien, lo difícil fue el clima.

—¿Sí?

—Estuvo lloviendo a mares casi una semana.

—¿Recuerda las fechas?

—En algún momento a mediados de mes.

—Estuvo fuera un tiempo. ¿Dos semanas, o fue más?

—También tenía un asunto personal pendiente en aquel momento.

—¿Cuándo descubrió exactamente que habían entrado en su estudio?

—Como puede ver, no se me dan bien las fechas. Sé que fue un sábado y que la Navidad no estaba lejos. Así, de primeras, no sé cuándo fue.

Ann nos suministró la respuesta:

—El quince.

—Sí, ahora lo recuerdo, fue ese día. Pero fue el diecisiete, lunes, cuando me enteré de que Blaney quería otro juego de copias. Entonces fue cuando descubrí que alguien había entrado en mi cuarto oscuro.

—¿Cuándo se lo contó a David Blaney?

—Creo que al día siguiente, el martes.

—¿No se alarmó al descubrir que habían destruido los negativos?

—Sí, por supuesto.

—¿Avisó a la policía?

—No inmediatamente.

—¿Por qué?

—Ahora que lo pienso, no lo sé. Fue una tontería no hacerlo.

—¿A quién se lo contó?

—A Blaney. Y a Alan Pinkster.

—¿Parecía molesto?

—Sentía que alguien hubiera entrado en mi tienda, pero cuando le conté que lo único que habían dañado eran los negativos del grupo de daneses, no pareció terriblemente molesto.

Shelbourne regresó al banco y se sentó.

—¿Pareció sorprenderse al saber que alguien se había tomado tantas molestias solo para destruir esos negativos?

—No dijo nada que me hiciera pensar eso.

—¿Por qué cree que alguien podría querer destruir las fotos de

un grupo de daneses?

—No tengo ni idea, inspector. Me sentía tan aliviado porque no hubieran dañado nada más que no pensé demasiado en ello.

—¿Sabía Pinkster que habíamos pedido una copia de las fotografías?

—No creo que se lo dijera. Es posible que Blaney le contara algo.

—Quiero que recuerde al grupo que visitó la galería —le dijo Oxby—. Eran unos veinticinco, todos de la embajada danesa en Londres. ¿Recuerda algo sobre ellos?

—Sinceramente, no. Veo demasiados grupos distintos a lo largo del año y normalmente no tengo ninguna razón para reparar en ellos. Estábamos haciendo fotografías para un nuevo folleto y David me pidió que usara un carrete con el grupo, aunque no le parecía que fuera la multitud típica.

—¿A qué se refería con eso?

—A que eran casi todo mujeres.

—¿Un grupo típico estaría compuesto de hombres y mujeres?

—Sí.

—Pero había al menos un hombre. ¿Se dio cuenta?

Shelbourne hizo una pausa y se miró las manos, que estaba frotando vigorosamente.

—No lo recuerdo bien. Es posible que recuerde vagamente haber visto a un hombre en el grupo.

—¿Puede describirlo?

Shelbourne cerró los ojos y parpadeó como si intentara recuperar una imagen mental. A continuación negó con la cabeza.

—Sinceramente, no recuerdo nada excepto que era más alto que los demás, pero casi todos los hombres son más altos que las mujeres, así que eso no sirve de nada. Debe entender que para la toma de los grupos de visitantes uso una cámara motorizada con una película extremadamente rápida. Cuando disparo rápidamente consigo algunas fotos excepcionales, a veces incluso algunas con una iluminación inusual que proporciona una calidad extra a una foto. Eso me obliga a mantener la atención en el equipo, para asegurarme de que la película está avanzando y de que los ajustes son correctos. Tengo buen ojo para la composición, pero no para quien sale en la foto. No en las fotos de grupo, desde luego. Sabía que al final vería todas las fotos que había tomado en las hojas de contactos. Incluso las que no recordara haber sacado.

—¿Hojas de contactos?

—Coloco cinco o seis tiras de negativos directamente sobre papel fotográfico entre dos paneles de cristal, las expongo a un poco

de luz y luego lo revelo como siempre. Me gusta meter treinta y seis tomas en cada página.

—¿Cuántas hojas de contactos hizo?

—Una para cada carrete.

—¿Dónde las puso?

—En la carpeta, junto a los negativos.

—¿Dónde está la hoja de contactos del grupo danés?

El fotógrafo hizo un gesto de impotencia con ambas manos.

—Destrozada, como los negativos.

—¿Revisó la hoja de contactos antes de que fuera destruida?

Shelbourne sonrió indulgentemente.

—Tenga en cuenta, inspector, que las fotografías son del mismo tamaño que los negativos, no mucho más grandes que un sello postal, y que no suelo inspeccionar su contenido. Hago una cruz sobre las tomas que creo que están desenfocadas o con mala exposición.

—¿Las ampliaciones llevan alguna identificación?

—Pongo un código en la parte posterior de cada fotografía. Quizá haya una muestra sobre esa mesa. —Shelbourne buscó en un montón de fotografías y separó dos. Entregó una a Oxby y otra a Ann—. Como ven, hay números y letras. Identifican al cliente, el proyecto, la fecha y el número de carrete. Con esa información puedo localizar el negativo en poco tiempo y hacer una copia en media hora.

—Señor Shelbourne, usted es un fotógrafo profesional y un experto en películas y fotografías. Si usted deseara destruir algunos negativos, ¿qué haría con ellos?

—Los quemaría, supongo. Prenden bien.

—Efectivamente —dijo Oxby sin más—. Nos estamos quedando sin preguntas; sin embargo, quiero preguntarle sobre el hombre al que llamaban el Marinero. La policía de Reigate nos informó de que su cuerpo fue encontrado detrás de su estudio. ¿Lo conocía?

Shelbourne asintió.

—Para empezar, no lo encontraron detrás de mi tienda; estaba a dos tiendas de distancia. Sí, lo conocía, todos los de la zona lo conocíamos.

—¿Qué puede decirme sobre él?

—Podríamos decir que había salido de una novela de Dickens. Un vagabundo, lo que ahora llaman un sin techo. Cuando estaba sobrio era un buen trabajador, pero le gustaba demasiado la botella. Había envejecido mal y eso, junto a su nariz torcida y un par de cicatrices, le conferían un rostro maravilloso. Le pagaba para que

posara, y llegó a gustarle hacerlo porque le hacía sentirse importante durante un rato. Algunas de mis mejores fotos de él están en el escaparate de la tienda.

—Las hemos visto —dijo Ann.

—¿Caía bien? —le preguntó Oxby.

—Eso creo, pero no puedo hablar por los demás.

—¿Era el tipo de hombre que tiene enemigos?

—No creo.

Oxby dio las gracias a Shelbourne y precedió a Ann hasta la sala de muestras. La corona de Navidad parecía no encajar allí, pensó, aunque la festividad había llegado y pasado hacía menos de una semana.

—Quiero ver el lugar donde encontraron el cadáver del Marinero —le dijo a Ann cuando salieron a la acera frente al estudio.

—Han pasado varias semanas —contestó la joven—. El informe de la policía de Reigate era muy concienzudo y tú dijiste…

—Y siempre he dicho, agente, que no hay informe que sustituya a la realidad.

Comenzó a caminar.

—Temía que dijeras eso —dijo ella, y lo siguió hasta la carretera de servicio tras las tiendas. Justo entonces, Shelbourne apareció en la plataforma.

—Tiene una llamada, inspector. El agente Murratore.

41

Peder Aukrust puso su pasaporte sobre el mostrador y miró al fornido agente con gafas que en aquel preciso momento contuvo un bostezo. El agente comparó la fotografía con el hombre que tenía delante, manoseó varias páginas de un grueso cuaderno y después pasó el dedo por una hilera de números, cerró el cuaderno, levantó la mirada y preguntó rutinariamente:

—¿De dónde salió su vuelo?

—De París —respondió Aukrust. El agente hizo una anotación, dio un sonoro manotazo a una página en blanco y dijo mecánicamente—: Feliz año nuevo.

Aukrust asintió con forzada simpatía.

—*Tusen takk*.

Había olvidado que era un nuevo año; el tercer día, de hecho. Pasó por aduanas sin incidentes, buscó un taxi y, una hora después, estaba en el pub King's Arms de Cheyne Walk, cerca del puente Albert, a varios cientos de metros de distancia del muelle de Cadogan. Cuando llegó al pub y se sentó en una mesa junto a la ventana desde donde podía ver el muelle y al Sepera anclado tras el cobertizo pintado de azul del encargado del embarcadero, eran las cuatro y media. A las cinco en punto los lugareños comenzaron a apiñarse en el bar y, una hora después, las dos luces rojas sobre el codaste del Sepera parpadearon y se encendieron. Aukrust cogió su bolsa de viaje y salió a la calle; cruzó el tráfico suburbano hasta los peldaños que bajaban desde el muro de piedra del terraplén y atravesó la pasarela hasta el muelle.

—¿Ha visto la señal? —le preguntó Nikos desde la pasarela.

—Por supuesto. He venido inmediatamente. ¿Dónde está Pinkster? —quiso saber Aukrust.

—Nos reuniremos con él en el muelle de la Torre —dijo Nikos—. No llegará allí hasta las siete y media.

—Sal ya —dijo Aukrust rotundamente.

—El señor Pinkster es muy puntual —insistió Nikos—. Si salimos ya, llegaremos pronto.

—Pues llegaremos pronto. —Aukrust echó una fulminante mirada a Nikos—. Sal ya.

Sophie se detuvo en la entrada y, como lo recordaba de su primera visita al Sepera, saludó a Aukrust llamándolo doctor Metzger y le preguntó si le apetecía tomar una copa o si quería café.

A doscientos metros, una lancha de la división del Támesis de la Policía Metropolitana seguía en silencio al Sepera. En el bote, de casco negro y cabina blanca con cuadros negros, había tres hombres. Eran agentes de policía, funcionarios de carrera de la división, y todos habían servido dos años con Scotland Yard y tenían experiencia o en la Armada Real o en la Marina Mercante. El sargento Jeff Jennings era el oficial de mayor rango; los agentes O'Brian y Nestor eran los responsables de comunicaciones y vigilancia.

El Sepera pasó por el muelle de la Torre a las seis y cuarenta y ocho minutos, continuó avanzando durante cinco minutos y después dio la vuelta en un embarcadero abierto cerca de un barco turístico que estaba amarrado.

Cuando el Sepera viró, Jennings apagó los motores y giró bruscamente hacia el centro del río.

—Dile al Ben Jolly que tome el relevo en el muelle de la Torre —gritó Jennings a O'Brian. A continuación volvió a su curso original y pasó junto al Sepera justo cuando este se detenía en el muelle.

Aukrust vio el otro navío, pero no se dio cuenta de que era una lancha de la policía hasta que pasó de largo. La observó pasar bajo el Puente de la Torre y volvió a la camareta justo cuando Alan Pinkster subía a bordo. Eran las siete y media.

—Acaba de pasar una lancha de la poli —dijo Aukrust.

—La he visto —contestó Pinkster—. Estaría de patrulla. Algunos días el puto río está plagado de ellas.

El Ben Jolly era una motora de aspecto utilitario que, aunque simulaba ser lenta como una tortuga, en realidad era un bote de incógnito de la policía capaz de perseguir y atrapar a cualquier objeto flotante entre Darford Creek y el puente de Staines, la extensión de ochenta y cinco kilómetros que era patrullada regularmente por la División del Támesis. Era un yate pequeño y estrecho que consistía en un casco, un poderoso motor y varias radios. Un carenaje fijo cubría a los dos hombres que formaban la tripulación comandada por el sargento Tompkins. El segundo de ellos, de misión especial y vestido con una gruesa chaqueta negra y un gorro de lana, era el sargento Jimmy Murratore.

El Ben Jolly era difícil de divisar, ya que estaba pintado de verde y gris oscuro y apenas se levantaba del agua. Acechaba a menos de cien metros de la lancha de policía y se detuvo en el muelle de la Torre para esperar al Sepera.

—Por nuestro éxito. —Alan Pinkster sirvió champán en copas de flauta, entregó una a Peder, levantó la suya y dio un sorbo—. Y por Paul Cézanne y todos los retratos que se pintó a sí mismo. Bebe conmigo, Peder, brinda por la recuperación del retrato DeVilleurs. Excelente trabajo.

Aukrust le devolvió una fría y penetrante mirada que convertía cada centímetro de su enorme cuerpo en una intimidante masa. Se acercó al círculo de butacas y se sentó en la que evidentemente pertenecía a Pinkster, la que estaba junto a la mesa. Dejó su copa junto al teléfono y dijo:

—Si está de humor para celebraciones, deberíamos volver a hablar de dinero.

—Te he pagado jodidamente bien —dijo Pinkster, y después se rozó la zona dolorida alrededor de la boca con las puntas de los dedos—. Ya acordamos tu pago por la entrega del retrato DeVilleurs.

—No olvide que el retrato iba a someterse a subasta con un precio de salida record —respondió Aukrust, y asintió ligeramente —. Cincuenta millones de dólares, dicen algunos.

Pinkster sonrió y sorbió el champán.

—Y yo lo venderé por un precio record.

—Si usted consigue más, yo consigo más —contestó Aukrust—. Además, no contaba con el bastardo que me sorprendió mientras estaba en el cuarto oscuro de Shelbourne. Me debe eso.

—Yo no pago por los errores. Eso fue problema tuyo.

El intercomunicador sonó. Pinkster habló brevemente y después colgó el auricular.

—Habrá más dinero. Después de la venta.

El Sepera comenzó a moverse.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Aukrust.

—Voy a reunirme con mi contacto en el lejano Oriente, el que te conté que era bastante especial, ese cuya clientela colecciona arte a gran escala.

—¿Por qué quiere que lo conozca?

Pinkster rellenó su copa.

—En realidad no vas a conocerlo, pero podrás verlo y escucharlo. Quiero que escuches su opinión sobre el retrato de DeVilleurs y sobre cuánto pagará su cliente por él. —Pinkster se acomodó en la butaca junto a Aukrust con una sonrisa expectante —. Estoy ansioso por ver el retrato.

Dio un golpecito con el zapato a la bolsa de viaje de Aukrust.

Peder tardó en contestar.

—No tengo el retrato.

La sonrisa de Pinkster se derrumbó.

—¿No lo has traído contigo? ¿Te refieres a eso?

Aukrust asintió. Su voz era fría como el hielo.

—Le dije que no lo traería conmigo.

—¿Qué has hecho con él?

—Lo dejé en una consigna de la estación de ferrocarril de Aix-en-Provence.

Pinkster explotó.

—Eso no puede ser cierto… No puedes ser tan estúpido como para dejar una pintura que vale una puta fortuna en una taquilla.

Aukrust se levantó y golpeó la mano de Pinkster con el puño. La copa de champán salió disparada hacia la pared.

—No me hable así.

Pinkster levantó las manos, como para protegerse del siguiente golpe de Aukrust.

—No… No puedo creer que hayas hecho algo así sin permiso.

—¿Permiso para qué? Casi me mataron cuando me quitaron el cuadro, pero ese viejo pagó por ello. Pagó, claro que lo hizo. —Su expresión era tanto una mueca como una sonrisa—. ¿Oye lo que estoy diciendo? Está muerto.

Pinkster respiraba con jadeos cortos y nerviosos.

—Te oigo.

Aukrust continuó:

—Antes de que abran la exposición, devolveré el cuadro a la señora DeVilleurs.

—Siéntate, por favor —le pidió Pinkster respetuosamente. Tenía la parte inferior del rostro llena de escandalosas ronchas—. No me dijiste que la señora DeVilleurs te gustaba. Lo comprendo, ha sido amable contigo. ¿Es así?

—Sí. —Esa fue la sencilla respuesta de Aukrust.

—Y comprendo que quieres hacer algo por ella, algo importante… Para hacerla feliz.

—Cuando le devuelva la pintura se alegrará.

—Pero podrías hacer otra cosa, algo mejor. Ella podría necesitar dinero… Es decir, su marido está muerto y no tiene ingresos.

—Tiene propiedades y otras pinturas que valen millones.

—Entonces no necesita el retrato. ¿No lo entiendes, Peder? El retrato es más importante para nosotros. Yo se lo prometí a Kondo. —Las palabras, suaves y tenues, apenas escaparon de la boca de Pinkster—. Él podría venderlo casi por el mismo precio que alcanzaría en la subasta. Será un montón de dinero, y lo compartiremos. Lo comprendes, ¿verdad?

Aukrust permaneció en silencio. Pinkster estaba en pie, con los

brazos extendidos como si le suplicara ayuda.

—Dime que lo comprendes —insistió—. Dime que lo entiendes, Peder. ¡Di algo, por el amor de Dios!

Entre las luces de la docena de edificios nuevos de Canary Wharf destacaban las del One Canada Square, que se elevaba como un faro gigante. El Sepera estaba en el centro del río, a trescientos metros del nuevo complejo. El Ben Jolly retrocedió en la oscuridad a lo largo de la orilla oeste del Támesis. Jimmy Murratore miraba el remolcador a través de sus prismáticos de visión nocturna.

A las siete y cuarenta y cinco, un pequeño yate se detuvo junto al remolcador. Dos siluetas subieron a bordo del Sepera.

Había otra habitación en el Sepera a la que se accedía a través de un panel deslizante bajo la pantalla de televisión que estaba montada en el mamparo de proa del gran salón. Era un camarote de elegantes proporciones, espléndidamente amueblado y equipado con aparatos electrónicos que incluían un circuito de televisión cerrado enlazado a las cámaras de la camareta y a las dos que había escondidas en el salón. En aquella comodidad, Aukrust podría observar la reunión entre Pinkster y Kondo. Pinkster había ensayado su presentación del retrato DeVilleurs, incluso la actitud obstinada que mostraría sobre el precio que pediría a Kondo. Pero ahora estaba intentando recuperarse del shock de no tener el retrato y de haberse visto obligado a negociar con alguien tan impredecible y peligroso como Peder Aukrust.

Kondo y Mari Shimada subieron a bordo del Sepera a las siete y cincuenta minutos. Pinkster se concentró inmediatamente en el *Antes de la salida* de Degas.

—¿Cuánto te han ofrecido?

—Isorai Tumbari pagará seis millones y medio de dólares —afirmó Kondo—. Nos ha asegurado esa cifra, pero yo le dije que quería siete.

—Deberías haber aceptado esos seis millones y medio; acordamos que era un buen precio.

—¿Por qué, si sabía que podía pagar más? Para aumentar su apetito le permití quedarse con la pintura.

—¿Por qué hiciste eso?

Kondo sonrió de modo tranquilizador.

—El Degas está a salvo, Alan. Además, tenemos otras pinturas de las que hablar con el señor Tumbari y mostrar nuestra confianza mutua siempre es buena idea. —Kondo hizo una pausa y después bajó la voz—. La confianza, en este negocio, es muy importante. Sin

ella no hay trato. Pero ya basta de charla. Enséñame el cézanne.

Aukrust se acercó un poco más al monitor desde el que podía ver a Pinkster, que se había sentado en su butaca como si esperara que esta se lo tragara.

—Ha ocurrido algo inesperado y no he podido avisarte. No me han entregado el retrato de DeVilleurs; se trata de un error, por supuesto. Yo no lo autoricé…

Kondo reaccionó lentamente, como si lo que hubiera escuchado fuera un completo error.

—¿Es esto una broma de mal gusto? No he venido desde tan lejos para obtener una muestra de tu estúpida incompetencia. Deja que te diga que yo me ocupo de las promesas rotas de un modo muy especial.

—No he podido evitarlo, lo juro —insistió Pinkster—. ¿Crees que no surgen dificultades a la hora de conseguir una pintura de tal valor?

Kondo recuperó la sonrisa, pero no había humor en ella.

—Entonces me llevaré tu retrato, el que dices que fue destruido como los demás.

—Fue destruido —dijo Pinkster desafiantemente—. Lo sabes perfectamente.

—No, Alan, no lo sé perfectamente. No has permitido que la señorita Shimada examine lo que queda de tu retrato. —Kondo agitó su enorme cabeza vigorosamente—. No aceptaré más excusas ni más retrasos.

Pinkster se digirió a la pequeña y exótica mujer, que había permanecido en las sombras, más allá del círculo de butacas.

—Lo prepararé todo.

—¿Cuándo? —exigió saber Kondo—. ¿La semana que viene?

—No. Dentro de dos semanas.

—Eso no es aceptable, Alan —dijo Kondo con determinación—. La señorita Shimada estará en tu galería el martes que viene. —Miró su reloj—. El 8 de enero. Por la mañana. A las diez en punto.

Pinkster se frotó la rojez sobre su boca.

—Habrá otro cézanne en Francia la semana que viene.

—Sí, el del americano —dijo Kondo—. ¿Qué pasa con eso?

—Dicen que es el mejor de los autorretratos. Quizá pueda…

—No hagas otra promesa que no puedes mantener, Alan. Prefiero que vendamos tu autorretrato.

—Tú me pediste un autorretrato y estoy decidido a conseguirte uno.

—Si la señorita Shimada confirma que tu pintura está arruinada,

entonces aceptaré el del señor Llewellyn.

El Ben Jolly estaba a doscientos metros de la popa del Sepera. Recibió el oleaje de proa y conservó los motores a una velocidad que le permitió mantener su posición. La pequeña embarcación a la que poco antes habían subido dos pasajeros se acercó y amarró una vez esos pasajeros dieron por terminada su visita. Jimmy se comunicó con el sargento Jennings a través de la radio.

—Haz un favor a un amigo y pide a alguno de los muchachos que siga el barco y descubra quien lo ha alquilado.

Cuando Pinkster regresó al salón, Aukrust estaba esperándolo.

—¿Cómo va a convencer a Kondo de que el ácido quemó tu retrato?

—Dejaremos que Shimada lo examine; descubrirá jirones de un lienzo muy antiguo y un sirope de pintura que podrá rastrear hasta el sur de Francia.

—Es posible que pueda demostrar que no era una obra de Cézanne.

—No creo que pueda. Para ello necesitaría una tecnología muy sofisticada.

—Podría enviar muestras a Ámsterdam, donde hay químicos especializados que hacen análisis para conservadores de museos de todo el mundo. ¿Qué hará entonces?

Pinkster se encogió de hombros.

—Entonces me veré obligado a contárselo todo a Kondo. —Su mirada se perdió en la oscuridad más allá del círculo de luz—. ¿Cuánto quieres por el retrato de DeVilleurs?

—No está a la venta —dijo Aukrust con vacilación.

—Kondo quiere un autorretrato y si no lo consigue nos dará problemas.

—¿Está sugiriendo que Kondo tenga un accidente?

—No nos serviría de nada muerto. —Pinkster miró a Aukrust con cautela—. Eso solo nos deja el retrato de Llewellyn. ¿Podrías conseguirlo?

—Por un precio.

—Medio millón de libras —dijo Pinkster.

Aukrust negó con la cabeza.

—La mitad de lo que Kondo le pague.

En el muelle de la Torre, Alan Pinkster descendió al embarcadero y se dirigió apresuradamente a la puerta para esperar a su taxi. Jimmy Murratore bajó los

prismáticos y miró su reloj: las nueve y diez. El remolcador se puso en marcha de nuevo y avanzó lentamente en dirección oeste, hacia el Puente de Londres. El sargento Tompkins llamó por radio a su colega y le pidió que la lancha de la policía se situara en la central eléctrica de Battersea y esperara hasta que el Sepera volviera al muelle de Cadogan. Treinta minutos después, cuando el remolcador maniobró en el muelle, el Ben Jolly apareció desde un punto bajo el puente Albert y se detuvo a menos de cien metros de distancia. Jimmy observó al hombre (el capitán, suponía) que lanzó las maromas al muelle, amarró, y después subió a bordo de nuevo y desapareció en la timonera. Las luces de posición y de circulación estaban apagadas, excepto una luz en la timonera y otra en la barandilla para iluminar los peldaños que llevaban al muelle. Al capitán se unió una mujer y salieron del barco, pasaron junto al cobertizo del encargado del embarcadero y subieron el terraplén.

—Esa era la tripulación al completo. Habrán salido a tomar unas cervezas antes de que sea tarde —dijo Jimmy, y se dirigió al agente Tompkins con entusiasmo—. Llévame hasta allí, junto a los surtidores de gasolina. Quiero ver qué está pasando en ese viejo remolcador.

—Ten cuidado y no hagas nada sin autorización. Se está haciendo tarde y, si han salido a tomar algo antes de que cierren los bares, volverán en menos de una hora.

—Detenedlos y hacedles alguna pregunta: quién es el dueño del remolcador, qué antigüedad tiene, ese tipo de cosas. Vais de uniforme y ellos no querrán problemas.

—Yo tampoco los quiero —dijo Tompkins—. No me metas en algo que no tiene nada que ver conmigo.

—Esto es importante, Tommy; el propietario de ese remolcador no se ha reunido con un par de amigos en mitad del río Támesis para hablar de su puto hándicap de golf. Estoy intentando encontrar a un asesino, y necesito tu ayuda.

Jimmy se guardó una linterna en la chaqueta, saltó al muelle y se acercó sigilosamente al Sepera. La puerta de la timonera estaba cerrada, pero habían dejado entreabierta una ventana. La abrió del todo, metió el brazo y giró el pestillo. Atravesó la timonera y la cabina de popa y entró en el camarote contiguo, donde había dos pequeñas camas y un baño diminuto. Abrió otra puerta y dirigió su linterna a los peldaños que bajaban en un pronunciado ángulo hasta un rellano a seis metros de la cubierta. Descendió hasta el pequeño descansillo. La puerta de popa debía conducir a la sala de máquinas, así que probó la otra. Su linterna traspasó el espacio negro del interior para revelar una habitación de tamaño considerable. Entró en el salón e iluminó el grupo de butacas central.

Cuando se giró hacia la puerta por la que había entrado, vio los armarios empotrados en la pared forrada de paneles de madera. A continuación se acercó al círculo de butacas y se sentó en la que

estaba junto a la mesa. Recorrió los paneles de madera con la linterna y descubrió un cambio en el patrón de la veta de la madera en intervalos de un metro y medio aproximadamente. Enfocó directamente una de las uniones y la luz de la linterna se reflejó en el metal; estaba seguro de que eran bisagras escondidas. Los paneles se abrían, pero ¿cómo? Los presionó y examinó buscando sin éxito un modo de abrirlos. Volvió a la butaca y estudió la mesa y todo lo que tenía encima y debajo. En un pequeño cajón encontró cuadernos, bolígrafos, un calendario y el manual de instrucciones del teléfono.

El teclado del teléfono era inusual: tenía dos hileras de botones bajo las tres filas de teclas alfanuméricas. Había seis botones en cada una de las dos hileras; los de la fila superior tenían números, los de la inferior, letras. Levantó el auricular y escuchó el familiar tono de marcado, pero cuando presionó los números no ocurrió nada. Probó otros botones con el mismo resultado. Hojeó el manual. Un trozo de papel cayó de una página marcada como «Activación del programa». En él había un diagrama del teclado junto con las instrucciones para presionar seis de los botones en una secuencia concreta.

Jimmy pulsó las teclas y se encendió una diminuta luz verde sobre el teclado. Presionó el botón marcado como «Uno» y un suave sonido llegó desde su izquierda. Enfocó la pared con la linterna al tiempo que el primer panel comenzaba a moverse. Cuando pulsó el botón «Tres», el panel que tenía delante giró lentamente. Presionó el botón justo debajo del «Tres» y unos focos sobre su cabeza iluminaron el interior del panel, que ahora estaba de cara a la habitación. Jimmy se puso en pie y se acercó a la pintura colgada contra un fondo de muselina azul. Era *Escena de circo,* de Chagall.

La luz de su linterna se derramó sobre el siguiente panel.

—Por Dios bendito, ¿qué está haciendo esto aquí? —susurró Jimmy en voz alta. En lugar de encender el foco sobre el panel, recorrió el pequeño cuadro con la linterna. Lo miró durante un segundo o dos, incrédulo, antes de que una mano golpeara la linterna desde atrás y unos fuertes brazos rodearan su pecho, subieran por sus brazos y agarraran con fuerza su cuello, inmovilizándolo con una llave Nelson. Ocurrió en un instante. Jimmy cayó de rodillas y se lanzó hacia delante, retorciéndose instintivamente gracias a su entrenamiento en la academia. Pero Aukrust, que era más pesado y fuerte, le aplicó aún más fuerza en la nuca y lo obligó a bajar la barbilla sobre el pecho.

—Maldito bastardo —consiguió decir Jimmy—. Soy de la policía

y…

—Por mí como si eres el primer ministro —le dijo Aukrust—. Es hora de que te largues, y yo tengo la medicina perfecta para llevarte adonde debes ir.

Jimmy sintió que una mano se apartaba de él, pero la otra siguió presionándole el cuello con fuerza. Entonces notó un hedor en el aire, un aroma antiséptico y acre. En la tenue luz de la linterna, que estaba a tres metros de distancia, vio la fuente del olor: la mano que se había alejado de él sostenía un trozo de tela que se dirigía a su rostro. Jimmy gritó con todas las fuerzas y la furia que pudo reunir, un grito penetrante y aterrador que pretendía tanto sorprender a su atacante como reunir fuerzas necesarias para intentar liberarse. Golpeó con ambos codos hacia atrás y giró las piernas para poder usar sus músculos, y entonces gritó de nuevo y se zafó de Aukrust. Rodó hasta la puerta, la abrió y comenzó a subir las escaleras antes de que el noruego consiguiera llegar hasta ellas. Jimmy tenía ventaja, ya que era más pequeño y ágil. Subió precipitadamente y salió a cubierta, saltó al muelle y corrió en la oscuridad.

42

Roberto Oliveira no era un hombre de hábitos predecibles, aunque comía regularmente en el asador del hotel Beau Rivage, en Quai du Mont-Blanc, siempre que no tenía otros compromisos. Le gustaba que lo mimaran y que lo acompañaran hasta su mesa de siempre, donde los camareros y los mozos que lo conocían lo atendían con especial atención. Todo esto dejaba una profunda impresión en sus colegas y clientes. Cuando estaba solo aprovechaba para redactar sus propuestas comerciales o para relajarse con un placer tan sencillo como la lectura de un periódico. Aquel día de principios de enero, sin embargo, Oliveira no estaba especialmente relajado, y el periódico no le proporcionó ni distracción ni placer. Un reportero independiente había escrito un comentario sobre la subasta prenavideña de Collyers especulando que la venta habría tenido un increíble éxito si el autorretrato de Cézanne hubiera salido a subasta, tal como había prometido la potente publicidad de la galería.

—Ningún reconocimiento al nuevo camino que hemos abierto —dijo en voz baja—, ninguna mención al paisaje de Cézanne que vendimos por once millones…

Dobló el periódico y golpeó la mesa con él; entonces descubrió que ya no estaba solo. El ocupante de la silla opuesta le resultaba ligeramente familiar. Era un hombre joven y delgado con el cabello negro peinado de forma peculiar y una nariz alargada. Oliveira miró fijamente aquel rostro durante un momento.

—Usted estaba con el señor Weisbord cuando trajo el autorretrato de Cézanne.

—Weisbord ha muerto y robaron el cuadro —dijo LeToque sin emoción.

—¿Cree que lo tengo yo? —preguntó Oliveira riéndose, como si aquello fuera una broma de mal gusto—. Yo quería que Weisbord nos lo dejara, pero no confiaba en nadie. Después me enteré de que había muerto y con eso acabó todo.

LeToque negó con la cabeza.

—Yo sé quién lo tiene.

—¿Quién?

—El que mató a Weisbord.

Oliveira negó con la cabeza, incrédulo.

—Los periódicos no han dicho nada sobre un asesinato. ¿Está seguro?

LeToque asintió.

—Conozco a ese asqueroso bastardo. Si oye hablar de él o lo ve en Ginebra, llámeme. —Escribió un número de teléfono en una caja de cerillas y la empujó hasta dejarla delante de Oliveira—. Es un hombre grande, un noruego que utiliza distintos nombres. El que yo conozco es Aukrust. Peder Aukrust.

43

Ambas pinturas atraparon la luz sin sombras que entraba a través de los ventanales del despacho de Edwin Llewellyn. Ambas estaban sin enmarcar, colocadas sobre un caballete. La de la izquierda era la obra que el abuelo de Llewellyn le había comprado a Ambroise Vollard en 1904, y la de la derecha era una copia fotográfica tan exacta al original que solo tras un atento examen podía discernirse de la otra. La increíble diferencia de valor entre ambas era de cuarenta millones de dólares, y ese era un precio a la baja. La estimaciones recientes del retrato de Llewellyn eran estratosféricas, pero el total de los costes de la copia ascendía a 2468,14 $, incluyendo la cena con langosta de Maine de la que disfrutó Nigel Jones en Anthony's Pier Four.

Alex Tobias levantó el retrato original con la debida reverencia y lo guardó en el interior de un artilugio plano parecido a una bandeja que a continuación deslizó en un envase de extremo abierto. Las dos partes eran de duro vinilo y estaban pintadas de negro mate. En total medía poco más que la pintura, cincuenta por cuarenta centímetros, y tenía menos de tres centímetros de grosor. El hombre levantó la mirada como si no supiera descifrar la expresión del rostro de Llewellyn.

—¿Se lo está pensando mejor? —le preguntó.

—Por supuesto que sí —dijo Llewellyn—. Pero no se me ocurre nada más importante que meterle un pincho por el culo a Vulcano.

Tobias se rió.

—No lo había pensado de ese modo; de hecho, creía que una semana en la Provenza era incentivo suficiente. Pero eso no es nada si puedo ayudar a atrapar a ese bastardo.

Llewellyn cogió la caja de plástico.

—¿Cómo va a llevárselo? No puede metérselo bajo el brazo sin más.

—En ese viejo portatrajes de allí. —Señaló una ordinaria bolsa que solo un miembro fundador del club de vuelo más antiguo de América habría considerado una pieza de equipaje y sonrió—. Aunque parece de hace un siglo, solo tiene veinte años de antigüedad. Lo bueno de esta maldita cosa es que tiene doble fondo.

Sacó ropa para una semana y a continuación levantó una solapa, guardó la caja, volvió a bajar la solapa y la cerró. Después volvió a colocar la ropa, cerró el portatrajes y giró el dial de un candado de combinación.

—Si es necesario, usaré esto —dijo. Atravesó el asa con una cadena envuelta en cuero y se la colocó en la muñeca.

—¿Sabe su esposa en lo que está metido?

Tobias negó con la cabeza.

—No, y no se lo diré hasta que estemos en Narbona. Eso está al otro lado de la frontera francesa, a unas tres horas en coche desde Barcelona. —Sonrió y sus ojos se llenaron de arrugas—. Pareceremos una pareja de jubilados neoyorquinos de vacaciones. No está mal, ¿verdad?

—Esa parte no —contestó Llewellyn—. Aun así, me perturba un poco saber que el retrato está en el fondo de un viejo portatrajes.

—Pero no es un viejo portatrajes cualquiera —dijo Tobias—, y no lo lleva un anciano descuidado. Acérquese a la ventana, le enseñaré algo. En ese sedán gris de ahí abajo hay dos hombres: ambos son policías experimentados, ambos llevan su arma favorita y cuentan con la experiencia necesaria para usarla, y ambos son viejos y buenos amigos. Uno de ellos me acompañará hasta que esté sentado en el avión.

—¿Lo saben?

Tobias negó con la cabeza.

—No lo han preguntado y yo no lo he contado. Me recibirán en Barcelona justo cuando baje del avión. —Tobias sonrió tranquilizadoramente a Llewellyn—. No tiene que preocuparse, yo no hago las cosas sin pensarlas.

—Me marcharé a París el martes que viene, el día seis, y todos los que vengan conmigo creerán que este es el cézanne original. No llevaré escoltas, ni amigos «del departamento» con un arma, solo a Fraser y a Clyde. —Sonrió—. Bueno, Clyde ni siquiera vendrá conmigo, ya que irá en la bodega del avión.

—No es demasiado tarde —le dijo Tobias—. Puede cambiar de idea.

Llewellyn examinó al robusto policía y suspiró.

—Confío en usted, Alex.

Extendió la mano y se dieron un firme apretón. Fraser escoltó a Tobias escaleras abajo.

Llewellyn lo observó desde la ventana mientras entraba en el coche gris y se alejaba conduciendo.

—Allá va —dijo en voz alta—. O acabo de romper todos los

records de filantropía involuntaria, o he cometido el mayor error de mi vida.

Fraser había regresado y oído la suave increpación.

—Ha hecho lo correcto, señor. Ya lo verá.

Fraser siempre veía el lado bueno de las cosas.

44

Jimmy Murratore cerró la puerta del despacho de Oxby y se sentó en la silla frente al inspector jefe.

—Como te dije, he intentado descubrir para qué quiere Pinkster una licencia de navegación y qué está haciendo con ese remolcador que ha restaurado para llevar de excursión a los turistas. Sin embargo, parece ser que el viejo remolcador no ha sido alquilado nunca, o al menos no hasta ahora, según la opinión de todos aquellos con los que he hablado.

Oxby no pudo evitar la leve sonrisa que reptó por las comisuras de su boca. Jimmy tenía un modo de hablar que, aunque incorrecto, a veces era deslumbrante.

—Déjate de preliminares y cuéntame qué has estado haciendo.

Jimmy comenzó por el principio y le contó a Oxby que, con la ayuda de la división del Támesis, había seguido al Sepera de Pinkster desde su puerto de amarre hasta un punto cerca de Canary Wharf, donde había recibido dos visitantes. Entonces…

—¿Sabemos quiénes eran los visitantes? —lo interrumpió Oxby.

—Sí y no —respondió Jimmy—. Hice que los siguieran y espero tener la respuesta en un día o dos. Después de la reunión, el Sepera se dirigió al muelle de la Torre y Pinkster desembarcó y tomó un taxi. Quise hacer que lo siguieran, pero no nos dio tiempo.

—Sabemos que tiene dos casas —dijo Oxby—, una en tierra firme y otra que flota. Si tiene alguna más, lo descubriremos.

Jimmy le contó que el remolcador había vuelto al muelle de Cadogan y que el capitán y su mujer se habían marchado a un pub.

—Entonces subí al remolcador y encontré lo que creo que es el cuartel general de Pinkster.

—¿Qué encontraste?

—Una sala enorme y oscura como la boca de un lobo. Tenía una pequeña linterna y con eso y un poco de suerte abrí un par de los paneles ocultos de la habitación. En el interior de uno de los paneles había una pintura de un artista ruso… Una obra muy imaginativa y llamativa, de…

—¿Chagall? —sugirió Oxby.

—Una escena de circo, de colores vivos y todo eso. No puedo

creer lo que vi a continuación, y quizá ni siquiera lo vi. Era un retrato, jefe, te lo juro, aunque no pude verlo bien, quizá dos segundos. Si lo viera de nuevo lo reconocería.

—¿De Cézanne? —le preguntó Oxby en voz baja.

—Yo diría que sí. Sería una enorme coincidencia que fuera de otro artista. Fue justo entonces cuando me golpeó un tipo enorme que apareció a mi espalda.

Jimmy le contó cómo escapó.

—Apartó una mano y entonces supe lo que tenía que hacer.

—Y después, ¿qué?

—Salí del barco a toda leche, corrí por el muelle y conseguí que mi colega Tompkins me recogiera. Dimos la vuelta y nos mecimos sobre el agua hasta que vimos al capitán y a la mujer volver a bordo del remolcador. Eso fue todo. Quien me atacó debió marcharse del barco mientras yo estaba esperando a Tompkins.

Oxby garabateó un par de notas.

—¿Tenías una orden de registro?

—No, capit…

—¿Informaste del incidente al inspector de servicio?

—No…

—¿Intentaste ponerte en contacto conmigo para contarme este pequeño incidente justo después de que ocurriera?

—Inspector Oxby, yo…

—Bien. Lo mantendremos entre nosotros, pero si recibes alguna información más o si recuerdas algún otro detalle sobre tu episodio en el Sepera, espero que me lo cuentes en persona. Nada de informes escritos.

45

Kondo se detuvo en la puerta, dio su nombre e indicó que la señorita Shimada y él iban a visitar la galería a petición del señor Pinkster. Un guardia transmitió la información mientras otro enfocaba el coche y sus pasajeros con una videocámara. Los dejaron pasar. David Blaney estaba esperándolos y les mostró el camino hasta la sala de restauración de la galería, en el sótano.

—Aquí está —dijo con tristeza—. No sé por qué os habéis tomado la molestia de venir a verlo, pero aquí lo tenéis.

Mari Shimada hizo una elegante reverencia, dejó sobre una mesa una bolsa de lona repleta de compartimentos e inmediatamente comenzó a sacar lo que parecían instrumentos quirúrgicos. Sacó varios botes pequeños que contenían líquidos de colores y una variedad de viales vacíos. Tanteó la pintura coagulada con las pinzas y cuchillas y recogió media docena de muestras sobre las que dejó caer algunas gotas de un fluido de color. Entonces, cuidadosamente, examinó el lienzo y cortó varios trozos, algunos con pintura y otros sin ella. Uno de los fragmentos, seis centímetros cuadrados cortados del borde, no había sido pintado y barnizado ni rociado con el disolvente.

Trabajó rápida y profesionalmente. Después de cuarenta minutos, la mujer comenzó a recoger sus instrumentos y viales y los guardó cuidadosamente en la bolsa.

Se inclinó ante Blaney, le dio las gracias por su ayuda y a continuación asintió hacia Kondo. Se metieron en el coche y se alejaron.

46

Fraser y Clyde tomaron un vuelo nocturno de Air France el lunes; a mediodía del martes, equipaje, perro y sirviente se acomodaron en una suite de la última planta del hotel Meurice de la rue de Rivoli. Aquella noche, Fraser tomó un taxi hasta el aeropuerto para recibir al Concorde en el que llegaría Llewellyn a las diez y cuarenta y cinco. También estaba allí una comitiva de la Reunión de Museos Nacionales encabezada por Mirella LeBorgne. La mujer le dio una cálida bienvenida y le presentó a sus colegas.

—¿Ha tenido un buen vuelo? —le preguntó.

—Suave como la seda, y puntual —dijo Llewellyn.

Sin advertencia previa, unas luces brillantes iluminaron al grupo.

—*Bienvenu, monsieur Llewellyn!* —gritó una estridente voz tras la cámara. No había duda de que era Scooter Albany.

André Lachaud, el ayudante de LeBorgne que se había mantenido tan mudo como un penitente en la reunión del consejo de seguridad, aduló a Llewellyn.

—¿Es consciente de lo famosa que se ha hecho su pintura?

—Lo llevaremos a su hotel —dijo LeBorgne amablemente, como si no hubiera alternativa.

Fraser se sentó junto a Lachaud, que estaba tras el volante de un bajo Citroën; Llewellyn y LeBorgne iban en la parte de atrás.

—Debería saber que, mientras esté en París, tendrá la mejor protección posible —le dijo Mirella LeBorgne—. Justo ahora hay un coche siguiéndonos y otro delante de nosotros. En el hotel y durante todo el día de mañana habrá Dios sabe cuántos policías y otros agentes vigilando cada movimiento que haga.

—Es demasiado —contestó Llewellyn, casi disculpándose—. Todo esto no es necesario.

LeBorgne negó con la cabeza. Parecía angustiada.

—No creo que Henri Trama esté de acuerdo. Es evidente que no le gusta que se ponga usted en riesgo de este modo. De hecho, preferiría que fuera usted a Aix directamente, y yo estoy de acuerdo con él. ¿Ha pensado en ello?

—Sí —dijo Llewellyn, asintiendo—, pero voy a seguir según lo

planeado. Estaré bien. —Notó la duda en la cara de la mujer y añadió—: De verdad que sí.

—Me temo que Trama podría presentar una queja en la oficina de Seguridad Nacional —le dijo Mirella.

—¿Una queja? ¿Por qué? —le preguntó Llewellyn.

—No estoy segura, por algo relacionado con el procedimiento y la cortesía diplomática de Scotland Yard.

El teléfono sonó menos de un minuto después de que Llewellyn entrara en su habitación de hotel. Era Jack Oxby.

—Trama se ha negado a preparar la seguridad después de Lyon. Tus días como señuelo podrían terminar antes de comenzar. ¿Decepcionado?

—Por supuesto que sí. Me he preparado para esta misión y quiero llevarla a cabo.

—No puedo garantizar tu seguridad.

—¿A quiénes tienes?

—Somos dos.

—¿Armados?

—No oficialmente.

—En total somos cinco. Asumiré el riesgo.

—¿Cinco?

—Contándonos a Fraser y a mí somos cuatro. Scooter cuenta como medio… Y Clyde como otro medio.

La presentación de Llewellyn estaba programada para las ocho en punto de la tarde del miércoles 9 de enero. Planeaba hablar brevemente sobre la carrera de Cézanne antes de descubrir el retrato. Tendría lugar en el museo de Orsay, una estación de ferrocarril con cien años de antigüedad que había sido reconvertida con un coste de mil trescientos millones de francos para alojar y exponer el arte del periodo 1848-1914. Mejor presentarlo allí, pensaba Llewellyn, que en el Museo Nacional de Arte Moderno del Centro Georges Pompidou, un edificio de estridentes colores con estructura de acero y tuberías cruzando su fachada como si fueran las entrañas de un dinosaurio mecánico.

Las seiscientas personas que acudieron a ver el retrato y escuchar a Edwin Llewellyn desbordaron la galería más grande; no era coincidencia que fuera la galería que contenía las obras de Cézanne y de sus contemporáneos. Al fondo de la sala había una plataforma elevada con un atril y un telón iluminado del que colgaba el retrato de Llewellyn, cubierto por un paño de color granate.

Llewellyn había colocado personalmente su pintura tras rechazar

educadamente cualquier ayuda y teniendo cuidado de no llamar la atención por no haber permitido que nadie posara siquiera un dedo sobre el marco.

No se dio cuenta de que Henri Trama había subido a la plataforma y se encontraba a su espalda; cuando se giró no lo reconoció inmediatamente. En la reunión de seguridad, Trama había estado vestido informalmente. Ahora llevaba un uniforme negro que le quedaba estrecho, con hebras doradas en las solapas y los puños y una hilera de galones en la parte delantera.

Trama fue al grano rápidamente.

—No podré garantizar su seguridad una vez que abandone Lyon —dijo con firmeza—. De hecho, no puedo garantizar su seguridad antes de que llegue a Aix, y me complacería que fuera directamente allí y se olvidara de este juego que el inspector Oxby ha inventado para usted.

Llewellyn pensó durante un instante. Trama hablaba inglés con un fuerte acento, y eso también difería de su anterior impresión. Había enfado en la voz del comisario.

—Estaré bien. Mis compañeros de viaje están alertas, y me acompaña un perro guardián de primera. —Sonrió con cierta malicia—. Los terrier de Norwich se muestran especialmente irritables cuando están lejos de casa.

Mirella LeBorgne y Gustave Bilodeau se unieron a ellos sobre la plataforma. Habían concedido a Bilodeau tres minutos del tiempo dedicado a la charla para que extendiera su invitación formal para la retrospectiva de Cézanne en su adorado museo Granet.

Scooter Albany enfocó al cuarteto con su cámara y a continuación subió a la plataforma y puso un micrófono entre Llewellyn y él. Como si nunca hubiera visto una gota de alcohol, Scooter llevó a cabo una ágil entrevista y terminó una pieza que las cadenas emitirían de buena gana en horario de máxima audiencia.

La entrevista continuó y a Albany se unió un equipo de televisión francés. Un periodista entrevistó a Mirella LeBorgne y Gustave Bilodeau y estaba a punto de enfocar a Llewellyn cuando Henri Trama los echó de la plataforma.

Mirella LeBorgne anunció a la audiencia que había sido convocada en sustitución del director del museo de Orsay, que se encontraba enfermo, y leyó los nombres de los miembros del equipo comisarial que estaban entre el público. Gustave Bilodeau habló brevemente. Estaba nervioso, y el sudor brillaba sobre sus mejillas. Se mostró impresionado por el espectáculo y también porque su sueño de honrar a Paul Cézanne estuviera tan cerca de ser

alcanzado.

—Si pueden, visiten pronto la retrospectiva —dijo, extendiendo su primera invitación formal—. La inauguración será el 19 de enero, fecha de nacimiento de Cézanne.

Era el turno de Llewellyn. Hizo su presentación en su casi olvidado francés de la academia Deerfield, pero se consoló con la certeza de que la audiencia había acudido para ver su pintura y no para criticar su acento.

—El mundo debe estar agradecido por esta oportunidad única al conservador Bilodeau —dijo. Entonces, llegado el clímax de su presentación, apartó la tela de su pintura. Algunos aplausos dispersos se convirtieron en una entusiasta ovación—. Siento que no puedan ver la obra de cerca esta noche, pero en Aix podrán pasar tanto tiempo ante ella como quieran. Allí verán muchas otras obras del genio que puso en marcha uno de los movimientos de arte más importantes de este siglo.

En la parte de atrás de la galería había un hombre alto de rostro ancho y cabello castaño claro. Peder Aukrust aplaudió mientras concentraba su atención en diez personas de la audiencia. Cuatro iban de uniforme. Tres llevaban trajes grises oscuros con camisas blancas y corbatas azules; era evidente que eran miembros de algún tipo de agencia de seguridad policial. Había dos atractivas mujeres que, aunque actuaban como aficionadas al arte, aplaudiendo y sonriendo, no dejaban de cambiarse el bolso de hombro, como si llevaran algo pesado dentro… Quizá una pistola compacta Smith & Wesson de calibre 38. También había un hombre que Aukrust sintió instintivamente que conocía e intentó relacionarlo con algún nombre o circunstancia, pero no pudo.

47

Chez Blanc era una sucia estructura gris, un hostal en la rue Sedaine, la zona comercial del distrito once, situado entre un edificio de apartamentos vacío y el establecimiento de un restaurador de donde los vapores del disolvente y el barniz se elevaban como una cortina sobre el vecindario. Peder Aukrust había pedido a Astrid que acudiera a esa dirección y ella esperó allí hasta que volvió de la presentación de Llewellyn en el museo de Orsay.

—En los periódicos aparece más la cara de Llewellyn que la del presidente de Francia, y también tiene más policías a su alrededor —dijo Peder, y tiró un ejemplar de *Le Figaro* al regazo de Astrid—. Míralo, sonriendo como si hubiera heredado otros diez millones de dólares.

—El hombre que está con él es Fraser —le dijo Astrid.

—La pintura no es tan grande como me dijiste.

—En el marco parecía muy grande.

Peder miró a Astrid, una mirada penetrante que la atravesó hasta llegar al rasgado papel de pared tras la silla en la que estaba sentada. Aukrust había estado bebiendo… No estaba borracho, pero se le notaba.

—Quiero ese retrato, y lo quiero antes de que llegue a Aix.

—¿Qué harás con él?

—Pinkster puede ser muy estúpido, pero sabe demasiado y tiene dinero. He hecho un trato con él respecto al retrato de tu amigo.

—No puedes destruirlo.

—¿Estás preocupada por la pintura o por Llewellyn?

—Es una buena persona. No le hagas daño.

—Eso depende de ti. Quiero que lo llames y le digas que necesitas su ayuda.

—¿Su ayuda para qué?

Aukrust estaba junto a la ventana con los brazos cruzados sobre el pecho, de espaldas a Astrid.

—Dile que no tienes dinero y que te han robado los billetes de avión.

—No puedo hacer eso.

Él ignoró su protesta.

—Lo llamarás desde la estación de tren de Lyon y le dirás que, cuando volviste a tu habitación de hotel de París, había alguien esperándote en la habitación. Sí, eso funcionará.

—He dicho que no, Peder.

—Imagina que esta era tu habitación de hotel. Había un hombre aquí, esperando dentro. —Aukrust se colocó detrás de la puerta, pegado a la pared—. Entraste en la habitación, cargada de catálogos de los anticuarios, y te acercaste a esa mesa para dejarlos allí. Después te giraste para cerrar la puerta, pero ya estaba cerrada; él la había cerrado en silencio. —Peder sonrió, una leve sonrisa ligeramente torcida—. Te dijo que no gritaras, que si hacías ruido te haría daño… Te haría mucho daño.

—Por favor, Peder, haces que parezca de verdad. No quiero…

—Entonces te dijo que eras muy guapa, y se acercó a ti así y te rodeó con sus brazos. —Peder la tomó entre sus brazos y la abrazó con fuerza pero sin afecto—. Te besó y te hizo sentarte en la cama mientras cogía tu dinero y tus billetes de avión. En ese momento gritaste y corriste hacia la puerta. ¡Hazlo! ¡Ve hacia la puerta!

—Estás asustándome, Peder, no…

—¡Haz lo que te digo!

La mujer se acercó con cautela a la puerta.

—Grita, Astrid. Hazlo.

—¡Basta! Estoy asustada, ¿es que no te das cuenta? ¡Basta, Peder! —Y gritó; un grito de miedo que no fue fingido.

Él se lanzó hacia ella, le agarró los brazos y le arrancó la blusa. Entonces le levantó la falda y la tiró sobre la cama. Le golpeó el brazo dos veces con el puño y Astrid comenzó a llorar.

—¿Por qué? No me hagas daño, Peder…

Aukrust le rompió las medias y le quitó las bragas, resollando con fuerza mientras le cubría la boca con una enorme mano.

—Esto es lo que hizo. Recuérdalo y cuéntaselo a Llewellyn.

Astrid, demasiado asustada para gritar, observó impotente cómo se quitaba la ropa. Se subió a horcajadas sobre ella y la miró amenazadoramente. Levantó una mano en protesta, pero él se la apartó. Le golpeó la mejilla y la abofeteó una última vez con el dorso de la mano, un golpe sobre la boca que le cortó el labio. Entonces su expresión amenazadora se convirtió en una leve sonrisa y le mostró, orgulloso, que estaba excitado.

—Y dile a Llewellyn que te violó.

Y entonces lo hizo.

48

Elliott Heston cerró la puerta de su despacho y entró en la sala de conferencias. Jack Oxby estaba encorvado sobre la mesa junto a una ventana esquinera, leyendo una carta. Consistía en tres párrafos cortos que apenas cubrían media página. Oxby la leyó atentamente, moviendo su lápiz línea a línea hasta la firma. Levantó la mirada.

—¿Cuándo llegó?

—Hace menos de una hora. Seguridad Nacional la envió anoche a la embajada y un mensajero nos la entregó esta mañana.

—¿Qué vas a hacer al respecto?

—Comenzaré explicándole al comisario cómo se involucró Scotland Yard en lo que los franceses han empezado a llamar «Le cirque Llewellyn». Están enfadados porque anoche tuvieron que enviar un destacamento especial al museo de Orsay, y se oponen a dar a Llewellyn protección especial mientras cuarenta mil agricultores amenazan con cerrar todas las autopistas importantes de Francia.

—Cualquiera diría que no sabían nada sobre la destrucción de los cézannes o sobre los asesinatos —dijo Oxby, rojo de furia—. Se han quedado parados, Elliott, esperando que Vulcano desapareciera antes de la apertura de la exposición. Ahora que va a abrir en menos de dos semanas han despertado y Trama está intentando ponerse al día. Quiere convertirse en el héroe.

Heston cogió la carta y leyó en voz alta:

—Lamentamos profundamente que la seguridad del señor Llewellyn no pueda ser gestionada en Aviñón… Etcétera, etcétera… Y sugiere que Llewellyn vaya directamente de Lyon a Aix. —Miró a Oxby con severidad—. La embajada americana en París ha recibido este mismo mensaje.

Oxby se puso en pie.

—No podemos perder la ocasión de Aviñón, Elliott; es allí donde Vulcano creerá que tiene la mejor oportunidad de intentar algo. Llewellyn sabe que no tendrá la protección de la policía, pero insiste en continuar adelante. Le di mi palabra de que lo protegeríamos, y él ha aceptado.

—Jack, ya estamos con los truquitos de siempre, jugando con

reglas que te vas inventando por el camino. Apenas me mantienes al corriente. No quiero más malditas sorpresas, y tampoco los franceses. Mientras, podrías responderme a tres preguntas que me tienen desquiciado —dijo. Se apartó de la mesa, se puso en pie y a continuación divagó como si recitara el catecismo—: Primero, ¿en qué tabla sagrada está escrito que puedas convertir a tus agentes en guardaespaldas para enviarlos a Francia? Segundo, ¿quién ha aprobado la filtración de información clasificada sobre Vulcano? Tercero, ¿dónde está tu autorización para pasar el día en la Interpol?

La súbita oleada de preguntas había pillado a Oxby desprevenido.

—Muy bien —comenzó Oxby—. Responderé en orden inverso.

Heston lo miró con expresión tensa y asintió.

—En cuanto a la Interpol, tengo aquí la autorización para asistir a la reunión de jefes de seguridad de museos del cuatro al siete de diciembre. Adjunta a ella está mi petición para pasar un día con el especialista Samuel Turner en la Interpol. —Deslizó el papel hasta Heston—. Creo que las del final de la página son tus iniciales.

Heston agarró el papel y se bajó las gafas.

—No recuerdo todas las peticiones que pasan por mi mesa.

—Parecemos estar en desacuerdo sobre la filtración de información sobre Vulcano, y es importante que seamos del mismo parecer en esto. Yo asumiré la responsabilidad por introducir la imagen de Vulcano en el caso, pero te recuerdo que estamos tratando con una personalidad sociopática. —Oxby se inclinó hacia delante—. No hay duda de que es una persona muy inteligente que es totalmente consciente de que nos estamos rompiendo el culo para encontrarlo, pero quiero que sepa que hemos sufrido graves contratiempos porque no tenemos autoridad en Francia y porque los franceses están demasiado ocupados con otros asuntos. Si cree que Llewellyn no tiene protección, intentará aprovecharse de ello.

Heston se apretó el puente de la nariz con el pulgar y el índice.

—Tu estrategia gira en torno a la premisa de que Vulcano quiere la obra de Llewellyn. ¿Qué te hace estar tan seguro?

Oxby cerró los ojos, tomó aliento profundamente y, eligiendo cuidadosamente sus palabras, dijo:

—Porque, Elliott, estoy profundamente involucrado con cada hecho y suposición contrastada que tenemos sobre Vulcano y quien sea con quien esté aliado. Y mi instinto me dice que intentará hacer algo de aquí al 19 de enero. —Oxby abrió los ojos y miró a Heston—. Esto es, clara y honestamente, todo lo que puedo declarar al

respecto. Debo admitir que no estoy seguro de que Vulcano quiera la pintura; es posible que desee destruirla. Pero estoy convencido de que asomará la patita.

—¿Garantizado? —le preguntó Heston.

—Por supuesto que no; si estuviera garantizado no estarías sometiéndome a esta puta inquisición.

—Hablando de lo cual, me debes una respuesta más.

—En cuando al viaje de los agentes Murratore y Browley a Francia, pensé que podía mandarlos allí un par de días. No creí que eso fuera a desatar un incendio.

Heston miró fijamente a Oxby y se pasó el dedo lentamente por el lateral de su fina nariz.

—Bueno, pues lo ha desatado, y además quebranta las normas. ¿Cómo respondes a eso?

—Se presentaron voluntarios porque están tan involucrados como yo y porque quieren detener a Vulcano. Usarán días de sus vacaciones.

—Jack, ningún miembro de nuestro departamento puede ir a un país extranjero, durante sus vacaciones o no, y representar a la Policía Metropolitana a menos que: A, ese país extranjero haya hecho una petición formal y B, el comisario dé instrucciones oficiales. Ninguna de esas condiciones se ha dado.

—Me he adelantado. Así tendrás tiempo de sobra para pensar en mi reprimenda.

—Es una intromisión, Jack. No puedes dar órdenes en territorio francés.

—Sam Turner me dijo que me echaría una mano. Está deseando alejarse de su ordenador.

Oxby le dio la espalda y examinó sus manos, que mantuvo entrelazadas para no revelar la preocupación que sentía sobre la información que Jimmy Murratore había destapado durante su abordaje sin autorización y sin partes oficiales al Sepera de Alan Pinkster. ¿Debía contárselo a Heston? ¿Cuáles serían las consecuencias si no lo hacía?

El teléfono de Heston sonó. El capitán miró fijamente el aparato, deseando que dejara de sonar, como si supiera quien estaba al otro lado de la línea.

—Heston —dijo formalmente.

Oxby se detuvo junto a la ventana intentando no escuchar la conversación que suponía que Heston estaba manteniendo con su esposa, Gretchen, que se había vuelto muy buena traspasando el círculo protector de ayudantes. Oxby miró fijamente el rascacielos

más alto del distrito financiero de Londres al otro lado de la ciudad.

49

Bud Samuelson miró furiosamente a Alan Pinkster, que estaba sentado al otro lado de la amplia y pulida mesa de la sala de juntas. Tenía el puño tan apretado alrededor de un puñado de lápices que sus nudillos estaban blancos y su brazo temblaba incontrolablemente. Terry Sloane estaba a su lado, sudando incómodamente y moviéndose con nerviosismo.

Samuelson habló en un hilillo de voz airada:

—Eres un gilipollas, Alan Pinkster, un bastardo mentiroso, un estafador y un hijo de puta de primera.

—Ya has dejado clara tu opinión, Bud —dijo Terry Sloane—. Deja que hable.

—La última vez que estuvo en esta sala y lo dejamos hablar nos embaucó con sus sandeces, atravesó esa puerta y se estuvo riendo de nosotros las siguientes seis semanas. Ya está bien. —Miró fijamente a Pinkster—. ¿Qué sabes sobre un hombre llamado Saburo Kondo?

El rostro de Pinkster perdió su color hasta adquirir un fantasmal tono blanco. Parecía sofocado. Quizá se había preparado para la escatológica embestida de Samuelson, pero no para una confrontación sobre Kondo.

—Sé que es un tratante de arte japonés. Mucha gente lo sabe.

Samuelson había esperado una respuesta evasiva como aquella.

—Probemos otra vez. ¿Qué sabes sobre la obra titulada *Antes de la salida?* —le preguntó, y estudió su reacción—. En caso de que estés teniendo un ataque de *amnesia opportunus,* fue pintada por Degas y robada de la colección Burroughs.

Pinkster dejó de mirar a Samuelson para concentrarse en Terry Sloane.

—No sé nada al respecto.

Terry Sloane negó con la cabeza.

—Nosotros tenemos otra información, Alan. Has estado haciendo tratos con Kondo y, según nuestras fuentes, le entregaste una obra de Degas que se ha vendido en Japón por más de seis millones de dólares.

—Estáis mal informados —insistió Pinkster.

Samuelson perdió los nervios.

—Y tú estás hasta las cejas de mierda. No sé qué parte de los seis millones te has quedado, pero será mejor que le pongas un lazo bonito y se la entregues a Terry. —Se puso en pie—. He hecho tratos con algunos cretinos antes, pero tú te llevas la palma. De no ser por los ciento seis millones de dólares que nos debes, ya estaríamos fuera de tu maldita «Cuenca del Pacífico». Queremos hasta el último centavo. Si no lo conseguimos, será tu culo el que saldrá a subasta, y por lo que me puedo imaginar conseguirá unos veinte largos años a la sombra.

50

Se habían expedido instrucciones a la Policía Judicial de Lyon para que el americano que estaba exponiendo su retrato de Paul Cézanne recibiera un tratamiento de seguridad VIP como el que se proporcionaba a los funcionarios gubernamentales de medio pelo de un país con la importancia de, quizá, Belice. Un teniente recién ascendido había sido enviado al Grand Hôtel Concorde para informar oficialmente a Llewellyn de que un policía se apostaría ante la puerta de su habitación y otro junto a los ascensores del vestíbulo.

—Los planes para asegurar su protección durante la noche se están discutiendo en estos momentos.

Hizo un saludo marcial y se marchó pomposamente.

—¿No deberías decirle a Oxby que, en una escala de uno a diez, tu seguridad está bajo cero? —le preguntó Scooter Albany.

Llewellyn sonrió valientemente.

—Oxby lo sabe.

Entró en el dormitorio y cogió una sobaquera de cuero de su maletín de la que sacó una pistola Beretta 950-BS. Sostuvo la vibrante pieza de pulido metal negro, demasiado pesada para su tamaño. Se colocó la sobaquera, guardó el arma en ella y se miró en el espejo mientras daba unas palmaditas al perceptible bulto bajo su hombro izquierdo. A las seis en punto llegó un sargento de policía y anunció que el teniente estaba esperándolo en un coche patrulla a las puertas del hotel. Precedidos por una única moto sin silenciador cuyas luces azules parpadeaban sin cesar, avanzaron por la abarrotada rue de la République hasta el museo de Bellas Artes en la diagonal del hotel de Ville.

Algunos dignatarios locales se habían reunido para un banquete organizado en el vestíbulo principal, y un surtido de especialistas en arte de la universidad y del escaso equipo de conservadores del museo le expresó sus alabanzas y agradecimientos. A las ocho en punto retiraron las mesas, colocaron las sillas y el público y la prensa comenzó a llenar el vestíbulo. Como en París, y con un acento menos inseguro, Llewellyn dio su pequeño discurso. Retiró la tela granate y habló afectuosamente de la obra y de su significado

para Francia.

—Pero venid a Aix —dijo—, donde casi doscientas pinturas y dibujos de Cézanne os cautivarán.

Scooter Albany grabó veinte minutos de cinta y la prensa local tomó fotografías y entrevistó a Llewellyn.

Peder Aukrust estaba al fondo de la habitación. Su mirada rara vez se posaba en la plataforma, en Llewellyn o en la pintura. En lugar de eso, examinó la audiencia en busca de la persona que había divisado en el museo de Orsay de París y cuyo rostro le resultaba conocido. Otra mirada al hombre le diría si su memoria estaba jugándole una mala pasada o le ayudaría a recordar quién era. Contó tres guardias del museo poco intimidantes y dos policías. Había más, estaba seguro, pero no los veía. Prestó especial atención al hombre de cabello negro que estaba solo cerca de la plataforma. Sam Turner, pues era él, le devolvió la mirada mientras examinaba también los rostros de la multitud.

—Agradezco vuestra generosa acogida —dijo Llewellyn para concluir su charla. La audiencia estaba atenta y parecía satisfecha porque el americano estaba hablando en un francés más que decente—. Dentro de un par de días estaremos en Aviñón pero, antes de marcharme, quiero recordaros que una persona malvada y cruel ha destruido cuatro autorretratos de Cézanne y que existe el peligro de que más obras sean quemadas con ácido. Es nuestra responsabilidad, vuestra y mía, asegurarnos de que eso no ocurra. ¡Reuniros conmigo en Aix la semana que viene! ¡Venid a celebrar la grandeza de Cézanne! —Llewellyn agitó la mano con entusiasmo y gritó—: *À bientôt!*

Se escuchó un murmullo grave entre la multitud que comenzó a aplaudir y a lanzar gritos de *«Vive monsieur Cézanne! Vive monsieur Llewellyn!»*.

La moto no hizo con ellos el viaje de vuelta. Les explicaron que se había producido un grave accidente en la autopista al norte de la ciudad y que el agente de la motocicleta había sido enviado a dirigir el tráfico. Poco después de las once, Llewellyn estaba al teléfono escuchando la tranquilizadora afirmación de Jack Oxby de que había estado bajo vigilancia constante durante toda la noche.

—Solo me queda un somnoliento guardia en el pasillo —dijo Llewellyn con su habitual desenfado.

—Te estamos protegiendo como madres cariñosas —le aseguró Oxby.

—Solo he visto a Sam Turner.

—No era más que una actuación. Enciende la televisión. Scooter

te ha metido en la última edición de las noticias.

Llewellyn encendió el televisor de su dormitorio. Había un primer plano de la pintura y la imagen se ampliaba a continuación para mostrar a Llewellyn haciendo sus últimos comentarios. Clyde escuchó que una voz familiar salía de la tele y saltó sobre la cama, ladrando. El teléfono sonó y Fraser contestó.

—Me alegra saber de usted —dijo en su amistosa y ronca voz—. ¿Dónde está?

—Es una… sorpresa —dijo ella—. ¿Podría hablar con el señor Llewellyn?

Fraser agitó el teléfono en dirección a Llewellyn.

—No se lo creerá, señor, pero es Astrid.

Llewellyn agarró el teléfono.

—¿Dónde diantres estás? —le preguntó como un padre preocupado.

—Estoy… Estoy en Lyon. ¿Te sorprende?

—Por supuesto que me sorprende. No dijiste nada de venir a Lyon.

—No lo había planeado, pero ocurrió algo horrible en París y necesito ayuda. Vi en el periódico que venías hacia aquí. ¿Estás enfadado?

—Por supuesto que no, pero ¿qué ha pasado?

—Alguien entró en mi habitación de hotel y… me atacó.

—Por el amor de Dios, ¿estás herida?

—Un poco, pero estoy más asustada que otra cosa. Se llevó mi dinero y mis billetes de avión.

—¿Desde dónde llamas?

—Desde la estación de tren, la que está cerca de tu hotel.

Se produjo una breve pausa antes de que Llewellyn dijera:

—Podría ser un problema. Dame tu número y te llamaré.

Escribió el número y llamó a Oxby.

—¿Se acuerda de Astrid Haraldsen? Al parecer se llevó un susto en París: alguien entró en su habitación y se llevó su dinero y sus billetes de avión. Acaba de llamarme desde la estación de tren pidiendo ayuda. ¿Qué debería hacer?

—Qué barbaridad —dijo Oxby, y dudó varios segundos. A continuación dijo—: ¿Le gustaría verla?

—Yo… Sí, supongo que me gustaría —reconoció Llewellyn, trastabillando—. Pero no puedo. ¿O sí?

—Dígale que enviará a Fraser a recogerla.

—Pero usted dijo que debía viajar con Fraser y nadie más.

—Añadimos a Scooter al grupo. No creo que debamos ignorar a

una damisela en apuros.

51

Lo que había comenzado aquella tarde como una fresca brisa se había convertido en un fuerte y frío viento cuando el Olds dorado de Scooter Albany se detuvo delante del hotel L'Europe de Aviñón. Las estaciones meteorológicas del sur de Grenoble habían anunciado oficialmente que *le mistral* estaba sobre la Provenza. Eran casi las nueve en punto cuando el séquito de Llewellyn se acomodó por fin en sus habitaciones. La calidad de la comida no era una prioridad, y comieron sencilla y rápidamente. Scooter admitió que se sentía «afortunado»: era su modo de decir que iría a ver si encontraba buena compañía de cabello largo y rubio sentada en un taburete del bar del hotel.

Después de la cena, Llewellyn se preparó para acostarse y le dijo a Astrid que sería buena idea que ella hiciera lo mismo.

—No voy a poder dormir —dijo.

—¿No puedes sacarte a ese bastardo de la cabeza? —le preguntó Llewellyn, y la mujer asintió—. Acabarás olvidándolo.

Sobre su mejilla se había extendido un moretón, aunque su color ya estaba atenuándose. Aun así, tenía los labios hinchados. Astrid no había dejado que Llewellyn viera el resto de marcas de sus hombros y brazos.

—¿Te sientes seguro? —le preguntó.

—Sí, totalmente. ¿Y tú?

—Cuando estoy contigo sí, pero me preocupa la pintura. ¿Intentará llevársela alguien? Podrías resultar herido.

—No creo que eso vaya a ocurrir.

—¿Por qué no? ¿Porque hay gente vigilándote?

El hombre frunció el ceño.

—¿Qué gente?

—No lo sé. Pero si la obra es tan valiosa, ¿no debería haber alguien protegiéndote?

—Deja de decir tonterías sobre protección y vigilancias.

—Entonces, ¿no hay nadie protegiéndote?

—He dicho que ya basta, Astrid, y lo he dicho en serio. —Había un poco de frustración en su voz, quizá enfado. Retiró las colchas de la cama—. ¿Vienes a la cama?

—Dentro de un rato. Voy a llevar a Clyde a dar un paseo.

—Hace un tiempo infernal ahí fuera. Te vas a congelar.

—No tardaré mucho.

Colocó la correa en el collar de Clyde y pronto estuvieron en la calle frente al hotel. El perro tiraba de la correa como si tuviera planes concretos para los arbustos de un pequeño parque triangular a cien metros del hotel. El viento todavía era fuerte y frío, el cielo seguía negro. Peder Aukrust estaba esperándola.

—Llegas tarde, y hace frío —le espetó furiosamente.

—He venido tan pronto como he podido escaparme.

—¿Has visto la pintura?

—No, la mantiene envuelta y guardada en un armario.

—Consigue la llave.

—Lo he intentado, pero él…

—Sigue intentándolo. Siempre veo a dos hombres con él, el reportero y su sirviente. ¿Hay alguno más?

—Le he preguntado, pero no ha querido hablar de ello. Yo solo he visto a esos dos hombres.

—Deben haberle dicho que no diga nada, ni siquiera a ti. Hay otros, pero no podemos verlos. —Negó con la cabeza—. Maldita sea, no puede estar siendo vigilado por fantasmas. Pregúntale de nuevo si lo protege alguien. Dile que quieres saberlo porque estás preocupada por él. Demuéstrale que te importa. Cuéntamelo todo cuando estemos en Aix.

Murmuró una especie de despedida, se giró y desapareció.

Un brumoso sol brilló a la mañana siguiente y durante todo el día, pero el mistral siguió soplando sus frías ráfagas del norte sobre Aviñón, enturbiando el aire implacablemente con polvo y tierra. Afortunadamente, el fenómeno terminó al siguiente día. Llewellyn y Fraser lo habían experimentado previamente y se alegraron de poder quedarse en la comodidad del hotel. Astrid había vivido las tormentas invernales de Noruega, pero descubrió que el mistral era algo más que un incesante viento frío: podía ser profundamente deprimente. El día pasó lentamente y sin sucesos.

El palacio papal tenía tres estrellas en la guía Michelin y, mereciera o no una visita, era el monumento más famoso de Aviñón. La estructura del siglo catorce había sido despojada hacía mucho de sus muebles y tapices, pero sus majestuosos pasillos de piedra y los enormes vestíbulos vacíos aun reverberaban con ese tipo de importancia histórica que solo igualaban un puñado de edificios de Francia. Las señales dirigían el tráfico de visitantes hasta la gran sala de audiencias, una habitación de casi sesenta metros de largo y tan ancha como una pista de tenis. Era un enclave

ideal para la presentación de una obra excepcional del impresionismo francés y, de algún modo, confería incluso más importancia al retrato del artista que había vivido la mayor parte de su vida a poca distancia de allí.

Los chirriantes sonidos del sistema de altavoces provisional rebotaron en las paredes de piedra y en el techo. Se esperaba que la gran audiencia hiciera de amortiguador y absorbiera parte del sonido, una esperanza que se vio cumplida cuando la multitud comenzó a llegar de lugares tan lejanos como Valence y Saint Rémy. Una vez más, había una plataforma y un telón sobre el que Llewellyn había montado su pintura.

Peder Aukrust ocupó su puesto junto a la pared entre dos hombres casi tan altos como él. Se inclinó para no destacar entre los que estaban a su lado y a continuación examinó a la audiencia. Le impresionó que todos estuvieran observando y escuchando atentamente a las seis personas sobre la plataforma elevada al fondo de la sala. Estaba seguro de que entre los cientos de asistentes habría guardias de seguridad o policías de paisano. En caso contrario, Llewellyn habría contratado a su propio equipo de seguridad pero, fuera como fuera, estaban perfectamente disfrazados.

Jack Oxby estaba sentado en la tercera fila. Llevaba una chaqueta de botonadura doble, un pañuelo estampado de cachemir en el cuello y una boina inclinada en ángulo sobre su frente que casi rozaba la parte superior de sus gafas de gruesa montura negra. Parecía estar escuchando con arrobada atención incluso cuando se giraba en su asiento para mirar disimuladamente a su espalda y añadir con aire despreocupado otra nota en su cuaderno.

Poco después de las once, Llewellyn y Fraser regresaron al hotel. Astrid estaba en la cama de Llewellyn, medio dormida, con una manta subida hasta los hombros. Llewellyn miró su rostro magullado y acarició suavemente sus mejillas.

—¿Estás despierta? —susurró.

—Sí —respondió la joven—, creo que sí. ¿Es tarde?

—Las once pasadas.

Se giró hasta quedar tumbada sobre su espalda y lo miró.

—¿Había mucha gente?

Él asintió.

—Me temo que la mitad no pudieron ver mucho. Era un lugar demasiado grande para enseñar una pintura tan pequeña. —Sonrió—. Pero aplaudieron.

La mujer ahuecó la almohada y le dio unas palmaditas.

—Ven a la cama y cuéntamelo todo.

Tras la presentación en el palacio, Aukrust caminó hasta su hotel, el Danieli, y se preparó para salir temprano la mañana siguiente. Era consciente de la fecha: sábado, 10 de enero. Su esperanza de encontrar una oportunidad clara para llevarse la pintura de Llewellyn en Aviñón no se había materializado. Prefería esperar a descubrir quién estaba protegiendo al americano antes de enfrentarse a un anillo invisible en el que no sabía si había fisuras, ni dónde podían estar.

El viento siguió soplando en ráfagas, pero el mistral se agotó por fin a mediodía, cuando Peder llegó a Aix-en-Provence. Aparcó cerca de la estación de tren y su ansiedad aumentó al acercarse a la hilera de taquillas de la consigna. Deslizó la llave en la número ciento cuatro y la giró. Abrió la puerta. El grueso tubo postal de cincuenta centímetros de largo estaba justo donde lo había dejado.

52

Antes de que el avión se detuviera en la pasarela, Alexander Tobias salió al pasillo y abrió el compartimento superior para recuperar el equipaje de mano de su esposa y su chaqueta deportiva, todo ello mientras sostenía con firmeza su portatrajes. Su esposa lo observaba, resignada a esperar pacientemente a que le revelara la carga increíblemente importante que llevaba en el interior de la vieja maleta. Pero eso no evitó que dijera, con su contención habitual:

—Estás más unido a ese maldito portatrajes que a mí y a todos tus nietos juntos.

—No quiero que le pase nada —le contestó Tobias con el tono de disculpa de un marido que no desea que una pequeña astilla de discordia se convierta en una pelea. Pasaron la aduana con tratamiento VIP: una joven vestida con un uniforme recogió los billetes de la facturación de su equipaje y los condujo a través de una enrevesada ruta hasta la entrada de la terminal. Junto a la carretera había un agente de paisano frente a un Mercedes 290.

Desde el momento en el que Helen Tobias se acomodó en su asiento de primera clase del vuelo de Iberia hasta que salieron del aeropuerto, no había dejado de encontrar razones que la hacían sospechar que su marido estaba en una misión de gran importancia. Su apego a su sencilla pieza de equipaje lo confirmaba. Helen Tobias no había sido bendecida con la belleza, pero los años la habían tratado bien: su cabello era de un blanco puro y sus ojos y boca animaban un rostro redondo y agradablemente tranquilo. Treinta y cinco años de matrimonio con un policía le habían inculcado paciencia y la habían dotado de una intuición que en más de una ocasión había resultado más precisa que la de su marido.

—No me lo has contado todo. —Lo miró fijamente un instante, y después añadió—: ¿Cuándo lo harás?

—Prometí que no contaría nada a nadie. No hasta que hayamos cruzado la frontera de Francia.

La mujer miró el reloj del salpicadero y ajustó la hora local en su reloj de pulsera.

—¿Cuándo será eso?

—Queda una hora y media hasta la frontera y una hora más hasta Perpiñán —dijo Alex, y señaló el mapa que tenía en el asiento entre ambos—. Pasaremos allí la noche y saldremos sin prisa por la mañana. Tendremos cuatro días para curiosear por esa zona, porque dije que llegaríamos el viernes dieciséis. Es una parte fantástica de Francia, te encantará —le aseguró con una cálida sonrisa.

—Alexander —comenzó Helen, y la deliberada pronunciación de su nombre fue una indicación clara de que no quería respuestas absurdas a las preguntas que estaba a punto de hacerle—. Lo único que me has dicho es que vamos a un pueblo llamado Aix-en-Provence, en el sur de Francia, pero volamos hasta Barcelona y ahora estamos conduciendo, según me has dicho, hacia Perpiñán. He sido muy paciente respecto a lo de volar en primera clase y al modo en el que te has aferrado a ese asqueroso portatrajes, incluso cuando has ido al lavabo tantas veces que he llegado a pensar que tienes un problema de próstata. No te he preguntado por qué nos han pasado rápidamente por la aduana ni por qué había un coche oficial esperándonos. Ahora insisto en que me cuentes en qué estás metido.

—Obviamente, llevo algo en el portatrajes. Pertenece a un hombre llamado Edwin Llewellyn, que me pidió que se lo custodiara. Insistió en que vinieras conmigo y en que viajáramos en primera.

—¿No puedes decirme qué es?

El hombre la miró, sonrió y dijo:

—Sí, cuando lleguemos a Perpiñán.

53

Margueritte DeVilleurs recorrió la casa por última vez, activó la alarma y se dirigió al coche. Emily estaba tras el volante, esperando a que Margueritte se acomodara a su lado. Al final del camino apareció un coche de repente que se detuvo abruptamente, bloqueando su salida. Ambas reconocieron el vehículo: sorprendentemente, era la berlina de Peder Aukrust. Margueritte salió del coche con la agilidad de una adolescente.

—¡Peder! —exclamó—, ¿dónde has estado?

El hombre caminó hacia ella con los brazos extendidos, pero se detuvo y esperó, vacilante, porque no sabía cómo lo recibiría Margueritte.

—Lo siento —le dijo con una sonrisa más amplia que nunca—. Tenía asuntos personales de los que ocuparme… Lo siento.

—Me has decepcionado —dijo Margueritte con decisión—. Estaba preocupada por ti. Desapareciste y no me has llamado.

Peder apartó la mirada y bajó la cabeza como si lo estuvieran regañando.

—Se trata de mi familia —le contó—. Tuve que ir a Oslo, y han sido unos días duros para mí.

—Y para mí —dijo ella con seriedad—. Freddy Weisbord ha muerto.

Él se quedó en silencio, con la cabeza gacha.

—Alguien me ha dicho que fuiste tú quien lo mató.

—¿Y tú te has creído una mentira así? —le preguntó Peder furiosamente—. ¿Quién te ha dicho eso?

—Ese canalla de LeToque. Me dijo que estuviste con Freddy la noche en la que murió. Me dijo que tenías una razón para matarlo.

—¿Para matar a Weisbord? —Aukrust lanzó una carcajada sin humor—. Era un hombre viejo y enfermo que no necesitaba mi ayuda para morir.

Bajo los brazos lentamente. Margueritte no dejaba de mirarlo. Era consciente de que él aún apartaba la mirada.

—¿Lo mataste tú, Peder?

—No. —Entonces, para reforzar su negativa, se obligó a mirarla a los ojos y le mantuvo la mirada varios segundos, aunque fue el

primero en romper el contacto visual—. Tengo el retrato.

La mujer señaló su coche.

—¿Lo tienes contigo?

—Sí, pero sin marco.

—Podemos ponerle uno nuevo. Es la pintura lo que quiero ver.

Peder sacó el tubo del coche, extrajo el lienzo enrollado cuidadosamente y lo desplegó.

—¡Mira, Emily! El señor Cézanne ha vuelto a casa.

54

Los estudiantes universitarios se reunían en pequeños grupos alrededor de las mesas redondas de las terrazas de las cafeterías que se alineaban al norte de la avenida principal de lo que había sido la capital de la antigua Provenza. El Cours Mirabeau era un bulevar incomparablemente hermoso, especialmente cuando las tres hileras de plátanos gigantes creaban un veraniego dosel verde a través del que bajaban miles de agujas de sol para rozar el suelo. Llamada sencillamente Aix, una palabra pronunciada de infinitos modos, era una ciudad de sorprendente sofisticación donde incluso en un día de pleno invierno, despejado y sin viento, eso sí, era una delicia tomar un café al sol.

Un Porsche plateado, cubierto de polvo y suciedad, retrocedió hasta un hueco de aparcamiento cerca de una de las tres antiguas fuentes termales, que todavía seguían en funcionamiento. Del lado del pasajero bajó una chica de piernas infinitas con el cabello largo y expresión cansada, y de detrás del volante salió el conductor, que señaló las mesas vacías de una cafetería cerca del Grand Hôtel Nègre-Coste.

LeToque apartó una silla y se sentó en una mesa. Miró a Gaby, que estaba frotándose los brazos para alejar el frío.

—¿Vas a quedarte ahí de pie? —le dijo malhumorado.

—Tengo frío, y tengo que ir al baño —le contestó Gaby.

—Entonces ve, por el amor de Dios. Ahí dentro. —Señaló el interior de la cafetería.

La chica pasó junto a un camarero en el momento en el que este dejaba la carta delante de LeToque.

—Dos cafés —pidió LeToque—. ¿Cómo se llega al museo?

—¿A cuál? —le preguntó el camarero con un deje desdeñoso.

—El Granet, el que está en todos los putos letreros. Como ese.

Señaló un cartel que anunciaba la retrospectiva de Cézanne y que estaba suspendido sobre el Cours Mirabeau, cerca de la Fontaine de la Rotonde, al principio del bulevar.

—Vaya hasta la Torre del Reloj y después a la derecha en la rue d'Italie —dijo el camarero, señalando en la dirección opuesta a la emblemática fuente—. Está en la plaza de Saint-Jean-de-Malte,

junto a la iglesia.

55

El mediodía del jueves, Llewellyn y su grupo se acomodaron en una suite de la planta alta del hotel Pullman Roi René. El primero en visitar a Llewellyn fue Scooter Albany, que le pidió que revisara un clip de vídeo que estaba a punto de enviar a la televisión francesa. Cuando Llewellyn entró en la habitación de Scooter, fue Oxby quien se adelantó para saludarlo.

—Tengo que irme —dijo Scooter, y salió al pasillo.

—Pensaba que le habían ordenado que volviera a Londres —dijo Llewellyn—. Me temo que no soy un buen señuelo. Lo siento.

—Sospecho que Vulcano tenía un plan preparado para una de las noches que pasaste en Aviñón —respondió Oxby—, pero podría haberle parecido demasiado fácil. Quería ver a qué se enfrentaba, pero el círculo a tu alrededor era invisible. Al menos esa es mi corazonada. —Sonrió de oreja a oreja—. Pero mis corazonadas son como la leche de tres días: a veces buena; otras, agria.

—¿Ha sabido algo de Tobias?

—Todo va bien —le aseguró Oxby—. Alex y su esposa llegarán a Aix esta tarde.

—La pintura…

—Tan segura como la última vez que la vio —dijo Oxby—. ¿Cómo está Astrid?

—Todavía curando sus magulladuras. Está muy preocupada por mi seguridad y no quiere que le ocurra nada malo al cuadro. De hecho, cree que sería buena idea poner un par de guardias en la puerta de mi habitación.

—¿Qué le respondió usted?

—Que apostar centinelas en la puerta es de presidentes.

—¿Le preguntó si alguien estaba protegiéndolo a usted y al cuadro?

—Me preguntó algo parecido en Aviñón.

Oxby se abanicó con las páginas de su cuaderno.

—Quiero que le diga a Gustave Bilodeau que no podrá colgar su retrato hasta la mañana de la inauguración de la exposición.

—Eso no le va a gustar.

—Échele la culpa a su abogado.

Oxby encontró a Jimmy Murratore en su habitación. El inspector había elaborado una lista con la ubicación de cada persona que merecía la pena localizar.

—Están bien repartidos. Sam Turner se está quedando, de entre todos los sitios posibles, en el hotel Paul Cézanne. Ann llegará mañana por la mañana. La he alojado en el Cardinal, donde yo mismo tengo habitación.

—¿Dónde has alojado a Tobias?

—Los Tobias se quedarán en el hotel Nègre-Coste. No sé dónde se alojan los franceses, pero sé que Henri Trama está ilocalizable. Puedes estar seguro de que está jactándose ante sus amigotes de que nuestro plan no ha funcionado. Espero que sus quejas tengan un buen eco en los periódicos.

—Capitán, tal como yo lo veo, tienes un equipo bastante dispar de tres agentes de Scotland Yard que están aquí sin autorización y que seguramente serán despedidos tan pronto como pongan un pie en suelo británico. También tenemos a un canadiense que ha venido para escapar del aburrimiento de su puesto en la Interpol, y un policía de Nueva York retirado. Todos estamos buscando a un fantasma con un nombre en clave que significa «dios del fuego».

Oxby miró solemnemente a su joven sargento.

—Lo has resumido bien, Jimmy, aunque solo van a quedarse aquí dos agentes de Scotland Yard. Quiero que vuelvas a Londres tan pronto como encuentres vuelo. Localiza a Alan Pinkster y pégate a él como si fueras otra capa de su piel. Cueste lo que cueste, no lo pierdas de vista.

El interior del museo Granet era un pandemonio, una extraña y ordenada turbulencia que alcanzaba cada recoveco del viejo edificio construido en 1671 para albergar al Priorato de los Caballeros de Malta. Era como si la confusión fuera parte de un plan maestro en el que cada componente de la retrospectiva explotaría en incontables piezas para después, mágicamente, volver a unirse en una armonía perfecta. A menos de noventa y seis horas de la apertura, los pintores estaban aún aplicando un cálido amarillo lima a las paredes de las escaleras, sobre la vieja escayola del largo vestíbulo y en las paredes de una sala de recepción cuadrada. Los carpinteros serraban y martilleaban, y los electricistas ajustaban las luces de las cuatro galerías de la segunda planta donde se expondrían sesenta y dos óleos, cincuenta y seis acuarelas y veintinueve bocetos.

Gustave Bilodeau, su ayudante Marc Daguin y Charles Pourville del Metropolitano de Nueva York habían colaborado en los planes para la instalación de las pinturas y dibujos. El director había reservado un espacio importante en la galería central de la segunda planta para dieciocho retratos de la familia y amigos de Cézanne. Se había colocado un panel independiente de doble cara en un lugar destacado delante de una de las dos paredes de retratos; Bilodeau

planeaba colocar el retrato de Llewellyn en la cara que daba a la entrada. El retrato que iría en el otro lado sería el objeto de un anuncio sorpresa que Bilodeau haría durante la recepción en la víspera de la gran inauguración.

Mirella LeBorgne apareció con su ayudante y se reunió con Bilodeau en la galería de retratos. No le preocupaba dónde se colocaría cada pintura sino si finalmente habría exposición.

—Me da igual que un loco siga suelto ahí afuera —abogó Bilodeau—. Aquí dentro estamos totalmente protegidos. Todos las entradas posibles al museo, todas las puertas y ventanas, están protegidas por un sensor de alta frecuencia. Y, por si alguien consiguiera entrar, todos los espacios abiertos, galerías, escaleras, vestíbulos, despachos y lavabos, tienen alarmas de infrarrojos. —Le mostró un cilindro del grosor de un lápiz y tres centímetros de largo —. Todas las pinturas tendrán una de estas alarmas magnéticas insertadas en el marco.

—Olvida que cuatro de los autorretratos de Cézanne fueron destruidos mientras los museos estaban abiertos —le dijo LeBorgne —. Quizá Vulcano es demasiado listo para sus sensores y alarmas.

—Habrá veintisiete guardias de servicio en todo momento, al menos cuatro de ellos en cada galería. Todos tienen experiencia y han recibido instrucción sobre nuestros recién instalados sistemas de seguridad y comunicaciones.

—Pero el sistema de seguridad no está terminado, Gustave. No lo estará hasta el uno de febrero, dentro de casi dos semanas.

—El sistema de la galería del retrato está totalmente instalado y ya ha sido probado. Y en ella hay guardias adicionales. Le prometo que ahora mismo no hay ningún museo de Europa más seguro que el museo Granet.

Detrás de la sala de recepción había un jardín rodeado de almacenes bajos y lo que en el pasado había sido un establo con capacidad para veinte caballos. Había cuatro furgonetas alineadas a lo largo de la rue Alpheran, la calle tras el museo. Pertenecían a la empresa de cátering, que había elegido el establo para ubicar su cocina portátil. A cargo del mismo había un joven sin afeitar con una barriga prominente que le hacía parecer mayor. Un hombre, con una amplia sonrisa en su alargado y delgado rostro, estaba esperándolo.

—¿Necesita ayuda en la cocina? —le preguntó LeToque.

El jefe de personal miró al hombre delgado y de cabello negro.

—Muéstrame las manos —le dijo bruscamente.

LeToque se había preparado para el examen y extendió las manos, primero con las palmas hacia abajo y después hacia arriba.

—Podría necesitarlo mañana. Seis horas, de cinco a once.

Doscientos treinta y cinco francos.

La sonrisa de LeToque no flaqueó en ningún momento.

—Aquí estaré.

56

Astrid se acercó con cautela al escritorio junto a la ventana y cogió el teléfono. Llevaba medio minuto sonando y Fraser no había respondido.

—¿Diga? —preguntó en voz baja.

—Me gustaría hablar con el señor Llewellyn. —Era una voz masculina y ronca, una que reconocía vagamente.

—¿Quién llama?

—Alex Tobias. Está esperando mi llamada.

—Soy Astrid, nos conocimos en Nueva York.

—Tiene toda la razón. Me alegro de oírla —le dijo Tobias.

—¿Desde dónde llama?

—Estoy a unas cuatro calles de distancia.

—Entonces podríamos vernos. Sería estupendo. Espere, por favor, buscaré al señor Llewellyn.

Llamó a la puerta de Llewellyn, la abrió y dio dos pasos mientras él salía del baño, secándose. Se detuvo frente a ella, totalmente desnudo excepto por la toalla que llevaba atada alrededor de la cintura.

—Es el señor Tobias —dijo, señalando el teléfono.

Llewellyn se sentó en la cama.

—Alex, me alegro de saber de usted. —Hizo un ademán a Astrid para indicarle que todo iba bien y la mujer salió de la habitación y cerró la puerta—. ¿Qué tal tu viaje?

—No podría haber ido mejor, aunque nos llovió un poco el segundo día. Helen me echó la culpa, pero yo lo culpé a usted, ya que fue quien eligió la fecha.

—Estoy seguro de que mi amigo está bien, pero tengo que preguntarlo.

—Está en plena forma, pero me sentiré mucho mejor cuando deje de hacerle de niñera.

—Un día más, Alex. Asegúrese de que nadie se lo lleva accidentalmente; alguien podría encapricharse de ese maldito portatrajes suyo.

Tobias se rió.

—No se preocupe, tiene peor aspecto que nunca.

—No se separe de él. No lo mostraremos hasta el día de la inauguración. ¿No es posible que Helen y usted se unan a nosotros en la recepción de mañana por la noche?

—Me temo que no. Helen quiere que vayamos a Marsella a pasar el día. Pero tómese algo a mi salud, ¿de acuerdo?

Hablaron durante varios minutos, se despidieron y colgaron. Después de un momento, Astrid hizo lo mismo.

57

El viaje en metro le pareció interminable, sobre todo porque su rango de paciencia era inferior a medio milisegundo. En la estación de Hampstead, al norte de Londres, Bud Samuelson caminó con la multitud hasta la calle y siguió las instrucciones que lo llevaron hasta Church Row. El popular y artístico pequeño distrito se consideraba remoto solo porque estaba a cinco kilómetros del centro de Londres, pero sus calles estaban plagadas de turistas. *No es más que un montón de mierda elegante,* pensó Samuelson al pasar junto a las casas de doscientos años de antigüedad y los cuidados jardines de Church Row. Frente a él se alzaba la iglesia de Saint John, vieja y pintada de blanco, con su valla de forja rodeando el patio y el cementerio. Eran las cuatro y veinte; faltaban diez minutos para que cerraran las puertas a los visitantes.

En el interior no había nada excepto la severidad de las paredes desnudas y de los viejos bancos de madera; cerca del atril había un busto de Keats. Una mujer con un abrigo negro y largo que casi rozaba el suelo estaba junto a una ventana. Giró la cabeza. Su rostro era de un blanco puro, sus rasgos exóticos, sus labios de un profundo rojo. Samuelson y la joven estaban solos.

—¿Señor Samuelson? —le preguntó.

—¿Mari Shimada? —replicó él.

58

La N7 se dirigía al noroeste desde Aix-en-Provence a través de una ondulada región agrícola. Peder Aukrust conducía lentamente, encorvado sobre el volante, pensando en lo bien diseñados que estaban los dispositivos de seguridad del museo Granet y en lo importante que era conseguir el retrato de Llewellyn antes de que lo colgaran en la fortaleza de la galería de retratos. En su mente también había un recordatorio urgente del poco tiempo que le quedaba. La retrospectiva abriría en dos días. Odiaba tener que admitir que su labor sería más difícil después de todas las oportunidades que había dejado pasar mientras el rico neoyorquino viajaba al sur desde París.

El éxito dependía de una coordinación perfecta, y era importante eliminar todos los obstáculos. Pasar una noche solo lo ayudaría a decidir la viabilidad de su plan y a descansar para lo que debía hacer en las siguientes cuarenta y ocho horas.

Un cielo gloriosamente coloreado estaba fraguándose. Los esbeltos dedos de las nubes estratos cubrían a veces el sol, que estaba a una hora de desaparecer. No había comido nada en todo el día, excepto un cruasán seco en su pensión barata y una pera que cogió de un plato de fruta en la galería de retratos mientras hacía un concienzudo examen de las luces, alarmas, salidas, ventanas y sensores insertados en la parte de atrás de cada pintura. En los bolsillos de su chaqueta había ligeras herramientas profesionales que usaría para sacar el lienzo del bastidor.

El lienzo cabría en el bolsillo que había elaborado cosiendo tediosamente el dobladillo de dos camisetas. El retrato no sería detectado allí y lo ocultaría, plano y ceñido contra su amplia espalda, hasta que estuviera con Alan Pinkster. Entonces lo cambiaría por la mayor cantidad de dinero que jamás había visto.

Giró en la ruta D543 y siguió su serpenteante carretera a través de las montañas Trevaresse hasta el pueblo de Rognes. Consultó el anuncio en la revista de viajes que lo había animado a conducir hasta el campo durante la noche.

En el cruce, el letrero de Auberge Rois et Reines señalaba un estrecho camino de grava. La carretera se retorcía hacia el interior

de una tierra de árboles y colinas bajas salpicadas de prados y ovejas. Entonces giró en otra curva cerrada y volvió a dirigirse al oeste, en dirección al sol que estaba deslizándose tras una loma cercana. Asentado bajo la oscura sombra que proyectaba la colina estaba el hotel.

Entró en un largo y mal iluminado vestíbulo con un tramo de escaleras en el extremo opuesto y un pequeño mostrador de recepción junto a la pared. A la derecha, en la mitad del vestíbulo, había unas puertas dobles que conducían a un comedor lleno de pequeñas mesas suavemente iluminadas por la luz rosada de las lámparas con tulipas rosa oscuro. Aukrust olió una dulce fragancia y vio a dos hombres sentados en una mesa en la esquina más alejada de la habitación. Se acercó al mostrador y esperó.

—¿Puedo ayudarlo en algo?

La voz ligera y agradable venía de un joven de constitución delgada y unos veinticinco años que apareció tras una puerta bajo la escalera.

—Me gustaría cenar y pasar la noche. ¿Tiene habitaciones libres?

—¿Viaja solo?

Aukrust asintió y se fijó en los pendientes y el ligero toque de carmín en los labios del joven.

—Sí, estoy solo.

—La cena se sirve a las nueve, y su habitación es la número cuatro, justo al subir las escaleras —dijo, señalando la dirección—. El importe total de la cena y de la habitación, sin incluir las consumiciones del bar, es de novecientos veinticinco francos que solicitamos a nuestros huéspedes por adelantado.

Aukrust vio entonces que, además del carmín, llevaba los ojos delicadamente maquillados, y que su rostro era más el de una chica guapa que el de un joven.

—Saldré a dar un paseo mientras todavía hay luz.

—Tenemos una ruta peatonal que comienza justo en la parte de atrás y que recorre dos kilómetros a través del bosque antes de volver a la entrada del hotel. Más tarde, si quiere compañía, avíseme a mí o a algún otro miembro del hotel. Mi nombre es Laurent —dijo con una sonrisa.

—Yo elijo mi propia compañía —dijo Aukrust firmemente. El nombre del hotel no podía ser más adecuado: «Reyes y Reinas».

El amplio camino se curvaba a través de un denso bosquecillo. Aukrust comenzó a caminar, lentamente al principio y más rápido mientras la oscuridad se posaba sobre el bosque. Descubrió, como

Laurent le había descrito, que el camino rodeaba el hotel.

Su habitación estaba casi totalmente a oscuras; las finas cortinas de la única ventana estaban abiertas y permitían el paso de la decreciente luz del sol en la habitación. Encendió la lámpara de la mesilla de noche y examinó la habitación: una cómoda baja junto a la ventana; dos sillas y una frágil lámpara de pie de tulipa desvencijada junto a ellas; y en la pared contraria, una cortina parcialmente cerrada sobre un lavabo, váter y plato de ducha. Feroces rosas rojas del tamaño de coles grandes salpicaban el papel de pared tras la enorme cama, lo único que parecía cómodo en la habitación. Evidentemente, la cama era importante en aquel hotel. Echó el pestillo, se acercó a la ventana y observó el último rayo de luz que desaparecía tras el bosquecillo por donde había dado su paseo. Cerró las cortinas, se giró y miró directamente el morro de la pistola corta de LeToque.

—Has elegido un hotel de maricas para pasar la noche —le dijo LeToque.

—¿Cómo has…? La puerta estaba cerrada.

—Laurent me dio esto… —Levantó una llave—. Le dije que era un amigo especial, que estaba esperándome. Él lo comprendió.

—¿Qué quieres? —le preguntó Aukrust al tiempo que su mirada alternaba rápidamente entre el rostro de LeToque al arma.

—La última vez había una cama entre nosotros y tú tenías ventaja. Esta vez no.

—Baja esa maldita cosa —le ordenó Aukrust.

LeToque se rió.

—Los negocios primero. Weisbord me debía dinero y tú lo mataste.

—Se mató a sí mismo. Estaba enfermo.

—¿Suicidio? Weisbord no haría eso.

Aukrust se golpeó el pecho con las manos.

—Sus pulmones dejaron de funcionar. Yo lo vi todo.

—Por supuesto que lo viste. —LeToque agitó la pistola—. Tú lo mataste.

—Fui a su casa para recuperar la pintura de la señora DeVilleurs. Se la he devuelto.

LeToque parecía sorprendido.

—Ella me ha contratado para que la encuentre.

—La tiene ella, LeToque. Se la devolví hace dos días.

El francés ladeó la cabeza y lo miró fijamente, incrédulo.

—Weisbord me debía dinero, pero tú lo mataste. Ahora tendrás que pagar.

—¿Cuánto te debía?

—Sesenta mil francos.

—Eso es un montón de dinero. —Aukrust se frotó las manos como si estuviera intentando tomar una decisión, sin apartar los ojos de LeToque—. Yo te los pagaré.

El joven, sorprendido, relajó la mano de la pistola sin darse cuenta.

—¿Cuándo?

—Puedo darte cinco mil ahora, es lo único que llevo encima. Tendré el resto mañana.

La leve y seductora sonrisa de Aukrust y el tono tranquilizador de su voz tuvieron su efecto en LeToque.

—Dame los cinco mil. Ponlos ahí, sobre la cama.

Aukrust sacó su cartera, la abrió y empezó a soltar billetes de quinientos francos sobre la cama, de uno en uno. Flotaban caprichosamente. LeToque comenzó a reunirlos y apartó los ojos de Aukrust un instante, uno demasiado largo. El noruego se lanzó sobre la cama y tiró a LeToque al suelo. Se produjeron dos explosiones. Una bala destrozó una de las rosas rojas del papel de pared y la otra impactó en la vieja tulipa con borlas. Aukrust golpeó el brazo de LeToque con el puño y el arma se le cayó de la mano. Se lanzó de nuevo contra LeToque, pero el joven se zafó y giró para ponerse en pie antes de que Aukrust pudiera levantarse sobre una rodilla. Se escucharon gritos en el pasillo, fuera de la habitación.

—¡Abra la puerta! ¿Está herido?

Empezaron a aporrear la puerta y el endeble pestillo cedió y se abrió.

—¡Dejen de pelear! —gritó un hombre. Era un cuarentón alto que llevaba su largo cabello peinado en una cola de caballo y atado con un lazo negro. A su lado estaba Laurent, y había otros en la entrada—. Soy Jean Pierre, el propietario. No nos gusta que las peleas se nos vayan de las manos. Alguien podría salir herido y eso estropearía nuestra reputación.

Aukrust se levantó lentamente. Miró furiosamente a LeToque y después a Jean Pierre.

—Vino a disculparse, me dijo que quería que lo perdonara. También me dijo que quizá habría problemas, y tenía razón —dijo Laurent, señalando a LeToque.

—No ha querido escucharme —afirmó LeToque. Dio un paso a la derecha, se agachó y cogió el arma. Apuntó a Aukrust y después apresó los billetes que había sobre la cama—. Me debes una pasta, asqueroso bastardo. Sesenta mil menos lo que hay aquí. Págame o

usaré esto.

Agitó la pistola y salió rápidamente de la habitación.

59

El monovolumen de Aukrust estaba aparcado en la entrada del parque Joseph Jourdan, cerca de la universidad local y a menos de dos kilómetros del hotel Pullman Roi René. Había regresado a Aix en la oscuridad previa al amanecer y había esperado pacientemente durante más de una hora. Durante el viaje de regreso a Aix había extirpado los recuerdos de la noche anterior y había colocado a LeToque en un profundo recoveco de su mente; era algo de lo que tendría que ocuparse en otro momento. A las ocho en punto, la puerta del pasajero se abrió y Clyde subió al coche con un sonido que no fue ni un ladrido ni un gruñido. Astrid se desplomó en el asiento y se colocó al perro en el regazo.

—Sé un buen chico, tranquilo.

—¿Estás segura de que no te han seguido? —le preguntó Peder.

—Por supuesto —respondió ella amargamente—. ¿Habría entrado en el coche si supiera que hay alguien vigilándome?

Se había cubierto el moretón bajo el ojo con maquillaje, pero no había nada que pudiera esconder la expresión lúgubre de su rostro. Apartó la mirada y movió la cabeza con nerviosismo.

—Descríbemelo de nuevo: cuántas habitaciones hay, quién se aloja en cada una de ellas.

La mujer comenzó a hablar con voz monótona. Se quejó porque ya se lo había contado todo antes, porque no había nada nuevo que añadir. Peder buscaba detalles: ¿dónde estaban las ventanas, y de qué tipo eran? ¿Había contado los pasos hasta el ascensor y el elevador de servicio? ¿Y dónde estaban exactamente? Los teléfonos, ¿dónde estaban situados? Describe el baño. ¿Hay puertas entre las habitaciones?

Continuó insistiendo:

—¿Hay algún agente de policía, de uniforme o de civil?

—No, yo no he visto a ninguno, a nadie que lo parezca.

—¿Has visto el retrato?

—Te lo he dicho antes, lo tiene guardado en una caja de madera, en el armario de su dormitorio. Bajo llave.

—¿Cuándo lo llevará al museo?

Astrid negó con la cabeza.

—No me lo ha dicho.

—¿Ha hablado sobre la seguridad del museo, ha mostrado preocupación, ha dicho si estaba satisfecho o insatisfecho con ella?

La mujer negó con la cabeza de nuevo y cerró los ojos.

—Llewellyn hará una visita al museo antes de la recepción de mañana. Me ha pedido que vaya con él.

Aukrust asintió, como si dejara esa información a un lado por un momento.

—¿Qué hace su hombre? Fraser.

Astrid suspiró.

—Lo mismo de siempre: se ocupa de la comida, de los recados y del perro.

—¿Y el maldito perro siempre ladra?

Astrid abrazó a Clyde y no dijo nada.

—Albany suele estar con Llewelyn —comentó Aukrust—. Bebe mucho, pero parece hacer bien su trabajo. ¿Dónde está su habitación?

—Cerca, supongo.

El hombre miró hacia delante e ignoró a los estudiantes que caminaban o pasaban de largo en bicicleta.

—¿Ha recibido correo o alguna llamada telefónica inusual?

Astrid negó con la cabeza. Se giró para dirigirse a Aukrust, pero no pudo mirarlo directamente. Cuando intentó hablar, descubrió que estaba temblando de miedo. Finalmente, las palabras salieron de su boca a borbotones.

—Peder, tienes que decirme que me quieres. Me esfuerzo mucho para hacer todo lo que me pides.

Él no respondió. Esperó hasta que los leves sonidos atrapados en la garganta de la mujer desaparecieron.

—Todo sigue igual entre nosotros, ya lo sabes. —Astrid asintió, pero su cabeza apenas se movió—. Dime si ha recibido alguna llamada de teléfono inusual.

—Ha usado el teléfono, claro, para pedir comida y el periódico…

—Algo inusual —repitió Aukrust con impaciencia.

—No, solo…

—¿Solo qué?

—Recibió una llamada del hombre al que conocí en Nueva York, Tobias.

Aukrust se tensó.

—¿Qué quería?

—Está aquí, en Aix.

—¿Cuándo llegó?

—Llamó ayer.

—¿Escuchaste la conversación?

—Fui yo quien cogió el teléfono. Escuché, pero no entendí nada.

—¿De qué hablaron?

—Tobias habló de un amigo que había venido con él. Y de un portatrajes. Pero los americanos usan a veces palabras que no comprendo y solo hablaron durante un minuto.

—Dime exactamente qué recuerdas —le pidió Aukrust.

Astrid lo intentó, pero solo recordaba lo que ya había dicho.

—Alguien mencionó una niñera, pero no sé quién.

—¿Te habló Llewellyn sobre su conversación con Tobias?

La mujer abrió la boca y la cerró. No dijo nada.

—¿Te lo contó?

Clyde gruñó ligeramente y Astrid comenzó a acariciarle la cabeza. Aukrust cogió su bolso, buscó en su interior y sacó el pintalabios que le había dado en el aeropuerto de Gatwick. Quitó el tapón y giró el carmín.

—Rosa pasión, tu color favorito. —Giró el lápiz en la dirección contraria y apareció una aguja hipodérmica—.Creo que Llewellyn y tú tuvisteis una larga charla anoche y que no me lo has contado todo. Dime qué te dijo o volverás a su habitación con un perro muerto en los brazos.

—¡No, Peder!

Le quitó a Clyde y puso al asustado animal sobre su regazo. Extendió las patas traseras del perro y apuntó a la carne del interior de los muslos con la aguja.

—¿Qué te contó Llewellyn?

—Me dijo que la pintura que había llevado con él era una copia, que Tobias tenía el retrato de verdad.

60

Elliott Heston recibió a Bud Samuelson en la puerta de su despacho. Le estrechó la mano rápidamente y le señaló la mesa de la esquina.

—No tardaré mucho —dijo Samuelson—, pero quiero asegurarme de que la información que he conseguido llegue a las manos correctas, sobre todo a las de Oxby. No he conseguido encontrarlo. ¿Dónde diablos está?

—Me temo que no lo sé… Por el momento —dijo Heston con un toque de resignación.

Samuelson colocó dos pulcras páginas escritas a mano delante de Heston.

—Este informe ha sido preparado por una mujer, Shimada, que ha sido recientemente empleada por un tratante de arte japonés llamado Kondo. ¿Los conoce?

—Ambos nombres me son familiares —contestó Heston.

—Dice que el residuo de lo que Pinkster alega que es su autorretrato es de una antigua obra que data de algún momento alrededor de 1920. El origen del lienzo se ha rastreado hasta Bélgica u Holanda. —Samuelson leyó—: «La fuente del pigmento blanco, el dióxido de titanio identificado en la muestra por análisis espectrográfico, solo se encuentra en la costa oeste de Noruega, en un mineral de hierro titanado llamado ilmenita. El dióxido de titanio se usó por primera vez para producir pigmento blanco en 1918 o 1919».

»No necesito recordarle que Paul Cézanne no podría haberlo usado —concluyó Samuelson—. Murió en 1906.

61

La rue du Quatre Septembre corría al sur desde el Cours Mirabeau; en su intersección con la rue Cardinale estaba la plaza Quatre-Dauphins, centro de un tranquilo barrio residencial que ofrecía todo el encanto del viejo mundo pero muy pocos lugares donde aparcar el coche. Un Fiat rojo apareció y rodeó la plaza antes de girar abruptamente hacia la acera, donde se detuvo sobre el bordillo con el parachoques contra una fuente conocida como Fontaine des Quatre Dauphins. La conductora salió apresuradamente y corrió por la estrecha calle hasta el hotel Cardinal.

Ann Browley se detuvo en el diminuto vestíbulo y, jadeando ferozmente, preguntó por el paradero del señor Oxby. Le entregaron un sobre en el que había escrito, con la inimitable letra del inspector, «Confidencial - Para Ann». Una nota le pedía que continuara por la rue Cardinale hasta la plaza de Saint-Jean-de-Malte. A la derecha estaba el museo Granet y, justo delante, la iglesia de San Juan de Malta.

«Estaré a la izquierda, en la décima fila».

Las velas de vigilia parpadeaban sobre las mesas colocadas contra las paredes a lo largo de cada pasillo lateral en la nave de la vieja iglesia. Al llegar, Oxby había metido veinte francos en la caja para coger una vela y acercar la mecha a una que ya estaba encendida antes de colocarla en un tubo de metal estriado. El inspector no era católico, así que su silencioso mensaje a su esposa Miriam era un mensaje personal que, si Dios y los santos lo deseaban, podrían trasmitir a aquel otro lugar donde sabía que ella estaba.

El interior de la vieja iglesia era marrón oscuro y una profunda pátina siena cubría las enormes pinturas eclesiásticas de Mignard y Finsonius. Las campanadas de las horas no estaban automatizadas y, al llegar las diez en punto, no sonaron. A las diez y cuarto levantó la mirada y vio a Ann Browley caminado rápidamente hacia él.

Oxby la saludó.

—Estupendo, Annie. ¿Todo va bien en casa?

La mujer exhaló un exagerado suspiro que indicaba que había comprendido la ironía de la pregunta de Oxby.

—Cuando le conté a Elliott que iba a tomarme un par de días libres, creí que le iba a estallar la arteria carótida.

—Está bajo mucha presión y no le gusta que estemos aquí —contestó Oxby—. Pero he enviado a Jimmy de vuelta, lo que debería bajar su presión sanguínea al menos en veinte puntos.

Ann abrió el maletín y sacó varias páginas atestadas de líneas a un solo espacio.

—Cuando nuestro equipo internacional descubrió dónde mirar, encontró un informe superdetallado sobre la novia de Llewellyn.

—Supongo que has memorizado el informe para ahorrarme todo lo que no sea importante.

—Si no te importa, inspector, te daré mi informe del modo que había planeado. —Enfatizó las palabras como si estuviera poniéndoles pequeños remaches—. ¿De acuerdo?

El hombre miró rápidamente su reloj y asintió, mortificado.

Ann comenzó:

—Astrid Haraldsen se quedó huérfana cuando tenía nueve años y fue criada por su abuela paterna hasta que tuvo catorce años, momento en el que la abuela murió. Fue enviada entonces con su abuela materna, que vivía en Trondheim. Era rebelde y tuvo algunos encuentros sin importancia con la policía mientras era adolescente, incidentes relacionados con pequeños hurtos en tiendas. Su historial escolar tiene varios borrones, algunos años buenos y otros malos. Cuando tenía dieciocho años se matriculó en la Escuela Nacional Noruega de Artes y Oficios de Oslo para estudiar diseño de interiores. Como no tenía una buena preparación académica y carecía de habilidad para dibujar o bosquejar, se cambió a un curso de fotografía en el que mostró aptitudes. Sin embargo, fue expulsada de la escuela tras el primer año.

Oxby estaba mirando el altar. Cerró los ojos.

—Sigue.

Ann relajó su expresión y, durante los siguientes minutos, esbozó algunos detalles adicionales de los años de adolescencia de Astrid.

—Cuando tenía veinte años y vivía en Copenhague, fue arrestada por ofrecer servicios sexuales, un cargo que se retiró posteriormente.

—¿Ocurrió más de una vez?

—Una segunda vez con el mismo resultado.

—Por ofrecer servicios sexuales, no por prostitución… —dijo Oxby pensativamente—. Son cosas diferentes, ¿sabes?

—¿Eso importa? —le preguntó Ann.

—Creo que no. —Oxby se inclinó hacia delante—. Estás describiéndome a una joven indisciplinada e infeliz.

—Y las cosas empeoraron —continuó Ann—. En esa época se metió en las drogas. La arrestaron varias veces pero, una vez más, sin condenas. No hasta tres años después, cuando tenía veinticuatro años. Fue declarada culpable de traficar con cocaína, barbitúricos y anfetaminas.

—¿La encarcelaron?

—Cumplió tres meses de una condena de tres años y fue liberada con la condición de que trabajaría con un grupo de agentes encubiertos que estaba investigando una red de tráfico de drogas que se había infiltrado en el sistema hospitalario del país. La asignaron a un antiguo farmacéutico del hospital que había expuesto a varios miembros del sindicato y que había sido reclutado por la brigada antinarcóticos del Departamento de Seguridad Interna. Esa persona aparece en el informe como «el Operador».

Oxby abrió los ojos.

—Interesante nombre. Continúa.

—Algo extraño ocurrió entonces —dijo Ann—. Los registros oficiales sobre el Operador están reservados, lo que significa que la parte final del informe sobre Haraldsen no se apoya en archivos oficiales y, de hecho, está llena de expresiones como «sin corroborar» o «sin verificar». Parece ser que el Operador mató a un sospechoso, quizá accidentalmente, mientras intentaba conseguir una confesión. El asunto se guardó bajo la alfombra y el Operador nunca fue identificado. Nada de esto ha sido admitido por fuentes oficiales, pero la información se considera precisa. La pena de Haraldsen fue conmutada y se marchó de Noruega hace dos años.

Oxby pasó junto a Ann y se detuvo en el pasillo un momento. Dio varios pasos hacia el coro, se giró y volvió. Ann lo observó, perpleja.

—Pareces preocupado —susurró.

—Un poco. He dejado que Astrid viajara con Llewellyn, pero no era una dama en apuros.

—¿Eso qué significa?

—Hay una pequeña conspiración en marcha y no quiero que nadie salga herido.

—¿Qué vas a hacer?

—Mantener mi promesa y asegurarme de que a Llewellyn no le ocurre nada. —Se sentó junto a Ann—. Háblame del Operador. ¿Podríamos conseguir más información sobre él?

Ann sacó un segundo informe de su maletín y se lo entregó a

Oxby.

—Nuestra gente ha hilvanado este material a partir de fuentes no oficiales, pero afirman que es palabra por palabra lo que ocurrió.

Oxby leyó el informe, dos páginas escasas.

—«El gobierno no quiso levantar la tapadera; en lugar de eso, el Operador recibió una nueva identificación y cincuenta mil dólares para que dejara el país. En su nuevo pasaporte y visado dice que su nombre es Charles Metzger…». —Oxby levantó la mirada—. ¿Es este tu doctor Metzger?

Ann asintió.

—Sería una coincidencia tremenda que no lo fuera. El informe también da su nombre real.

—Ya lo veo. —Pronunció los nombres varias veces para sí mismo—. ¿Es posible, Annie, que Vulcano sea Charles Metzger, y que el doctor Metzger sea Peder Aukrust?

62

En el museo Granet persistían varias capas de fuertes aromas: vivaces resinas alquídicas, pegamentos y penetrantes limpiadores. Era una amalgama de tal poder que, cuando el aire era profundamente inspirado, inducía a un mareo eufórico. Después, a medida que la tarde avanzaba, los frescos olores de los enormes arreglos y cubas de flores y plantas, así como los aromas de las cocinas, endulzaron el aire químicamente alterado.

Poco después de las tres en punto, un óleo titulado *La montaña Sainte-Victoire vista desde Lauves* se colgó en su lugar con un sensor de nivel de mercurio incrustado en la parte de atrás del marco y un foco ajustado para proporcionar una luz uniforme sobre el paisaje montañoso verde azulado. Charles Pourville fijó una placa metálica grabada a la parte inferior del marco. Entregó otra de las placas a Gustave Bilodeau.

—Esta es para el retrato del señor Llewellyn. Le encantará.

—No le gustará nada —dijo Bilodeau con inusual amargura—. No nos permitirá colgar el retrato hasta mañana, y nada nos garantiza que podamos hacerlo entonces. —Después una nueva sonrisa volvió al rostro del director del museo—. Pero hay dos paneles destacados en nuestra galería de retratos, y esta noche tendré buenas noticias sobre uno de ellos.

Que un año de planificación estuviera a punto de concluir con éxito era un tributo a la audaz determinación de Gustave Bilodeau, aunque habría sido en vano si Mirella LeBorgne no se hubiera visto influenciada por un consorcio de compañías de seguros que había realizado un extenso análisis de las instalaciones de seguridad y habían revisado y aprobado a toda la plantilla de trabajadores.

El equipo de seguridad rendía cuentas a un antiguo director de Seguridad Nacional. Era amigo íntimo de Félix Lemieux, respondía al sencillo nombre de Fauchet, tenía unos cincuenta años y cubría sus inquisitivos ojos con un par de gafas con los cristales tintados de verde.

Bilodeau había alardeado de que la recepción sería la más espléndida de todas las fiestas de inauguración que se hubieran hecho jamás. Aunque no fuera cierto a

nivel mundial, tenía todas las posibilidades de conseguir ser la más lujosa de la larga historia de la ciudad de Aix.

Scooter Albany entregó una copa a Astrid y, con experta habilidad, abrió una botella de champán.

—Bebe un poco de espumoso.

Sonrió y llenó ambas copas. Apuntó la de ella con la suya para brindar y, accidentalmente, provocó una colisión en el aire en la que se derramó parte del líquido.

—Qué torpe, qué torpe —se riñó a sí mismo, y buscó un pañuelo en sus bolsillos.

Astrid le dedicó una sonrisa forzada y se acercó a la mesa del buffet para coger una servilleta. Después siguió caminando hasta el final de la mesa. Miró la multitud que se estaba reuniendo a su espalda, la comida y las flores. No paraba de llegar gente y todos hablaban a la vez en un zumbido que seguramente le recordaba la noche del museo de Bellas Artes de Boston. La música comenzó a sonar, un quinteto de artistas sentados junto a la escalera de piedra gris que subía hasta la planta de la galería.

Hombres y mujeres formalmente vestidos, los invitados y patrocinadores que habían extendido importantes cheques para ayudar a que el eclipsado museo Granet tuviera su momento de gloria, se reunían en grupos. También estaban presentes los organizadores y conservadores responsables de la selección de obras valoradas en miles de millones de dólares y procedentes de veintiún países diferentes. Llewellyn se colocó un clavel blanco en la solapa de su esmoquin y cogió a Astrid de la mano.

—Únete a la fiesta —le dijo.

Se escuchó una fanfarria y Bilodeau escoltó a una mujer alta y de cabello cano hasta el micrófono. El hombre pidió silencio.

—Esta noche, una querida amiga del Granet nos honra con su presencia. Es un placer para mí presentarles a la señora Margueritte DeVilleurs. —Cuando el aplauso remitió, continuó—: Además, tengo una buena noticia. La señora DeVilleurs me ha concedido el privilegio de anunciar que ha donado su autorretrato de Cézanne al museo.

El anuncio causó sorpresa en muchos, pero todos bramaron su aprobación. Cuando los vítores amainaron, Margueritte cogió el micrófono.

—Me gustaría que pudieran ver la obra en este mismo minuto pero, como algunos ya saben, perdí mi cézanne durante un tiempo y cuando regresó decidí que necesitaba una buena limpieza y un marco nuevo. Podréis ver a mi amigo dentro de una semana. Lo prometo.

Bilodeau levantó ambas manos y señaló a su alrededor.

—Las galerías quedan abiertas. Por favor, disfruten de la exhibición.

Llewellyn se presentó a Margueritte y la felicitó por su generoso gesto. De inmediato empezaron a tutearse y Llewellyn sopesó la idea de ceder su retrato al Metropolitano de Nueva York. Scooter lo grabó todo. Margueritte giró en círculo, buscando entre los invitados.

—Estoy buscando a alguien que quiero que conozcas, pero parece haber desaparecido.

Peder Aukrust se alejó de Margueritte DeVilleurs en las primeras notas de la fanfarria. Ella había insistido en que la acompañara a la recepción pero, a la primera oportunidad, preguntó si había un tal Alexander Tobias en la lista de invitados. No estaba. Aquel mismo día, usando una lista de hoteles que había conseguido en la oficina de turismo de la ciudad, Aukrust descubrió que Alexander Tobias y su mujer se habían registrado en el hotel Nègre-Coste. La política de la empresa impedía que le dieran el número de la habitación.

Aukrust abandonó el museo Granet por la puerta trasera y pasó rápidamente junto a un grupo de atareados trabajadores del cátering que llevaban comida y bebidas a las mesas del buffet. LeToque estaba llevando y trayendo bandejas cuando vio a Aukrust. Tiró su bandeja de inmediato.

—¡Maldito loco! Recoge esa bandeja y llénala de copas o no cobrarás —gritó el airado encargado.

—Que les den a tus copas —dijo LeToque, y salió en persecución de Aukrust. Se dirigió a la rue d'Italie, una concurrida calle tras el museo Granet llena de restaurantes y tiendas de alimentación. Vio a Aukrust silueteado contra las luces del escaparate de una farmacia a media calle de distancia. LeToque comenzó a correr pero perdió al hombre de vista cuando entró en una calle que se alejaba en un profundo ángulo de la rue d'Italie. LeToque continuó avanzando con cautela en la oscura y estrecha calle. Las farolas emitían una pálida luz amarilla sobre la acera. Pasó junto a una hilera de oscuras tiendas y frente a una joyería cuyo único escaparate estaba lleno de relojes baratos de entre los que la mayoría decía que eran las nueve y cuarenta y ocho minutos.

Llegó a un quiosco cuya cartelería anunciaba los próximos eventos del Palacio de Congresos, el edificio que tenía delante y que cobró vida de repente cuando sus puertas se abrieron y un torrente de gente salió a la acera. LeToque se abrió camino entre ellos y subió varios peldaños para ver la ruta que acababa de trazar caminando. Vio a Aukrust a sesenta metros de distancia. Había

vuelto hasta la rue d'Italie y, justo cuando LeToque lo vio, giró en dirección al Cours. LeToque corrió tras él.

Aukrust entró en la cafetería junto al hotel Nègre-Coste, donde un centenar de francos persuadieron rápidamente al encargado nocturno para que le vendiera una botella de brandy. Entró en la cabina telefónica y marcó el número del hotel.

—Alexander Tobias, por favor.

—Un momento, señor —dijo una voz. A continuación, el tono habitual sonó tres veces.

—¿Diga? —preguntó una voz ronca de hombre.

Aukrust colgó el teléfono sin decir nada.

A última hora de la tarde había aparcado su coche en un estrecho callejón tras el hotel, cerca de una tienda de regalos y una pizzería. Se detuvo dos veces para dar un largo trago a la botella y murmurar que LeToque era un problema que exigía una solución permanente. En el interior del coche inclinó la botella una vez más y después le puso el corcho. Colocó su bolsa médica a su lado y buscó en el interior las formas que conocía y que necesitaría para la visita profesional que estaba a punto de hacer. Del asiento trasero sacó un abultado paquete envuelto en papel de seda verde.

Las comodidades del Nègre-Coste eran mínimas: no había comedor ni bar, solo un mostrador de recepción junto a la entrada delantera y una habitación junto a la trasera que hacía de salón de desayuno por la mañana y de sala de televisión por la noche. Entre ambas entradas había una escalera que conducía a los cinco pisos superiores y un ascensor en el que podían estrujarse tres personas.

En el mostrador de recepción había un joven estudiante universitario con la cabeza encorvada sobre un libro de texto. Sentada cerca, también leyendo y con aspecto de estar tremendamente aburrida, había una chica delgadísima de unos diecinueve años cuyo cabello colgaba lacio sobre un rostro dolorosamente poco atractivo.

Aukrust dejó el paquete sobre el mostrador y miró la hilera de cajetines numerados tras el recepcionista. Había una llave en la mitad de ellos.

—Me han pedido que venga a ver a la señora Tobias. Soy médico y, por una feliz coincidencia, nos hicimos amigos cuando viví en Nueva York. He traído flores para animarla.

El joven levantó la mirada, un tanto sorprendido.

—¿Está enferma? No lo sabía.

—No es nada grave; viajar no le sienta bien y sufre dolores de estómago. ¿Están en la habitación treinta y siete?

—No, en las plantas superiores no hay calefacción en esta época del año. —El joven miró el registro—. La señora y el señor Tobias están en la habitación veintiocho.

Aukrust se encorvó sobre el mostrador y señaló a la chica con la cabeza.

—¿Es tu novia? Es muy guapa.

El muchacho sonrió incómodamente y miró a la chica.

—Solo es una amiga.

Aukrust forzó una sonrisa complaciente.

—Eres un joven afortunado —añadió—. Veré qué puedo hacer por la señora Tobias. —Empezó a caminar pero se detuvo y se giró de nuevo hacia los estudiantes—. No es necesario que llames, están esperándome.

Oxby se abrió camino entre la multitud hasta el punto donde estaba Llewellyn.

—Veo que tiene una nueva amiga.

Llewellyn sonrió.

—Margueritte es una mujer impresionante. Me gustaría presumir de ella en Nueva York.

—Tendría mucho éxito entre sus amigos. —Oxby apartó a Llewellyn a un lado—. Espero que Astrid esté mejor. ¿Ha subido a las galerías?

—Le pedí a Pourville que la acompañara en la visita.

—Tengo amigos en la Provenza, en el caso de que esté interesada en comprar antigüedades.

—No creo que esté de humor para eso. De hecho, los últimos días ha estado bastante inquieta.

—¿Todavía está preocupada por lo que ocurrió en París?

—En parte, quizá. Sigue insistiendo en que estoy en peligro.

—¿Y todavía le preocupa que roben la pintura?

Llewellyn asintió.

—Lo suelta todo y después se queda callada. Yo intento que se relaje.

—¿Cómo?

—Bueno… —Hizo una pausa—. En la cama.

—Ahórrate los detalles. ¿Le ha pasado últimamente?

—Anoche.

—¿Qué ocurrió?

—Estaba fría como el hielo. Yo no quería sexo, y no hay duda de que ella tampoco. Creía que lo mejor para ella sería quedarse conmigo, que así podría cuidar de ella. Le dije que no iba a ocurrirme nada, que estaba bajo protección veinticuatro horas al

día, que tenía un arma y sabía cómo usarla.

—¿Le habías dicho eso antes?

—Lo del arma no.

—¿Qué dijo?

—Comenzó a llorar. Entonces le dije que nada de aquello importaba porque yo no tenía la pintura de verdad. Que yo tenía una copia.

Oxby reaccionó como si hubiera recibido un mazazo en la boca del estómago.

—Entonces qué… —susurró con urgencia.

—Me preguntó dónde estaba la pintura original y, en ese instante, creí que nuestra charada ya no importaba, porque tanto yo como mi retrato habíamos llegado a salvo a Aix. Le conté que la había traído hasta aquí Alex Tobias y que estaba segura con él.

—¡Mal, mal! —exclamó Oxby—. Astrid está en esto con Vulcano, un tal doctor Metzger cuyo nombre real es Peder Aukrust… Un noruego, experto farmacéutico y hábil químico. Ha tenido todo el maldito día para localizar a Tobias. Busca a Ann y dile que envíe a Sam Turner al hotel Nègre Coste. Dile que es jodidamente importante y que tenga cuidado.

Aukrust esperó a que el recepcionista nocturno y su amiga volvieran a sus libros. Pensó en tomar el ascensor pero solo durante un instante, y subió por las escaleras. Eran amplias y estaban cubiertas de alfombras hasta la segunda planta, tras lo cual se estrechaban y giraban para llegar a los pisos superiores.

En la tercera planta escuchó una televisión e inhaló el áspero aroma del ajo y del aceite de oliva quemado. Las paredes estaban cubiertas de un papel marrón con árboles y pájaros. Las lámparas eran esferas de color crema suspendidas de cadenas de metal. Se deshizo del papel verde de las flores y las acunó en su brazo mientras se dirigía a la habitación veintiocho. Sacó de su bolsillo un aerosol de ocho centímetros de longitud y lo destapó. Llamó suavemente a la puerta con los nudillos.

Tras una pausa, contestó una voz masculina.

—¿Quién es?

—Sé que es tarde —comenzó Aukrust con su suave voz de barítono, pronunciando cada palabra en un acentuado inglés que había practicado varias veces—, pero traigo flores para la señora Tobias, un regalo del señor Llewellyn y también de Gustave Bilodeau, mi amigo en el Granet.

Se colocó el aerosol en el hueco de la palma de la mano.

La puerta se abrió. Helen y Alex Tobias estaban en albornoz.

Helen Tobias parecía avergonzada por llevar el cabello lleno de rulos, ya que estaba preparándose para irse a la cama. Aukrust entró en la habitación y cerró la puerta a su espalda. Extendió las flores hacia ella.

—Son unas flores especiales para usted.

La mujer cogió el ramo y lo olió, agradecida. Entonces, Alexander Tobias se detuvo junto a su mujer.

—¿Quién demonios eres? —le preguntó—. Esta no es hora de entregar flores.

Aukrust sacó las manos de debajo del ramo y, al hacerlo, presionó la válvula del vaporizador y liberó una neblina blanca que se extendió sobre las flores y sus dos rostros sorprendidos. Con el rocío llegó un aroma floral profundamente dulce que Helen Tobias pudo disfrutar durante exactamente dos segundos antes de que el ramo cayera de sus manos y ella y su marido se derrumbaran. Aukrust se puso una máscara que le cubría la boca y la nariz.

—Me alegro de que le guste, señora Tobias. Jazmín, rosa y mi propia mezcla de enflurano y óxido de nitrógeno.

Fue directamente al armario. En el interior había perchas con ropa, pequeños paquetes de regalo y dos piezas de equipaje que llevó hasta la cama. La que iba marcada con el nombre de Alexander Tobias estaba cerrada y su apariencia era tan desastrada que resultaba casi demasiado falaz. Aukrust la abrió con unos alicates y un cuchillo y después rasgó el forro hasta que descubrió el falso fondo. Allí encontró la caja de metal plana envuelta en una lámina de plástico negro.

El hotel Nègre-Coste estaba a tres calles del museo Granet, unos quinientos metros, o eso supuso Oxby mientras corría a lo largo de la rue Frédéric Mistral hacia el Cours Mirabeau. En tres de las seis habitaciones de la tercera planta del hotel había luz, y calculó que la última de la izquierda era la que ocupaban Alex y Helen Tobias. Al llegar a la entrada miró a su espalda, esperando ver a Ann y, con suerte, a Sam Turner, pero ninguno de ellos estaba a la vista.

—¿Están los Tobias en su habitación?

—Sí, estoy seguro de que están —dijo el joven recepcionista.

La chica levantó la vista de su libro.

—Ha venido un amigo, un médico, a ver a la señora Tobias. Dijo que no se sentía bien.

—¿Cuándo fue eso? —le preguntó Oxby.

—Hace diez minutos, quizá un poco más.

—¿Está todavía con ellos?

El joven se encogió de hombros.

—Desde aquí no puedo saberlo… A veces, la gente sale al aparcamiento por la puerta trasera.

—Llama a la habitación. ¡Rápido! ¡Y después a la policía!

Aukrust estaba en la puerta cuando sonó el teléfono. Lo miró fijamente y después tiró de la puerta al salir. Durante unos valiosos segundos se quedó inmóvil, con los ojos cerrados. En las escaleras escuchó pasos que se dirigían hacia él. Dio media vuelta y comenzó a subir a la planta de arriba. Al girar la escalera se detuvo y pudo ver las piernas de un hombre corriendo en dirección a la habitación veintiocho. Aukrust comenzó a bajar, lentamente al principio y, cuando hubo pasado la segunda planta, salvando los peldaños de dos en dos hasta el vestíbulo. Una muda imagen parpadeaba en la sala del televisor. Desde la recepción venía la estridente voz de un hombre pidiendo el número de la habitación de Alexander Tobias. Aukrust se agachó delante del aparato y giró los diales como si fuera un huésped intentando eliminar la estática de la imagen, pero sus ojos no se apartaron del vestíbulo. El hombre pasó rápidamente a su lado y subió las escaleras.

Reinó el silencio de nuevo hasta que el recepcionista y su novia comenzaron a parlotear en francés sobre la extraña gente que había ido a visitar a los americanos de la habitación veintiocho.

Oxby colocó a Helen Tobias sobre la cama y la cubrió con una manta. A continuación ayudó a Tobias a sentarse en una silla.

—Descríbemelo, Alex, y deja de lamentarte porque haya podido contigo.

Pero Tobias no se lamentaba, y su furia por haber sido superado no iba a desaparecer rápidamente.

—Era alto… Cabello claro… Un acento mezclado que no consigo ubicar… Treinta y tantos años. Eso es todo, Jack. Entró en la habitación y, ¡plaf! Caí inconsciente. —Miró a su esposa—. ¿Helen está bien?

—Ambos lo estáis —dijo Oxby mientras pasaba la mano por el fondo del portatrajes vacío—. Ese maldito bastardo se lo ha llevado.

Sam Turner estaba en la puerta.

—¿Qué ha pasado?

—Te lo contaré de camino —le dijo, y lo empujó de nuevo hacia la puerta.

Aukrust corrió hacia su coche, enfadado consigo mismo por haber aparcado en la zona más turística. Cuando llegó al amplio bulevar fue recibido por la multitud de estudiantes universitarios que estaban reunidos en la terraza de una popular cafetería. Una escandalosa muchedumbre rodeó su monovolumen, y varios aporrearon el techo y miraron insolentemente a través de las ventanillas. Aukrust

golpeó a uno de ellos con la puerta y entró en el coche, bramando. Retrocedieron rápidamente.

Se unió al tráfico del Cours Mirabeau a la mitad del bulevar de ochocientos metros. A su derecha, al oeste, se hacía más denso y rodeaba la Fontaine de la Rotonde, una estridente exhibición de agua con leones rugientes y gansos gigantes que estaba brillantemente iluminada con luces blancas y azules.

Le exasperaba su vacilación; su célebre firmeza de carácter lo había abandonado por un momento. Entonces aceleró y giró bruscamente a la derecha, casi rozando una de las fuentes termales. Tocó su bolsa para tranquilizarse y se concentró en la carretera que, en doscientos metros, se convertiría en una vía de un solo carril que lo llevaría más allá del santuario de la periferia de la ciudad.

Como si hubiera salido catapultado del negro vacío, un coche sin luces lo adelantó a toda prisa. Entonces, las luces rojas de sus faros traseros destellaron a la vez y el coche frenó abruptamente y giró en unos precisos ciento ochenta grados para detenerse con las luces largas sobre Aukrust. El noruego reaccionó pisando el freno y virando bruscamente a la derecha pero, mientras lo hacía, el otro coche giró en la misma dirección y aceleró. Cuando intentó virar a la izquierda, un ruido seco irrumpió en el interior del coche, como si el parabrisas hubiera sido golpeado con una piedra del tamaño de un puño. Los faros del otro coche parpadearon con las luces largas y después con las cortas. Se escucharon dos golpes más contra el parabrisas. El cuarto sonó distinto, como un chasquido metálico, y el espejo retrovisor se quebró. En cuatro segundos, el parabrisas se craqueó como una antigua pieza de cerámica. En el centro de aquel millón de líneas diminutas había cuatro agujeros de bala.

Aukrust detuvo el vehículo y retrocedió hasta golpear un coche aparcado. Entonces giró y pisó con fuerza el acelerador. El otro coche se lanzó contra él de nuevo y fue entonces cuando reconoció el Porsche plateado. Inmediatamente procesó varios pensamientos, pero ninguno era esperanzador: el conductor estaba tras el volante de un Porsche, un coche que era más rápido y ágil que su viejo monovolumen; el conductor tenía un arma y estaba usándola; el conductor era LeToque.

Solo tendría una oportunidad de escapar si conseguía llegar a la fuente y a las bulliciosas calles donde podría fusionarse con el tráfico. Como su coche no era rápido, tendría que conducir erráticamente para intentar perder a LeToque. Aquella estrategia falló después de un centenar de metros cuando el Porsche se colocó a su altura. Aukrust miró a su izquierda; en el instante en el que lo hizo, dos balas destrozaron la ventanilla. Una rasgó la punta de su

nariz entre una lluvia de finas esquirlas de cristal que estallaron contra el lado izquierdo de su cara, cegándole el ojo y provocando que la mitad de su cara erupcionara en una máscara de sangre.

La furia superaba a su miedo, pero el dolor lo invalidó todo. No había modo de llegar a la agonía del interior de su ojo, ningún modo de eliminar los diminutos trozos de cristal que ardían con enloquecedora intensidad. Se obligó a seguir conduciendo e intentó desesperadamente golpear el coche de su torturador para inutilizarlo o dejarlo atrás.

Enderezó el rumbo y se concentró lo mejor que le permitió su visión en el borrón de luces brillantes de la enorme fuente. Pisó el acelerador. Parecía que lo había dejado atrás y solo quedaban treinta metros para llegar a la fuente… Después quince metros…

Una última bala entró por la ventanilla trasera y se alojó en la parte superior de la espalda de Aukrust, en la tierna carne de su hombro. No era una herida mortal pero lo obligó a girar el volante abruptamente hacia la acera y el borde de piedra de la fuente. La parte delantera del monovolumen se alzó como si intentara subir el escalón y después se balanceó y bajó.

La puerta se abrió y Aukrust salió y cayó de rodillas. Consiguió ponerse en pie y caminó con rigidez hasta el pilón. Cuando llegó a él continuó caminando, aunque sus piernas se movían inútilmente contra el muro que se elevaba hasta su cintura. Cayó hacia delante y su rostro se sumergió en la fresca agua que calmaría los cortes y arrastraría los trozos de cristal de su córnea.

Pero ninguno de sus ojos podía ver ya. Aukrust estaba muerto.

Oxby y Sam Turner habían sido testigos de la extraña persecución. Tras oír los disparos, siguieron al monovolumen de Aukrust en su desesperada huida final. Después de sacar su cuerpo de la fuente y confirmar que estaba muerto, Turner se acercó al automóvil.

—¡Aléjate de ahí, Sam! Si metes la cabeza ahí dentro y respiras una solo vez, estarás tan muerto como este pobre bastardo.

63

El veintitrés de enero fue un día invernal en Londres. El viento se arremolinaba tenazmente sobre el Támesis, frío y penetrante, agitando unas aguas que eran del color de las densas nubes púrpuras que comenzaban a reunirse en el noroeste. A bordo de la lancha policial estaban los agentes Jennings y Tompkins, de la división del Támesis, y Jimmy Murratore y el inspector Jack Oxby, de la Policía Metropolitana. Habían recogido a los hombres de Scotland Yard en el muelle de Westminster y el navío de casco negro estaba ahora a once kilómetros del Puente de la Torre y a trescientos metros del remolcador restaurado de Alan Pinkster, el Sepera. Frente al remolcador, a cuatrocientos metros al oeste, había otra lancha policial. Ambas estaban en continuo contacto por radio a través de un codificador de frecuencia FM de alta gama.

—Las dos menos diez —dijo Jimmy, y bajó sus prismáticos. Señaló la orilla sur del río—. Ese es el ferry Woolwich. Dos libras a que Kondo baja de ahí.

Oxby se caló la boina de lana hasta la frente.

—A tiempo, espero.

—Supón que no viene —dijo el joven agente—. ¿Cuál es el plan si no aparece?

Oxby se dio una palmadita en el bolsillo de su chaquetón.

—Tengo órdenes de registro y de arresto. Pero también quiero a Kondo. —Miró a Murratore con severidad—. No necesito problemas, Jimmy. ¿Alguna duda sobre tu información?

—Lo oímos claramente, ¿no, Jeff?

—Está grabado —dijo Jennings.

—Se reunirán hoy, justo aquí —afirmó Jimmy.

Se escuchó un tono agudo y Tompkins respondió.

—Adelante.

—Un pequeño yate ha entrado en el río cerca del ferry Woolwich. Haremos una ronda. ¿Recibido?

—Recibido.

—Ya lo veo —dijo Jimmy—. Moviéndose a paso de tortuga, pero moviéndose.

—¿Puedes confirmar que es Kondo? —le preguntó Oxby.

—¿Otras dos libras?

Oxby negó con la cabeza.

—Nadie aceptó la apuesta la primera vez.

Giraron en un pequeño círculo y después navegaron lentamente hacia la orilla sur del río. Simulaban ser una lancha de patrulla rutinaria. Los cuatro hombres miraron el Sepera y el pequeño navío que estaba a unos ochocientos metros de distancia. Se mantenía inmóvil en el agua, como si hubiera anclado.

—No está moviéndose. No lo hará hasta que crea que es seguro —dijo Oxby.

Esperaron.

—¿Inspector? —dijo Jimmy Murratore—. Apenas hemos hablado desde que volviste y tengo un par de curiosidades que añadir a la lista que puso en la pizarra hace un tiempo. Por ejemplo, ¿quién o qué mató a Vulcano?

—Un pequeño francés llamado LeToque lo intentó con todas sus fuerzas, pero Peder Aukrust tomó un trago de su propia medicina. El mismo gas venenoso que usó para asesinar a Clarence Boggs se derramó de su bolsa de químicos cuando su coche fue golpeado.

—Ann dice que no encontraron el retrato de Llewellyn en su coche. ¿Dónde estaba?

—Lo encontraron cuando desnudaron el cadáver en el depósito. Estaba entre dos camisetas que había cosido juntas. El retrato no recibió ningún daño. De hecho, está expuesto como si nada hubiera pasado.

—¿Y la chica? ¿La amiga de Llewellyn?

—Es una pena, pero Astrid estaba involucrada hasta las cejas. Tuve un pálpito la mañana en la que la conocí, cuando me dijo que iba a ir a Johnny van Haeften a por un escritorio. «Uno en colores suaves», me dijo. Van Haeften tiene porcelana de primera y exquisitos artículos de plata, pero nada de mobiliario. Aunque tú ya sabías eso, Jimmy. —Levantó los prismáticos y miró primero al Sepera y después al yate. Siguió hablando sin apartar la vista de la pequeña embarcación—: Se mueve de nuevo. Lentamente, pero se mueve. Como iba diciendo, Astrid está en Marsella pendiente de extradición. Podría ser cómplice en el asesinato de Boggs y los americanos quieren interrogarla sobre el retrato de Boston. Llewellyn no se lo ha tomado bien.

Oxby examinó los dos navíos y a continuación recorrió el agua hasta localizar la lancha policial, que había girado y se dirigía ahora hacia el Sepera.

—¿Y Pinkster? —le preguntó Jimmy.

Oxby cambió de ángulo hasta obtener una vista clara del Sepera.

—Todo empezó con Alan Pinkster y ahora, al final, volvemos a Alan Pinkster. —Sonrió—. Pero esto está a punto de acabar.

Agradecimientos

A pesar de lo que se afirma en esta historia, Paul Cézanne terminó veinticinco autorretratos. Pintó docenas de otros retratos de amigos, familiares y gente corriente, muchos de los cuales fueron regalados a cambio de las interminables sesiones de posado mientras el artista continuaba con su eterna búsqueda de una expresión personal de las formas y colores que veía. Esa, supongo, es la naturaleza de un genio.

Decidí contar una historia sobre los autorretratos de Paul Cézanne porque estas pinturas son la esencia del artista y porque el pintor ha obtenido recientemente el reconocimiento y respeto que se le ha negado durante tanto tiempo. Pensar que un terrible desastre pudiera ocurrir a uno de los geniales autorretratos de Cézanne era una irresistible oportunidad narrativa.

Agradecimiento es una de esas largas palabras que carecen de calidez y que no expresan la gratitud que siento hacia mis muchos amigos y compañeros, que siempre estuvieron dispuestos a compartir sus conocimientos y a darme su apoyo. Dicho esto, quiero manifestar mi más profundo aprecio y gratitud hacia los siguientes:

Museo Metropolitano de Arte, Nueva York: Herbert Moskowitz, archivero; Gary Tinterow, conservador de Arte Europeo.

Museo de Bellas Artes de Boston: Cornelius Vermeule, conservador principal; Barrett Tilney.

Instituto de Arte Courtauld: Aiden Weston-Lewis.

Museo Granet, Aix-en-Provence: Denis Coutagne, conservador museístico.

Colección Frick: Edgar Munhall, conservador.

Biblioteca de consulta Frick: Helen Sanger, bibliotecaria.

Abadía de Westminster: Emma St. John-Smith, representante de prensa.

Policía Metropolitana, New Scotland Yard, Londres: Jackie Bennett y Judy Prue, Oficina de Prensa.

Interpol, Lyon: Miguel E. Chamorro, subsecretario general ejecutivo.

A mis amigos: Gene Atkinson, Florence y Bob Campbell, Walter Klein y Mary Eddy Klein, Frazer Sedcole, Jim Soderlind, Stuart Stearns, Keith Way y Peter Wood.
Un reconocimiento especial a Greg Tobin y Oscar Collier. Ambos saben un par de cosas sobre el oficio de escribir.
Nombrando a algunos me arriesgo a no nombrar a muchos que confío que aceptarán mis disculpas por mi mala memoria.

Esto es ficción; sin embargo, los autorretratos de Cézanne son reales. Todos excepto uno o dos.